

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN**

**FACULTAD DE TRABAJO SOCIAL Y DESARROLLO HUMANO**



**CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL EROTISMO. UN ESTUDIO CUALITATIVO EN  
ADULTOS MAYORES DEL ÁREA METROPOLITANA DE MONTERREY,  
NUEVO LEÓN.**

**TESIS PARA OPTAR POR EL GRADO DE DOCTOR EN FILOSOFÍA CON  
ORIENTACIÓN EN TRABAJO SOCIAL Y POLÍTICAS COMPARADAS DE  
BIENESTAR SOCIAL**

**PRESENTA**

***PERLA VANESSA DE LOS SANTOS AMAYA***

***SAN NICOLÁS DE LOS GARZA, N.L., JULIO 2018***

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN**

**FACULTAD DE TRABAJO SOCIAL Y DESARROLLO HUMANO**



**CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL EROTISMO. UN ESTUDIO CUALITATIVO EN  
ADULTOS MAYORES DEL ÁREA METROPOLITANA DE MONTERREY,  
NUEVO LEÓN.**

**TESIS PARA OPTAR POR EL GRADO DE DOCTOR EN FILOSOFÍA CON  
ORIENTACIÓN EN TRABAJO SOCIAL Y POLÍTICAS COMPARADAS DE  
BIENESTAR SOCIAL**

**PRESENTA**

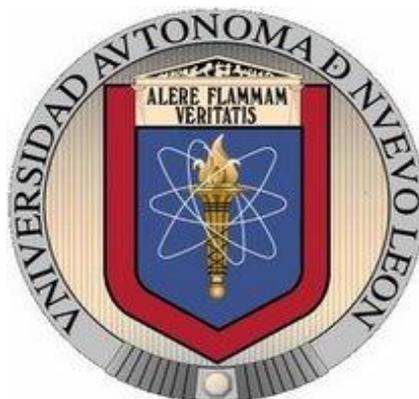
***PERLA VANESSA DE LOS SANTOS AMAYA***

***ASESORA: DRA. SANDRA EMMA CARMONA VALDÉS  
COASESORA: DRA. MARÍA CONCEPCIÓN ARROYO RUEDA***

***SAN NICOLÁS DE LOS GARZA, N.L., JULIO 2018***

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN**

**FACULTAD DE TRABAJO SOCIAL Y DESARROLLO HUMANO**



**CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL EROTISMO. UN ESTUDIO CUALITATIVO EN  
ADULTOS MAYORES DEL ÁREA METROPOLITANA DE MONTERREY,  
NUEVO LEÓN.**

**TESIS PARA OPTAR POR EL GRADO DE DOCTOR EN FILOSOFÍA CON  
ORIENTACIÓN EN TRABAJO SOCIAL Y POLÍTICAS COMPARADAS DE  
BIENESTAR SOCIAL**

**PRESENTA**

***PERLA V. DE LOS SANTOS AMAYA***

***ASESORA: DRA. SANDRA EMMA CARMONA VALDÉS  
COASESORA: DRA. MARÍA CONCEPCIÓN ARROYO RUEDA  
DRA. SAGRARIO GARAY VILLEGAS  
DR. ALEJANDRO MEZA PALMEROS  
DR. LUIS ENRIQUE SOTO ALANÍS***

***SAN NICOLÁS DE LOS GARZA, N.L., JULIO 2018***



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FACULTAD DE TRABAJO SOCIAL Y DESARROLLO HUMANO

FTSDH-D-ET-01

**CARTA ACEPTACIÓN DE TESIS**

Los suscritos miembros de la Comisión de Tesis de Doctorado de la

**Mtra. Perla Vanessa De Los Santos Amaya**

Hacen Constar que han evaluado la Tesis **“Construcción social del erotismo. Un estudio cualitativo en Adultos Mayores del Área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León”** y han dictaminado lo siguiente:

	APROBADA	RECHAZADA	DIFERIDA	FIRMA
Dra. Sandra Emma Carmona Valdés	<input checked="" type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	
Dra. María Concepción Arroyo Rueda (Co-asesor)	<input checked="" type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	
Dra. Sagrario Garay Villegas	<input checked="" type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	
Dr. José Alejandro Meza Palmeros	<input checked="" type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	
Dr. Luis Enrique Soto Alanís	<input checked="" type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	

En vista de lo cual, hemos decidido Acceptar esta tesis y damos nuestro consentimiento para que sea sustentada en examen de grado del Doctorado en Filosofía con Orientación en Trabajo Social y Políticas Comparadas de Bienestar Social.

Vo.Bo.   
**MTS. María Francisca García Ramos**  
 Subdirectora de Estudios de Posgrado  
 Facultad de Trabajo Social y Desarrollo Humano UANL



San Nicolás de los Garza N.L. a 10 de Julio de 2018

Av. Universidad s/n, Ciudad Universitaria, C.P. 66455  
 San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México.  
 Tel.: (81) 83521309, (81) 8376 9177, (81) 8352 9511,  
 (81) 8376 5358 (81) 8329 4000 / ext: 4440



**DEDICATORIA.**

*Me he robado un poco del sol para que en tú mirada no falte,  
A Soledad, mi madre, por ser raíz,  
Que estas hojas se transformen en símbolo de amor y agradecimiento.*

## **AGRADECIMIENTOS.**

Este viaje de investigación intento recuperar los juegos, las fantasías, los miedos, las travesuras, las trasgresiones, los tabúes y las represiones de hombres y mujeres mayores, que en el tránsito de esta etapa de vida han catalogado su vejez desde “los inviernos” sociales, por lo que, resultan insuficientes estas líneas para agradecer profundamente a todos y cada uno de los participantes en este estudio, por brindar a una servidora más allá de una entrevista, un recorrido por su vida íntima. Agradezco de cada uno de ellos las risas, el llanto, las anécdotas, las dudas y la apertura, y sobre todo, por hacer de la etapa del trabajo de campo una de las experiencias de mayor crecimiento profesional y personal.

Es necesario agradecer el esfuerzo plasmado en esta tesis doctoral a las personas que sin lugar a dudas contribuyeron de forma directa o indirecta a la idea de investigación y al desarrollo de la misma. En este tenor, mi gratitud ilimitada a la Mtra. Olga Lidia Martínez Chapa quien fue una de las primeras personas en confiar en mí para la realización de esta meta profesional.

En seguida quiero reconocer a mi Directora de tesis, la Dra. Sandra Emma Carmona Valdés, quien desde el inicio de mi proceso de aventuró junto conmigo a un tema poco explorado, y en el que pocos confiaban. Agradezco a ella su acompañamiento durante más de cuatro años, quien fue guiando de manera persistente mi proceso investigativo, donde su asesoría y apoyo ilimitado posibilitó concluir de manera satisfactoria este documento. Para ella mi reconocimiento por su calidez humana y su profesionalismo, y sobre todo por haberme enseñado que la investigación debe ser un ejercicio de libertad.

En el mismo sentido, mi gratitud a la Dra. María Concepción Arroyo Rueda, quien a la distancia se hizo presente con sus observaciones para enriquecer este estudio, y de quien espero seguir aprendiendo sobre investigación cualitativa. De igual forma a la Dra. Sagrario Villegas Garay y al Dr. Alejandro Meza Palmeros quienes siguieron mi proceso de forma cercana, ya que dentro de los diversos seminarios y talleres enriquecieron de manera teórica y metodológica este documento, mi gratitud para cada uno de ellos por compartir sin reservas sus conocimientos. Al Dr. Luis Enrique Soto Alanís, por ser en esta ocasión, además de amigo, un integrante de mi Comité doctoral, contribuyendo de forma significativa al logro de esta meta personal y profesional. Asimismo al Dr. Ricardo Iacub, que como experto en el tema, revisó mi documento dándome aportaciones importantes para redireccionar el análisis, agradezco el tiempo que de forma desinteresada dedicó a la revisión sus valiosas observaciones que enriquecieron la misma.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por otorgarme la beca de manutención, la que me permitió realizar estudios de posgrado de alta calidad en la Universidad Autónoma de Nuevo León, apoyo económico que permitió mi dedicación exclusiva. A la Facultad de Trabajo Social y Desarrollo Humano, especialmente a la M.T.S. María Teresa Obregón Morales, a la M.T.S. Laura González y a la Mtra. Ana María Contreras Ramírez por su apoyo invaluable.

A los Doctores de la Posgrado con quien tuve la fortuna de ser su alumna, quienes contribuyeron de forma significativa a la reflexión teórica, epistemológica y metodológica, ya que sin sus aportaciones no hubiese sido posible la reflexión acerca del Trabajo Social y las políticas sociales. Además a mis compañeros de grupo con quienes compartí aula Alexandra, Jaime, Eunice y fueron eco de mis emociones y sentimientos, por esos días y noches interminables de risas, lecturas, comprensivos y todo el cúmulo de aprendizajes que desencadenó en nosotros estar en un programa de excelencia, así como por la creación de un espacio de reflexión y colaboración. Agradezco a mis compañeras de taller Rosy, Bárbara, Karina, quienes realizaron observaciones atinadas para el perfeccionamiento de mi documento, gracias por las risas con las que cada semana iluminaban mi proceso de investigación.

A las instituciones que favorecieron el acercamiento con los adultos mayores, especialmente a GERICARE y a la Mtra. Bárbara Diego Pérez por facilitar el acercamiento y brindar sus instalaciones para la realización de las entrevistas.

En el plano familiar, quiero agradecer a las personas que me han acompañado, quienes con su comprensión y apoyo han alentado esta travesía, especialmente a mi hermana Brisia por estar en mis momentos de crisis, y por escuchar mis reflexiones incipientes sobre el análisis, ¡Hermana has sido el roble que me ha mantenido firme en mis más duras batallas! A mis “madrinitas” Julissa y Cecilia, por su apoyo incondicional y ser escape de mi estrés, además por estar en la “salud y la enfermedad”. De igual forma a mi amigo Guillermo, quien posibilitó mi experiencia del “encierro” para poder terminar este documento, agradezco a él sus regaños, palabras de aliento y conversaciones que me han permitido reflexionar sobre el ser y sus potencialidades, además de ayudarme a saltar al vacío sin flotador.

Y a todas las personas que decidieron emprender otros caminos y diluirse en este viaje hacia la incertidumbre, la confusión y la duda.

*Para que cuando falte luz, yo te pueda cambiar los inviernos,  
He dejado un poco de calor en mis manos para acariciarte,  
Y he guardado mi corazón en tu piel para siempre abrazarte,  
(Carlos Rivera, día de lluvia).*

## TABLA DE CONTENIDO.

Dedicatoria.	v
Agradecimientos.	vi
Tabla de contenido.	vii
Índice de tablas y cuadros.	x
<b>Resumen.</b>	vi
<b>Introducción.</b>	1
<b>Capítulo I. Planteamiento del problema.</b>	4
1.1 Problema de investigación.	4
1.1.1 El erotismo como construcción socio-genérica.	4
1.1.2 Implicaciones del erotismo en la vejez.	7
1.2 Objetivo general y objetivos específicos.	13
1.3 Justificación y factibilidad del estudio.	13
1.3.1 Implicaciones para las políticas sociales.	13
1.3.2 Implicaciones para las ciencias sociales.	15
1.3.3 Implicaciones para el Trabajo Social.	16
1.3.4 Factibilidad del estudio.	17
<b>Capítulo II. Fundamentación teórica.</b>	18
2.1. Recorrido socio-histórico del erotismo en adultos mayores.	19
2.2 Construcciónismo social	25
2.2.1 Socialización.	28
2.2.2 Lenguaje.	29
2.2.3 Subjetividad y significados sociales.	30
2.2.4 El género como construcción social	31
2.2 Debate conceptual: entre sexualidad y erotismo.	33
2.3 Construcciones sociales del erotismo.	40
2.3.1 Construcciones sociales de la sexualidad.	42
2.3.2 Construcciones sociales del deseo y el placer.	44
2.3.3 Construcciones sociales del cuerpo.	46
<b>Capítulo III. Estrategia metodológica.</b>	50
3.1 El erotismo, un tema “mudo” dentro de la investigación social.	50
3.1.1 Enfoque cualitativo-interpretativo.	50
3.2 Contexto de referencia del estudio.	53
3.2.1 Contexto sociodemográfico.	53
3.2.2 Contexto socio-cultural.	55
3.3 Población de estudio.	58
3.4 Sujetos de estudio y tipo de muestra.	59
3.5 Participantes del estudio.	60
3.6 Técnicas e instrumentos de investigación.	62
3.7 Categorías de análisis del estudio.	63
3.8 Análisis de la información.	64
3.9 Aspectos éticos del estudio.	67
3.10 Validez y confiabilidad de la información.	68
3.11 Limitaciones del estudio.	69
	70

<b>CAPÍTULO IV. Construcciones sociales de la sexualidad.</b>	
4.1 Introducción.	70
4.2 Sexualidad en mujeres mayores.	71
4.2.1 Patrones de sexualidad en mujeres mayores.	71
4.2.1.1 La maternidad como prioridad.	71
4.2.1.2 Sexualidad en transición: “feria de muchos cohetes”.	76
4.2.2 Pensamientos y fantasías sexuales.	79
4.2.2 Prácticas sexuales.	80
4.2.3 Masturbación y autoerotismo: uso de juguetes sexuales.	84
4.3 Sexualidad en hombres mayores.	85
4.3.1 Patrones de erotismo en hombres mayores.	86
4.3.1.1 Sexualidad hegemónica: “hasta las escobas agarran”.	86
4.3.1.2 La sexualidad en transición: “hacer el amor”	89
4.3.2 Pensamientos y fantasías sexuales.	92
4.3.2 Prácticas sexuales.	93
4.3.3 Masturbación y el autoerotismo.	98
<b>CAPÍTULO V. Construcciones sociales del deseo y el placer.</b>	100
5.1 Introducción.	100
5.2 Deseo y placer en mujeres mayores.	101
5.2.1 Deseo e interés erótico.	101
5.2.2 Placer: el orgasmo femenino.	106
5.2.3 Vestíbulos del deseo y el placer.	108
5.2.3.1 El amor.	109
5.2.3.2 El romanticismo.	111
5.3 Deseo y placer en hombres mayores.	112
5.3.1 Deseo e interés sexual.	112
5.3.2 Placer: el orgasmo masculino.	117
5.3.3 Vestíbulos del deseo y el placer.	118
5.3.3.1 El amor.	118
5.3.3.2 El romanticismo.	120
<b>CAPÍTULO VI. Construcciones sociales del cuerpo.</b>	122
6.1 Introducción.	122
6.2 Reconocimiento del cuerpo en mujeres mayores.	123
6.2.1 Nivel estético.	123
6.2.1.1 Descontento con el cuerpo.	128
6.2.2 Nivel funcional.	130
6.2.3 Habilidad del cuerpo a nivel estético y funcional.	134
6.3 El reconocimiento del propio cuerpo de hombres mayores.	139
6.3.1 A nivel estético.	139
6.3.1.1 Descontento con el cuerpo.	143
6.3.2 Nivel funcional.	144
6.3.3 Habilidad del cuerpo a nivel estético y funcional.	150
<b>Conclusiones.</b>	154
<b>Referencias bibliográficas.</b>	169

**Anexos.**

Anexo 1. Mujeres participantes del estudio.

Anexo 2. Hombres participantes del estudio.

Anexo 3. Guía de entrevista.

Anexo 4. Carta de consentimiento informado.

Anexo 5. Publicidad del estudio.

**Índice de tablas.**

Tabla 1.	Abordajes de la sexualidad y el erotismo.	39
Tabla 2.	Pedagogía del erotismo.	42
Tabla 3.	Población de 60 años y más residentes en Nuevo León según grupos de edad y sexo.	54
Tabla 4.	Población de 60 años y más residentes en el Área Metropolitana de Nuevo León según sexo.	55
Tabla 5.	Distribución de las personas que participaron en el estudio por edad y sexo.	61
Tabla 6.	Distribución de las personas que participaron en el estudio por estado civil.	61
Tabla 7.	Distribución de las personas que participaron en el estudio por estado civil.	61
Tabla 8.	Distribución de las personas que participaron en el estudio por escolaridad.	62
Tabla 9.	Categorías del estudio.	64

## **CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL EROTISMO. UN ESTUDIO CUALITATIVO EN ADULTOS MAYORES DEL ÁREA METROPOLITANA DE MONTERREY, NUEVO LEÓN.**

### **RESUMEN**

El presente documento es una investigación cualitativa que analizó las construcciones sociales que subyacen al erotismo de hombre y mujeres mayores del Área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León, interés que se originó al explorar las reglamentaciones y normas sociales desde las cuales la cultura ha determinado el posicionamiento de sujetos eróticos. Para cumplir con esta finalidad se examinan los significados sociales que se entretejen alrededor del sujeto envejecido, por lo tanto, se parte del supuesto de que el erotismo es una dimensión social que es creada, normalizada y reproducida a través de procesos históricos, culturales y sociales que son subjetivados dentro de las identidades individuales, intentando develar la siguiente pregunta de investigación: ¿Cuáles son las construcciones sociales que subyacen al ejercicio del erotismo de personas adultas mayores del Área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León?

Para llevar a cabo dicho análisis se plantearon los siguientes objetivos específicos: 1) Profundizar en los significados de la sexualidad; 2) Determinar la influencia de los significados del cuerpo en el erotismo; y, 3) Comprender el posicionamiento de sujetos de deseo y gozo. Sus resultados contribuyen al campo del género, las ciencias sociales y el Trabajo Social. En este sentido, la importancia de realizar este estudio radicó en generar conocimiento especializado acerca del tema, además de contribuir a la visibilización, reconocimiento y problematización del fenómeno dentro del imaginario público, institucional y político.

La propuesta teórico y metodológica en la que se soportó la investigación fue el construccionismo social, marcos que permitieron dar sentido y significado a todas las etapas de la investigación, ya que parten del supuesto de que la realidad social se construye socialmente en un tiempo y en un contexto determinado, verdades que son interiorizadas en las personas y reflejadas en su identidad personal. Estos marcos de sentido representaron los lentes a través de los cuales se analizaron las interpretaciones, las experiencias y las narraciones de 18 mujeres y 13 hombres mayores de 60 años. De tal manera, se visualizó cómo los sujetos de investigación afrontan su ejercicio erótico en esta etapa de vida de acuerdo a los discursos socialmente validados sobre los fenómenos de erotismo, intimidad, vinculación afectiva e imagen corporal en un sentido amplio de placeres y goces.

Derivado del trabajo de campo se pudo evidenciar el imaginario colectivo que ha determinado las rupturas y permanencias que se imponen como discurso de poder-verdad hacia las personas mayores. De tal suerte, que los condicionamientos sociales, religiosos, morales, estéticos, culturales y de salud se han entretejido dentro de los significados sociales que las personas mayores atribuyen a su erotismo marcando permanencias y rupturas en ese sentido. Cabe señalar que el afrontamiento que tanto hombres como mujeres mayores no fue definida desde un discurso homogéneo, sino desde claros marcados

por la pluralidad, la contradicción y el dinamismo, elementos que articulan la subjetividad erótica en una realidad contextual acotada.

Entre los principales hallazgos se destaca la presencia de diversos modelos de erotismo en hombres y mujeres mayores, los cuales se explican por los imaginarios de masculinidad y feminidad impuestos. En el caso de los hombres mayores se evidenció la presencia tanto de visiones tradicionales asociadas a la idea del macho dominante, coitocentrista y siempre dispuesto al encuentro erótico, como de concepciones que sugerían una reposicionamiento del arte erótico (espiritual, emocional). Para las mujeres mayores en cambio, las visiones aparece la figura tradicional que vincula el erotismo a la reproducción, la maternidad y diversos fenómenos fisiológicos asociados a la sexualidad, además en tal postura apareció de forma recurrente la imagen cosificada y dependiente del hombre.

Otra dimensión explorada fueron los campos del deseo y del placer, mostrando diferenciaciones a la hora de la construcción de sujetos eróticos. Es así que para las mujeres aparece un deseo olvidado tras el paso del tiempo, ya que se identificó que el deseo es ajeno a su categoría social. En el caso de los hombres, se muestran connotaciones de un deseo continuado en la vejez, interpretada desde una supuesta naturaleza masculina. Consecuentemente aspectos como el amor, la afectividad y el romanticismo se muestran como antecelas para desencadenar el deseo y el placer, no así para los hombres incluidos en el estudio. Por otro lado, el placer se identifica como un área prioritariamente masculina, ya que en todos sus contactos íntimos experimentan gozo y desahogo sexual a través del orgasmo y la eyaculación, no así para las mujeres, las que en su gran mayoría mostraron desconocimiento del “*término*” en la relación sexual.

Dentro de los significados que hombres y mujeres aducen a su cuerpo se encuentran marcados por diversas posturas, que tanto en un grupo como el otro determinan su posicionamiento erótico y que reflejan sus procesos de reelaboración de su imagen corporal de acuerdo a su historia biográfica y a los significados socialmente atribuidos a la estética y la belleza. Para los varones en este sentido, el reconocimiento del propio cuerpo se encuentra asociado a diversas ideas que convergen entre la funcionalidad, la potencia física, la comparación con otros y con ellos mismos, así como de la idea del culto narcisista al cuerpo, postura que señala que aún y con el proceso de envejecimiento los hombres mayores señalan cotizarse dentro del mercado amoroso y erótico.

En cambio para las mujeres, el hecho de envejecer presupone un alejamiento de las pasiones debido a un cuerpo que refleja el paso del tiempo, de tal forma que la aparición de signos como los pechos caídos, la “*pancita*”, piel flácida, arrugas adquieren una simbología que las aleja del modelo de feminidad impuesto. Por lo que, el reconocimiento que estas mujeres hacen acerca de su cuerpo estrecha sus posibilidades de considerarse atractivas y sexualmente elegibles ante la evaluación masculina.

## INTRODUCCIÓN.

El ejercer el erotismo<sup>1</sup> de forma plena, satisfactoria y placentera es una dimensión vital de los seres humanos que les permite construir el bienestar personal, la identidad y la salud. Además se relaciona con el contacto, la intimidad, la ternura, la expresión emocional, el amor y las múltiples variaciones que las personas necesitan para sentirse integrados al medio social (Aldana, 2008; Iacub 2006; Iacub, 2007). Así, el erotismo está relacionado con la actitud ante la vida que implica abrir los sentidos para experimentar sensaciones que provoquen goce, pasión por algo o alguien y, una forma de libertad para expresar la pulsión de vida en lo que se hace o a quien se desea.

El erotismo –desde su definición clásica- es la capacidad humana de experimentar respuestas subjetivas que evocan los fenómenos físicos percibidos como el deseo sexual, la excitación y el orgasmo (OMS-OPS, 2000). Sin embargo, el término va más allá de la dimensión sexual, ya que conjuga dimensiones psicológicas, socioeconómicas, éticas, culturales, estéticas y religiosos. Por lo que, situar el tema de esta investigación en el erotismo responde a que el término se considera más amplio y profundo que el mero impulso biológico (sexualmente atribuible), que si bien es cierto es un factor relevante también lo son la serie de construcciones y significados que moldean la conducta de los individuos, las que están delineadas desde el erotismo.

En este sentido, para este trabajo el erotismo ha de referirse al proceso subjetivo-dialéctico que identifica a los individuos como sujetos de deseo, amorosos y abiertos al goce de forma integral. Se parte de la definición brindada por Bellato (2007), quien entiende al erotismo como formas de satisfacción del deseo con cierta carga sexual en determinadas condiciones espacio temporales. Desde la visión particular de Rubio y Aldana (2008), el erotismo abarca un diversificado conjunto de manifestaciones afectivas, sexuales, conductuales, en el que convergen elementos como la belleza, la armonía, el equilibrio y la pasión por la entrega.

El erotismo puede manifestarse de diversas formas, como se señaló anteriormente. Se experimenta por medio de pensamientos, fantasías, deseos, conductas, actitudes, valores, actividades, prácticas, roles y relaciones. Incluye además conductas auto-eróticas, conductas homosexuales, conductas heterosexuales, estímulos visuales y búsqueda de formas de disfrute y satisfacción sexual. Cabe señalar que las manifestaciones del erotismo están condicionadas por la biografía del sujeto, la familia, el género al que se pertenezca, la edad, la imagen corporal y la identidad, las que obedecen a un conjunto de construcciones sociales que van cambiando de acuerdo a la “moda” o costumbres sociales y los guiones impuestos, los que determinan la inclusión o exclusión en el plano erótico (Aldana, 2008).

Como punto de inflexión, las construcciones sociales se han reflejado a lo largo de la historia en reflexiones filosóficas, morales, estéticas, religiosas, médicas y psicológicas que han tendido a delinear lo que se conoce como “erotismo convencional”. A partir de estas creencias y disciplinas del conocimiento humano se han marcado los límites entre lo

---

<sup>1</sup> Los orígenes de la palabra erotismo se remontan a la mitología griega, en la que *Eros* (hijo de *Afrodita* y de *Ares*), Dios del amor, de la atracción sexual y del sexo, -la fuerza fundamental del mundo- y que se relacionaba con la reproducción de las especies y la cohesión del cosmos.

prohibido y lo permitido, así como también se han determinado los parámetros entre la libertad y el castigo, un constante juego de inclusión y exclusión de los sujetos que les permite el acceso al gozo, placer y el deseo (Aldana, 2008; López et al, 2006).

Dentro de los discursos y contradiscursos que circulan en el espacio social para definir sujetos abiertos al goce se encuentra la edad y el género, de tal forma que el curso de vida ha quedado marcado por estadios socialmente estructurados de crecimiento y desarrollo. Dichos estadios se reflejan en la reglamentación que se hace de la vida erótica del sujeto, ocasionando que su erotismo este permitido desde ciertos parámetros –fertilidad, genitalidad, juventud e imagen corporal-, que hacen que lo que este fuera de ellos sea invisibilizado en el espacio público. Tal es el caso de los adultos mayores, pues la sociedad ha construido una imagen erotofóbica y restrictiva del ejercicio de los goces en edades avanzadas. Pues se ha considerado que las manifestaciones de placer en esta etapa de vida trasgrede de la norma sociocultural delimitada desde un modelo único de erotismo (Arango de Montis, 2008a).

El ejercicio del erotismo en las personas mayores aparece constituido por un conjunto de mitos y estereotipos que atribuyen a la vejez su retiro natural y fuera de discusión dentro del imaginario colectivo, el que ha hecho que el goce sensual en esta etapa de vida se transforme en ternura y cariño, sin otro fin (Iacub, 2006). Estas representaciones han incidido no sólo en los modos de vivenciar y construir lo erótico, sino también en las formas de establecer una estética de amor y de definir un cuerpo abierto o cerrado a las expectativas del otro (Aldana García, 2008). De tan manera que el imaginario de la vejez se alimenta de prácticas, discursos y acciones que han situado la representación de la vejez como sinonimia de la enfermedad, la pérdida, la decrepitud e incluso la proximidad a la muerte. Por lo tanto, al ser la última etapa del ciclo de vida se ha pensado que la vejez como un periodo asexual (Arango de Montis, 2008b).

¿Por qué abordar el tema del erotismo en las personas mayores?, es una pregunta que surge tras considerar el fenómeno como un asunto inexistente y prohibido. Como lo señala Iacub (2007), el erotismo en la vejez ha sido una temática poco abordada desde el punto de vista cultural, histórico y político, lo cual es reflejo de la negación que la sociedad ha creado acerca de este tema, silencio que se ha reflejado en el campo de las ciencias sociales al existir limitados intentos por estudiar el fenómeno desde una visión integral. En este sentido, la presente investigación fue un intento por develar los claroscuros de la erótica en personas que transitan a la vejez, intentando dar voz a las condiciones discursivas de hombres y mujeres mayores, con sus mitos, miedos, tabúes, narrativas, ideas, percepciones, restricciones, temores, emociones y vivencias, por lo que, este estudio constituye un viaje de análisis e introspección al mundo natural desde el que las personas mayores han circunscrito su ejercicio erótico y los fenómenos que a él acontecen. En este sentido, el estudio se planteo analizar la construcción del erotismo en la vejez de adultos mayores el área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León.

Para alcanzar la finalidad de la investigación hubo que darle estructura a cada una de las partes que la componen, de tal suerte que el documento está estructurado por siete capítulos que fueron construidos de forma circular, dinámica y flexible dada la naturaleza de la investigación cualitativa. Dentro del primer Capítulo denominado **Planteamiento del**

**Problema** se integra el problema de investigación desde el que se inserta el erotismo como construcción socio-genérica y las implicaciones del erotismo en la vejez, posteriormente se señalan los objetivos y justificación de la misma para las políticas sociales, para las ciencias sociales, para el Trabajo Social y para los sujetos de investigación.

Consecuentemente, un problema de investigación necesita uno o varios lentos que permitan aprehender y entender la realidad social que se pretende analizar, así el Capítulo **Fundamentación Teórica** integra el construccionismo y la teoría de género como elementos que dieron orientación al proceso de investigación, ya que solo es posible analizar a los sujetos en su contexto histórico específico, explorando las condiciones (históricamente variables) que generan la importancia atribuida al erotismo en un momento en particular. No hay que omitir que dentro de este apartado fue pertinente realizar un debate conceptual sobre los términos de sexualidad y erotismo, lo cual aclaro el uso de ambos durante el estudio. Posteriormente, dado que se considero que el erotismo es una construcción social, las perspectivas desde las que se ha abordado el mismo fue trascendental plasmarlas en este capítulo, las que han marcado diversas significaciones durante la historia. En último lugar se aclaran algunas precisiones conceptuales dentro de la obra.

En el capítulo siguiente: **Estrategia Metodológica** se identifican los siguientes elementos: el enfoque de estudio cualitativo; el contexto de referencia demográfico, social y cultural, la población; la muestra; la caracterización de los sujetos; la técnica de investigación; el análisis de la información, y; algunos aspectos de validez y confiabilidad que permitieron que la información recabada cumpliera con los estándares académicos y científicos. Cabe puntualizar, que los sujetos de estudio fueron 13 hombres y 16 mujeres mayores de 60 años, los cuales fueron interrogados mediante la entrevista a profundidad, técnica que permitió que emergiera información suficiente para alimentar las categorías de análisis. Finalmente se señalan algunas vicisitudes del trabajo de campo y limitaciones del estudio.

En el mismo tenor, los hallazgos encontrados tras el trabajo de campo se integran en los capítulos IV, V y VI, donde se señalan los significados sociales e individuales del erotismo, las manifestaciones del erotismo y el cuerpo como espacio donde se inscribe el ejercicio erótico. Es preciso señalar llegado a este punto que en cada uno de estos capítulos se incluyeron las visiones tanto de hombres como de mujeres y al final de cada uno de ellos se discutió las principales discrepancias y semejanzas en ambos grupos de edad.

Finalmente en el último capítulo se señalan algunas recomendaciones, sugerencias y futuras líneas de acción que podrían abordarse en estudios subsecuentes, conclusiones que podríamos abreviar en los siguientes términos: se presenta una multiplicidad de maneras de vivenciar lo erótico en hombres y mujeres en relación a la edad, el género y la condición social, partiendo de la idea de que estas vivencias se producen en un espacio social, de tal suerte que las personas acepta, manipulan y trasgreden diversos mandatos sociales en relación al género, erotismo y sexualidad.

## **CAPÍTULO I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.**

Dentro de este apartado se incluyen los principales elementos del problema de investigación, los que dan cuenta de la forma en que el erotismo en la vejez se ha visto moldeado por un conjunto de construcciones sociales, entre las que se incluye la social, la histórica y la genérica. A continuación se incluye como las construcciones sociales sobre el género dan cuenta de los significados y manifestaciones que tiene para las y los adultos mayores la vida erótica en esta etapa de vida, desde los cuales se genera una serie de interrogantes que conducen el presente estudio, los objetivos y la justificación del mismo.

### **1.1 Problema de investigación.**

#### **1.1.1 El erotismo como construcción socio-genérica.**

El ejercer el erotismo de forma plena, satisfactoria y placentera es una dimensión vital de los seres humanos para permitirles construir el bienestar personal y la salud física, mental, emocional y psicológica (Flores y Parada, 2008). Además se relaciona con el contacto, la intimidad, la ternura, la expresión emocional, el amor y las múltiples variaciones que las personas necesitan para sentirse integrados al medio social (Aldana, 2008; Iacub 2006). Asimismo para Delfín (2008) y De Luna (2008), el erotismo se relaciona con el proceso subjetivo que experimentan los individuos como sujetos de deseo, amorosos y abiertos al goce, por lo tanto, el SER erótico se vincula con una actitud ante la vida, lo cual implica abrir los sentidos para experimentar sensaciones que provoquen goce, pasión y armonía. De esta forma se puede observar que el erotismo es un fenómeno complejo que si bien tiene su eje en el sujeto, éste está determinado por su adscripción social.

Bajo este argumento Weeks (1998), comenta que el erotismo, así como los fenómenos que a él subyacen, se identifican como construcciones sociales, ya que comprenden las variadas formas en que los significados, los deseos, las emociones y las relaciones son configuradas por la sociedad en la que se vive, bajo la cual se moldean socioculturalmente las reglas de actuación en esta área. Así, las sociedades han tenido la necesidad de organizar los intercambios eróticos y las posibilidades de organización de la vida íntima de los sujetos, pero como lo apuntan algunos autores, ha existido una gran variabilidad de formas en que se ha producido la regulación en el plano erótico, mismas que se han hallado ancladas a la organización y orden social, la idiosincrasia y los valores predominantes en un momento en particular (Garita, 2004; López *et al.*, 2006; López y Olazabal, 2005).

De esta forma, las construcciones sociales que permean al erotismo representan para los sujetos un área que imposibilita que todos puedan acceder de forma igualitaria a la satisfacción de sus necesidades eróticas, por lo que, existen una serie de mecanismos de regulación que favorecen a cierto segmento de la población, pero que limita y posiciona a otros a un espacio de exclusión, los cuales operan bajo esquemas normativos para introducir (y agudizar) las jerarquías y segregaciones. Específicamente algunos autores señalan que las principales restricciones se refieren a estructuras que se relacionan de manera preponderante con discursos etéreo-genéricos que se alimentan de ideologías religiosas, médicas, filosóficas, psicológicas, sociales y culturales (Katz, 2010; Weeks, 1998).

En este sentido, la edad ha sido una de las dimensiones que ha permitido explicar el erotismo convencional de aquel que sale fuera de la norma sociocultural (Week, 1998). Bajo esta lógica, la edad cronológica se ha pensando como una variable social que determina el comportamiento de los sujetos (Aldana, 2008; López *et al.*, 2006). Resaltan los aportes de algunos autores al respecto, al considerar que el erotismo ha sido una dimensión permeada por la ideología juvenilista, ignorando y censurando cualquier otra manifestación de éste en los demás grupos de edad. Así para Danto (2005) y Iacub (2006), el hecho de que el erotismo sea permitido en estos grupos de edad obedece a las lógicas que determinan los fines del erotismo, en este caso, se ha pensado que el erotismo es una manifestación única de la sexualidad, por lo tanto se asocia a aspectos como la reproducción, la genitalidad y la imagen corporal del cuerpo con propósito natalistas.

Por su parte, el género también es una ideología que ha representado para las personas una de las principales limitaciones para acceder al placer y al amor. A partir de ello, los procesos de socialización ha diferido para hombres y mujeres ocasionando la apertura de dos espacios dicotómicos y mutuamente excluyentes: lo femenino y lo masculino, desde los que se define las funciones, los roles, los estilos de vida y los espacios de actuación (Lagarde, 1996). Estas diferencias constituyen lo que se conoce como construcción cultural de género<sup>2</sup>, el cual llega a vivirse como un condicionamiento sobre el que se estructura el orden social. En palabras de Lamas (1996), estas construcciones hacen referencia a la

---

<sup>2</sup> Estas construcciones obedecen a un sistema patriarcal, que apoyado en la predeterminación biologicista organiza a la comunidad en dos bandos desiguales, los que llegan a vivirse como naturales e incuestionables. Y se edifica a través de las prácticas, ideas, discursos y reglamentaciones sociales que regulan y restringen la conducta objetiva y subjetiva de las personas, desde las que se determinan las características propias de cada sexo (Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia, 1998, citado en Carmona, 2003).

fabricación cultural e histórica de lo femenino y lo masculino, la cual se define como conjunto de prácticas, ideas y discursos relativos a la feminidad y la masculinidad, que determinan el tipo de características consideradas socialmente como masculinas (adjudicadas a los hombres) y como femeninas (adjudicadas a las mujeres).

Esta lógica basada en las diferencias naturales de los sexos implica formas de organización a su vez en el plano de erotismo. Para Bonino (2000), se espera que el hombre asuma el rol dominante y activo dentro de las relaciones amorosas (lo cual incluye las relaciones sexuales), por lo que, de acuerdo a él se le da mayor estatus a la virilidad, a la potencia sexual y al éxito en el sexo, elementos que se han considerado exclusivos del género masculino (Butler, 2013; Cuchiari, 2013; Lamas, 1996; Lagarde, 1996; Scott, 2013). Esto se contrapone con el comportamiento que se espera las mujeres adopten, ya que se desea que las mujeres asumen el rol pasivo y dependiente, hecho que las coloca en un lugar de objeto. Así, las sociedades se han estructurado en base a una “masculinidad hegemónica”, en la que los hombres han detentado el poder para reglamentar, normalizar y dominar las relaciones sociales (Sherry y Harriet, 1997).

Consecuentemente se establece el modelo de la “normalidad” a partir del cual las prácticas sexuales son valoradas y evaluadas, de manera que mientras más se alejen de lo aceptado como “normal”, más se considerarán como disfunciones sexuales. De acuerdo con este modelo el placer sexual se centra en la sexualidad coital, heterosexual, en la que el orgasmo y el coito aparecen como las actividades genuinas y más gratificantes para hombres y mujeres (Alcántara y Amuchástegui, 2004) Este modelo se basa fundamentalmente en una perspectiva esencialista y biologicista que limita la concreción del deseo sexual a los fines de la heterosexualidad reproductiva y androcéntrica, dejando de lado la diversidad de expresiones más allá de la genitalidad y las diferencias que se pueden encontrar en la sexualidad femenina y masculina en contextos diferenciados.

De acuerdo a los procesos de socialización, las mujeres aprenden, por un lado, a exaltar la función maternal y de cuidados<sup>3</sup>, y por el otro, a “descorporizar” sus necesidades eróticas (Beauvoir, 2005). En el primer caso, las mujeres, aprenden que el ejercicio de su sexualidad sea permitido en función de la formación de la familia y la reproducción, así de acuerdo a la visión de algunas autoras el ejercicio erótico se ubica principalmente en etapas como la formación de la pareja y el nacimiento y cuidado de los hijos, obviando la existencia de necesidades eróticas bajo otros parámetros (Lamas, 1997; Lagarde, 1996). En el segundo caso, las mujeres aprenden a evocar el erotismo desde las manifestaciones afectivas y emocionales, con lo cual esta necesidad no se representa de forma directa con los genitales. De acuerdo a Sherry y Harriet (1996), a menudo la mujer no se siente con el derecho de desear a alguien, tampoco a la autoestimulación para provocar el propio placer, ya que suele percibir su cuerpo como objeto de trabajo, sacrificio y sumisión, en la espera de un “otro” quien es el que descubre su erotismo, lo cual la hace dependiente.

En contraste, los hombres son educados para “sobregenitalizar” en una sociedad que da culto a la virilidad (Aldana, 2008; Butler, 2013). Para los hombres el erotismo implica sólo

---

<sup>33</sup> Para algunos autores, la maternidad ha sido una función social que ha sido sobrevalorada que se relaciona con la creación de imágenes sociales que adquieren un valor social, simbólico, ideológico, económico e incluso hasta político dentro de las sociedades (Lamas, 1997; Lagarde, 1996).

los genitales y del deseo sexual sobre otras formas de manifestación del erotismo, haciendo que estas parezcan secundarias o ajenas al resto de la satisfacción erótica. Es por esta razón que los hombres educados bajo esta premisa otorgan mayor importancia a los fenómenos fisiológicos relacionados con la eyaculación y el orgasmo como sinónimo de masculinidad. De especial manera se sostiene una sexualidad centrada en el placer masculino, por lo que algunos autores señalan que las sociedades se han caracterizado por sostener un sistema patriarcal coitocentrista (Lagarde, 1996; Conway, Bourque y Scott, 1996; Weeks, 1998).

De acuerdo a estos argumentos iniciales, las construcciones sociales de género atraviesan a los sujetos en todas las fases del ciclo de vida (Lagarde, 1996). De esta forma a la vez que aparecen restricciones para el ejercicio de los goces de acuerdo a la edad cronológica, también estas diferencias se significan a partir del sexo biológico. Estas restricciones reflejan un espacio en el que la sociedad modela el erotismo, que de forma directa e indirecta es atravesado por un conjunto de relaciones sociales (y con frecuencia contradictorias), cada una de las cuales se interrelacionan para determinar la conducta apropiada. Por lo que el erotismo funciona mediante complejas y traspasadas estructuras de dominación y subordinación (Weeks, 1998).

### **1.1.2 Implicaciones del erotismo en la vejez.**

De acuerdo a lo expuesto anteriormente ¿Cuáles son las implicaciones de las construcciones de la edad y el género en personas mayores? Como primer premisa se expone que el género se corporifica en cuerpos concretos que se modelan socialmente, y por tanto, la experiencia erótica pasa necesariamente por esta construcción que se concretiza en prácticas sociales e individuales. Por ello más que hablar de erotismo, en singular, se puede hablar de experiencias eróticas mediadas por la edad y el género en diversos espacios que implican una economía del deseo diferenciada. Para la sociedad ha sido fundamental su ordenamiento a partir del género y la edad, esto ha supuesto una jerarquización en la que los límites entre una etapa y otra son totalmente arbitrarios y en donde subyacen relaciones de poder que aparecen naturalizadas.

Salvarezza (2005) analiza la sexualidad de los mayores bajo el paradigma del edadismo<sup>4</sup> en tanto que Iacob (2006) profundiza en este marco de interpretación, al poner de manifiesto cómo la vejez está ordenada desde una política de las edades, entendiendo por ésta, el modo en cómo una sociedad ejerce controles sobre el desenvolvimiento de los individuos con relación al concepto de edad, de manera análoga a cómo se lleva a cabo con el de género. Estos controles tienen lugar mediante diferentes estrategias como son el uso de la fuerza, la educación y el accionar disciplinario mediante procesos de socialización primaria y secundaria en el que interviene la familia, las instituciones, el Estado y la sociedad.

---

<sup>4</sup> El término edadismo (*ageism*) fue acuñado por Robert Butler en 1962, definiéndolo como un prejuicio sistemático y una discriminación contra las personas por el hecho de ser mayores. Por lo tanto, se entiende por edadismo cualquier actitud o estructura social e institucional que subordina a una persona o un grupo social en función de su edad, así como la asignación de papeles sociales basándose en ella. En sociedades regidas por este prejuicio hacerse mayor conlleva una pérdida de poder y autoridad y posiciona a los mayores a la exclusión, marginación y vulneración constante.

Durante la vejez se inicia una etapa en la cual el sujeto se ve obligado a abandonar comportamientos que había aprendido, por lo que, el individuo mayor tiene que iniciar un nuevo proceso de aprendizaje para adaptarse a un mundo social que lo percibe de forma diferente (Lopez y Olazabal, 2005; Hernández, 2008; Robles, 2006, Rey). Como lo señala Aldana (2008), la vejez es concebida como un periodo neutral, ya que se transita de roles y funciones eróticas a roles y funciones neutrales dentro de la sociedad. Al respecto Iacub (2007) comenta que las manifestaciones de placer en esta etapa de vida salen de la norma sociocultural que define los sujetos eróticos, y por lo tanto, los viejos se definen como sujetos asexuales y no eróticos.

Conjuntamente al discurso edanista surge el discurso médico, que reduce la sexualidad a las funciones reproductivas y desestima los aspectos eróticos y lúdicos de los cuerpos. Foucault (1970), sostiene que el discurso médico se basa en una visión utilitarista del cuerpo, según la cual éste no es concebido como objeto de goce, sino solo de conservación. Desde este discurso se “patologiza” el declive, el desgaste y la pérdida natural de capacidades y habilidades para favorecer la medicalización del sexo.

De esta forma se erigen significados sociales acerca de la vejez que la definen desde la enfermedad, la pérdida, la decrepitud e incluso la muerte, producto de los principales cambios a nivel anatómico y fisiológico durante el envejecimiento<sup>56</sup>. Tales cambios se asocian a la pérdida del deseo y potencia en el hombre viejo, por un lado, y la incapacidad reproductiva en la mujer anciana, por el otro (Arango, 2008). En este sentido, los hombres asumen que los cambios normales en su cuerpo se muestran como camino hacia la impotencia sexual, y las mujeres, que encasilladas en su rol maternal, al enfrentarse a la menopausia y perder su capacidad reproductiva asumen que sus necesidades sexuales y eróticas pierden sentido (López y Olazabal, 2005; Vazquez-Bronfman, 2006).

De esta forma, dentro del discurso médico surge la imagen de “la discapacidad sexual” dentro de la lógica en la que se asocia a la vejez como enfermedad y, de nueva cuenta, dentro de parámetros del desempeño de la juventud, que afectan de manera diferencial a mujeres y a hombres. Los cambios físicos, en el caso de estos últimos, limitan los goces y placeres sexuales en la medida en que cuestionan su identidad de género (Iacub, 2006), puesto que es uno de los pilares que masculinidad hegemónica ha construido a partir de la

---

<sup>5</sup> Los principales cambios en este nivel se relacionan esencialmente con una disminución en las funciones del sistema sensorial (visión, audición, gusto y olfato, tacto); se produce una pérdida importante de masa muscular y una atrofia de las fibras musculares; la masa esquelética reduce ya que los huesos se vuelven más porosos y tienen al quiebre; las articulaciones se tornan más rígidas, consecuentemente aparece una flexibilidad limitada; se produce una pérdida de fuerza, dificultad motriz, disminución de peso, aparición de arrugar en la piel, las cuales tienen una repercusión en la figura corporal, además de que surgen alteraciones en las funciones de los sistemas cardiovascular, respiratorio, nervioso, excretor y digestivo (Fouilloux Morales, 2008).

<sup>6</sup> De forma particular se observan los siguientes cambios físicos relacionados con la sexualidad: disminución de hormonas circulantes, pérdida de elasticidad de la piel, capacidades sensoriales y menor intensidad de respuesta sexual. En el hombre: reducción de la sensibilidad del pene, mayor dificultad de obtener y mantener la erección, pérdida de fuerza eyaculatoria, menos volumen de espermatozoides, alargamiento de período refractario, entre otros. En las mujeres reducción del tamaño de la vulva y la vagina, atrofia vaginal, adelgazamiento de las paredes vaginales, disminución de la lubricación vaginal, disminución de la duración e intensidad del orgasmo, por mencionar algunos (Fouilloux Morales, 2008).

virilidad y potencia sexual, y cuando se ven mermadas estas capacidades cuestionan el contenido que se le da a ser hombre.

De esta manera, en el caso de los hombres, tanto la genitalidad como la virilidad han sido los significados que han permeado su socialización en el plano erótico y sexual. Estos, al experimentar los cambios físicos se ven amenazados por las creencias que han predominado a lo largo de su vida en torno al poder masculino, de forma que al enfrentarse al envejecimiento se dificulta la elaboración de interpretaciones objetivas y realistas de los cambios normales en la vejez (Garita Sánchez, 2004; López y Olazabal, 2005). En el caso de las mujeres, los significados de la feminidad y la menopausia indican el punto de deterioro no sólo de la reproducción, sino también de la seducción y la belleza. Cabe mencionar que la menopausia hace que el erotismo pierda sentido para algunas mujeres en esta etapa de vida, en conjunción con los temores sobre el proceso menopáusico asociados a la pérdida de estatus sexual y afectivo (Aldana, 2008; Vázquez, 2006).

Llegado a este punto hay que señalar que existe vigente la vinculación entre el erotismo, la reproducción y la genitalidad, la cual se presenta como una restricción para considerar a los adultos mayores sujetos de deseo. Herencia de ello el ejercicio del erotismo se significa a partir de los órganos sexuales durante el coito, limitando la expresión de otras manifestaciones de los placeres (Garita, 2004; López *et al.*, 2006; López y Olazabal, 2005). Así, los adultos mayores educados bajo estas premisas socioculturales reproducen e internalizan este mensaje como parte de sus significados individuales. Por su lado, la evidencia empírica apunta en este sentido, ya que en un estudio realizado con mujeres mayores quienes señalan en un 75% que la sexualidad, al ya no tener un fundamento reproductivo, ya no hay necesidad de tener deseo sexual y de contacto físico (Ortiz, 2005).

Ahora bien, el discurso religioso se establece el modelo corporal de la mujer orientado a la reproducción, desplegada del placer y del deseo, en donde se asocia la sexualidad al pecado. Retomando a Foucault (2000: 21), el discurso religioso con sus dispositivos de control como la culpa, el pecado, la observancia del sexo para la reproducción sin placer erótico, marca un deber ser, que para las personas en etapa postreproductiva, juzga o califica como “pecado” o inadecuado la búsqueda de placer sexual. Después del periodo reproductivo se espera que la mujer regrese a la inactividad sexual, ya que ha acabado con el “mandato de género” destinado a la reproducción.

Otro elemento que limita a los adultos mayores a sentirse sujetos eróticos es el cuerpo envejecido, ya que como lo puntualiza Llanes (2013), tanto la belleza como el erotismo se consideran exclusivos de la juventud, el cual representa el discurso estético, en el que la “impertinencia estética”, se convierten en una categorías más de descalificación, que se intensifica sobre todo en contra de las mujeres. Así, los cuerpos de los envejecientes aparecen definidos desde la pérdida, la fealdad, el debilitamiento, la invalidez y las alteraciones progresivas que indudablemente conducirán a la muerte. En este sentido, algunos estudios reportan que el significado que los adultos mayores le dan a su cuerpo es aquel espacio donde los cambios y las transformaciones corporales se hacen presentes, los cuales se manifiestan en la pérdida de la belleza y éxito social, ocasionando que los adultos mayores pierdan lugar en el mercado de la estética, y por lo tanto, no puedan ser cotizados

en el mercado de la belleza, e incluso en el amor y el placer (Fouilloux, 2008; López y Olazabal, 2011; Vázquez, 2006).

Con la aparición de arrugas, canas, varices, senos caídos, cansancio crónico, pérdida de piezas dentales y determinadas enfermedades propias de la tercera edad causan que el cuerpo de los viejos sea visto como prisión, cárcel e incluso tumba (Iacub, 2006). Esto último, se relaciona con la idea que se tenía acerca del cuerpo de los viejos como cadáver (muerto en vida), el cual generaba rechazo social por no estar dentro los parámetros estéticos individuales que formaban parte de la imagen socialmente aceptada sobre hombres y mujeres (Martínez, 2004). En relación con ello, Ariel y Yuni (2011), señalan que los discursos sociales se articulan para definir un cuerpo, éstos construyen una representación uniforme, homogénea y única del cuerpo de los adultos mayores, determinado desde sus características externas, observables y objetivables.

Algunos estudios hechos al respecto, señalan la importancia que tiene para los adultos mayores su apariencia, importancia que desencadena significados como la repulsión hacia su propio cuerpo, vergüenza, aislamiento y culpabilidad acerca de la propia apariencia (Iacub, 2006; Iacub, 2007; López y Olazabal, 2005; Vázquez, 2006). Por otro lado, un estudio realizado con personas mayores encontró que la percepción de la imagen corporal de los viejos es fea, por lo que no se tienen ánimos para pensar en su arreglo personal. De la misma forma el 62% de los encuestados están de acuerdo con que en la vejez no hay capacidad seductora; el 73.3% considera que la belleza es exclusiva de jóvenes; el 54% afirman que se tienen insatisfacción e inseguridad consigo mismo como producto del rechazo de la propia imagen; el 34% de ancianos manifestó que durante la vejez hay incapacidad para experimentar placer y despertar deseo de otros (Gómez, *et. al*, 2005). No obstante, ante este panorama habría que cuestionarnos *¿Cuáles son las construcciones que subyacen al cuerpo de las personas mayores? y ¿Qué relación existe entre ésta y la construcción de su erotismo en esta etapa de vida?*

Estudios realizados han demostrado que el ejercicio activo del erotismo responde principalmente a la necesidad afectiva que mantienen los seres humanos hasta el final de la vida, empero existen pocos datos que den cuenta de la importancia de las relaciones amorosas en la etapa de la vejez (Fouilloux, 2008). Un estudio realizado con un grupo de personas mayores exploró las formas en que se viven las relaciones románticas. Dentro de los principales resultados se observa que un alto porcentaje los adultos mayores no están interesados en una relación romántica (un 45% de los encuestados). De la misma forma que aseveraciones como: las personas mayores que mantienen deseos de contacto e intimidad son anormales y/o inmorales (en un 36%); los adultos mayores sólo necesitan contacto y cariño, no sexo (43%); los adultos mayores son vistos como ridículos al expresar el amor (30%); los ancianos deben reprimir sus sentimientos amorosos (26%), con lo cual el estudio concluye que estas situaciones conducen al empobrecimiento emocional y a un bajo nivel de bienestar (Ituarde, Lozano, Valdéz y Valencia, 2001).

Para De Beauvoir (1980), el posicionamiento erótico masculino y femenino en la vejez, es difícilmente representable, ya que su desacreditación social limita el acceso a desear y ser deseado, situación en la que se entretajan fenómenos biológicos, sociales, culturales y estéticos, lo cual se refleja en la forma en que el adulto mayor afronta la experiencia del

envejecimiento de forma general y específicamente el disfrute del placer. Así un estudio cualitativo analizó discursos de personas mayores de entre 60 y 71 años de edad, los cuales versaban principalmente en señalar que este grupo de edad identifica a la vejez como una etapa en la que existe de forma inevitable un declive de las pasiones en el ámbito sexual y erótico. Además se destacan discursos que evidencian que las personas mayores no son atractivas para los demás, por lo tanto es de mal gusto que éstas muestren algún interés por sostener y/o mantener relaciones amorosas con otras personas (Ramírez y Dávila, 2000).

El estado civil se presenta como una limitaciones sociales y demográficas que impide a las personas mayores la satisfacción de necesidades eróticas (Dávalos, 2008; Hierro, 2008; Pick y Díaz, 2008). Al hablar de esto se señala que el estar viudo, soltero o separado son situaciones que impiden a muchas personas mayores una relación heterosexual por falta de pareja o la posibilidad de encontrar una nueva (Vázquez, 2005). Así, para Montes de Oca (2011), la viudez se vincula a aspectos negativos que, por un lado, se asocian con la pérdida de la sexualidad y necesidades corporales, y por el otro, con la pérdida de contacto, compañía, intimidad y amor. Sin embargo, la autora señala que existe un sistema de valores que rechaza o muestra restricciones a las segundas nupcias, sobre todo si se habla de personas mayores, especialmente para las mujeres.

Las actitudes culturales moralistas hacen que éstas cuenten con más restricciones a la hora de elegir una nueva relación, ya que dentro de la legitimación social la iniciativa de buscar pareja pertenece al hombre (Lopez y Olazabal, 2005). Así, algunos autores señalan que existen limitaciones culturales, sociales e ideológicas que consideran que el noviazgo, la cohabitación y el matrimonio entre parejas mayores sean vistas con desagrado en el imaginario social y colectivo (Garita Sánchez, 2004; López et. al., 2006).

La práctica del edadismo se cristaliza entonces a partir de la conformación de sistemas de valores que norman, regulan y prohíben a las personas mayores el ejercicio y disfrute de su erotismo, que permea los diferentes ámbitos de su vida cotidiana personal, familiar y comunitaria, que impacta en su salud mental, en su exclusión de la vida social y en el libre ejercicio de sus derechos como sujetos y personas deseantes. Al respecto, un Bellato (2015), señala que existe una continuada descalificación de personas mayores basada en la representación contemplativa, tierna, pasiva e infantilizada de las personas mayores, ya que dentro de los discursos que encontraron se puntualizó la noción de respetabilidad como demanda moral, que supone que las personas mayores tienen menos posibilidades para el disfrute, ya que se hallan más demandados socialmente a controlar sus deseos y a dedicarse a la contemplación.

Fouilloux (2008), comenta que los estereotipos y prejuicios sobre la vejez y el erotismo pueden afectar negativamente la experiencia de las personas mayores, siendo estas formas de discriminación en la vejez. Es importante considerar que el rechazo, la mofa y la caricaturización del erotismo en el proceso de envejecer es uno los signos defensivos que la sociedad ha construido para reprimirlo (Aldana García, 2008; Garita Sánchez, 2004). En consecuencia una gran parte de las personas mayores con el propósito de no ser objeto de rechazo social, retiro de afecto y de reconocimiento social asumen el término de su propia vida erótica. Término que abarca no sólo el ámbito sexual, sino también algunas veces al rechazo de cariño, contacto físico y afecto en lugares públicos con sus respectivas o

potenciales parejas -ya que consideran que dicha práctica es signo vergonzoso de la intimidad- (Garita Sánchez, 2004). En este sentido habría que cuestionarse *¿Cuáles son las construcciones de la sexualidad en personas adultas mayores? ¿De qué forma influyen éstos en la expresión del erotismo en la vejez?*

En México, Orozco (2006) retoma el tema del estigma, prejuicios y calidad de vida desde el estudio de las actitudes acerca de la vejez y del ejercicio de la sexualidad, con un grupo de viejos/as y de jóvenes estudiantes en Guadalajara. La autora comenta que los jóvenes expresan menos prejuicios en relación a la sexualidad de los mayores, en comparación con las actitudes prejuiciosas de los viejos/as”, en particular respecto a la represión de sentimientos, de la expresión pública de sus emociones amorosas: derecho al amor, la impotencia sexual y en referencia al deseo y actividad sexual.

Iacob (2006), señala que las personas mayores transitan desde un conjunto de roles, funciones y prácticas sexuadas en su juventud a roles, funciones y prácticas neutrales y asexuadas durante su vejez que se entretene con los significados sociales a la vejez. Lo anterior se explica a partir de la caracterización que se hace sobre los adultos mayores, en la que se espera que la vejez sea una etapa de pasividad, por lo que surgen las siguientes incógnitas *¿cuál es el posicionamiento de las personas mayores frente a su erotismo? ¿Las personas mayores se asumen como sujetos de deseo y placer? ¿Desde qué significados sociales las personas adultas mayores construyen su erotismo?*

En este sentido, las problemáticas mencionadas con anterioridad pretenden brindar un panorama general de los limitantes que experimentan las personas mayores en el ejercicio libre y pleno de su erotismo en esta etapa de vida. Estas problemáticas generan un conjunto de interrogantes que se relacionan con las construcciones sociales que subyacen al ejercicio erótico, ello acarrea la necesidad de analizar las construcciones que los hacen de su vida erótica ante las condiciones propias de un contexto determinado, lo que genera la pregunta que guía el presente protocolo de investigación: *¿Cómo construyen su erotismo las y los adultos mayores del Área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León?*

## 1.2 Objetivo general y objetivos específicos.

El propósito de esta investigación es generar conocimiento respecto a cómo se construye la experiencia erótica en adultos mayores de un contexto específico -el Área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León- desde una mirada social y cultural que coadyuve a la desmitificación sobre la satisfacción del erotismo en la vejez. Para lograrlo es preciso plantearnos un objetivo general que guíe el proceso investigativo, y a su vez, responda las preguntas de investigación, el cual se propone *Analizar las construcciones sociales del erotismo en personas adultas mayores del Área Metropolitana de la Ciudad de Monterrey, Nuevo León*. Tal objetivo permitirá entender a los adultos mayores desde una visión histórica y contextualizada, la cual delimita su capacidad de respuesta social.

Para alcanzar el anterior es necesario establecer objetivos específicos que favorezcan el análisis de la forma en que los adultos mayores construyen su vida erótica en esta etapa de vida. El primero de ellos es *Explorar la forma en que las construcciones sociales sobre la sexualidad influyen en la expresión del erotismo en la vejez*. Este nos ayudará a conocer y contrastar los significados sociales e individuales que los adultos mayores tienen de acuerdo a su entorno y la forma en que este influye en la apertura o restricción del erotismo.

*Comprender el posicionamiento como sujetos de deseo y gozo en la vejez*, es el segundo objetivo específico de este estudio, el cual aportará información sobre las expresiones que los adultos mayores realizan en correspondencia con su construcción y significancia. De esta forma se pretende articular la construcción del erotismo en base a los significados sociales e individuales, la corporalidad y las manifestaciones para un análisis, comprensión e interpretación de mayor profundidad de lo que hasta ahora se ha mantenido parcializado dentro del imaginario colectivo.

El tercer objetivo es *Entender las construcciones sociales del cuerpo en la vejez y su injerencia en el erotismo en la vejez*. En concordancia con el anterior, es indispensable para profundizar en el análisis comprender como los adultos mayores se perciben como sujetos de deseo, ello a través de la comprensión que la influencia que los significados sociales tienen sobre su cuerpo.

## 1.3 Justificación y factibilidad del estudio.

La relevancia de estudiar las construcciones sociales que subyacen al ejercicio erótico de adultos mayores en el Área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León obedece a cuatro vertientes que se relacionan con el incremento de personas de la tercera y cuarta edad, las políticas sociales, la ciencia y el Trabajo Social. Espacios en los que el fenómeno del envejecimiento impondrá retos para su análisis e investigación.

### 1.3.1 Implicaciones para las políticas sociales.

Uno de los propósitos de la política pública actual sobre el envejecimiento tanto para los Organismos Internacionales como para los Estados es el alcance del bienestar integral para este grupo poblacional, el cual les permita participar en la sociedad desarrollando todo su potencial. El desarrollo integral incluye el bienestar físico, social y mental, con los que se

pretende que los adultos mayores afronten de forma positiva los efectos de esta etapa de vida (ONU, 2002; OMS, 2002).

Sin embargo para lograr el bienestar integral es necesario que la política pública impulse una cultura de envejecimiento. Esta cultura debe tener como ejes centrales la desmitificación negativa y peyorativa que actualmente se tiene sobre la etapa de la vejez y particularmente sobre los individuos que se encuentran en ella (Huenchuan y Rodríguez Piñero, 2010). En tal el proceso el envejecimiento debe verse bajo una mirada de recambio e innovación cultural y social en todas las dimensiones desde las que se concibe el fenómeno (Iacub, 2006). Esto en relación a las proyecciones demográficas que explican el incremento masificado de adultos mayores, lo que impondrá a la sociedad actual nuevas formas de estructurar la dinámica social y estilos de vida.

Cabe señalar que el envejecimiento y con ello la vejez -además de ser un referente biológico- se determina prioritariamente por un conjunto de construcciones socioculturales que adquieren múltiples significados, discursos y prácticas que se reproducen en los diferentes espacios de socialización imponiendo parámetros de conducta y comportamiento, desde los cuales los adultos mayores se han asimilado (Huenchuan y Rodríguez, 2010). Por lo que la política pública además de analizar variables poblacionales, socioeconómicas y políticas del fenómeno debe comprender la influencia que dichas construcciones tienen en el establecimiento de estigmas, estereotipos y prejuicios sobre la vejez.

Una de las dimensiones que requieren ser desmitificadas de acuerdo a este protocolo de investigación es el ejercicio del erotismo en la etapa de la vejez, como parte de las necesidades de deseo, intimidad, afecto y contacto a nivel individual, así como también integración y pertenencia a nivel relacional y social. Los adultos mayores -como cualquier otro grupo etario- tienen derecho al ejercicio autónomo, satisfactorio y pleno de estas necesidades como parte de su bienestar integral. Esto permitiría combatir la discriminación y exclusión de la que han sido sujetos los adultos mayores en la manifestación de su erotismo.

De acuerdo al planteamiento se considera que los adultos mayores están colocados en una posición de desventaja dentro del sistema social, por lo que se cree prioritario intervenir profesionalmente con este grupo para animar un proceso que lleve a los actores sociales involucrados a reflexionar (con un enfoque de globalidad e historicidad) acerca del tema en cuestión para favorecer la promoción y defensa de los derechos humanos de los adultos mayores como sujetos sociales (CEPAL, 2008; Garita, 2004).

Gracias a la visibilización y desmitificación del erotismo en edades avanzadas se podrá incorporar desde un enfoque transformador la prevención y la atención de la salud sexual a los adultos mayores, así como también permitirá reconocer que las limitaciones que los adultos mayores han enfrentado para satisfacer sus necesidades de afecto e intimidad provienen en cierta medida de una cultura que así lo ha determinado. Lo anterior propone entonces ampliar los abordajes con los que el tema se ha tratado para poder incentivar un cambio cultural al respecto.

### 1.3.2 Implicaciones para las ciencias sociales.

El erotismo desde una visión abarcativa ha sido un área que poco se ha explorado dentro de la investigación social ya que prioritariamente se ha abordado el tema desde la sexualidad humana a través de diversos saberes como la medicina, la biología, la psicología, la estadística y la endocrinología las cuales han aportado un valioso conocimiento sobre los factores biológicos, fisiológicos, hormonales que intervienen en la sexualidad de las personas mayores, sin embargo al mismo tiempo han limitado la exploración de los factores socio-culturales que influyen en la experiencia de los sujetos envejecidos. Entre las que se destacan por su importancia se encuentra aquellas que analizan los tiempos de la sexualidad humana, sus continuidades y limitaciones desde una visión biologicista<sup>7</sup>. Tales investigaciones se consideran centrales por la dimensión que tuvieron, las que no se pueden obviar a la hora de considerar el erotismo en personas mayores<sup>8</sup>.

No obstante estos estudios sobre la sexualidad en el adulto mayor se han caracterizado por la visión biológica y mecánica de los procesos fisiológicos asociados a esta etapa de vida. De acuerdo a esta postura la sexualidad se explica por medio de la medición y comparación de conductas sexuales en referencia a un modelo sexual basado en el joven, lo cual indudablemente refleja la disminución de las mismas y donde las personas mayores adquieren una categoría numérica y socialmente descontextualizadas. Particularmente el proceso de envejecimiento es visto desde características homogéneas para describir los cambios y transformaciones asociados a la vida sexual de los envejecientes bajo la predeterminación de que la vejez es la etapa final del desarrollo humano, lo que lleva a agudizar la representación como pérdida. Si bien es cierto que el conocimiento obtenido de estos trabajos ha sido útil para conocer determinados comportamientos y cambios, estos han sido limitados para abordar el erotismo de los adultos mayores en una visión más amplia y profunda.

Ante lo dicho, los aportes de estas investigaciones han limitado la visión que se tiene del erotismo en la vejez. Particularmente en México y más concretamente en Nuevo León el erotismo en personas mayores ha sido un tema tabú que no se ha abordado desde la investigación y la intervención social, lo que pone en evidencia los prejuicios y estereotipos que una sociedad ha construido para silenciar la manifestación del placer en la vejez. A pesar que a nivel nacional se han llevado a cabo encuestas y establecido indicadores para formular políticas sociales y programas gubernamentales, estos no han tocado de forma explícita lo concerniente al tema en cuestión, lo cual limita la capacidad de brindar atención a los adultos mayores como en otros países de América Latina.

---

<sup>7</sup> Entre las principales investigaciones se puede mencionar el realizado por Alfred Kinsey, Wardell Pomeroy y Clyde en 1948; William Master y Virginia Johnson en 1966; Pfeiffer, Verwoerd y Davis en 1972; el informe Hite (1976, 1978); Starr y Weiner en 1981; Bretschneider y McCoy en 1988; Massachusetts Male Aging Study en 1994; el Informe Janus 1993; y finalmente el estudio realizado en por la Universidad de Duke (citados en Fouilloux Morales, 2008).

<sup>8</sup> Cabe mencionar que la mayoría de ellas fueron realizadas en E.U.A. lo cual podría tener una influencia a la hora de considerar los resultados obtenidos en cada una de ellas, haciendo a su vez difícil la comparación con otros contextos sociales.

Por lo anterior el estudio del erotismo bajo un paradigma cualitativo pretende recuperar la voz de los sujetos sociales desde el contexto mismo donde se construyen los referentes sociales y la multiplicidad de significados, en este caso el Área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León. En este sentido la recuperación de la escucha activa del sujeto permitirá el análisis, comprensión e interpretación sobre aspectos importantes que determinan la construcción del erotismo en edades avanzadas. Dentro de los aspectos que se retoman para estudiar dicha construcción se incluyen los significados sociales e individuales, el cuerpo social y la forma en que estos impactan en las manifestaciones de lo erótico en la vida de los adultos mayores.

La propuesta de investigación presupone un modo de acercamiento a la compleja realidad, partiendo de que los adultos mayores son sujetos sociales que se construyen a sí mismos, a la vez que construyen las prácticas, conocimientos y dinámicas (Gergen, 2002). Por lo que adentrarnos a como se ha ido modelando el ejercicio de su erotismo y lo significados que a ello atribuyen será de vital importancia para poder superar el modelo homogéneo y la simplificación de distinciones que han definido la vejez en las sociedades occidentales, así también se contribuirá a la visibilización de esta necesidad ante el imaginario colectivo.

Es importante resaltar que la utilización de técnicas cualitativas en la investigación de las ciencias sociales proviene de la necesidad de dar respuesta a situaciones complejas que de otra forma no podrían ser analizadas a profundidad, como es la construcción del erotismo en la vejez. Particularmente el empleo de este tipo de técnicas favorece la obtención de un conocimiento más amplio al respecto en temas que se han caracterizado por su poca exploración. Se espera que la aplicación de esta metodología ayude a comprender el fenómeno del envejecimiento desde la perspectiva social y cultural que coadyuve a generar estrategias de orientación, educación y cuidado al respecto.

### **1.3.3 Implicaciones para el Trabajo Social.**

Para el Trabajo Social una de sus competencias es el estudio de los cambios y las transformaciones sociales. Entre ellos se encuentra el envejecimiento como fenómeno social que se caracteriza por la modificación de la realidad social a mediano y largo plazo, lo que impone desafíos en diferentes ámbitos sociales, económicos y políticos. Una de las principales consecuencias que generará este fenómeno será un mayor riesgo de excluir socialmente a grandes sectores de la población, entre los que se encuentran los adultos mayores. De esta forma para la profesión resulta de vital importancia el realizar estudios que permitan la identificación de necesidades y carencias de la población socialmente excluida, con la intención de que éstas contribuyan a la generación de políticas que prevengan y atiendan las causas y efectos de las situaciones.

La intervención del Trabajo Social por su carácter integrador ofrece una gama de acciones colectivas entre las que se incluye la orientación, la promoción y la investigación. Estas acciones deben fundamentarse en un conocimiento crítico acumulado acerca de la condición de los sujetos que explique por una parte los factores que intervienen en el surgimiento de los problemas sociales y por otro, en el diseño de estrategias que permitan afrontar la desigualdad y la discriminación. De tal manera la profesión debe impulsar la

creación de políticas colectivas de fomento a la equidad y marcos no discriminatorios, visión desde la que se posiciona este protocolo de investigación.

#### **1.3.4 Factibilidad del estudio.**

La investigación es factible debido a los siguientes argumentos: el problema de investigación es coherente con la realidad social y las necesidades que demanda el fenómeno del envejecimiento; la investigación sobre las construcciones sociales permitirá potenciar beneficios directos a los sujetos individuales y a la sociedad; existen fuentes documentales e informáticas que permitan analizar, interpretar y contrastar las construcciones sociales y significados de la experiencia vivida por las y los adultos mayores en su vida erótica; para la recolección de la información fue necesario el diseño de una entrevista a profundidad que aborde las vivencias y experiencias de las y los adultos mayores; se cuenta con un programa de codificación que ayudó a sistematizar la información obtenida en los textos cualitativos; finalmente se contó con los recursos materiales, tecnológicos y humanos para la realización de este estudio.

Además este estudio es viable debido a que en el Área Metropolitana de Monterrey Nuevo León existen una serie espacios u programas que fungieron como escenario de encuentro de las y los adultos mayores así como de intercambio de experiencias y recreación, en los cuales se pretende establecer el vínculo y realizar las gestiones necesarias para lograr la colaboración de las personas mayores en este estudio, delimitando los participantes en este proyecto de investigación de acuerdo a las características del mismo.

## **CAPÍTULO II. FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA.**

En el presente capítulo se expone la discusión teórica que acompañó en todo momento la investigación, desde la cual se sustentó teóricamente cada una de las fases del estudio. Estos soportes teóricos fueron elegidos por resultar coherentes con la realidad erótica de los envejecientes, ya que se parte del supuesto que ésta es una construcción social, por lo tanto producto del intercambio y comunicación humana. En tal sentido, el marco de referencia ayudó a interpretar los resultados obtenidos dentro de esta investigación. La propuesta teórica aquí discutida proporciona el marco desde el que se le dio sentido a las interacciones, interpretaciones y experiencias subjetivas de los sujetos de investigación: hombres y mujeres mayores. Es así que en los siguientes apartados se desarrolla cada uno de estos soportes.

Para la construcción del marco teórico se revisó de manera amplia la literatura disponible acerca del tema en cuestión, lo cual permitió tener un panorama de los alcances teóricos y metodológicos de las investigaciones realizadas, así como del potencial y pertinencia para el estudio. En los siguientes apartados se desarrollará un recorrido socio-histórico que permita delinear las principales construcciones sociales del erotismo en diferentes puntos del tiempo; posteriormente se retoma el lente teórico que da estructura a esta investigación, partiendo de la importancia del lenguaje, el contexto y las relaciones sociales; en seguida se retoman algunas de las principales discusiones del erotismo, en el cual se integran aspectos sobre la sexualidad, el placer, el deseo, y el cuerpo como vehículo social en el que se encarnan los discursos que circulan en el espacio social y que delimitan un sujeto erótico y abierto al goce.

## 2.1 Recorrido socio-histórico del erotismo.

En el presente apartado se pretende dar cuenta de cómo el erotismo ha sido perfilado desde un conjunto de mecanismos políticos, sociales, morales, filosóficos, religiosos y estéticos, mismos que dan determinado quienes y bajo que parámetros los sujetos están abiertos al ejercicio de los goces. En el mismo sentido, la construcción del erotismo aparece a lo largo de la historia delimitada a partir de una inestabilidad social de formas, los cuales se articulan complejamente a través de los significados, las prácticas y los discursos. Particularmente la etapa de la vejez y los sujetos que se encuentran en ella han sido objeto de diversas políticas deserotizantes para explicar la terminación de su vida erótica, la cual ha tenido como trasfondo la consolidación de un modelo único de erotismo, mismas que serán descritas a continuación a fin de ir delimitando las construcciones que subyacen a su ejercicio.

Uno de los primeros mecanismos que pretenden responder las incógnitas de este estudio se desprende de los supuestos religiosos que explican la exclusión de los adultos mayores del ejercicio de su erotismo. Al respecto, se puede mencionar el Antiguo Testamento y su influencia sobre el pueblo judío<sup>9</sup>. Esta visión se desprende de la importancia que este pueblo adjudicó al envejecimiento en un modelo patriarcal desde el que se significó a la vejez como la posibilidad de maduración, el tiempo de crecimiento y el endurecimiento. Se creía que la vejez era un estadio para compartir la sabiduría de la experiencia; los ancianos tenían la función sagrada de guiar a su pueblo y velar por el cumplimiento de las tradiciones. En este sentido, la vejez para los judíos aludió a aquello que ligaba al pueblo a partir de una organización colectiva y un saber sobre sus orígenes (Bataille: 2008; Iacub, 2006), por lo que, el goce erótico no estaba ligado al paso del tiempo ni a una edad determinada (Arango, 2008a; González y otros; Iacub, 2008).

Asimismo, se creía que los ancianos eran jefes naturales y contaban con un amplio poder político, religioso y jurídico e incluso militar (Iacub, 2008), por lo que existía una actitud abierta al goce erótico que provenía de la idea de la unión del cuerpo y el alma, y la visión de que lo que existe fue creado por un Dios benevolente que desea el bienestar y la felicidad del hombre en el mundo. Concretamente, la Biblia hablaba del “*deber conyugal*” en la que la unión sexual de la pareja era concebida como regalo divino -un acto al servicio de Dios para la armonía matrimonial-. Esta unión no tenía como fin la procreación, ya que su importancia radicaba en el sentido de compañía -apoyado en la necesidad de las personas de tener un compañero en cualquier momento de su vida-, de ahí que la idea de “no es bueno que el hombre este sólo” tuviera mayor influencia que el precepto de “creced y multiplicaos” (Iacub, 2006).

Sin embargo, a diferencia de la cultura judía, en la tradición grecolatina se existieron una serie de dicotomías o tensiones polares en relación con lo erótico en la vejez, las cuales fueron definidas por la preocupación obsesiva que esta cultura tenía por el exceso, la erección, los placeres del cuerpo -*afrodísia*- y la actividad/ pasividad. Mismas que fueron

---

<sup>9</sup>Existen diversas lecturas de la vejez y el erotismo a lo largo de la historia del pueblo judío que responden a las influencias relativas a cada momento histórico y a los ámbitos particulares que en los que este pueblo vivió (Iacub, 2008).

explicadas desde diversas lentes, como la filosofía, la ética, lo moral y lo estético, las cuales fungieron como guías de funcionamiento dentro de la dinámica social y cultural (que se ha definido como falocrática y falocéntrica). Particularmente en el ejercicio del erotismo para los viejos significó en la tradición grecolatina el retiro voluntario de los mismos (Iacub, 2006).

Uno de los pensadores que tuvo mayor influencia sobre esta postura fue Aristóteles<sup>10</sup>, él consideraba que existían tres tipos de desbordes: la “*akolasía*”, la “*akrasía*” y la “*molície*”, las cuales se relacionaban con la limitación de las pasiones y los placeres corporales. Este pensador creía que la oposición entre la actividad (contención, fuerza, coraje) y la pasividad (pereza) era esencial, tanto en el dominio de los comportamientos sexuales como en las actitudes morales, pues aquel que no dominaba sus pasiones era considerado femenino y visto de forma negativa (Aristóteles, 2000), dicho bajo sus propios argumentos este filósofo menciona “que dulce resulta tener agotadas las pasiones, ya que una vez superadas las pasiones y no habiendo necesidad de los placeres, podía disfrutarse de las delicias o dulzuras del placer” (Aristóteles, 2000).

Para Platón y Seneca que consideraban la unión del cuerpo y el alma, en la etapa de la vejez era necesario desprenderse de las demandas corporales, entre las que se incluía la necesidad de placer y gozo (Betaille, 2008; Garita, 2004; Iacub, 2006; Iacub 2007). Por lo que, librarse de las pasiones y deseos que arrebataban al hombre en su juventud suponía un sentimiento de alivio en la vejez, así como también la incursión a la meditación y reflexión de índole espiritual. Asimismo Platón señalaba que “el alma esta vigorosa y se alegra de no tener comunicación con el cuerpo. Se ha despojado de una gran parte de su carga, salta de gozo y alegría y me plantea la discusión sobre mi vejez, ya que esta constituye un esplendor para el disfrute de su propio bien” (Platón, 1984).

Según Foucault (2009), dentro de la cultura grecolatina la actividad y los placeres sexuales no fueron regulados de forma coercitiva, sino con criterios relativos a la estética<sup>11</sup>. De acuerdo con esta idea, las expresiones del erotismo durante el envejecimiento no se encontraban bajo una prohibición específica sino que se les calificaba de antiestéticas y vergonzantes, lo cual configura en un tipo especial de limitación. Lo anterior se derivaba de la dicotomía que los griegos construyeron acerca de la juventud y la vejez, en donde la primera respondía a calificativos sobre el “*eros*” –la gracia, la musculatura, la belleza, el esplendor, la música, las flores, el canto, la guerra y las armas-, mientras que la ancianidad era definida desde la pérdida, la fealdad, el debilitamiento y las alteraciones que inevitablemente conducirían a la muerte (Aldana, 2008; Iacub, 2006). Así la vejez y la juventud funcionaban como pares antitéticos que modelaban juegos de significaciones opuestas ocasionando que se excluyera a los viejos del lugar de objetos y sujetos de deseo.

---

<sup>10</sup> Él consideraba que existían tres tipos de desbordes: la “*akolasía*”, la “*akrasía*” y la “*molície*”, las cuales se relacionaban con la limitación de las pasiones y los placeres corporales.

<sup>11</sup> La tradición grecolatina establecía analogías desde las cuales analizaba las diferencias entre el cuerpo de los dioses y de los humanos, en donde el cuerpo de la vejez aparecía asociado a las imágenes de muerte y lo humano, mientras que los cuerpos jóvenes representaban lo más próximo a las figuras divinas. En este sentido la belleza se definía desde lo joven, queriendo ocultar el lado humano del sujeto y su efímero paso por la vida, siendo la vejez la terminación de ese leve tránsito por ella (Iacub, 2008; Iacub, 2007).

Entre los griegos el cuerpo se convirtió en un espacio donde la temporalidad y lo efímero de la vida se hacía presente. Era un espacio donde los cambios y las transformaciones corporales se manifestaban como la pérdida de belleza y éxito social hacia un estado de fealdad y deterioro físico –con la aparición de cambios físicos como las canas, las arrugas y determinadas enfermedades- que ocasionaba que el cuerpo fuera visto como una especie de prisión, cárcel o incluso tumba. Esto último se relaciona con la idea que se tenía acerca del cuerpo de los viejos como cadáver (muerto en vida), el cual generaba rechazo social por no estar dentro los parámetros estéticos individuales que formaban parte de la imagen socialmente aceptada sobre hombres y mujeres jóvenes, lo cual nos permite comprender porque resulta predominante la repulsión por la fealdad de los viejos (Iacub, 2007).

Otra de las cuestiones que cobra vital importancia desde la que se explicó la exclusión de los viejos de una vida erótica en la tradición grecolatina era la concepción natalista que se tenía del “*eros*” como la reproducción de las especies y la cohesión del mundo, en la que los viejos por su incapacidad reproductiva no aportaban nada al equilibrio de cosmos (Aldana, 2008; Iacub, 2006). Por consiguiente, si los viejos no podían multiplicarse había que protegerse de la devastación y la muerte mediante el rechazo de cualquier manifestación que los ancianos hicieran para retornar al ejercicio de los goces sexuales. Esta mirada abrió un espacio diferenciado del amor en la que el deseo erótico de los viejos fue transformado en amor tierno y el cuidado hacia la familia, los nietos e incluso hacia la pareja, pero bajo una forma de amor no erótico.

Ante las concepciones grecolatinas, una de las explicaciones que vinculó las restricciones sobre la terminación de la vida erótica de los ancianos fue la aparición del cristianismo como forma de ideología hegemónica en ese tiempo, el cual se asentaba por un lado en concepciones grecolatinas y por otro lado en interpretaciones del pueblo judío, aunque con definiciones específicas que determinaron que el envejecimiento era resultado del pecado original. De esta manera, la doctrina cristiana concebía a la vejez como marca del pecado de Adán y Eva, el cual debía ser redimido en la fe mediante la práctica de una moral consecuente y firme, incluso las enfermedades propias de la edad eran la oportunidad de alcanzar la plenitud espiritual, como una especie de crecimiento continuo que implicaba la promesa de una vida después de la muerte (Betaille, 2008).

Lo anterior cobró vital importancia a la hora de concebir el retiro de los placeres carnales y la extinción de las pasiones para los viejos. Se creía que el envejecimiento era un tiempo no sexuado de dedicación exclusiva a Dios, lo que se reafirmó en el modelo agustiniano de la vejez ideal -la que se representaba por medio de la espiritualidad y la desconexión de lo mundano- (lo que significaba el retiro de la sexualidad), ya que al no estar atrapados en la prisión de la juventud se podía alcanzar la divinidad. Desde esta visión cualquier retorno a la vida erótica era considerado un pecado (los pecados, en especial los de la carne alejaban del camino divino), que hizo conveniente el castigo a aquellos ancianos que se volvieran esclavos del amor, la vanidad y los placeres (Betaille, 2008; Iacub, 2006; Iacub, 2007).

Al respecto, San Agustín, uno de los principales personajes que explicaban el retiro de los viejos de los asuntos que tenían que ver con el erotismo, señala en una de sus Confesiones que “nuestros mismos enemigos parecen estar fatigados por la edad, pero incluso estando

muy fatigados no dejan de perturbar el reposo de nuestra vejez por todos los medios posibles [...] así en los hielos de la vejez el hombre debe luchar para apagar el fuego de sus pasiones” (San Agustín, 1988). En este sentido, para este pensador los pecados de la carne eran menos frecuentes a la edad de la vejez, sin embargo eran un enemigo constante con el que los viejos deberían defenderse de ellas. Asimismo San Bernardo (1987) señalaba que cualquier manifestación del erotismo en la vejez era “tan indecente como ridícula”, frase con la cual se legitimaba el retiro y fuera de discusión de los viejos por temor a la vergüenza y al señalamiento social.

Dentro del cristianismo se pudo observar que la culpa fue el mecanismo privilegiado para restringir el disfrute de los placeres (Garita, 2004; Iacub, 2006). Se manifestó mediante una nueva austeridad y una desaprobación cada vez mayor del *mollities* -sexo meramente por el placer-. A través de los valores morales y religiosos se construía en los sujetos una subjetividad productora de culpas hacia el placer sexual y el miedo al castigo divino por la desobediencia (Iacub, 2006). Este mecanismo actuó como forma de control de la vida íntima de los sujetos, en el que se procuró borrar el cuerpo como lugar de goce dentro de la memoria colectiva y social, para de esta forma salvaguardar la soberanía corporal (Foucault, 2009).

Para los cristianos la sexualidad era el camino hacia la tumba, por lo que demandaba un control y una disciplina moral cada vez mayor. Cabe indicar que dentro de los límites de lo permitido para la sexualidad se encontró la monogamia y la necesidad de lo sexual única y exclusivamente para la reproducción. Sólo se le dio significado a la sexualidad para hacer familia y para la reproducción de la especie, de ahí que era permitido el coito heterosexual durante la ovulación. La iglesia propugnó esta visión imponiendo a los maridos comportarse de forma continente con las esposas en el matrimonio y que de acuerdo a concepciones agustinianas, el matrimonio era una especie de medicina preventiva dada por Dios para salvaguardar al hombre de la inmoralidad (Arango de Montis, 2008a; Betaille, 2008). Todas las manifestaciones que salieran de estos parámetros eran consideradas inmorales e inapropiadas –pecados-.

La limitación cristiana hacia los placeres físicos en la vejez se asentó por un lado, en la concepción platónica que consideraba que los ancianos debían retirarse de tales placeres y consagrarse a la purificación del alma. Por otro lado, se basó en el carácter de alta valoración de esta etapa de vida de acuerdo con la interpretación judía -aunque al modo cristiano-, que impuso una serie de demandas de virtud y mayores exigencias respecto a otras edades, entre las que figuraba el abandono del erotismo. Además de la herencia de tradiciones grecolatinas, los cristianos concibieron al cuerpo como prisión (en especial durante la vejez, pues se pensaba que los cambios propios de la edad eran signo de corrupción física y marca del pecado) ofreciendo la oportunidad a los viejos para el remodelamiento de su carácter.

Ante las tradiciones grecolatinas y judeo-cristianas en las primeras etapas del desarrollo de la civilización -que incluía periodos como el feudalismo, el esclavismo-, marcaron una relevancia trascendental para entender la dinámica social y cultural y con ello establecer parámetros de conducta de los sujetos, así como en el tema que nos ocupa delinear explicaciones para afirmar que en la vejez no debería existir manifestación erótica alguna que perturbará el desarrollo del envejeciente. En este sentido, la incorporación de los

procesos de modernización –lo cual finco la aparición del capitalismo- marcaron un parteaguas en la forma de entender las relaciones sociales y la percepción del sujeto en este modo de producción. Asimismo, se abrieron un conjunto de espacios que pretendieron romper con lo que se consideraba “antiguo” para establecer explicaciones racionales a todos aquellos fenómenos relacionados con el ser humano.

Al respecto Iacub (2007), señala que el capitalismo trajo transformaciones no sólo a nivel económico, sino también a nivel social, cultural, político y científico. Esta forma de organización se caracterizó por la rigidez de los roles y funcionales sociales que se le atribuían a las personas en beneficio del capital, así como por la serie de dicotomías y polarizaciones en los espacios y normas de actuación. Además en esta etapa se observó una fuerte preocupación por la uniformidad moral, la felicidad pública, la salud y la higiene (las que en esencia tenían el mismo propósito de etapas anteriores: delimitar la vida íntima de los sujetos), inquietudes que causaron la creación de nuevas explicaciones para condicionar la conducta y el comportamiento de los individuos, así como el resurgimiento de antiguas formas de entender el mundo (Garita, 2004).

El sexo o cualquier manifestación originada a partir de él –romanticismo, los sentimientos, las emociones, las conductas eróticas, etc.- fueron vistos de igual forma como un vicio social, ya que se consideraba que estaban relacionados con la parte instintiva (animal) e irracional de los seres humanos, consecuencia de las bajas pasiones (Foucault, 2009). Esta creencia origino que el ejercicio de la sexualidad fuera definida desde una gama limitada de actividades entre las que se incluía el matrimonio, la monogamia, la heterosexualidad y fundamentalmente la reproducción de la especie (Betaille, 2008). De ahí la preocupación por lograr la uniformidad moral a partir del establecimiento de un estrecho conjunto de conductas deseables en este plano (moralmente correctos) desde las que se justificó la represión y la censura de los individuos que salieran de ellos. Moralidad que no sólo restringió a las personas mayores para manifestar sus necesidades de contacto, afecto e intimidad sino que también implicó que una etapa de desconexión con cualquier manifestación relacionada con lo sexual.

Uno de los mecanismos que estableció la sociedad en ese momento para conseguir sus objetivos –moralidad social, paz pública, beneficios económicos, etc.- fue la modificación de los discursos para explicar los fenómenos sociales, la cual dio paso a las explicaciones científicas para atender y entender la dinámica social -las que se vincularon de forma inevitable con las justificaciones victorianas de la época- desde las que se definieron las prácticas socialmente tolerables y aquellas rechazables pero ahora en base a la dicotomía salud-enfermedad que conllevó una serie de sentidos morales colaterales. Este proceso modificó lo que hasta entonces se concebía desde diferentes lentes para convertir al sujeto en objeto de estudio de la ciencia (Aldana, 2008; Foucault, 2009; Iacub, 2006).

Especialmente para lograr la uniformidad moral surgió la *scientia sexualis* o ciencia de la sexualidad. El surgimiento de esta ciencia estuvo relacionado por una parte por la importancia que la época adjudicaba a la represión de las pasiones amorosas y por el otro por la creciente preocupación por los asuntos poblacionales como tema de Estado -desde las que se visualizaba el sexo meramente como herramienta natalista-. Por lo que la ciencia de la sexualidad se encargo de hacer descripciones, establecer clasificaciones y realizar estudios desde los que se conformó un saber ordenador del comportamiento sexual de los

sujetos. Desde estos discursos de saber se fincaron verdades absolutas que separaban el ejercicio sexual “sano” –el de la reproducción- del “patológico” –el que requería intervenciones terapéuticas o de normalización- (Foucault, 2009).

Dentro de este entramado se dieron fundamentaciones científicas sobre el fenómeno del envejecimiento (las que en esencia respondían a los mismos prejuicios sociales sobre esta etapa vital) que hicieron que se analizara al sujeto envejecido en relación a la superficie de su cuerpo y su interior. En este análisis se evaluaba a las personas mayores de acuerdo a determinados parámetros que provenían de la ciencia médica, la psicología y la psiquiatría, en los que se concluía que las debilidades asociadas a la vejez eran causa y no consecuencia de esta etapa vital, por lo que se afirmó que esta etapa de vida era una enfermedad en sí misma (Garita, 2004; Iacub, 2006). Específicamente sobre el aspecto erótico, las teorías que se originaron a partir de dichos saberes estaban encaminadas a acentuar la imagen negativa que se tenía de los viejos, desde la que se exponía la repulsión por la fealdad de los viejos así como los beneficios sociales del cese de sus actividades eróticas.

El cuerpo del viejo se definió desde su desgaste y disminución energética, con lo que se recalcó la sinonimia entre vejez, enfermedad e invalidez -desde parámetros de funcionalidad social-. El envejecimiento fue definido como una enfermedad progresiva causada por cambios fisiológicos y anatómicos inevitables que conducirán a patologías prolongadas. En este proceso, la moral victoriana estableció un código ético con rígidos estereotipos negativos y positivos desde los que se definía el envejecimiento sano y el enfermo, como resultado del autocontrol y la autodisciplina o del derroche y la falta de cálculo sobre el cuerpo. Esta visión tuvo influencia a la hora de concebir al sujeto como único responsable del uso de su cuerpo y de la forma de afrontar su envejecimiento<sup>12</sup> (Bataille, 2008; Iacub, 2006; Iacub, 2007).

La transformación en la percepción de la vejez condujo el surgimiento de diversas significaciones de su erotismo. La primera de ellas se asoció a la prolongevidad o extensión de vida mediante la práctica del abstencionismo sexual como medio para evitar el envejecimiento, la cual se asentó en la teoría del ahorro sexual. El segundo, que apoyado en la noción de la vejez como retorno a lo inorgánico, consideraba que durante la etapa de la vejez se producía una tendencia a la desconexión y aumento por la pulsión de la muerte desde los que se pensaba que los viejos al irse retirando de la vida favorecían el desarrollo de la especie humana (producto de la influencia que otras culturas tuvieron en ese momento, sin embargo ahora la explicación estaba fundamentada en las explicaciones médico-filosóficas) (Iacub, 2006; Iacub, 2007).

La vejez se definió desde “dos muertes” –la sexual y la del individuo-, en donde en la primera se concretaba a partir de su pérdida de fecundidad, la cual ocasionaba ineludiblemente la segunda. Desde este discurso se establecida que una sexualidad normal, era la referida a la reproducción y perpetuación de la especie y otra anormal, propia de la vejez (Aldana, 2008). A partir de lo anterior se puntualizó una forma de perversión

---

<sup>12</sup> En el plano religioso se entendía la buena vejez como un premio ante una vida virtuosa, y la mala como un castigo. Esta concepción permitió enfocar al envejecimiento como algo más “manejable” de lo que se había considerado anteriormente. Trabajo duro, fe y autodisciplina para preservar la salud y la independencia para una buena vejez y falta de autorregulación, gasto inmoderado de las pasiones y vida promiscua para una mala vejez (Iacub, 2006)

denominada “gerontofilia”; ésta situación provocó un límite preciso no sólo al deseo de los viejos, sino a quienes se encontrasen interesados en ellos (Garita, 2004). Así las representaciones sobre un envejecimiento no erótico se hacía presente en los discursos y prácticas de la época en los que se difundía el ideal de la vejez asexual (Aldana, 2008; Garita, 2004). Ante esto los viejos interiorizaron sentimientos como la inexpresividad y el miedo sobre esta parte de sí mismo, a fin de no padecer un “vicio” o una “perversión moral” (noción que anteriormente era definida desde el pecado y el castigo divino, en estos discursos aparece como el miedo a la enfermedad).

Ante la severa represión moral de la época se originó el psicoanálisis para entender el comportamiento de los individuos de acuerdo a las fases de desarrollo sexual, sin embargo específicamente en la vejez se establecieron restricciones en el plano erótico. Esta corriente afirmaba que los cambios biológicos en la vejez alteraban la sexualidad y estos a su vez incidían de forma negativa en el psiquismo de los viejos a partir de cuatro grandes dimensiones: la angustia, la regresión, la pulsión de la muerte y la plasticidad. Estas consideraban que con el paso de los años los individuos y sus intereses libidinales disminuyen de forma notoria, haciéndose evidentes por medio de una preocupación obsesiva del yo; los ancianos se hacen narcisistas, mezquinos y cínicos, pierden su interés por la familia y por las cuestiones del orden social, es decir que su libido regresa a las etapas pregenitales del desarrollo, expresándose a través de conductas catalogadas como desviadas –erotismo anal, exhibicionismo, tendencia a la masturbación y voyeurismo– (Freud, 1981).

De acuerdo con lo anterior en este período se interpretó las cuestiones relacionadas con el envejecimiento y el erotismo desde la mirada funcionalista, moral, psicológica, medica, genérica y psicoanalista principalmente que posicionaron a las personas mayores en una situación de desventaja social y vulnerabilidad. De las cuales se desprende la visión biológica y organicista en la que suponía que el ejercicio de su erotismo en las personas mayores era un desequilibrio entre el cuerpo y su psiquis (producto de una vida poco hacendosa y moderada), por la que había que intervenir en el sujeto desviado desde la medicalización y la clínica (postura que ha sido la que mayor impacto ha tenido para concebir la vejez) (Freud, 1981). Concretamente la vejez fue vista desde la desexualización o bien desde la sexualidad peligrosa.

## **2.2 Construccinismo social.**

El primer elemento de análisis para entender el erotismo en la vejez es el construccionismo, dado que este entiende que hay un conjunto de realidades, las que originan a su vez una múltiple interpretación de los fenómenos sociales. La elección de esta perspectiva de análisis corresponde a tres motivos que se enraízan a cuestiones ontológicas, epistemológicas y metodológicas que se consideraron esenciales para develar las experiencias eróticas de personas mayores, dada la naturaleza del objeto de estudio que se abordó en este documento. Para los construccionistas, sólo es posible analizar a los sujetos en un contexto histórico específico, el cual ha determinado convencionalismos sociales y reglamentaciones sociales sobre él quien, el cómo y el donde ejercer el erotismo, postulado que se considera esencial para interpretar la vida erótica de los sujetos considerados en este estudio, lo cual nos permitirá en un segundo momento articularlos con sus vivencias y experiencias (Week, 1998).

El construccionismo social es una forma de entender el mundo que se remonta a los trabajos de los Sociólogos Berger y Luckmann, quienes sostienen que existe una relación dialéctica entre perspectivas individuales y los procesos sociales, por lo tanto el conocimiento sobre la naturaleza social adquiere una multiplicidad de interpretaciones (Berger y Luckmann, 2008), en el que el *ser* es definido de forma social, relacional y lingüísticamente. Más tarde Gerger retoma los postulados de los Sociólogos en su obra “El movimiento construccionista social en la psicología moderna” (Gergen, 1985, 1996), en el que plantea que el grado en que se explica el mundo y más particularmente del “yo” dependen del proceso social.

Estos autores entienden la sociedad como una realidad objetiva y subjetiva a la vez, ya que señalan que la producción del conocimiento esta mediado por un continuo proceso dialectico compuesto por tres momentos: la externalización, la objetivación y la internalización, los que ocurren por su ocurrencia simultánea y tienen como finalidad inducir al individuo a ser miembro de la sociedad. Comentan Berger y Luckmann (2008) que esta aprehensión no resulta de las creaciones autónomas de significado por individuos aislados, sino que comienza cuando el individuo “asume” el mundo en el que ya viven otros.

Para Gerger (2006) el construccionismo se refiere a un conjunto de conversaciones que tienden a generar significados, comprensiones, conocimientos y valores colectivos. En este enfoque la realidad social es producto de una relación dialéctica entre los hechos y las estructuras sociales, las cuales determinan las interpretaciones simbólicas, la internalización de roles y la formación de identidades individuales. Luego, el carácter de la realidad es comprendido y explicado por medio del sostenimiento de ese conocimiento (Sandoval, 2010). En este sentido en este trabajo de investigación se estudian especialmente los “conocimientos sociales” sobre el erotismo en las y los adultos mayores de un contexto en particular.

Según Ibañez (2001), el conocimiento bajo el construccionismo social es una expresión de la estructura social y de los significados sociales que la comunidad enuncia y acepta como tal. Lo que nosotros llamamos conocimiento, no es un asunto de hechos del mundo externo y objetivo, sino una pretensión hegemónica de un grupo social que imponen su forma de entender la realidad sobre otra. Por lo que el mundo está socialmente determinado de acuerdo al grado de compromiso individual en una comunidad social.

Por su parte López (2013), el construccionismo es una forma de aproximación a la comprensión de los fenómenos sociales que contempla la mutua influencia y reciprocidad entre los aspectos individuales-particulares y los procesos socioculturales, es decir se centra en la relación existente entre los sujetos que participan en una cultura en común y, que desde su propia experiencia y subjetividad van construyendo la realidad en el lenguaje social. En esta perspectiva para Jubes, Laso y Ponce (2012), la realidad permite reflexionar y cuestionar las explicaciones que se consideran “correctas” y “objetivas” de la naturaleza y del yo, para entenderlas solo como subproducto de los procesos sociales, por lo que siguiendo al autor citado “la conducta humana, lo que la gente dice y hace, es producto del modo en que define su mundo social”.

Según Barret (1994, en López Silva, 2013), el construccionismo social está asociado a cuatro enunciados esenciales:

- a) El mundo social consiste en actividades. La sustancia de mundo social son las conversaciones, que se definen como actividades conjuntas. El hombre en el mundo entra en sistemas de conversaciones que siempre le anteceden, y una y otra vez que está inmerso en ellas se implica compartiendo las pautas de dichos sistemas.
- b) Los seres humanos tienen una capacidad innata para implicarse en los espacios discursivos de la vida social. La identidad se configura en torno a los sistemas de relaciones que se superponen a la existencia individual a los que Barnett llama “juegos”.
- c) Las actividades sociales se estructuran según reglas de obligatoriedad acerca de lo que debemos hacer. Desde esta posición el sujeto no es epistémico, sino social.
- d) Para entender estos “juegos” o sistemas de actividades sociales, debemos centrarnos en el hacer y en el producir. Entendiendo este argumento sobre la base de que el mundo social no es una realidad ontológica en la que estamos “depositados”, sino la trama de un sistema de acciones.

Al construccionismo le interesa como se generan los conceptos y su utilización a través de las convenciones lingüísticas y construcciones sociales o culturales. En este proceso de análisis “deconstructivo” se incorpora la historicidad, resaltando la relevancia de contexto cultural e histórico sobre los marcos de referencia interpretativos a través de los cuales se otorga significado a las cosas (Gerger, 1985, 1996, 2006; López Silva, 2013; Sandoval, 2010). Desde esta perspectiva lo que se observa del mundo es comprendido desde “artefactos sociales”, producto de intercambios sociales situados históricamente que deben entenderse desde un conjunto de acciones activas y cooperativas en una comunidad socio-cultural.

En el construccionismo social el sujeto es, precisamente, una construcción social. La expresión “yo” no sólo denota la enunciación de una forma de conciencia (autoconciencia), sino que es la misma palabra “yo” una entidad lingüística (Gerger, 1996). De esta forma, la enunciación de la propia existencia consciente es permitida sólo por los términos socialmente construidos que se emplean para realizar tal acción. Luego, el sujeto es el engranaje de operaciones lingüísticas en las cuales se desenvuelve, es decir, el sujeto es una “construcción conversacional” (Crespo, 2001).

En consecuencia, la persona identifica un sentido compartido del sí mismo solamente en las formas conversacionales en las que participa, siguiendo esta identificación desde los roles sociales que desempeña en ciertos contextos sociales. Sobre esto, Bravo indica que el “yo” para los construccionistas es una narración en el seno de las relaciones vigentes, a saber de las significaciones, relatos, discursos y significaciones externas. Poco a poco, y como producto de la ejecución de diversos roles en diversos contextos se habla de que el “self” es colonizado por los significados externos provenientes de la multiplicidad contextual (Gerger, 1996, Ibañez, 2001; López Silva, 2013).

Gergen (1996), señala que el sujeto incorpora la información que proviene de la multiplicidad contextual de los sujetos que participan en la trama conversacional, los que actúan confirmando, legitimando e innovando las significaciones sociales sobre un hecho

concreto, lo cual determina el rol que el individuo ha de tomar. De esta forma, el sujeto es una negociación constante e inestable, que lo hace vivir en una condición de constante interdependencia precaria. No hay que omitir que la sociedad debe desarrollar procedimientos de mantenimiento de la realidad para guardar simetría entre la realidad objetiva y la subjetiva.

En este contexto social surgen un conjunto de rasgos de pensamiento, de valoraciones, de afectos, de actitudes y de comportamientos, que se asumen como típicos y como referentes del deber ser y de pertenencia (Berger y Luckmann, 2008), en las cuales los individuos aprenden a desempeñarse en la sociedad de acuerdo a subjetividades en las que ellos son parte constitutiva y constituyente de esa construcción social; por lo tanto los significados que subyacen a la vida social de una comunidad actúan como referentes que sirven de guía para la acción e instrumento de la realidad social que las personas necesitan para comprender, actuar y orientarse en su medio social. Estos les permiten a los sujetos interpretar los acontecimientos y las relaciones sociales que mantiene el individuo con los “otros” en un entramado discursivo dentro del espacio público.

Para De Sousa (2006), el enfoque construccionista entiende los significados sociales y colectivos desde un entramado social que se introyecta en el sistema subjetivo e íntimo de cada individuo. Este autor señala la importancia de entender la dinámica social desde una visión de significaciones múltiples, donde se combinan varias subjetividades correspondientes a las distintas formas de poder que circulan en la sociedad, por lo que los sujetos son un archipiélago de significados que se ordenan dependiendo de las circunstancias personales y colectivas (De Sousa, 2006). Lo cual refleja el carácter dinámico y mutuamente influyente que tiene el significado colectivo en el comportamiento del “yo” y de los “otros”.

Para autores como Neimeyer (1999), la construcción de la identidad se da en una relación dialéctica entre las particularidades del individuo (lo subjetivo) y la influencia de los discursos hegemónicos en la sociedad (lo objetivo). Por lo que, el autor señala que las narraciones del “yo” en el contexto refiere los nexos entre la conversación con los otros, y ante los cuales el “yo” se posiciona. Consecuentemente, toda expresión de uno mismo se encuentra en una relación dialógica con afirmaciones precedentes hechas por otros, al igual que por las reflexiones internas del individuo. Entonces, las narrativas surgen de la apropiación de los discursos de los otros y su adaptación a los discursos objetivos del sujeto.

### **2.2.1 Socialización.**

De acuerdo a los construccionistas sociales, existe un proceso ontogenético por el cual el individuo se vuelve miembro de la sociedad, a lo cual denominan “socialización”, la cual puede definirse como la inducción amplia y coherente del individuo en el mundo objetivo de una sociedad o en un sector de ella. Acorde a esto, este proceso de socialización tiene dos vertientes que ayudan al individuo a aprehender los discursos lingüísticos de una sociedad en concreto. La primera de ellas es la socialización primaria, por la que el individuo atraviesa en la niñez; por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad. De acuerdo a los postulados de esta teoría, todo individuo nace dentro de una estructura social objetiva, en la cual encuentra a otros significantes encargados de su socialización, y

que le son impuestos. Así, las definiciones que los otros significantes hacen de la situación del individuo le son presentados a éste como realidad objetiva, y como un único mundo objetivo (Berger y Luckmann, 2008; Gergen, 2006).

Posteriormente viene la socialización secundaria, que es el proceso posterior en el que se induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad. Además este sujeto secundario va adquiriendo conocimiento que lo ayudan a objetivar su identidad. Para autores como Berger y Luckmann (2008), dentro de este proceso el individuo no solo acepta los “roles” y las actitudes de otros, sino que en el mismo proceso acepta el mundo de ellos. Es así, que la identidad se define objetivamente como ubicación en un mundo determinado y puede asumírsele subjetivamente solo junto ese mundo. Por lo tanto, la sociedad, la identidad y la realidad se cristalizan subjetivamente en el mismo proceso de socialización a través del lenguaje.

Dentro de la socialización secundaria importan los programas institucionalizadores que le ayudan al individuo a conducirse dentro del medio social. Es decir, que la socialización secundaria es la internalización de “submundos” institucionales o basados sobre instituciones. Gergen señala que su alcance y su carácter se determinan por la complejidad de la división del trabajo y la distribución social concomitante del conocimiento. De tal forma, que esta socialización es la adquisición del conocimiento específico de “roles” que estructuran interpretaciones y comportamientos semánticos que estructuran interpretaciones y comportamientos dentro del área social ((Berger y Luckmann, 2008; Gergen, 1985, 1996, 2006).

### **2.2.2 Construcción de lenguaje.**

De acuerdo a los teóricos del construccionismo social, el vehículo de socialización más importante es el lenguaje, y que permite la identificación dialéctica del sujeto en ambas direcciones, tanto objetiva como subjetiva en su proceso de aprehensión del mundo social. El lenguaje es un aparato legitimador de las verdades sociales que son impuestas a los miembros de una sociedad, las cuales le ayudan a conducirse dentro de este (Neymeyer, 1999). Aunque estos autores reconocen que ciertas legitimaciones pueden requerir un grado más alto de complejidad lingüística que otras para ser comprendidas por el sujeto.

El vehículo más importante del mantenimiento de la realidad es el diálogo (Berger y Luckmann, 2008; Gergen, 2006). Es así que la vida cotidiana del individuo puede considerarse en relación con la puesta en marcha de un aparato conversacional que mantiene, modifica y reconstruye continuamente la realidad subjetiva. De tal forma, que el aparato conversacional objetiviza lingüísticamente el mundo, transformando la experiencia en un orden coherente. Al establecer este orden el lenguaje realiza un mundo, en el doble sentido de aprehenderlo y producirlo, por lo que, para mantener eficazmente la realidad subjetiva, el aparato conversacional debe ser continuo y coherente (Gerger, 1996, Ibañez, 2001; López Silva, 2013). Es así, que las objetivaciones del lenguaje se vuelven objetos de la consciencia individual. De esta manera, el hecho del mantenimiento de la realidad reside en el uso continuo del mismo lenguaje para objetivizar la experiencia biográfica.

Berger y Luckmann (1999) destacan el papel relevante de la comunicación en la construcción social de la realidad, donde el discurso juega un papel fundamental en cada construcción y socialización de los imaginarios sociales, es decir, sobre la base de los intercambios discursivos, la intercomunicación, se sostienen los imaginarios. Es así como vemos a lo largo de la historia cómo los seres humanos han construido, construyen y reconstruyen sus propias representaciones, a través del discurso construyen una identidad, legitiman su poder, etc. En este sentido, los momentos históricos van configurando formas de imaginar, individual y colectivamente y que éstas van, en un sentido dialéctico, caracterizando a esos mismos momentos históricos.

Según Neimeyer (1999) el lenguaje puede ser entendido como un ordenador simbólico que se utiliza para estructurar las relaciones con la realidad y consigo mismos. La construcción de la identidad se realiza por medio del lenguaje y tienen lugar consigo mismos (subjetivo), como con la interacción social (intersubjetividad). Es así, que la forma en la que se estructura la identidad personal está influida por las proposiciones discursivas del contexto sociocultural donde está inserto el sujeto, por lo que, los términos y conceptos utilizados reflejan los discursos hegemónicos del mundo social.

### **2.2.3 Subjetividad y significados sociales.**

Arroyo (citando a González, 2007 y Ramírez y Anzaldúa, 2005), expone que la subjetividad es un elemento inherente al sujeto, ya que en el individuo como en lo social existen elementos objetivos y subjetivos que cohesionan el todo social. De tal forma que el contexto social está conformado por individuos ubicados en diferentes espacios sociales. Por lo que, afirma la autora, la subjetividad se construye en relación con el otro, en tanto que, el sujeto siempre está en un proceso constante y contradictorio de subjetivación, por lo tanto la subjetividad es siempre algo inacabado. Entonces la subjetividad se refiere a lo interno del sujeto, donde se crea y se recrea la cultura del mundo social.

Según la perspectiva construccionista, los distintos tipos de conocimiento pueden identificarse como versiones consensuadas de la realidad, producto de la interacción y negociación interpersonal, en donde el significado no se produce únicamente como resultado de la mente, sino en referencia en el contexto de discurso que lo sustenta (Berger y Luckmann, 2008). De este modo, se entiende que en los múltiples contextos se encuentran múltiples significados, es decir que para un mismo fenómeno se pueden encontrar una heterogeneidad de significados, desde el cual se definen los significados individuales y particulares (Andrade, 2002).

Bajo esta perspectiva se brinda la oportunidad de entender a los individuos y sus significados subjetivos a partir de las diversas situaciones y acciones que definen su vida cotidiana; su fundamento parte de descubrir el modo en que se construye el significado en la experiencia individual. Así los significados que se le dan al erotismo dependen de componentes objetivos y subjetivos, donde los primeros existen predeterminadamente en la cultura y son compartidos por la colectividad, mientras que los segundos se definen desde la construcción de la realidad para el sujeto y que se refleja en su respuesta (Andrade, 2002).

Hablando de la posición que asume el sujeto en el construccionismo frente a las situaciones, la forma en que vive y como experimenta los acontecimientos y hechos, se puede mencionar que es influido por las experiencias y significados sociales aprendidos (Gerger, 1996, Ibañez, 2001; López Silva, 2013). En este sentido las personas actúan respecto de las cosas, e incluso respecto de otras personas, sobre la base de los significados que estas cosas tienen para ellas y, sus interpretaciones y definiciones de las situaciones las que determinan su acción. Por lo que el proceso de interpretación tanto de los significados como de las acciones adquiere un carácter dinámico, en el que la forma en que una persona interprete algo dependerá de los significados de que se disponga y de cómo se aprecie esa situación (Jobes, Laso y Ponce, 2012).

Si bien, la subjetividad del individuo está mediada por un significado relacional, está varía de un mundo social a otro, puesto que el significado de la experiencia o la vivencia depende no sólo de la concepción particular del sujeto, sino de la interacción que este tiene con los otros y con el mundo de la vida, lo que le ayuda a explicarse a sí mismo y a su experiencia vital.

#### **2.2.4 El género como construcción social.**

Los seres humanos somos sujetos sociales y culturales moldeados por medio de diversas ideologías, las que tienen una influencia significativa en la forma en que se dan las relaciones humanas en un momento en particular. A partir de ello, los procesos de socialización ha diferido para hombres y mujeres ocasionando la apertura de dos espacios dicotómicos y mutuamente excluyentes: lo femenino y lo masculino, desde los que se define las funciones, los roles, los estilos de vida y los espacios de actuación (Butler, 1997; Cuchiari; Lamas, 1996; Lagarde, 1996; Scott, 1997). Estas diferencias constituyen lo que se conoce como construcción cultural de género, el cual llega a vivirse como un condicionamiento sobre el que se estructura el orden social, económico, político y moral de la sociedad (Beauvoir, 1981).

El proceso de construcción de género se constituye a través de las prácticas, ideas, discursos y reglamentaciones sociales que regulan y restringen la conducta objetiva y subjetiva de las personas, desde las que se determinan las características propias de cada sexo (Carmona, 2003). Por medio de esta estructuración dicotómica se establecen códigos de conducta, actitudes y percepciones que traspasan no sólo los modos de actuación en el espacio privado, sino que se instauran en la vida cotidiana de los sujetos. Lo anterior obedece a un sistema patriarcal, que apoyado en la predeterminación biologicista organiza a la comunidad en dos bandos desiguales, los que llegan a vivirse como naturales e incuestionables.

De Beauvoir (1981) fue quien contribuyó al debate sobre la categoría género al momento en que planteó en su libro “El segundo sexo” que las características humanas consideradas femeninas no eran derivadas de manera natural de su sexo, sino que eran adquiridas por las mujeres a través de un complejo proceso individual y social; de esta forma, el género es una construcción, que como producto de las relaciones humanas es social, simbólica y cultural elaborada a partir de la diferencia sexual. Por lo que, el género se convierte en el *locus* corpóreo de significados culturales tanto recibidos como innovados.

Para esta autora, el género es un proyecto continuo, un acto diario de reconstrucción e interpretación enraizados en amplios referentes de significación culturales concretos. La elección prereflexiva es un acto tácito y espontáneo, en la cual el sujeto no es totalmente consciente de su elección acerca de un género: masculino o femenino. Además se reconoce que la elección de un género es un acto volitivo, llegar a ser género es pues un proceso de interpretar una realidad cultural cargada de sanciones, tabúes y prescripciones (Beauvoir, 1981).

Scott (1997) favoreció este debate al cuestionar el esencialismo y la ahistoricidad con la que se habían abordado las relaciones sociales entre los sexos; ella define al género como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género, es una forma primaria de relaciones significantes de poder. Scott problematiza las relaciones de poder entre hombres y mujeres, así como la persistente desigualdad que dicha relación genera. De tal manera que el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos y el género, es una forma primaria de relaciones significantes de poder.

En este sentido, la construcción social de género nos ayuda a analizar y comprender las construcciones sociales, políticas y culturales que se elaboran en torno a la diferencia sexual, así como su fuerte carga simbólica, las cuales muestran la percepción que una determinada sociedad tiene sobre lo que significa ser hombre y mujer, donde en la mayoría de los casos las mujeres ocupan un papel de subordinación debido a la naturalización de roles y funciones a hombres y mujeres, otorgándoles a ellas el espacio privado (mujer = mundo privado), y a los hombres el espacio público (hombre = mundo público) (Cerros, 2011).

Aunque existen divergencias en su conceptualización, en general la categoría de género es una definición de carácter histórico y social acerca de los roles, identidades y valores que son atribuidos a hombres y mujeres e internalizados mediante los procesos de socialización, por lo que, ser mujer o ser hombre es un hecho sociocultural e histórico. De tal manera que las formas culturalmente apropiadas respecto al comportamiento de los hombres y de las mujeres está mediada por la compleja interacción de un amplio espectro de instituciones económicas, sociales, políticas y religiosas que determinan subjetividades genéricas (Butler, 1997; Cuchiari; Lamas, 1996; Lagarde, 1996; Lamas, 2013; Scott, 1997).

Algunas de sus principales características y dimensiones son:

- a) Es una construcción social e histórica, por lo que puede variar de una sociedad a otra y de una época a otra.
- b) Es una relación social porque descubre las normas que determinan las relaciones entre mujeres y hombres.
- c) Es una relación de poder porque nos remite al carácter cualitativo de esas relaciones.
- d) Es una relación asimétrica ya que si bien las relaciones entre mujeres y hombres admiten distintas posibilidades (dominación masculina, dominación femenina o relaciones igualitarias), en general éstas se configuran como relaciones de dominación masculina y subordinación femenina.

- e) Es abarcativa porque no se refiere solamente a las relaciones entre los sexos, sino que alude también a otros procesos que se dan en una sociedad: instituciones, símbolos, identidades, sistemas económicos y políticos, etc.
- f) Es transversal porque no están aisladas, sino que atraviesan todo el entramado social, articulándose con otros factores como la edad, estado civil, educación, etnia, clase social, etc.

La categoría género representa el eje central a través del cual se analizan los procedimientos de dominación, subordinación y diferenciación entre hombres y mujeres, tomando en consideración la construcción simbólica de la identidad de género. Esta construcción simbólica se encuentra precisamente cargada de representaciones e imágenes respecto a lo que significa ser hombre y mujer en una sociedad determinada, y es aquí donde converge la interpretación de los hallazgos de esta investigación, puesto que el erotismo y la sexualidad han sido condicionados por el género en el que se ubica el sujeto (Beauvoir, 1981).

Por su parte, Bordieu (1992, citado en Butler, 2013) señala que el género es una especie de “filtro” cultural con el que se interpreta el mundo, puesto que esta intrincado en el lenguaje y en la trama de procesos de significación. De la lógica del género se desprende la normatividad sobre el uso sexual, reproductivo y erótico del cuerpo, y puesto que dicha lógica se toma como “natural” genera opresión y represión. Utilizar el género como construcción social favoreció el análisis crítico de la realidad que enfrentan hombres y mujeres mayores en relación a temas como el erotismo, la sexualidad, la pareja, el amor, la vinculación afectiva, entre otras, ya que ayudó a comprender y esclarecer la influencia de los imaginarios de masculinidad y feminidad presentes en los testimonios de los participantes.

### **2.3 Entre sexualidad y erotismo: una discusión conceptual.**

Definir conceptualmente la sexualidad no es un asunto nuevo, pues es uno de los temas que más discusiones ha traído a las diferentes disciplinas que se han abocado a estudiarla. Así, a partir del siglo XX, la ciencia ha emprendido un camino hacia lograr una formulación científica que pretende ser objetiva de la sexualidad humana para entenderla y comprenderla desde sus diferentes aristas, siendo el objetivo de este apartado señalar porque el interés de este trabajo se desprende de analizar el erotismo y no la sexualidad, que como se verá dentro de los siguientes párrafos ambas se encuentran vinculadas en el desarrollo de algunas áreas de conocimiento.

Al respecto cabe señalar que de acuerdo a varias posturas (Dávalos, 2008; Hierro, 2008; Pick y Díaz, 2008; Rubio, 2008; Weeks, 2008), la forma en que los seres humanos han explicado este tema ha variado a lo largo de la existencia humana, y por consiguiente la sexualidad se ha ido conformando de maneras intrincadas, superpuestas y contradictorias. En este sentido, para Reiss (2008), un acercamiento a una definición de sexualidad requiere de un concepto, que a su vez, se enmarque dentro de un conjunto de conocimientos teóricos determinados, por esta razón han existido diversas definiciones de lo que es la sexualidad humana, dentro de las cuales destacan modelos de pensamiento que han delimitado los conceptos de sexualidad en un tiempo y en un contexto determinado.

De acuerdo con Pick, Givaudan y Díaz (2008), los modelos y conceptos de sexualidad humana pueden agruparse principalmente en dos polos de un continuo, en el que en su extremo se encuentran aquellos modelos que atribuyen a la sexualidad un carácter biologicista, esencialista y meramente instintiva –de ahí que resulte necesario normar su ejercicio-. En el otro se encuentra a la sexualidad vista como la resultante de un conjunto de construcciones sociales, que a partir de una base biológica invariante, origina una diversidad característica de ideas, sentimientos, actitudes, conductas, valoraciones y regulaciones de lo que una sociedad entiende por sexualidad.

Dentro de la perspectiva biologicista algunos autores concuerdan en señalar que la sexualidad humana ha sido definida esencialmente por el sexo biológico de los individuos, así se ha ponderado el estudio de los órganos sexuales y órganos genitales, las relaciones coitales y eróticas y, el placer y los orgasmos (Corona, 2008; Miranda, 2008; Velasco, 2008; Weeks, 2008). Esta perspectiva considera que las bases bioquímicas y neurológicas determinan la vivencia de la experiencia sexual, por lo tanto, siendo un instinto natural del ser humano se hace necesario controlar su ejercicio considerado peligroso<sup>13</sup>. Al respecto Hernández (2008), señala que el erotismo es visto como un componente de la sexualidad, el cual que se refiere específicamente a las condiciones que permiten el alcance de un orgasmo. Así dentro de esta postura el erotismo es definido como “un comportamiento personal, propio del cuerpo, en sus sensaciones placenteras mediante el estímulo de los órganos sexuales que evocan fenómenos físicos percibidos como deseo sexual, excitación sexual y orgasmo” (Rubio y Aldana, 2008: 560). Desde esta visión el erotismo se construye a nivel individual, desencadenando un conjunto de respuestas sexuales que dependen de la anatomía del cuerpo humano.

Sin embargo, esta perspectiva tiene sus principales debilidades en que se fundamenta esencialmente en la biología. Ello ocasiona que sólo se concentre en aquellos aspectos fisiológicos que sostienen el funcionamiento universal del cuerpo humano, determinado por la fisiología y los impulsos naturales, lo que reduce a la sexualidad al control del cuerpo, por lo que toda conducta que este fuera de ese control es considerado como “anormal” (Foucault, 2007). De la misma forma esta perspectiva ha recibido críticas al pensar que el sujeto construye su sexualidad de forma autónoma al conjunto de condicionantes sociales, éticas, históricas, culturales, políticas y simbólicas, ocasionando que el sujeto sea cosificado a partir de su determinación sexual (Hernández, 2008; Galeana y Pérez, 2008; Velasco, 2008).

Ante la perspectiva biologicista, surge el enfoque que proviene de la psicología individual. Este enfoque involucra el papel que la mente –y la consciencia- tiene dentro del proceso de sexuación de los sujetos, es decir que “se redujo al sujeto a una relación espacial entre la superficie de su cuerpo y su interior” desde la que se definió la sexualidad “perversa” o “desviada” (Iacub, 2006:79). De acuerdo a Rubio y Revuelta (2008), para la psicología individual la sexualidad era el resultado de cuatro potencialidades humanas que daban origen a los cuatro *holones*<sup>14</sup> (o subsistemas sexuales): la reproductividad<sup>15</sup>, el género<sup>16</sup>, el

<sup>13</sup>De acuerdo a Foucault aparece la ciencia sexual y con ello la medicalización del sexo para contrarrestar los efectos nocivos de una sexualidad patológica o enferma (Foucault, 2006). De la misma forma algunos autores apuntan que desde esta perspectiva se delinearón un conjunto de mecanismos morales, éticos, sociales y culturales para normalizar el ejercicio sexual de los sujetos (Corona, 2008; Miranda, 2008; Velasco, 2008; Weeks, 2008).

<sup>14</sup> “*Holon*” en griego significa todo.

erotismo<sup>17</sup> y la vinculación afectivo personal<sup>18</sup>, estas características interactúan entre sí y con otros sistemas en todos los niveles del conocimiento, en particular en los niveles biológico, psicológico y social.

De acuerdo a lo anterior diversos autores han tomado como base algunos elementos la perspectiva individual para definir la sexualidad humana. Tal es el caso de Zamora (2001), quien señala que ésta engloba una serie de condicionantes anatómicos, fisiológicos, afectivos y de conducta relacionados con el sexo, el género, las identidades y orientaciones que caracterizan de manera decisiva al ser humano en todas sus fases de desarrollo. En el mismo sentido se ubica Arango de Montis (2008), quien comenta que la sexualidad es el conjunto de condicionantes anatómicas, fisiológicas y psico-afectivas que caracterizan a cada sexo. En el mismo tenor se encuentra Parada (2011), quien señala que la sexualidad hace alusión al conjunto de fenómenos emocionales y de conducta relacionados al sexo, los cuales se enmarcan dentro de las fases de desarrollo del ser humano.

Al respecto Ceviño y otros (2005), puntualizan que la sexualidad es una parte integral de la personalidad de todo ser humano, y su desarrollo pleno depende de la satisfacción de las necesidades humanas básicas como el deseo, el contacto, la intimidad, la expresión emocional, el placer, la ternura y el amor. A su vez estos estudiosos consideran que el desarrollo pleno de la sexualidad es esencial para el bienestar individual e interpersonal. Buckner (2005), por su lado sitúa la importancia de conceptualizar la sexualidad humana a partir de cuatro conceptos básicos: el impulso sexual, la identidad, la orientación sexual y las relaciones sociales, resaltando de éstas últimas la importancia de desarrollar y establecer relaciones significativas personales y, a su vez, con el amor, las emociones y los sentimientos que se experimentan a nivel individual y psíquico.

Desde estas valoraciones de la sexualidad como algo individual, el erotismo se identifica como parte constitutiva de la sexualidad que lo vincula con el placer y el deseo sexual. En esta perspectiva, el erotismo se continua vinculando con la capacidad de sentir placer por medio de la respuesta sexual, es decir, a través del deseo sexual, la excitación y el orgasmo, sin embargo ahora se involucran construcciones mentales que relacionaban al sujeto con el objeto de deseo, así como de los mecanismos que rodean la satisfacción de ese deseo. Así para algunos psicólogos (Delfín, 2008; De Luna, 2008; Uribe, 2008), el erotismo integraba aquellos procesos humanos en torno al apetito sexual, cuyos resultantes es la calidad placentera de las vivencias sexuales, así como en las construcciones mentales alrededor de

---

<sup>15</sup> Este *halon* remite de forma automática a la condición biológica del ser humano, sin embargo tiene manifestaciones psicológicas (maternidad y la paternidad) que implica la posibilidad humana de producir individuos en gran medida similares (aunque no idénticos) a los que los produjeron, como las construcciones mentales que se producen acerca de esta posibilidad (Rubio y Revuelta, 2008).

<sup>16</sup> Serie de construcciones mentales respecto a la pertenencia o no de individuo a las categorías diformicas de los seres humanos: masculina y femenina, así como a las características del individuo que lo ubican en algún punto del rango de diferencias (Rubio y Revuelta, 2008).

<sup>17</sup> Es un elemento de la sexualidad que nos remite a las experiencias más comúnmente identificadas como sexuales. Para la psicología individual sexualidad es erotismo (Rubio y Revuelta, 2008).

<sup>18</sup> Capacidad humana de desarrollar afectos intensos (resonancia afectiva) ante la presencia o ausencia, disponibilidad o indisponibilidad de otro ser humano en específico, así como las construcciones mentales, individuales y sociales que de ello derivan. La forma más reconocida de vinculación afectiva es el amor (Rubio y Revuelta, 2008).

esas experiencias, por lo tanto el erotismo denota la búsqueda de excitación sexual y la búsqueda de la satisfacción de la pulsión sexual.

Por su parte, el psicoanálisis también cobro vital importancia a la hora de delinear la sexualidad humana. Según Freud (citado en Miranda, 2008), los fenómenos sexuales son una manifestación de energía –que el llamo libidinal-, la cual se contraponía con la idea de que la sexualidad era instintiva. De acuerdo a este autor, la libido es la energía de la pulsión que se presenta según el objeto al que está dirigida (al objeto) o la que se dirige al “yo”, de ahí que para Freud la vida sexual cobrará gran relevancia en la conformación psicológica del individuo a través de sus pulsiones.

Para el psicoanálisis, el erotismo es la capacidad del individuo para lograr el goce sexual, es la expresión de la sexualidad en la unión afectivo-sensual con otro ser. En esta línea se puede señalar a Izasola (2008), quien considera que el erotismo es una construcción resultado de complejos procesos –internalización<sup>19</sup>, identificación<sup>20</sup>, introyección<sup>21</sup> e incorporación<sup>22</sup>-. Cabe señalar que bajo esta postura el erotismo constituye una pulsión enlazada a la biografía de la persona y que se manifiesta en su deseo y placer, y en su libertad para expresar esa pulsión.

En general, las definiciones realizadas en el campo de la psicología individual y del psicoanálisis han demostrado su utilidad para abrir el panorama acerca de la conceptualización de la sexualidad humana, y del erotismo de forma particular. El hecho de contemplar diversos comportamientos individuales se considera una aportación, sin embargo habría que decir que en el plano psicológico y psicoanalítico no se ha podido avanzar de la idea esencialista de que las conductas sexuales son controladas por la mente y el cuerpo, así como también de las experiencias vividas a lo largo de la vida del sujeto, hecho que es reduccionista al considerar que el erotismo está determinado por la relación que existe entre el individuo y su interior.

Ante las posturas señaladas y siguiendo la línea de la antropología, la sociología, la etnografía y la psicología social en la que se integran elementos acerca de los significados culturales compartidos acerca de la sexualidad, así como de los patrones de determinación de la conducta sexual y erótica (Con trabajos de autores como Boas, Mead, Lévi-Strauss, Lawrence, Malinowski, Marcuse). En este sentido Reiss (2008), retoma el concepto de guión sexual extendiéndolo al nivel cultural para definir la sexualidad. El concepto de guión cultural se refiere a un modelo de interacción formado por papeles o roles sociales, en donde el guión es un código compartido por los miembros de un grupo que entienden que se debe hacer sexualmente (lo que Weeks, llama regulaciones sexuales del quien, del cómo, del donde, etc.). Por lo tanto, propone entender la sexualidad como el conjunto de

---

<sup>19</sup> Son aquellos procesos por los cuales el sujeto transforma las interacciones reguladoras con su medio ambiente, reales o imaginarias en características o regulaciones internas (Izasola, 2008).

<sup>20</sup> Involucra la transformación compleja de las representaciones del objeto para convertirse en características de la identidad del sujeto (Izasola, 2008).

<sup>21</sup> Se refiere a los procesos en que las representaciones se transforman en introyectos que constituyen la identidad (Izasola, 2008).

<sup>22</sup> Se refiere al contenido particular de la ideación del proceso primario, en donde aún no existe una diferenciación de elementos (Izasola, 2008).

guiones culturales compartidos acerca de las conductas que inducen a la excitación erótica y a las respuestas genitales.

Siguiendo a Reiss (2008), este autor documenta que el ejercicio de la sexualidad está relacionada con tres instituciones sociales: a) los roles genéricos a través de su función como filtros de poder; b) la estructuración en que cada sociedad regula con precisión quienes y con quien se tiene acceso a la actividad erótica; y, c) las conceptualizaciones sociales de normatividad sexual, las cuales se traducen en ideologías reguladoras de la conducta sexual, de su importancia y de sus vinculaciones sexuales. De acuerdo a este autor, la conducta erótica tiene dos aspectos centrales que la determinan, por un lado se encuentra la importancia cultural en un momento y tiempo determinado, y por la otra, la conducta sexual que se fomenta en la vinculación con otros sujetos.

Dentro de esta perspectiva, el erotismo adquiere una dimensión que se refiere a un conjunto de representaciones y simbolizaciones que determinan su significación social y su regulación en función de los “otros”. Así algunos estudiosos del tema señalan que el erotismo es una construcción que no sólo está determinada biológicamente, sino es el resultado de las relaciones interpersonales moldeadas culturalmente en un proceso que se llama identificación (Amuchastegui, Rivas y Bronfman, 2005; Delfín, 2008; De Luna, 2008; Uribe, 2008). A través de este proceso el sujeto esta desarrolla su capacidad para el goce sexual –como una expresión de la sexualidad humana-, la unión afectiva sensual y el placer sexual.

De manera general esta perspectiva supone que el erotismo es una condición que está definida por la relación con él y con los otros (construida por medio de la interacción y la simbolización que se hace de los fenómenos asociados a la sexualidad). Así para Miranda (2008), el sujeto erótico no puede ser pensado sólo, ya que vive y se configura en una relación sostenida con los otros, con los cuales interactúa y moldea su “yo erótico”. Por lo tanto, concluye Weeks (1998), que tanto la sexualidad como el erotismo son fenómenos que se edifican a través de los significados sociales que se entienden dentro de un amplio contexto cultural que toma en cuenta las relaciones entre los símbolos y las relaciones sociales.

Por su parte Mead<sup>23</sup> (1973), analiza la sexualidad desde la diversidad social, cultural e histórica que demarca un conjunto de funciones en la sociedad y en la cultura en un determinado momento. Así, dentro del tejido de sus análisis esta autora considera que la sexualidad es una experiencia histórica singular constituida por la formación de los saberes que a ella se refieren, los sistemas de poder que regulan su práctica y las formas según las cuales los individuos pueden y deben reconocerse como sujetos de esa sexualidad. Cabe señalar que la sexualidad es lenguaje, símbolo, norma, rito y mito, uno de los espacios privilegiados de la sanción, del tabú, de la obligatoriedad y de la transgresión.

De acuerdo a las áreas de conocimiento señaladas, el hecho de conocer significados a partir del contexto sociocultural donde se vive es una postura que ha aportado a entender cómo se conceptualiza la sexualidad de forma general y el erotismo de forma particular, sin embargo no se ha podido rebasar la idea de que este último forma parte de un conjunto de procesos

---

<sup>23</sup> Cabe puntualizar que los aportes de esta autora provienen básicamente de la antropología cultural.

que desembocan en la satisfacción sexual. Por lo tanto, se requiere de un esquema que permita abrir el panorama acerca de la conceptualización del erotismo.

Retomando lo anterior, la perspectiva del construccionismo social ha ayudado a cuestionar el discursos esencialista con que se ha definido la sexualidad humana y con ella el erotismo. Esta perspectiva permite comprender a la sexualidad desde diversos contextos, a su vez que permite comprender la estructuración de poder que permea a los significados sociales que se le atribuyen a la conducta sexual, los cuales imponen reglamentaciones morales, éticas, estéticas, políticas, sociales, culturales y conductuales a las personas que se encuentran inmersas en estas construcciones en un tiempo y lugar determinado. No obstante, se considera pertinente aclarar porque el foco de este estudio esta puesto en el erotismo y no en la sexualidad.

Foucault (1995), señala que la sexualidad se caracteriza por un conjunto de significados que se dan a las prácticas coitales moldeadas por un aparato regulado por las fuerzas hegemónicas, en donde el poder-saber conforma las formas en que los sujetos piensan y entienden su cuerpo sexual, así en este punto la sexualidad fue un concepto creado por la sociedad burguesa para reglamentar la vida íntima de los sujetos, es por ello que la carga simbólica que rodea a la palabra sexualidad es de un espacio de disciplinamiento.

Se concuerda con Foucault (1995, citado en Iacub, 2006), pues señala que el erotismo considera el placer “no en relación de una verdad absoluta de lo permitido y lo prohibido ni con un criterio de utilidad, sino primero y ante todo en relación consigo mismo” (Foucault, 1995, citado en Iacub, 2006). Contrario a lo que significa el término sexualidad, el cual es una mirada desde la ciencia de la sexualidad del siglo XIX, entendida como aquel espacio de saber ordenador y normalizador de los sujetos y que ve al erotismo como algo patológico y que por lo tanto requiere tratamiento. Por lo tanto se reconoce que el erotismo es un término integral.

Desde esta perspectiva, el erotismo es una parte integral del desarrollo del ser humano que no se adscribe a la sexualidad de forma única al deseo y al placer sexual, sino adquiere una dimensión más profunda (en el sentido de que el erotismo no puede entenderse sólo si se observan sus componentes “naturales” –asociados a la respuesta sexual-, sino que se ahonda en los significados que se interrelacionan con los procesos subjetivos de los sujetos) (Miranda, 2008).

Para Flores y Parada (2008), el erotismo se enmarca en un conjunto de valoraciones sociales dentro de una ideología que rigidiza y limita una expresión libre y flexible de las necesidades eróticas, y por lo tanto, inhiben la exploración de las potencialidades del erotismo personal. Así para Hierro (1998), el erotismo es la dirección al sentido estético de las sensaciones en un encuentro amoroso, y está íntimamente unido al placer y a su vez requiere de la seducción y de la fantasía. En tanto que para Rubio y Revuelta (2008), el erotismo se finca en el discurrir lento del deseo, que paulatinamente va encontrando satisfacción –no necesariamente en la consumación genital, ya que la finalidad del erotismo no es la saciedad sexual- en la conservación de la emoción.

Desde la visión particular de Rubio y Aldana (2008), el erotismo abarca un diversificado conjunto de manifestaciones afectivas y estéticas, en el que convergen elementos como la

belleza, la armonía, el equilibrio y la pasión por la entrega, todos ellos moldeados por dispositivos que delimitan los gustos individuales del sujeto. De Luna (2008), pone el acento al referirse al erotismo en la facultad del ser humano para construir fantasías. Este autor señala que en las fantasías de tipo erótico surgen pensamientos (procesos mentales) que conllevan sensaciones físicas, emocionales y sentimentales (proceso corporal) consideradas placenteras. Éstas ayudan al desarrollo sexual, al crecimiento personal y a la creatividad, ya que movilizan emociones que pertenecen al ámbito subjetivo, lo cual es un reflejo del ámbito simbólico.

**Tabla 1. Abordajes de la sexualidad y el erotismo.**

Perspectiva	Conceptos		Crítica
	Sexualidad	Erotismo	
<b>Biologicista</b>	Ha sido definida por el sexo biológico de los individuos, así se ha ponderado el estudio de los órganos sexuales y órganos genitales, las relaciones coitales y eróticas y, el placer y los orgasmos (Corona, 2008; Miranda, 2008; Velasco, 2008; Weeks, 2008).	Un comportamiento personal, propio del cuerpo, en sus sensaciones placenteras mediante el estímulo de los órganos sexuales que evocan fenómenos físicos percibidos como deseo sexual, excitación sexual y orgasmo” (Rubio y Aldana, 2008: 560).	Se concentre en aquellos aspectos fisiológicos que sostienen el funcionamiento universal del cuerpo humano, determinado por la fisiología y los impulsos naturales.
<b>Psicología individual</b>	Este enfoque involucra el papel que la mente –y la consciencia- tiene dentro del proceso de sexuación de los sujetos. Conjunto de fenómenos emocionales y de conducta relacionados al sexo. Impulso sexual, la identidad, la orientación sexual. El deseo, el contacto, la intimidad, la expresión emocional, el placer, la ternura y el amor.	Parte constitutiva de la sexualidad que lo vincula con el placer y el deseo sexual. Construcciones mentales que relacionaban al sujeto con el objeto de deseo, así como de los mecanismos que rodean la satisfacción de ese deseo.	No se ha podido avanzar de la idea esencialista de que las conductas sexuales son controladas por la mente y el cuerpo, así como también de las experiencias vividas a lo largo de la vida del sujeto.
<b>Psicoanálisis</b>	Según Freud (citado en Miranda, 2008), los fenómenos sexuales son una manifestación de energía –que el llamo libidinal-, la cual se contraponía con la idea de que la sexualidad era instintiva.	El erotismo es la capacidad del individuo para lograr el goce sexual, es la expresión de la sexualidad en la unión afectivo-sensual con otro ser. Es una construcción resultado de complejos procesos de internalización, identificación, introyección e incorporación.	No se ha podido avanzar de la idea esencialista de que las conductas sexuales son controladas por la mente y el cuerpo, así como también de las experiencias vividas a lo largo de la vida del sujeto.

<b>Antropología, Psicología social, etnografía, sociología</b>	Los significados culturales compartidos acerca de la sexualidad, así como de los patrones de determinación de la conducta sexual. Modelo de interacción formado por papeles o roles sociales.	Un conjunto de representaciones y simbolizaciones que determinan su significación social y su regulación en función de los “otros”. Relaciones interpersonales moldeadas culturalmente.	No identifica las relaciones de poder implícitas en los grupos sociales.
--	---	---	--

Fuente: Elaboración propia.

## 2.4 Construcciones sociales del erotismo.

Como se vio en el apartado anterior, definir el erotismo no es tarea sencilla. Por su parte Betaille (1980) afirma que sólo los seres humanos han hecho de la actividad sexual una actividad erótica, y que la diferencia entre el erotismo y la actividad sexual simple es una búsqueda psicológica independiente del fin natural dado en la reproducción, con lo que el termino erotismo es una ruptura al espacio normalizador que representa la sexualidad como enfoque de la ciencia sexual. En nuestra cultura la sexualidad es identificada con el erotismo, al punto de usarse indistintamente ambos términos. No obstante, en el terreno teórico es necesario diferenciar ambos conceptos para elaborar categorías rigurosas. El erotismo incluye a la sexualidad pero no la agota, por lo que el erotismo debe ser reconocido en su especificidad ( Beavouir, 1981; Lagarde, 1997, Lamas, 2006).

El erotismo tiene por protagonistas a los sujetos particulares y a los grupos sociales; tiene como espacio al cuerpo vivido, y consiste en acciones y experiencias físicas<sup>24</sup>, intelectuales y emocionales, subjetivas y simbólicas, conscientes e inconscientes, así como formas de percibir y de sentir, tales como la exaltación, la necesidad, y el deseo, que pueden conducir o significar por sí mismas goce, alegría, dolor, agresión, horror, y finalmente, pueden generar placer, frustración o malestar de forma directa o indirecta, producto de una cultura permisiva o represiva al erotismo (Butler, 1997; Cuchiari; Lamas, 1996; Lagarde, 1996; Scott, 1997).

Para Marcuse el erotismo significa que todas las actividades individuales se transforman en expresiones eróticas. Se trasciende la contradicción entre la cultura y la sexualidad, y los esfuerzos libidinales se tornan adhesivos para la cultura, en vez de que sean una amenaza. Para este autor un erotismo sublime no necesariamente queda satisfecho por medio del coito, por lo que el termino erotismo rompe con la primacía de la función genital, lo mismo de los referentes que acompañan a dicha primacía (reproducción, coito, órganos sexuales).

El erotismo está construido por las diversas experiencias de acuerdo con las épocas históricas y con las culturas. Cada cultura incluye una cultura erótica específica conformada por relaciones sociales, normas (prescripciones y prohibiciones), códigos, preferencias, prácticas, conocimientos, concepciones, lenguajes y tabúes. A pesar de la división de las sociedades en grupos sociales, el bloque cultural impone por medio de sus instituciones,

<sup>24</sup> El erotismo tiene bases físicas. La excitación se produce en ocasiones por la acción de las hormonas sexuales, sin embargo la excitación perdura aun cuando desaparezcan o se reduzcan dichas hormonas del organismo como ocurre en la andropausia o la menopausia.

una cultura erótica dominante (Iacob, 2006, 2007). En general, aunque se crea que es homogénea, que los mismos principios son válidos para todos, el erotismo es patriarcal, clasista y genérico, y específico y distintivo para los grupos de edad, y para los sujetos, de acuerdo con el tipo de conyugalidad, y con sus particulares tradiciones.

El erotismo de las mujeres, son sujetas social y culturalmente a los hombres, con quienes deben relacionarse eróticamente de forma positiva. Una contradicción básica consiste en que deben orientar y definir su erotismo de acuerdo a las normas dominantes y simultáneamente, con las específicas de género. Las mujeres tienen así una doble asignación erótica. Están definidas en función de su erotismo pretendidamente neutro, que abarca a todos, y de un erotismo asignado a su género. Es decir las mujeres tienen deberes, límites, prohibiciones, eróticos, generales y específicos (Conway, Bourque y Scott, 2013; Lamas, 2006; Serry y Harriet, 2013).

Kollantaib (citado en Lagarde, 1997) detecto este hecho y lo llamo doble moral sexual. Aunque no sólo es un problema ubicado en la dimensión ética o moral. Se trata de relaciones, prácticas, normas, creencias y tabúes, que confirman un erotismo que, a más de diferente ubicado en la naturaleza (femenina), es valorado como inferior. El erotismo dominante recrea en su asimetría, la discriminación, la subalternidad, la dependencia y la sujeción de las mujeres. Es pues, un erotismo de la opresión.

El erotismo femenino no encuentra un camino recto entre el estímulo y la vivencia, está estructurado para requerir la mediación del otro, protagonista esencial para que la mujer concluya el proceso, que siempre consiste en la satisfacción del otro. Entonces el erotismo femenino queda así asociado a la maternidad, lo cual la coloca como sujeto pasivo en relación con su cuerpo y su placer. La libido erótica con fin de autocomplacencia, es desestructurada en este proceso, que abarca desde el nacimiento hasta el primer parto, del erotismo subsumido con fines de ligarse al otro, ya sea la pareja o los hijos (conyugalidad, maternidad) (Lagarde, 1997).

Así el erotismo como creación de continuidad del sujeto consigo mismo o en relación con los otros, involucra aspectos de la experiencia únicos, que tienen que ver con la integridad de los sujetos. La experiencia erótica acontece en la intimidad más interior y está normada desde la sociedad y la cultura, por un saber hecho consciencia por el sujeto y está determinada por necesidades inconscientes ignoradas. Ambos principios, conscientes e inconscientes actúan a la vez aleatoria y contradictoriamente, en toda experiencia erótica.

Algunos autores señalan que el erotismo es un hecho pedagógico, porque el descubrimiento del propio erotismo es prohibido por el poder, y reprimido por el propio individuo o desarrollado hasta cierto límite ((Butler, 1997; Cuchiari; Lamas, 1996; Lagarde, 1996; Lmas, 2006; Scott, 1997). Entonces, el erotismo implica el aprendizaje de normas, que permiten, restringen o prohíben de acuerdo con el estereotipo de trato erótico. Siempre alguien enseña y alguien aprende, alguien tiene el saber erótico y alguien carece de él. La mujer es, en la relación entre los géneros, quien no posee el saber erótico. En particular, las madres-esposas, por eso los varones poseedores de esta sabiduría enseñan, es decir, moldean, norman, domesticar el erotismo de las mujeres. Las mujeres incursionan en un territorio más desconocido y son los hombres quienes develan el erotismo, son los portadores de sabiduría erótica institucionalizada como conocimiento y como práctica.

**Tabla 2. Pedagogía del erotismo.**

<b>Mala mujer</b>	<b>Hombre</b>	<b>Buena mujer</b>
Descubre al hombre el erotismo masculino y como obtener placer	Descubre a la mujer el erotismo masculino y como dar placer	Aprende la renuncia Da placer No obtiene placer
No obtiene placer	Tiene placer	Madre-esposa se apropia de un saber. Obtiene placer, ejerce el poder
Prostituta	Cliente-amor	Se anula erotismo y placer de la mujer
Se anula su erotismo	Amado-amor	Cuerpo materno
Cuerpo erótico para él		

Fuente: Construcción propia con información de Lagarde (1997).

### 2.4.1 Construcciones sociales de la sexualidad.

Uno de los ejes sobre los que versa esta investigación es la sexualidad, entendida como la connotación coital del erotismo, que si bien está compuesta por referentes biológicos y físicos se encuentra regulada por elementos socioculturales y políticos. Para autores como Foucault (1997, citado en Lagarde, 1997) la sexualidad como una experiencia históricamente singular, se compone de tres ejes: la formación de los saberes que se refieren a ella; los sistemas de poner que regulan su práctica; y, las formas según las cuales los individuos pueden y deben reconocerse como sujetos de esa sexualidad (sujetos sexuales, sujetos deseantes). Entonces, las diferencias culturales construyen, reconocen y asignan atributos sexuales a los seres humanos, pero todas constituyen su clasificación a partir de la biología. Es así, que las diferencias corporales operan en lo sexual.

Algunos autores señalan que lo sexual está determinado por las características fenotípicas y genotípicas presentes en los sistemas, funciones y procesos del cuerpo humano, con base a las cuales se clasifica a los individuos por su papel potencial en la reproducción biológica de la especie (Beavoir, 1981, Butler, 1997; Cuchiari; Lamas, 1996; Lagarde, 1996; Scott, 1997). Por lo tanto, se señala desde diversas posturas de la antropología que la sexualidad es el conjunto de experiencias humanas atribuidas al sexo, y definidas por éste, constituye a los particulares y obliga a su adscripción a grupos socioculturales genéricos y a condiciones de vida predeterminadas. Así, la sexualidad esta constituida por formas de actuar, de comportarse, de pensar y de sentir, así como por capacidades intelectuales, afectivas y vitales asociadas al sexo.

De tal forma que el cuerpo encarna espacios privilegiados en la determinación del sexo: se trata de órganos, funciones y experiencias asociadas a la reproducción, a la genitalidad, a las prácticas y actividades sexuales. En este sentido, diversas posturas al respecto señalan que se abren dos espacios dicotómicos para normar las expectativas y roles sociales asociados al género: lo femenino y lo masculino, los cuales evidencian dos formas de comportamiento contradictorias, y cuya esencia erige la doble moral sexual de las sociedades. De tal forma que la tesis implícita en la concepción dominante sobre la sexualidad consiste en todo lo relativo a ser mujer u ser hombre, a la masculinidad y la femineidad, así lo femenino o lo masculino es concebido como lo biológico y en tanto biológico, natural, inmutable y verdadero.

Las normas que definen la sexualidad erótica femenina de manera positiva, se enmarcan en el deber ser genérico de las mujeres. Las principales características son las siguientes (Lagarde, 1997):

- a) Hetererotismo obligatorio.
- b) Adulta.
- c) Genito-coital-pasiva, ya que otras experiencias eróticas no son reconocidas como tales.
- d) Ligada al amor, sin amor no hay erotismo, y el amor construido como renuncia y entrega.
- e) En el matrimonio.
- f) Con fines de procreación y desarrollo de la familia.
- g) Ligado al amor como renuncia al placer y al goce propios.
- h) Ignorante.
- i) Como mujer-objeto para ser usada por otro (como imposibilidad de decisión, de iniciativa, de sabiduría y de lenguajes propios).
- j) Desde un cuerpo vivido, síntesis de la impureza, del mal y del pecado.
- k) Prohibición del autoerotismo, incluso hasta desconocerlo y del homoerotismo genital.
- l) A partir del mismo principio, como el erotismo es considerado como pecaminoso, solo justificable por los nobles fines de procreación, debe concluir en la menopausia o más o menos en la quinta década de vida.
- m) El heteroerotismo es un espacio de adoración a los hombres y de dependencia vital y sujeción de las mujeres.

De tal forma que la sexualidad, y específicamente el coito no se lleva a cabo en el vacío, es un hecho político y parece que no sólo sucede que cada cual llega al coito con lo que es, el conjunto de determinaciones biológicas, sociales, culturales que lo constituyen, es decir no sólo como síntesis histórica, sino que el coito es uno de los espacios de materialización del antagonismo genérico y de las contradicciones conyugales. La alta valoración del coito se debe también a que es uno de los espacios de contacto personal, directo, corporal psíquico y erótico de los seres humanos (Beavoir, 1981, Butler, 1997; Dolto, 2001; Cuchiari; Lamas, 1996; Lagarde, 1996; Scott, 1997). Sin embargo dotados de historias genéricas que les hacen diferentes y de cuerpos (vividos) distintos, esperan, sienten, perciben, y obtienen cosas diferentes bajo el cobijo de una ideología de uniformidad amorosa y erótica humana.

Por otro lado, la potencia erótica de los hombres es uno de los fundamentos de la identidad masculina. Potencia erótica, definida entre otros elementos míticos, por el triunfo en las prácticas eróticas colectivas, por la precocidad de la primera relación coital y la senilidad de la última; por el tamaño del pene, por la distancia a la cual pueden arrojar el semen, por su densidad y también por su cantidad; por el número de veces a la semana que tienen relaciones, la duración de éstas, la capacidad de repetición en una misma sesión, y por el número y diferencia de parejas, y como prueba material, el número de hijos (Bonino, 2000; Connell, 1995, 2005; Lagarde, 1997).

La sexualidad patriarcal masculino se define por su carácter de grandiosidad: a mayor número de veces, a mayor duración de la erección, a mayor número de coitos por sesión, y mayor número de amantes, los hombres son considerados no solo más potentes, sino mas

viriles, mas machos, más hombres, es así que las normas desde las cuales se define la sexualidad de los hombres son las siguientes (Bonino, 2000; Connell, 1995, 2005; Lagarde, 1997):

- a) Hetererotismo obligatorio.
- b) Adulterio, una mayor permisividad en otras edades.
- c) Genito-coital-activa, ya que otras experiencias eróticas no son reconocidas como tales.
- d) No hay vínculo al amor ni a algún elemento sentimental y/o emocional.
- e) No se necesita la institucionalización del matrimonio.
- f) Con fines de procreación y desarrollo de la familia.
- g) Placer y al goce propios.
- h) Dotado de sabiduría.
- i) Desde un cuerpo sexualizado en el pene y los órganos genitales.
- j) Tolerancia y exacerbación del autoerotismo, incluso hasta desconocerlo.
- k) El uso genital de la sexualidad no concluye con la etapa de reproducción.
- l) El heteroerotismo es un espacio de adoración a los hombres.

#### **2.4.2 Construcciones sociales del deseo y el placer.**

El concepto libido (*libido*, - *inis* deseo) se deriva del latín (*desiderium*) y significa deseo. En el lenguaje del erotismo, se le define como la tendencia profunda, invencible y muchas veces espontánea, que empuja a un sujeto a apropiarse de la manera que sea de un elemento del exterior, o de otro ser (Lagarde, 1997). Esta tendencia culmina y se desarrolla en la sexualidad. Para algunos autores tiene el mismo valor por sí mismo, y es el medio del conocimiento (Rojas, 2004). La libido es la energía que emana de la búsqueda del placer. Por su parte Freud le dio el sentido de la energía sexual e impulso de la sexualidad humana, mismo que por sublimación podrá convertirse en otras formas de la experiencia humana (Doring, 2001).

Por su parte, Sánchez (1998) señala que la experiencia sensual y sexual se vive a través de las categorías de un discurso del deseo, discurso que es dominante en algunas sociedades, y que se encuentra determinado por dos componentes: uno orgánico o somático, y otro subjetivo, condicionado por la cultura y el medio espacial y temporal donde la persona se ha desarrollado, por lo que, coexisten significados que por un lado legitiman el deseo y goce erótico.

El deseo supone un sentimiento que abarca todo el cuerpo y en el que incluyen aspectos físicos y emocionales, y aun cuando la evidencia empírica no supone que con la edad se dificulte la búsqueda del placer y el goce sexual, existe el prejuicio de que el deseo sexual desaparece con la edad (Coria, 2012; Freixas, 2013). Cabe señalar que en la cultura existe poca aceptación del deseo sexual femenino, lo que ha llevado a estigmatizar y desvalorizar a las mujeres que responden activamente a sus deseos y necesidades sexuales. Afirma Iacub (2014), al respecto que históricamente se ha ahogado la capacidad de las mujeres de legitimar su deseo como parte de su erótica, orillándolas al alejamiento progresivo de su libido y la renuncia a los placeres eróticos. Cabe señalar que este estigma ha acompañado la vida de las mujeres durante toda su vida, y que no es propio de la etapa de la vejez.

Marcuse (1983), reconoce que la cultura se opone al desarrollo libidinal libre, puesto que los propósitos sexuales deben ser desviados o sublimados a fin de efectuar una cohesión social amplia y para que la labor de la sociedad puede efectuarse de forma confiable. Este autor hace de la represión un fenómeno sociocultural diferencial para hombres y mujeres. En esta obra se señala que existen un conjunto de reglas explícitas e implícitas norman la prohibición de tocar el cuerpo por el solo placer de hacerlo, aunque las mujeres descubren por diferentes vías el erotismo de su cuerpo y deben olvidarlo. Las prohibiciones, los regañones y los castigos le sirven para que aprenda a tocarse sin intencionalidad erótica, que valga decir estos mecanismos sirven para la enajenación de la mujer con su cuerpo.

La mujer interioriza el silencio y la prohibición erótica en lugar del placer. Mediante el olvido incluso partes del cuerpo descubiertas al placer en la infancia. Es común que las mujeres redescubran, en momentos distintos de su vida, zonas de su cuerpo olvidadas o insensibilizadas por medio de una cultura de la deserotización de las mujeres, como por ejemplo el clítoris, el cual es un espacio corporal y simbólico de la posible autonomía placentera del erotismo femenino, no obstante la mujer no lo reconoce como tal (Doring, 2001; Lagarde, 1997).

Por eso las mujeres, no descubren sus propios procesos de placer ni las zonas de su cuerpo, ni las prácticas que les permitan disfrutar (Coria, 2012; Freixas, 2013).. En la pasividad aprender en la cama como esencia de su erotismo, desde la subordinación, y en la entrega, aman a los hombres, se les someten y son sus aprendices. Uno de los resultados, tal vez el más importante y generalizado es la frigidez (anorgasmia, rechazo al intercambio erótico), lo que algunos autores señalan como femineidad castrante (Doring, 2001). Esta castración se extiende a la vagina también, porque está reservada para los otros (cónyuges e hijos). No tiene nombre ni ubicación precisa, como tampoco las otras partes de la vulva. Aún cuando la vagina es el espacio erótico destinado, las mujeres tampoco encuentran placer en ella: las mujeres vírgenes no deben tocarla, y cuando ya no lo son, han asimilado que esa parte de su cuerpo ya no les pertenece, solo puede ser espacio erótico con otro.

En este sentido, la prohibición de la búsqueda, de placer y de protagonismo a las mujeres, se concreta en su obediencia erótica, en el cumplimiento de su dependencia, de su pasividad, de su falta de placer. Algunos autores señalan el tratamiento político del clítoris como mutilación real y simbólica de las mujeres. La cultura patriarcal, por ser rigurosamente reproductora, ha creado para la mujer el modelo del placer vaginal. Así, un órgano de placer independientemente de la reproducción, el clítoris, pierde el rol dentro de la satisfacción y placer sexual.

Por otro lado, Coria (2012) sostiene que el sistema patriarcal jerarquiza y discrimina por género el deseo sexual, puesto que esta ordenación contribuye a que la sexualidad sea pensada desde las necesidades sexuales masculinas, que entre otras cosas, instaló un modelo para dar satisfacción continua a sus necesidades de descarga hormonal y anhelos de disfrute erótico, así el deseo sexual es legitimado por el derecho “animal” del hombre. Hablando de esto, autores comentan que la idea del deseo es un recurso que la sociedad patriarcal ha fincado para aumentar la sensación de poderío de los hombres, el cual está ligado a su capacidad de seductores en potencia (Bonino, 2000; Connell, 1995, 2005; Lagarde, 1997).

### 2.4.3 Construcciones sociales del cuerpo.

Los cuerpos han sido y son, desde los albores de la humanidad, tanto receptores de significados sociales como también productores y transmisores de significados. Los cuerpos han jugado siempre una función simbólica, de ahí que para algunos estudiosos los cuerpos son producto de una construcción social por están insertos en una época y una sociedad en particular. El cuerpo es receptor de acontecimientos sociales y culturales que suceden a su alrededor y, además constituye una unidad biológicamente cambiante que en contacto con el entorno se halla sujeto a significados diversos, importantes para la comunicación social (Acuña Delgado, 2001; Kogan, 2003; Le Breton, 2002).

Kogan (2003), menciona que el cuerpo integra la significación no sólo sobre las cosas, las personas y las acciones, sino que se constituye como un elemento nodal y permanente en la relación de cada uno de estos elementos sociales. Por ello, sólo se puede hablar del cuerpo social a través de la diversidad de discursos y significados formulados por cada cultura, misma que da origen a innumerables mitos que se forjan para expresar la cosmovisión particular de una cultura. Aquí encontramos un doble simbolismo corporal: uno biológico y uno sociológico, que lejos de oponerse se complementan y ofrecen la clave para entender la compleja y paradójica realidad sobre el cuerpo.

Es congruente entonces plantear la sociabilidad del cuerpo, puesto que la educación (formal e informal) tiende a modelarlo de acuerdo a determinada hechura de conformidad con las exigencias normativas de una cultura y momento histórico en particular (Le Breton, 2002). El juicio social y, por consiguiente, los valores que este supone no solo condicionan el comportamiento social –por medio de la censura que ocasiona sentimientos de culpabilidad-, sino también por imponer ideales sublimados sobre el cuerpo que gobiernan y estructuran su crecimiento (peso, estatura, etc.), su conversación (prácticas higiénicas, alimentación, rutinas de ejercicio, etc.) su presentación (cuidados estéticos, vestimentas) y su expresión afectiva, elementos que sin duda modelan una determinada estética corporal (Acuña, 2001).

Según Berreiro (2004), el individuo se ve envuelto en una lucha constante por crear y recrear una imagen que desea proyectar, llegando incluso a intentar trascender los límites impuestos por su propio cuerpo a fin de mostrar la apariencia física que anhela. De esta forma la construcción de la imagen corporal se encuentra sujeta a un proceso constante de construcción y reconstrucción, el cual es orientado a la permanente búsqueda por entrar dentro de los cánones sociales impuestos por una cultura que integran tanto las percepciones internas (y que funcionan a través de éstas) y percepciones del entorno sociocultural.

Esta perspectiva supone que el desarrollo de la imagen corporal significa la inscripción del individuo a un orden simbólico. Dicha inscripción significa que el individuo ha asimilado las normas sociales a través del desarrollo del súper “yo”, el cual sirve para regular y controlar los deseos y las pulsiones corporales (Kogan, 2003). De esta forma se engloba no sólo lo que concierne al cuerpo como materia, sino también a los pensamientos, sentimientos, emociones y acciones en referencia al uso del cuerpo social.

Según esta perspectiva, la internalización es un proceso mediante el cual el individuo absorbe la personalidad o la imagen corporal de los otros. Busca lucir y verse como los otros, por lo que interioriza la imagen corporal ideal -hegemónica- en la propia psique y en el comportamiento propio. Esta internalización lleva al individuo a reaccionar ante los sucesos externos como si fuesen internos, es decir, producen la identificación del individuo con la imagen ideal de belleza. Por lo que la imagen de las y los sujetos es un proceso mediante el cual se apropian de las normas socioculturales ajenas y externas y las adaptan en sus referentes individuales (Le Breton, 2002; Kogan 2003; Martínez, 2004).

De acuerdo a Bañuel (1994, citado en Kogan, 2003), se puede agrupar las aportaciones teóricas más relevantes sobre la producción social del cuerpo en tres grandes dimensiones:

La primera representa una visión del cuerpo como “signo y mercancía en una sociedad de consumo”, en la cual el cuerpo aparece como dentro de la lógica de significados dentro del consumo, en el que a través del ejercicio físico no sólo se busca estar sano, sino también conseguir una buena apariencia con el objetivo de obtener mayor estatus y prestigio social. Bourdieu (1998) profundiza en las correspondencias existentes entre el cuerpo y los estratos sociales, observando cómo la percepción del esquema corporal y los hábitos corporales funcionan como valores a través de los cuales se deduce una clase social.

La segunda aportación se refiere a la existencia del cuerpo como “discurso y lenguaje”, como un sistema semiológico, productor de sentido dentro de una estructura de comunicación bajo valores compartidos en una comunidad social. En esta se utiliza el cuerpo como “fachada” para conseguir credibilidad en la comunicación, en la que se estudia el uso y percepción del espacio personal y social como estrategia comunicativa que define la existencia de distintas distancias interactivas que cada cultura asume como adecuadas (Le Breton, 2002).

El tercer bloque teórico habla del cuerpo como “objeto de control y poder”. Por su parte Foucault (2007), se refiere a la “política del cuerpo” como la disciplina corporal que se impone en distintas instituciones: militares, médicas, escolares e industriales, al objeto de conseguir un mayor dominio sobre los individuos para fijar normas sociales, políticas, económicas y culturales de acuerdo a la cosmovisión de las sociedades.

Es importante resaltar que desde esta visión, el control no es una imposición externa al individuo, ya que no se expresa como una forma de control-represión, sino que, aparentemente, es el individuo mismo quien toma la decisión de disciplinarse. De esta manera, el poder según Foucault (2007), se presenta de forma sutil y consensuada para incorporar los elementos socioculturales en el cuerpo. Particularmente se ensalza la cuestión ética encaminada al control y cuidado del cuerpo, misma que ha derivado una serie de técnicas de mantenimiento del cuerpo como opciones de elección individual.

Dentro de este análisis cabe hacer mención que el cuerpo ha pasado por una evolución a lo largo del tiempo y con él de las culturas traspasando los significados del cuerpo prohibido (esencialmente de tradiciones religiosas, filosóficas y morales), el cuerpo instrumental (derivado de la sociedad capitalista que ve al cuerpo como mano de obra en beneficio del capital) y finalmente el cuerpo relacional (que se refiere a los simbolismos que representa el cuerpo en la sociedad de consumo) que entiende que una apariencia física “estéticamente

bella” forma parte de los estímulos no verbales que influye en las respuestas interpersonales en el contacto con los “otros” y, que en ciertas condiciones son los determinantes principales de tales respuestas, como es el caso del erotismo (Martínez, 2004).

En este sentido cabe señalar las diferencias sexuales entre hombre y mujer no sólo obedecerían a factores biológicos predeterminados, sino también en la influencia de factores sociales y culturales. Si bien la biología explica las singularidades del sexo, la realidad social y cultural la explica la construcción de una identidad diferencial de género. Como viene a afirmar Vázquez (2002, citado en Kogan 2003), aún hoy persisten ciertas desigualdades en lo que respecta a la consideración corporal en razón del género; si para los hombres el cuerpo es “potencial en acción” orientado hacia sí mismo y hacia el exterior; la mujer “vive su cuerpo en función de los demás”, para la seducción del hombre, la reproducción y la maternidad, de ahí que se considere el cuerpo de la mujer como un “bien social” para posicionarse en el mercado erótico.

En el caso de la construcción de las imágenes corporales de hombres y mujeres se da la internalización de la estructura patriarcal. Es decir que tanto hombres como mujeres, interiorizan las normas y pautas culturales que señalan la forma de presentarse, comportarse y actuar, cabe mencionar que el cuerpo se significa en relación al ideal de un “otro”, un modelo, como un cuerpo objetivado (Acuña, 2001; Martínez, 2004). En el caso de las mujeres el “otro” se vincula con la idea de la belleza corporal, la maternidad y la figura de la modelo. En el caso de los hombres el “otro” incluye elementos de virilidad, seducción y fuerza. Siendo que en ambos casos la influencia de los medios de comunicación sobra vital importancia en la construcción de esos modelos ideales.

Desde esta perspectiva de análisis, el ideal de belleza se ha convertido en un modelo que se reproduce y refuerza mediante la socialización, en la cual se interiorizan los modelos hegemónicos de feminidad y masculinidad, convirtiéndolos en los parámetros sobre los que se evaluará la imagen corporal (Acuña Delgado, 2001). De ahí la relevancia que tiene para hombres y mujeres la búsqueda constante por cumplir con el ideal de belleza, lo que para Foucault (2009), significa ejercicios de colonización sobre el cuerpo para moldearlo de acuerdo al ideal hegemónico de belleza.

Como síntesis de cualidades biológicas, sociales y culturales, como espacio de su erotismo, el cuerpo de la mujer incluye además del cuerpo limitado por la piel de cada una, todas las extensiones que se le atribuyen. En ocasiones el cuerpo abarca la casa o un territorio (porque se considera corporalmente determinada la obligación social del trabajo y el espacio domésticos para las mujeres). El cuerpo de la mujer, incluye también, los cuerpos y las vidas de los hijos y los cónyuges, las instituciones jurídicas y políticas y las concepciones mitológicas, filosóficas e ideológicas, que le dan nombre, le atribuyen funciones, prohíben o asignan obligaciones, sancionan o castigan.

El cuerpo histórico de la mujer está formado por los cuerpos de las mujeres y por todos aquellos que las ocupan. Así, a lo largo del ciclo de la vida, -y no sólo en el embarazo o durante el coito, sino permanentemente., el cuerpo femenino es un cuerpo ocupado. Además, la mujer solo puede tocar su cuerpo para embellecerlo, para agradar, para gustar, para ser deseada por otro: se peina, se perfuma. Su deber estético tiene el sentido de

preparar su cuerpo (y su persona), esencialmente para el placer del otro (el protagonista), para lograrlo debe ser bella y atraerlo.

Dentro de esta perspectiva cobra importancia la imagen corporal como elemento fundante del erotismo. El autor traza un posible desarrollo en el adulto cuando el individuo hace conscientes los procesos de identificación y activamente delinea su propio yo erótico y determina su erótica personal. En el mismo sentido se puede mencionar a Amuchastegui, Rivas y Bronfman (2005), autores que señalan que el erotismo está asociado al desarrollo emocional de las estructuras mentales que conforman la imagen consciente e inconsciente del cuerpo, las cuales dan como resultado la elaboración de la imagen sexual de sí mismo .

Por su parte Ortiz *et al* (2004), vinculan el erotismo con las percepciones sensoriales que evocan el deseo de un objeto, el cual contiene reacciones afectivas y emocionales. Al respecto, De Luna (2002), comenta que el erotismo se relaciona con la imagen corporal, la identidad genérica y la sensación del yo, los cuales se proyectan en una vida amorosa, la seducción. Asimismo Rubio y Aldana (2008) se pronuncian ante la condición que define al erotismo con la forma en que vivencia su propio cuerpo como fuente de sensaciones placenteras, dando oportunidad para conocer su potencial amoroso. De esta forma se entiende que se incorporan elementos al definir el erotismo, los cuales se basan en considera el cuerpo como fuente de deseo y sensualidad

### **CAPÍTULO III. ESTRATEGIA METODOLÓGICA.**

Establecer un esquema metodológico es preparar las condiciones que posibiliten la recogida y análisis de los datos, considerando que debe ser lo suficientemente flexible para permitir la incorporación de numerosos aspectos del fenómeno de interés. En este sentido, el presente capítulo tiene como propósito describir la estrategia metodológica que se desarrollará en esta investigación con el objetivo de Analizar las construcciones sociales del erotismo en personas mayores del Área Metropolitana de la Ciudad de Monterrey, Nuevo León. El contenido integra el enfoque cualitativo-interpretativo que da origen al estudio, el cual ayudará a construir el sentido y el significado del erotismo para los adultos mayores de forma analítica y contextual. Dicho esto, es pertinente entonces partir de la descripción del enfoque que se utilizará en la investigación. Posteriormente se señala el contexto sociodemográfico y cultural del estudio, el tipo de muestra, las técnicas de recolección de la información, los criterios de validez, el proceso de análisis de la información y aspectos éticos, entre otras dimensiones.

#### **3.1 El erotismo en la vejez, un tema “mudo” dentro de la investigación social.**

##### **3.1.1 Enfoque cualitativo-interpretativo.**

El hecho de que en contextos como en México es una tradición mantener los temas relacionados con la sexualidad, el erotismo y la intimidad en el ámbito privado hace necesario la búsqueda de un enfoque que nos permita adentrarnos a la diversidad de discursos y construcciones desde las cuales las personas mayores definen la experiencia del envejecimiento de manera general, y su erotismo de forma particular (Alberoni, 2006; Eisler, 2000; Freixas, Luque y Reina, 2010; Reyes, 2011). Por lo que, la adscripción a un

determinado enfoque tiene que dar cuenta de la lógica y los significados que subyacen a la diversidad de concepciones y prácticas concretas que las personas mayores atribuyen y experimentan al fenómeno del erotismo, el cual valga decir, ha sido un tema de poco abordaje desde las ciencias sociales y la gerontología social.

La elección de un enfoque implica la inserción de un problema a analizar dentro de un paradigma de investigación, el cual implica no sólo la manera de concebir la realidad social (cuestión ontológica), sino también la forma de entender la relación entre el sujeto que conoce y los sujetos conocidos (cuestión epistemológica) y los mecanismos para acceder al conocimiento colectivo (cuestión metodológica) (Taylor y Bogdan, 1996). Así en esta investigación se parte del supuesto que hay una realidad múltiple creada por los sujetos social y culturalmente ubicados.

Existe una necesidad de explorar, de conocer y de entender el erotismo humano no de forma sistemática, sino observarlo desde el punto de vista de la sociocultura. Entonces, si el erotismo está inmerso en ansiedades, pudores, silencios, represiones, castigos y vergüenzas hay que abandonar la búsqueda desde la miope cuantitativa para dar paso a un conocimiento significativo e integrador a través del uso de los sentidos. De esta forma el estudio de aspectos como el placer sexual, la sensualidad, la belleza, la atracción, la intimidad y el autoerotismo en hombres y mujeres mayores representa un reto para la investigación que sólo puede ser afrontado mediante la búsqueda de las voces de sus protagonistas.

De acuerdo a lo anterior, es imprescindible contar con una ruta que permita adentrarse a la complejidad del contexto desde una mirada que ayude a aprehender el ambiente natural del fenómeno objeto de investigación. En este sentido, el estudio se sitúa en el enfoque cualitativo-interpretativo, ya que se pretende reconstruir la “realidad” tal como la observan los actores dentro un sistema social previamente definido, y en este caso, la atención de centra en reconstruir los significados de las acciones o los hechos por medio del acceso a los discursos en que las personas mayores se definen a sí mismas y el conjunto de relaciones sociales a los que están adscritos dentro de sus sistema social y cultural (Flick, 2007). Es decir, se procura analizar la construcción social del erotismo a partir de la comprensión del contexto específico en el cual se sitúan los sujetos, el que determina la forma en que viven no sólo la vejez, sino también delimita los sentidos y significados sociales acerca del erotismo y el placer.

La investigación cualitativa-interpretativa es una mirada que permite la observación de un fenómeno social y otorga relevancia a los sentimientos, las emociones y las representaciones elaboradas por los individuos. Al respecto Vela (2001), señala que con este tipo de investigación es posible captar el significado de las relaciones sociales que se construyen de acuerdo a la visión de los actores en su contexto particular. Por consiguiente, un acercamiento cualitativo-interpretativo proporciona la ventaja de acercarse a entender por medio de las narrativas del sujeto cómo percibe su mundo físico, cómo lo siente, cómo lo experimenta, y cómo ese conocimiento es aplicado en ciertos contextos moldeados por la cultural, el saber y el poder (Montaño, 2003). En este sentido, un enfoque cualitativo sirve para entender cómo los adultos mayores del Área Metropolitana de Monterrey construyen sus significados acerca del erotismo a partir de los 60 años de edad.

Taylor y Bogdan (1984:5) define a la investigación cualitativa como “aquella investigación que produce y analiza datos descriptivos, tales como las palabras escritas, dichas o el comportamiento observable de las personas en su terreno habitual (natural), por lo que, de acuerdo a varios estudiosos del tema las principales distinciones del enfoque cualitativo son los siguientes: a) La investigación cualitativa es inductiva, ya que los investigadores desarrollan conceptos, intelecciones y comprensiones partiendo de los datos que se obtienen del conocimiento directo de la vida social que más tarde se contrastan con un cuerpo teórico coherente; b) La investigación que se sitúa en el enfoque cualitativo es intensiva y remite al estudio de muestras restringidas pero estudiadas a profundidad.

Algunos estudiosos del tema señalan el carácter fenomenológico-interpretativo del enfoque cualitativo (Atkinson y Heritage, 1984; Deslauries, 1991; Parker, 2005). Bajo este tenor, se parte de la fenomenología de Schutz (1960, citado por Bustos, 2013) que se centra en el estudio de la intersubjetividad, es decir en el mundo de la vida y el mundo de la vida cotidiana en la que los individuos crean una realidad social constreñida por las estructuras sociales y culturales creadas por sus predecesores. Así, los significados que se dan al erotismo en la vejez dependen de componentes objetivos y subjetivos, donde los primeros existen premeditadamente en la cultura y son compartidos por la colectividad, mientras que los segundos se definen por la interacción del sujeto y su estructura y que limitan su subjetividad, ese espacio donde las personas mayores dan y mantienen un significado a las diversas situaciones de su vida cotidiana (Atkinson y Heritage, 1984; Deslauries, 1991; Parker, 2005).

Se pretende tener una mirada reflexiva de los fenómenos que acaecen al erotismo en la población mayor del área urbana de Monterrey. Al respecto, autores como Taylor y Bogdan (1987), Eisner (1998) y Rossman y Rallis (1998), consideran que la investigación desde el enfoque cualitativo nos permite una doble hermenéutica del contexto ya que es sensible a la comprensión de las personas dentro de sus propios marcos de referencia mediante métodos humanistas con carácter interpretativo y reflexivo. Asimismo, el investigador en este tipo de estudios posibilita la construcción hermenéutica de la realidad como instrumento para poder captar los significados fundamentalmente interpretativos, interactivos y naturales por medio del análisis crítico de conversaciones, discursos, narrativas y datos en un contexto en particular, aún y cuando el investigador social tiene cierto grado de poder frente a los participantes del estudio (Kvale, 2011).

Dentro del enfoque cualitativo-interpretativo se considera trascendental la organización circular del proceso de investigación, en la que, la construcción de los datos, el tratamiento y el análisis generalmente se da forma dinámica y simultánea (Taylor y Bogdan, 1996). Al respecto Deslauries (1991), comenta la conveniencia de una investigación cualitativa circular, ya que aunque haya un orden en el desarrollo de las fases, ninguna es anterior a la otra, “cada una puede ser retomada y profundizada. Este procedimiento permite formular proposiciones a la mitad o al fin de la investigación, porque el investigador distingue aquellas que tienen una capacidad de explicación más amplias de aquellas que no la tienen” (Deslauries, 1991: 54). Desde esta lógica, el proceso de investigación acerca del erotismo en personas mayores nos permite regresar a cada una de las fases a fin de modificar, ampliar o profundizarlas de acuerdo a los datos obtenidos.

Esta investigación pretende mostrar el fenómeno social tomando en cuenta las narrativas individuales y sociales que crean los participantes sobre la experiencia erótica en la vejez, tratando de responder cuestiones como: ¿Cómo definen el erotismo en la tercera edad? ¿Cómo lo viven? ¿Qué significados le atribuyen? ¿Qué sentimientos les genera?, preguntas que sólo pueden ser resueltas a través del empleo del enfoque cualitativo-interpretativo en donde las narrativas lingüísticas se construyen en un contexto cultural con esquemas compartidos, en este caso, las narrativas de los sujetos en lo individual dependen de otras más amplias que definen los convencionalismos culturales (Cabellero, et al, 2005).

### **3.2 Contexto de referencia del estudio.**

#### **3.2.1 Contexto sociodemográfico.**

El Estado de Nuevo León es una de las 31 entidades que componen la República Mexicana. Éste se encuentra ubicado en la región norte de país, colindando con los Estados Unidos (Texas) al noroeste, con el estado de Coahuila al noroeste y con el estado de San Luis Potosí al suroeste (CONAPO, 2001). De acuerdo a registros oficiales del INEGI, el estado cuenta con una población de 5, 119 504, de los que 2, 577 677 son mujeres y 2, 541 857 son hombres. Cabe señalar que un hecho que distingue la distribución de su población es que el 95% de su población es urbana y se agrupa en el Área Metropolitana de la Ciudad de Monterrey, misma que está integrada por los siguientes municipios: Monterrey, San Pedro Garza García, Santa Catarina, Guadalupe, San Nicolás de los Garza, Apodaca, General Escobedo, Juárez, Salinas Victoria, Cadereyta Jiménez, García y Santiago.

El estado se distingue del resto del país por sus características económicas y laborales. Al respecto Martínez y Martínez (2001) puntualizan que Monterrey y su Área Metropolitana es la tercera ciudad en importancia de la República Mexicana por su movimiento comercial e industrial, posicionándose como uno de los polos industriales y comerciales más importantes de México, por lo que, se le ha denominado como la “Capital del norte” y es centro de la industria pesada, pues en ella se localiza la mayor parte de la producción de hierro y acero del país<sup>2526</sup>. (Carrillo, Sáenz y Camacho, 2007). Hay que destacar además, que la bonanza económica del estado se ha visto favorecida por la infraestructura con la que se cuenta en el territorio, pues tiene un sistema de carreteras y ferrocarriles con los puntos de cruce fronterizo con Texas y con la mayoría de las principales ciudades y puertos de México (Serrano, et al, 2007).

Producto de la derrama económica, actualmente el estado es líder nacional en bienestar y calidad de vida, ya que municipios como San Pedro Garza García tienen el nivel de vida más alto de América Latina, y Nuevo León en su conjunto tiene el índice de desarrollo humano superior al de varios países europeos, ocupando el lugar 32 a nivel mundial (SE, 2011). Sin embargo, a pesar de la riqueza concentrada en el área conurbada de Monterrey, el estado de Nuevo León también presenta, como el resto de la República Mexicana, una

<sup>25</sup> Contando además con industrias de cobre, plomo, zinc, plata, productos químicos, vidrio cerveza, alimentos procesados, etc.

<sup>26</sup> De esta forma, el Estado concentra 213 grupos industriales entre los que destacan Cervecería Cuauhtémoc-Moctezuma, CEMEX, FEMSA, Banorte y Bimbo con operaciones tanto en América Latina como en Europa.

grave inequidad en la repartición de los bienes y los servicios, y diversas áreas del norte y el sur de la entidad se encuentran en situación de pobreza y muy bajos niveles de educación (Gutiérrez, 2013; Ruiz, 2011).

En cuanto a la distribución demográfica de la población de personas mayores neoleonesas el Censo de Población y Vivienda (2015) estimó que en el estado hay un total de 504, 459 personas de 60 años y más, de las que 235, 542 son hombres y 268, 917 (46.7% y 53.3% respectivamente), (INEGI, 2010; INEGI, 2015). Al analizar estos datos de acuerdo a los grupos de edad estipulados por el INEGI, se puede señalar que el mayor porcentaje de personas mayores se concentra en el grupo que tiene entre 60 y 64 años de edad (162, 227), seguido de las personas que tienen de 65 a 69 años de edad (125, 050). Algo que llama la atención es que en todos los grupos de edad considerados por la Encuesta Intercensal del INEGI existe mayor número de mujeres en relación con los hombres de ese mismo grupo, sobre todo en el grupo de 75 años y más, evidenciándose en ello la tendencia de la feminización del envejecimiento con una mayor proporción de mujeres mayores por cada hombre en esta misma etapa de vida.<sup>27</sup>

**Tabla 3. Población de 60 años y más residentes en Nuevo León según grupos de edad y sexo.**

Grupos de edad	Total	Población por sexo	
		Hombres	Mujeres
60-64	162, 227	79, 120	83, 107
65-69	125, 050	58, 983	66, 067
70-74	92, 128	43, 227	48, 901
75 y más	125, 054	54, 212	70, 842
Total	504, 459	235, 542	268, 917

Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta Intercensal 2015.

En cuanto a la residencia, de acuerdo a registros oficiales, se puede observar que el 91.44% de las personas de 60 años y más residen en contextos urbanos. Estadísticas especializadas nos indican que en 3 municipios –de los 51 que integran el estado- residen el mayor porcentaje de personas de 60 años y más, es decir que los municipios de Monterrey, San Nicolás de los Garza y Guadalupe albergan al 60.8% de la población total de este grupo de edad, y el resto se distribuye en los municipios restantes. Por su parte, en el municipio de Monterrey residen cerca de 70 000 hombres mayores y poco más de 88 000 mujeres de esta misma edad (INEGI, 2015). De la misma forma se puede decir que de acuerdo al nivel educativo, el 87.67% saben leer y escribir y sólo el 8.97% son analfabetas, no obstante, el promedio de años escolarizados de la población envejecida residente de Nuevo León es de 4.6 años, hecho que sin duda refleja el rezago educativo que ha caracterizado a la población mayor en México (INEGI, 2015).

<sup>27</sup> Este fenómeno se manifiesta en una mayor proporción de personas mayores mujeres pues su esperanza de vida es de 77.5 años para ellas a diferencia de 71.4 para los hombres mayores de esa misma edad (INEGI, 2015).

**Tabla 4. Población de 60 años y más residentes en el Área Metropolitana de Nuevo León según sexo.**

Municipios	Total	Hombres	Mujeres
Apodaca	27, 865	13, 009	14, 856
Cadereyta Jiménez	9, 236	4, 642	4, 594
García	6, 260	2, 964	3, 296
General Escobedo	21, 197	10, 194	11, 003
Guadalupe	83, 662	39, 767	43, 895
Juárez	10, 733	5, 166	5, 567
Monterrey	158, 570	69, 986	88, 584
Salinas Victoria	2, 904	1, 517	1, 387
San Nicolás de los Garza	64, 586	29, 941	34, 645
San Pedro Garza García	19, 972	9, 258	10, 714
Santiago	5, 885	2, 822	3, 063
Total	410, 870	189, 266	221, 604

Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta Intercensal 2015.

### 3.2.2 Contexto cultural de los sujetos.

Los adultos mayores que comprenden los rangos de edad descritos con anterioridad provienen de la generación denominada “*baby boomer*”, cuya natalidad es producto del periodo de la posguerra. De acuerdo a algunos autores (Filgueira, 2005; Pérez-Cobalto, 2007), el periodo de los “*baby boomer*” corresponde a las personas nacidas después de 1945 hasta aproximadamente 1965. Dicho periodo estuvo caracterizado por el alza de las tasas de natalidad y fecundidad, el que tuvo lugar en algunos países anglosajones pero que después se generalizó a países de América Latina como México. Visto desde esta perspectiva demográfica, los adultos mayores neoleoneses descritos con anterioridad provienen de este movimiento de natalidad que tuvo como objetivo poblar el territorio nacional, y cuyo objetivo estuvo impulsado por las políticas natalistas de la época.

Considerar la generación de los “*baby boomer*” debe ser un aspecto trascendental a la hora de considerar el aspecto sociocultural en el cual se han desenvuelto los sujetos de estudio. Los procesos a los que han estado expuestos desde su infancia han permitido que las personas mayores se apropien de ciertas valoraciones, ya que como generación comparten aspectos que tienen que ver con su visión del mundo y con el cómo construyen su identidad personal y social, pero ¿Cómo se dio ese proceso de construcción de identidad? Algunos autores apuntan que fue a través de los procesos de socialización en la que las personas, por medio de una serie de procesos, aprendieron en el transcurso de su vida los elementos socioculturales de su realidad y los integraron a su estructura personal (Ibañez, 2001; Jubes, Laso y Ponce, 2002; Kogan, 2003; López, 2003). Así, las personas mayores presentan una peculiar forma de afrontar y asumir su posición social dentro de la realidad.

De esta forma, la generación “*baby boomer*” han estado sometidos a una serie de influencias de orden estructural, económico, demográfico, de salud y culturales que han moldeado sus formas del “deber ser”, en este caso impulsados por valores de orden social que, por un lado, han determinado la actuación social de las personas mayores, y por el otro, le han dado sentido de pertenencia e integración al mundo social en el que se han desenvuelto (Ibañez, 2001; Jubes, Laso y Ponce, 2002; Kogan, 2003; López, 2003; Ramírez, 2012). Ello se ha manifestado a través de roles, papeles y funciones sociales que las personas mayores han tenido que desempeñar de acuerdo a las ideologías que han

moldeado su “deber ser”, y que en cierto grado, han permitido su “acomodación” y “asimilación” a la realidad que han vivido.

Dentro de las condicionantes de orden estructural y económica, hay que destacar que las personas mayores estudiadas han estado sometidas a influencias internacionales y del contexto local a las consecuencias de la posguerra en los años 40`s, a los años de escases, a los ajustes estructurales, a las reformas fiscales, a las constantes crisis económicas, de ahí que esta generación este fuertemente influenciada por el valor del ahorro y del trabajo (Rabell, 2014; Zavala; 2014). De la misma forma, después de evidenciar los procesos de acomodación económica del país, las personas mayores han tenido que experimentar las transformaciones económicas y sociales en el país, tales como el surgimiento de la modernización y democratización en México, así como el nacimiento del Estado de Bienestar a través de la implementación de las primeras políticas públicas y sociales en el país (Arrigada, 2010).

Antecedente de lo anterior cabe hacer mención que el hecho que marco la pauta para el impulso de valores sociales y económicos fue la incorporación de México al modelo de producción capitalista , el cual trajo transformaciones no sólo a nivel económico, sino también a nivel social, cultural, político y científico. Esta forma de organización se caracterizó por la rigidez de los roles y funcionales sociales que se le atribuían a las personas en beneficio del capital, la empleabilidad, el ahorro y la uniformidad moral, Así, a través del apego al modo de producción capitalista México se permitió experimentar procesos de reordenamiento económico sobre la base de estructuras formales de empleo.

De esta forma expertos en el tema comenta que las personas que nacieron entre la década de los 40`s y 50`s tenían certidumbre de sus trayectorias de vida y laborales, ya que había un fortalecimiento de los empleos formales que partían del tejido productivo mexicano, el cual permitía de las personas a sistemas de seguridad social, mecanismos de jubilación, pensión, rentas básicas, asistencia médica y sanitaria (Rabell, 2014; Wong, González y López, 2014; Zavala; 2014). Igualmente, a estas personas les toco vivir el movimiento de urbanización y modernización de la ciudad, caracterizada por el uso masificado de transportes urbanos, el incremento de los comercios y fenómenos poblacionales como la migración con lo que se inicio el proceso de industrialización del país de forma general, y específicamente de Nuevo León (Rabell, 2014; Zavala; 2014).

Bajo el mismo tenor, para este periodo se inició la reorientación económica que dio origen al llamado “milagro mexicano”, donde Nuevo León fue punta de lanza de desarrollo e innovación (Martínez, 2001), que permitió el crecimiento económico en esos años. Así, las personas mayores en aquel tiempo constituyeron las filas de la población económicamente activa, especialmente como trabajadores manuales en la industria. Al respecto Szaenz (1999) señala, que las personas mayores neoleonesas comparten una historia laboral y social caracterizada por largas jornadas laborales que les permitieron acceso a sistemas de seguridad social loables con las necesidades de los trabajadores en materia de salud, educación y de vivienda, por lo que, estas generaciones nacieron y crecieron con valores sociolaborales arraigados al trabajo y al progreso.

En cuanto al aspecto sociocultural investigadores en el ramo puntualizan que las personas mayores de estas generaciones se distinguieron por experimentar los siguientes hechos: tener bajos niveles de escolaridad (situación que posicionaba a los hombres en especial como trabajadores manuales); la reducción de las tasas de mortalidad y el incremento de la esperanza de vida; la movilidad social que permitió el surgimiento de una clase media urbana; el incremento en los niveles de fecundidad (especialmente después de la posguerra); nupcialidad temprana; la unificación de arreglos familiares (nucleares y extensos); seguridad e independencia económica; fuerte apego a tradiciones familiaristas; y, el fortalecimiento de un modelo familiar nuclear en el que el varón era el único proveedor, por lo que, la división sexual del trabajo posicionaba a la mujer de forma exclusiva al cuidado y crianza de los hijos, hecho con el que se veía favorecida las ideas tradicionales de la familia patriarcal y capitalista (Echarri, 2010; Ribeiro, 2010, Sales y Tuirán, 1996).

En cuanto a las condiciones de salud se puede señalar que la generación de los “*baby boomer*” presentaban cuadros patológicos que tenían que ver con enfermedades laborales (por el uso excesivo del cuerpo “máquina”) y enfermedades de tipo infeccioso. En cuando a la cuestión de la sexualidad, se inició una fuerte regulación en tópicos como éste, que, fundamentada en el control de la natalidad<sup>28</sup>, ayudó a las personas que vivieron en los pudieran regular su manera de experimentar la sexualidad, la reproducción y la intimidad (Arriagada, 2010; Rabell, 2014; Zavala, 2010). Con ello se impulsaron los métodos modernos de anticoncepción entre los grupos sociales por medio de la aplicación de programas de planificación familiar que posicionaban a la sexualidad y la reproducción como un asunto público y político (Ribeiro, 2010).

Cabe señalar que a fines de los años sesenta y principios de los setenta se generaba un debate acerca de los cambios demográficos que experimentaba el país, por lo que, ante las crecientes preocupaciones por el crecimiento poblacional, Ciertamente, a pesar de la regulación política de la sexualidad, Ribeiro (2010) puntualiza que en contextos como el regiomontano existía una secularización<sup>29</sup> y control de las relaciones sociales y la familia, puesto que la vida de los sujetos estaba mediada por una fuerte autoridad moral y religiosa. Esta sacralización incluía todos los aspectos básicos de la vida (relaciones sexuales, embarazo, paternidad, unión conyugal, etc.). Entonces temas relacionados con la intimidad y la sexualidad quedaron inscritos dentro de la cortina de lo privado, lo oculto, “aquello de lo que no se hablaba”. Además, siendo una sociedad conservadora y apegada a referentes morales y religiosos, la sexualidad se reducía al uso legítimo del matrimonio, elemento que determinaba la funcionalidad social de los sujetos dentro de la familia y la sociedad (Hidalgo, 2003) ocasionando que las personas mayores en esas décadas fueran educadas desde la represión sexual.

---

<sup>28</sup> Con la promulgación de la Ley General de Población en 1972.

<sup>29</sup> Esta sacralización hacía pensar que todo pertenecía a Dios, y que a los hombres les toca respetarlo y consagrarlo para contar con su bendición divina.

Sin tratar de brindar una descripción exhaustiva del periodo en el que surge la generación de los “*baby boomers*”, este apartado pretende caracterizar de forma general los valores principales que circulaban en el espacio social y que determinaron el “deber ser” de la generación, lo cual nos permitirá en un segundo momento retomar los aspectos que tienen que ver con el erotismo, el ejercicio de la sexualidad y aspectos de la vida íntima de las personas incluidas en el estudio, mismos que tienen que ver en cómo estas personas fueron socializadas e incorporadas, por un lado, al mundo de la vida, y por el otro, mundo íntimo, ese espacio privado, contradictorio y vicario que define la erótica de las personas neoleonesas.

### **3.3 Población del estudio.**

De acuerdo a Flyvjerg (2004) y Hernández, Fernández y Baptista (2014), una población es el conjunto de todos los casos que concuerdan con una serie determinada de especificaciones que permitan comprender a los sujetos en su conjunto. En este caso, la población objetivo son las personas mayores residentes del Área Metropolitana de Monterrey Nuevo León que se encuentran en la etapa de la vejez. Para considerar la población objeto de estudio se tomarán como base dos criterios: el territorial y el cronológico de acuerdo a lo señalado por Valles (2002).

Considerar el criterio territorial obedece a que se espera que haya una multiplicidad de narrativas y constructos relevantes para el estudio que permitan captar por un lado, los significados que subyacen al erotismo en un contexto acotado, y por el otro, esta multiplicidad permita la variabilidad máxima de los participantes de acuerdo a su residencia. En este caso, como ya se menciono anteriormente la población total de estudio son 410, 870 personas mayores de 60 años y más distribuidos en los 11 municipios que integran la mancha urbana de la ciudad.

En cuanto al criterio cronológico existe un debate en las ciencias sociales y la gerontología social por definir el inicio de la vejez. No obstante, se toma como referente lo expuesto por múltiples estudiosos que concuerdan que existen dos sentidos para explicar la existencia material y conceptual de la vejez como construcción social: la edad y la estructura o sistema social (Aranibar, 2001; Huanchuan y Piñero, 2010; Ham Chande, 2003; Noriega, 2005, OMS, 2002: ONU, 2002). En este caso, la dimensión cronológica es medida en años y generalmente es fijada por la legislación y las políticas públicas, que marcan el cambio de posición social del sujeto dentro de una sociedad, y que para el caso del estudio se tomaran como personas mayores aquellas con edad igual o mayor a 60 años (Aranibar, 2000; Huenchuan y Piñero, 2010). No obstante, hay que tomar en cuenta que la vejez y los procesos de envejecimiento se experimentan de forma diferente en relación a una serie de condicionantes entre los que se encuentran los físicos, los económicos, los familiares, etc., por lo que es conveniente partir de la heterogeneidad de los sujetos en cuestión para considerar los casos a incluir.

### 3.4 Sujetos de estudio y tipo de muestra.

Una vez especificada la población objetivo, hay que señalar que el número ideal de personas a considerar dentro de la muestra debe ser significativo y no representativo, por lo que, el número de casos a considerar se define por las propias demandas cualitativas del proceso de construcción de la información intrínseca a la investigación (Portilla y Solórzano, 2001) De esta forma, el utilizar un muestreo teórico por conveniencia fue el más indicado para este estudio, pues prioriza la profundidad sobre la extensión. Adicionalmente, desde el enfoque cualitativo-interpretativo se buscó la pertinencia, la plausibilidad y la credibilidad que otorgan las narrativas sobre aquello se quiere conocer (Kish, 1995).

Consecuentemente, la muestra para esta investigación fue no probabilística tipo intencional.<sup>30</sup> Al respecto Flyvjerg (2004) señala que las unidades de análisis dependen de las características de la población, mismas que son tomadas como referencia para especificar el número de casos incluidos. Esencialmente, se pretendió integrar la muestra por casos que sean significativos y que aportaran información relevante para lograr la finalidad del estudio, los cuales se eligieron de acuerdo al juicio del investigador. Para lograr lo anterior se buscó la vinculación y en lugares e instituciones donde se reúnen las personas mayores para establecer la conveniencia y pertinencia de los casos en el estudio. Adicionalmente se utilizó la técnica de la “bola de nueve”, la que consiste en que algunos informantes nos remitan a otros informantes potenciales mediante el acceso a las redes sociales naturales de los primeros.

Por lo tanto, dentro de los criterios de inclusión se incluyó la dimensión cronológica, la disposición y la residencia. En este caso la inclusión de sujetos fueron aquellas personas con 60 o más años de edad sean hombres o mujeres; personas con disposición de tiempo que acepten participar voluntariamente; personas que no presenten dificultad en habla para la realización del trabajo de campo; y, que fueran residentes de alguno de los municipios que integran el Área Metropolitana de Monterrey. Caso contrario, los criterios de exclusión del estudio fueron los siguientes: adultos mayores con menos de 60 años de edad; adultos mayores que no aceptaron participar voluntariamente en el estudio; adultos mayores que una vez iniciado el trabajo de campo no deseen continuar; adultos mayores que presenten alguna limitación física o mental para participar como sujeto de estudio; y, adultos mayores que residan en un lugar diferente al estipulado en este estudio.

Cabe puntualizar que se procuró la variación máxima de los participantes, ello supuso la inclusión de casos que permitan contrastar las construcciones de personas mayores de acuerdo a variables como el sexo, la edad, la ocupación, la posición socioeconómica, la escolaridad y el estado civil, ya que se considera que éstas impactan de forma disímil en los procesos de construcción y reconstrucción del erotismo en la vejez (representatividad estructural)<sup>31</sup>. Además esta variación permitirá, en un segundo momento, asegurar la validez

---

<sup>30</sup> En la investigación cualitativa también se utiliza la llamada representatividad teórica. Esta modalidad de muestreo permite encontrar aquellas categorías de personas o sucesos que se desea explorar a profundidad. Más que preocuparse del número correcto o de su selección se preocupa de recoger información más relevante para el concepto o teoría buscada. El muestro teórico de una categoría se irrumpe cuando está saturada, lo cual permite el acceso a determinados mundos de sentido (Glasser y Strauss, 1976).

<sup>31</sup> Cuando se establecen criterios de selección en función de la denominada representatividad estructural no se puede concretar, a priori, el número total de entrevistas, ya que el criterio final que prevalece no es tanto el

de las conclusiones, lo cual permitió aplicar el criterio de saturación teórica para definir el número de narraciones que serán tomados en cuenta como fundamento de la investigación (Flick, 2007; Gordo y Pascal, 2008). Al respecto Flyvjerg (2004), puntualiza que el principio de saturación teórica se alcanza cuando un campo de observación alcanzó la explicación deseada, ello como resultado de un análisis profundo del fenómeno de estudio, por lo que, para este estudio el número de casos incluidos dependió de que la cantidad y la calidad de información proporcionada ya no generó categorías de análisis relevantes para la investigación.

Es preciso destacar, por último, que el diseño muestral en una investigación cualitativa puede ser (y de hecho es deseable que sea) modificable a medida que se va avanzando en el proceso de investigación, concretamente en el trabajo de campo y a partir de los consiguientes análisis preliminares, ya que con el avance de este proceso se van perfilando mejor los tipos de informantes, los huecos no cubiertos y las contradicciones u oposiciones no previstas.

### **3.5 Participantes del estudio.**

El posicionamiento del sujeto delinea varias formas en que los significados, los deseos, las emociones y las relaciones se reflejan en el discurso y la acción de los sujetos participantes. El hecho que ha sido reiterativo dentro de este estudio es brindar una comprensión de cómo estos discursos forman parte de la cultura en que se vive. Bajo este tenor, se refleja en los discursos una gran variabilidad de formas en que emerge el erotismo como ese espacio dialéctico entre el sujeto y el todo social.

La visión particular permite posicionar de forma desigual la erótica personal de cada persona, es decir, la estructura condiciona el acceso a la satisfacción de necesidades eróticas y la toma de decisiones sobre el cuerpo y los placeres (Robinson, 2001). Así, las connotaciones que adquiere el erotismo se entretajan con determinantes socioculturales y sociodemográficas que determinan los estilos de vida que han de llevar las personas debido a la transmisión de valores, producto de un aprendizaje social similar entre su entorno social, y que permiten la tolerancia/intolerancia hacia ciertas prácticas eróticas (Illouz, 2007).

De esta forma, dimensiones como el sexo, la edad, la escolaridad, las condiciones de salud y el estado civil se presentan como características que delimitan, reglamentan y exponen a las personas mayores a un ejercicio desigual de su erotismo y los placeres. En tal caso, la primera condición que se retoma es la edad y el sexo de los sujetos que participaron en el estudio (Ver anexo 1 y 2). En cuanto al sexo se puede decir que se entrevistaron a 13 varones y 18 mujeres que provenían de diferentes puntos de residencia del Área Metropolitana de Monterrey. De los hombres entrevistados, 4 de ellos tenían un rango de edad de 60 a 64 años; 5 de ellos de 65 a 69 años y el resto (5) tenían una edad al momento de la entrevista de 70 y más. En cuanto a las mujeres, 9 de ellas tenían de 60 a 64 años, mientras que 9 de ellas se encontraban en el rango de 65 a 69 años.

---

número de entrevistas, sino la composición de la muestra en cuanto a haber obtenido diferencias significativas sociológicamente entre las narrativas (Finkel, Parra y Baer, 2008).

**Tabla 5. Distribución de las personas que participaron en el estudio por edad y sexo.**

Edad	Mujeres	Hombres
60-64	9	4
65-69	9	5
70 y más	0	4
Total	18	13

Fuente: Elaboración propia.

En relación a la zona de residencia, los adultos mayores provenían de los diversos municipios que integran la mancha urbana del Área Metropolitana de Monterrey. 7 personas mayores provenían de San Pedro Garza García, 7 de Monterrey, 7 de San Nicolás y el resto de los otros municipios donde se encontraron sujetos dispuestos a participar en la investigación (Guadalupe, Escobedo, Santa Catarina y Apodaca).

**Tabla 6. Distribución de las personas que participaron en el estudio por estado civil.**

Municipio	Mujeres	Hombres
San Pedro Garza García	2	5
Monterrey	4	3
San Nicolás de los Garza	5	2
Guadalupe	4	0
Escobedo	2	1
Apodaca	0	2
Santa Catarina	1	0
Total	18	13

Fuente: Elaboración propia.

El estado civil se presenta como dimensión que posiciona la estructura de los sujetos eróticos. De acuerdo al estado civil de los hombres mayores que accedieron a que se les entrevistara, 8 de ellos estaban casados o unidos en el momento que se levantaron los datos, 4 de ellos eran viudos y 1 era separado. En la distribución de las mujeres mayores, en su mayoría eran mujeres casadas o unidas (10). Además se entrevistó a 3 divorciadas y 2 viudas. Así, algunos estudios hechos al respecto señalan que las relaciones íntimas y sexuales adquieren una connotación diferente de acuerdo a si se es soltero, casado, viudo, separado o divorciado, ya que por un lado, el contar con una pareja favorece la intimidad, la compañía, el contacto y el amor, mientras que por otro lado, el no tener una pareja limita el que los sujetos puedan satisfacer sus necesidades eróticas, por lo tanto, las relaciones erótica, emocionales y sexuales necesitan la existencia de una organización institucional que les confiera reconocimiento y legitimidad (Arnaiz, 2011; Dumon, 1999; Rivas, 2008).

**Tabla 7. Distribución de las personas que participaron en el estudio por estado civil.**

Edad	Mujeres	Hombres
Soltero	0	0
Casado/Unión libre	13	8
Divorciado/ separado	3	1
Viudo	2	4
Total	18	13

Fuente: Elaboración propia.

La escolaridad fue un aspecto que marca una pauta dentro del ejercicio de la sexualidad, ya que investigaciones hechas al respecto señalan que el entorno social en el que se desenvuelven las personas mayores repercute en el sistema de creencias y actitudes, hecho

que ocasiona que interioricen un modelo sexual acorde con sus expectativas sociales (Bazzo, 2003; Guzmán y Lombardo, 2004; López, *et. al.*, 2003) Así como lo señala Bustos (2008), el acceso a un nivel educativo permite a los sujetos autodefinirse a sí mismos como personas en relación a los “otros” en relaciones a los valores provenientes de una generación. De esta forma dentro del estudio se tomaron en cuenta sujetos que estuvieran en los diferentes niveles educativos institucionalizados en México. Dentro del grupo de hombres mayores, 2 tienen un nivel de secundaria, 2 un nivel medio, 4 tienen algún tipo de Licenciatura. Las mujeres por su parte, 6 de ellas tienen nivel básico, 2 nivel medio, 2 Carrera Técnica y 4 estudios de licenciatura y posgrado.

**Tabla 8. Distribución de las personas que participaron en el estudio por escolaridad.**

Edad	Mujeres	Hombres
Primaria	1	0
Secundaria	5	2
Preparatoria/Bachillerato	2	3
Carrera técnica	5	1
Licenciatura	3	4
Posgrado/ Especialidad	2	3
Total	18	13

Fuente: Elaboración propia.

Dentro de las principales patologías que presentaron los entrevistados en el momento de la entrevista destacan los siguientes: en las mujeres se presentaron cuadros que pertenecen a determinadas enfermedades catalogadas como enfermedades crónico degenerativas como la hipertensión, el diabetes, la hipercolesterolemia, los triglicéridos, y sólo en el caso de una participante señaló haber tenido cáncer de mama hace 8 años. En el caso de los varones, estos comentaron tener problemas degenerativos como el diabetes, además de otro tipo de enfermedades de orden cardiaco, gastrointestinal y problemas de columna vertebral y articular entre otras. Cabe señalar, que igualmente en el caso de los hombres un sujeto comentó haber tenido cáncer de próstata.

### 3.6 Técnicas e instrumentos de recopilación de información.

Según lo señala Montañez (2007), es una tradición mantener los temas relacionados con el erotismo como asunto privado, íntimo y secreto, por lo que, se necesitan técnicas de recolección de información que permitan crear una atmosfera de libertad, comunicación y autonomía para sacar a la luz aquellos aspectos del fenómeno social que se consideran tabúes. En este sentido, y en concordancia con el enfoque cualitativo-interpretativo, se analizó la conveniencia de emplear como principal método la entrevista a profundidad<sup>3233</sup>. Deslauries (2003), la define como una interacción limitada y especializada, conducida con un objetivo específico y centrada en un sujeto en particular. Al respecto Kvale (2011), señala que la entrevista que tiene una estructura y un propósito determinados por parte del investigador, por lo tanto, es una interacción profesional que va más allá del intercambio

<sup>32</sup> También se han empleado otras denominaciones como entrevista intensiva, entrevista conversacional, entrevista centrada y entrevista focalizada.

<sup>33</sup> La entrevista es una práctica de investigación social idónea para entrevistar a individuos cuyo discurso no forma parte de las experiencias y percepciones compartidas por el común de los individuos en una sociedad. Por ello resulta apropiada para conocer las voces que no están representadas en los discursos hegemónicos.

espontaneo de ideas, ya que se convierte en el lugar donde se construye el conocimiento social.

De acuerdo a Flick (2003) y Kvale (2011), la entrevista a profundidad supone una reunión con el propósito de obtener descripciones del mundo de la vida del entrevistado con respeto a la interpretación de los fenómenos descritos. Por su parte, Atkinson y Silverman (1997), la entrevista supone un dialogo unidireccional e instrumental, ya que el investigador tiene la competencia científica para indagar sobre las descripciones, las narraciones y los textos de su interés de investigación. Cabe puntualizar que según lo señala Gordo y Pascal (2008), este tipo de métodos descansa en la información narrativa del sujeto, misma que permitirá analizar sus experiencias y estímulos de los adultos mayores.

Otro de los elementos a favor de la entrevista profunda como método de recolección de información es la flexibilidad (Goode, 1991; Deslauriers, 1991). Esta permite por un lado, considerar que tanto el contenido como la estructura no se planteen de forma rígida, sino que ello depende del ritmo y la dirección de la entrevista, al igual que su inicio y final. Lo anterior supone reducir el sesgo debido a errores de interpretación, tomando en consideración que las respuestas brindadas por los sujetos son dentro de sus propios términos y marcos de referencia culturales y sociales (Flick, 2007; Gordo y Pascal, 2008).

En concordancia con lo dicho, la entrevista profunda requiere la construcción de una guía de entrevista<sup>34</sup> que considere los tópicos sobre los cuales versará la conversación, mismos que son definidos por el investigador, a lo cual Flick (2007), la caracteriza como no estructurada (ver anexo 2). En esta el entrevistador tuvo la libertad de introducir preguntas adicionales para precisar conceptos u obtener mayor información sobre los temas deseados, es decir que se fundamenta en una guía general de contenido y el entrevistador tuvo la flexibilidad de manejarla. Hablando de esto, la guía se construyó a partir de las categorías preliminares elaboradas en función de las preguntas de investigación y la revisión de la literatura.

Para recopilar la información que arrojaran las entrevistas realizadas se utilizó el diario de campo como instrumento que permitió en un primer momento la descripción de las narrativas de los participantes, y, en un segundo momento, facilitó el análisis, comprensión e interpretación de las construcciones sociales de los sujetos. De la misma forma, el investigador captó las respuestas de los adultos mayores así como su expresión no verbal durante la entrevista por medio de la observación. Adicional al diario de campo se utilizó la grabadora con el objetivo de aprehender los discursos de los participantes de la forma más fidedigna posible.

### **3.7 Categorías de análisis del estudio.**

Dado el posicionamiento teórico y conceptual del tema en discusión se optó por considerar tres ejes fundamentales de estudio, los cuales constituyeron las categorías de análisis fundamentales. De acuerdo a Flick (2007) y Gordo y Pascal (2008), una categoría de análisis se refiere a conceptualizaciones analíticas desarrolladas por el investigador para organizar los resultados o descubrimientos relacionados con un fenómeno o experiencia

---

<sup>34</sup> La cual será diseñada de acuerdo al planteamiento del problema, a la pregunta de investigación, al objetivo y al enfoque de análisis del constructivismo social.

humana que está bajo investigación, que para el caso que nos ocupa se engloba en tres principales dimensiones que se interinfluyen para explicar el erotismo de personas mayores. Hay que tomar en cuenta que en la investigación cualitativa, las categorías a estudiar se presentan de manera flexible, ya que la construcción definitiva de las mismas dependerá del tipo y la calidad de datos recabados, misma que permitirán la interpretación sobre un cuerpo teórico coherente.

Hay que puntualizar que el erotismo será analizado desde tres vertientes esenciales, las cuales son la sexualidad (como connotación sexual y coital del erotismo); el cuerpo (espacio donde se materializa lo erótico); y el placer y deseo. Fijar la atención en estas dimensiones implicó un proceso de reflexión inacabado, ya que temas como el erotismo implican una serie de connotaciones que excederían el alcance de este trabajo, por ello, se decidió profundizar en estos tres aspectos dada la importancia que revisten para el tema que se presenta.

**Tabla 9. Categorías del estudio<sup>35</sup>.**

<b>Categorías</b>	<b>Descripción</b>
Sexualidad	Conjunto de experiencias humanas atribuidas al sexo y definidas desde éste, constituye a los particulares, y obliga a su adscripción a grupos socioculturales [...] formas de actuar, de comportarse, de pensar, de sentir asociadas al sexo (Lagarde, 1997). Dentro de esta categoría se pretendió abordar aspectos relacionados al aspecto biologicista del sexo, tales como el coito, las prácticas, los pensamientos, las fantasías sexuales y la masturbación.
Deseo y placer	En el lenguaje del erotismo, se le define como la tendencia profunda, invencible y muchas veces espontánea, que empuja a un sujeto a apropiarse de la manera que sea de un elemento del exterior, o de otro ser. Esta tendencia culmina y se desarrolla en la sexualidad. En esta categoría se pretendió incluir narrativas que posicionan a los sujetos de deseo y experiencias de placer.
Cuerpo	Conjunto de representaciones que se fijan y se transforman en el imaginario social, asentando un cúmulo de valores, creencias, sentimientos, percepciones y evaluaciones que se articulan en el sujeto (Kogan, 2011; Le Breton, 2002; Martínez, 2004), y que es un espacio donde se materializa lo erótico. En esta categoría se exploró la visión de los sujetos con respecto al cuerpo envejecido como fuente de placer y atracción, en aspectos como la imagen corporal, la estética, la belleza, la atracción hacia el otro significativo,

Fuente: Elaboración propia.

### **3.8 Análisis de los datos cualitativos.**

Esta tarea revistió de gran importancia para toda la investigación, ya que a través del análisis de datos le dimos significado al material recogido con las técnicas utilizadas, en este caso la entrevista a profundidad. Analizar los datos obtenidos en las entrevistas implicó examinar de manera ardua y sistemática el conjunto de elementos informativos proporcionados por las personas mayores a fin de descubrir relaciones entre las mismas así como las relaciones con el conjunto. De acuerdo con Rodríguez (1999) todo análisis persigue alcanzar un mayor conocimiento de la realidad estudiada y, en la medida de lo posible avanzar mediante su descripción y comprensión hacia la elaboración de modelos

<sup>35</sup> Cabe señalar que de acuerdo al trabajo de campo fueron emergiendo nuevas y diversas categorías y subcategorías de análisis.

conceptuales explicativos. En ese sentido, el análisis de los datos cualitativos obtenidos en las entrevistas posibilitó una mayor comprensión de las diferentes situaciones que viven y han vivido los sujetos sociales implicados en la presente investigación.

El análisis de los datos se hizo siguiendo la propuesta de Taylor y Bogdan (1987) la cual implica la realización de tres etapas diferenciadas, ya que como lo señala Deslauriers (1991), “el dato en sí no dice nada si no se somete a un análisis riguroso”. La primera es una fase de descubrimiento en progreso: que implica identificar temas y desarrollar conceptos y proposiciones. La segunda fase incluye la codificación de los datos y el refinamiento de la comprensión del tema de estudio. La tercera y última implica la comprensión de los datos en el contexto en que fueron recogidos.

Adicionalmente a la propuesta de Taylor y Bogdan, para el estudio se complementó con el modelo de análisis propuesto por Glaser y Strauss en 1967 acerca de la “teoría fundamentada”, mismo que a partir de un método inductivo pretende descubrir conceptos y proposiciones partiendo directamente de los datos y no de supuestos a priori, de tal manera, que se logre construir un conocimiento basado en la experiencia de las personas participantes en el estudio.

Bajo este entendido, la “teoría fundamentada” permite generar constructos de orden general acerca del análisis de una realidad determinada. Esta postura es una estrategia metodológica que tiene como propósito generar o descubrir un conocimiento abstracto sobre un fenómeno social específico. Esta perspectiva supone que “los actores son portadores de perspectivas e interpretaciones de sí mismos y sus acciones sociales y al investigador le corresponde pues, aprehender todo lo que pueda para acercarse a ellas” (Galeano, 2004; 166). Por su parte para autores como Cuñat (2002), la “teoría fundamentada” se refiere a un método de investigación en el que la teoría emerge desde los datos, por lo que, es una metodología que tiene por objeto la identificación de los procesos sociales básicos como punto central de la teoría. En este caso, la “teoría fundamentada” utiliza una serie de procedimientos que, a través de la inducción, posibilita la emergencia de los significados desde los datos por medio de un método comparativo constante<sup>36</sup> y el muestreo teórico<sup>37</sup>.

En este sentido, el tipo de análisis que se propone es un análisis narrativo ya que centra su atención en el significado intersubjetivo y las formas lingüísticas en que los sujetos definen un hecho en concreto (Kvale, 2011). Para llevar a cabo este análisis fue necesario, en primer lugar, la transcripción literal de las entrevistas para asegurar la exactitud de las narrativas de los sujetos en relación al tema de estudio. Para tal finalidad, la captura de los datos se realizó de forma artesanal. Es así que a cada categoría se le asignó un color a fin de identificar los segmentos codificados correspondientes a cada categoría, además las subcategorías conservaron el mismo color de la categoría de la cual se desprenden a fin de favorecer el análisis.

---

<sup>36</sup> El método comparativo constante permite realizar simultáneamente codificar y analizar los datos para desarrollar teorías, así el investigador refina conceptos, identifica propiedades, explora interrelaciones e integra una teoría coherente (Cuñat, 2002).

<sup>37</sup> Desde el muestreo teórico, el investigador selecciona nuevos casos a estudiar según su potencial para ayudar a refinar o expandir los conceptos ya desarrollados (Cuñat, 2002).

Tras la transcripción se revisó el texto con la intención de que surgieran algunas ideas iniciales y reflexiones relacionadas con el objeto de estudio, y a su vez, emergieran de forma incipiente unidades semánticas, esto es, dividiendo el texto en porciones o unidades que expresan una idea o concepto central (las que frecuentemente coinciden con los temas de la guía de entrevista), es así que de las entrevistas surgieron más de 200 segmentos (Gordo y Pascal, 2008).

El siguiente paso de acuerdo al modelo de la “teoría fundamentada” fue la codificación abierta y axial, las que consistieron en identificar partes de información en relación a las categorías previamente definidas, que en este caso fueron los significados sociales, el cuerpo y las manifestaciones, todas con sus respectivas subcategorías en sintonía con las preguntas de investigación y los modelos teóricos señalados, en especial la teoría de género. Al respecto Martínez y Martínez (2004), señalan que categorizar es “clasificar las partes en relación al todo de describir categorías o clases significativas, de ir constantemente diseñando y rediseñando, integrando y reintegrando el todo y las partes, a medida que se revisa el material y va emergiendo el significado de cada sector, evento, hecho o dato” (Martínez y Martínez, 2004: 3).

Para estos autores dentro del proceso de codificación fue necesario tomar en cuenta lo siguiente: a) familiarizarse con los procesos mentales, pues el investigador debe ser riguroso, sistemático y crítico de ello, b) tener un conocimiento particular del contexto concreto en el que tiene lugar una expresión, y c) conocer los sistemas sociales y culturales que proveen el significado de las expresiones de la vida, organización que permitió agrupar o asociar categorías de acuerdo a su naturaleza y contenido.

Para lo anterior fue necesario clasificar mediante un término o una expresión (categoría descriptiva) el contenido central de cada unidad temática, incluso fue necesario identificar propiedades o atributos de éstas, a los que se denominan “subcategorías” que pueden ser propiedades descriptivas de mayor especificación (causas, condiciones, consecuencias, dimensiones, tipos, etc.) (Martínez y Martínez, 2004). Asimismo fue necesario es buscar en los materiales frases similares, relaciones entre las categorías, patrones, temas, diferencias entre subgrupos y secuencias comunes, lo que ayudó a la inclusión de categorías y conceptos emergentes, haciendo posible la obtención de una mejor lectura del fenómeno de estudio. Hubo también categorías que se pudieron integrar o agrupar en una categoría más amplia y comprensiva (codificación axial) debido al eje de relaciones que se da entre las categorías menores (Morse, 2002; Winter, 2000).

Posteriormente fue necesario llevar a cabo la estructuración derivada de la categorización y el análisis. En esta etapa Martínez y Martínez (2004), puntualizan que el análisis es generado desde adentro, ya que el esquema organizacional, los nexos y las relaciones entre categorías y clases se desarrollaron partiendo de los propios datos (análisis endógeno), no obstante fue necesario que se llevará a cabo un proceso de interpretación de acuerdo al badajeé teórico revisado, el que permitió en un segundo momento la contrastación de los resultados con un cuerpo teórico y conceptual de este trabajo de investigación.

De manera conjunta se utilizó la propuesta de análisis de datos de McCormak (2000, citado en Flick, 2007), la cual plantea la realización del análisis a través de múltiples lentes a fin de enriquecer la interpretación: los lentes que propone y bajo los cuales se realizó el análisis son los siguientes: escucha activa, los procesos narrativos, el lenguaje, el contexto y los momentos, todos sumamente importantes ya que a través de ellos se puede observar y analizar cómo las personas construyen y reconstruyen su identidad y dan significado a su vida. Es así que dentro del análisis se tomaron en cuenta diversas estrategias que permitieron el tratamiento de la información. En este sentido, el análisis implicó una lectura profunda y reiterada de las entrevistas a fin de identificar las historias narradas, lo cual implicó reconocer las argumentaciones, las descripciones, analogías, y también prestar atención en aquellos silencios o pausas, elementos que permiten reflexionar sobre la importancia del contexto en las historias narradas.

### **3.9 Aspectos éticos del estudio.**

En este apartado es relevante en la investigación debido al compromiso que tiene el sujeto como investigador con los sujetos y el fenómeno que estudia. En términos generales se puede señalar que esta investigación tiene como principales aspectos éticos la confidencialidad; el consentimiento; y la transparencia.

La finalidad del consentimiento informado fue asegurar que los individuos participan en la investigación propuesta sólo cuando ésta es compatible con sus valores, intereses y preferencias. Lo hacen voluntariamente con el conocimiento necesario y suficiente para decidir con responsabilidad sobre sí mismos (ver anexo 3). Los requisitos específicos del consentimiento informado incluyeron la provisión de información sobre la finalidad, los riesgos, los beneficios y las alternativas a la investigación y la toma de una decisión libre, no forzada sobre si participar o no. El consentimiento informado se justifica por la necesidad del respeto a las personas y a sus decisiones autónomas, por lo que cada persona tiene un valor intrínseco debido a su capacidad de elegir, modificar y proseguir su propio plan de vida. En el caso de la investigación, se les informó sobre el objetivo de la investigación a las personas mayores, de la relevancia de su participación así como de la confidencialidad de su identidad. Posterior a ello, los participantes en el estudio firmaron un oficio donde se aseguró el tratamiento confidencial de la información.

Dicho lo anterior, la confidencialidad de los sujetos informantes se refiere a salvaguardar la identidad de las personas. En este sentido, la información proporcionada fue tratada con fines de investigación, por lo que la identidad verdadera de las personas no será revelada en ningún momento del estudio. Para esto, fue pertinente guardar el anonimato de las personas mayores se les cambió el nombre durante las transcripciones y el análisis del documento. Finalmente la transparencia fue asegurada durante el proceso, y sobre todo el respeto a la intimidad de los participantes con estricto apego a los principios éticos de honestidad, respeto y confianza, las cuales fueron las principales consideraciones éticas para la creación de un clima de cordialidad entre el investigador y las personas mayores.

### 3.10 Validez y fiabilidad del estudio.

El tema de validez y confiabilidad de los resultados obtenidos en una investigación resultan de sumo interés independientemente del paradigma que se utilice (ya sea cuantitativo o cualitativo), específicamente en la investigación cualitativa han surgido interesantes debates respecto a su utilización. En general se puede señalar que cualquier investigación busca que los resultados que se obtengan sean válidos, es decir, que los medios que utilice para recoger la información, reflejen lo que realmente se quería estudiar. Dado que en el terreno cualitativo lo que se busca validar son los significados que ciertas acciones tienen para los individuos, su producto final suele ser una interpretación que da cuenta de forma coherente de tales significados, interpretación que debe ser validada (Bobes, 2004, citado en Flick, 2007)

En los estudios cualitativos, la validez y fiabilidad dependen la veracidad y coherencia de la información obtenida durante la entrevista, la cual supone que los sujetos actúan con honestidad (Rojas, 2010), por lo que el investigador debe centrar su atención en la organización e interpretación de las narraciones (Flick, 2007). En este caso, el entrevistador se halla en disposición de observar no sólo lo que dice el entrevistado, sino también como lo dice, lo cual supone un elemento de complementariedad a las respuestas verbales brindadas por los sujetos participantes, además, que en caso de requerirse se puede refutar o pedir una explicación más amplia de las afirmaciones que sean estimadas como contradictorias, con la intención de que el entrevistador pueda valorar la consistencia de las respuestas (validez descriptiva) (Morse, 2002; Winter, 2000).

Otra fuente de validez es la transcripción literal de las respuestas proporcionada por los sujetos participantes, lo cual supone también rescatar el significado que estos le dan a su experiencia, en este caso la atribuida al erotismo en la vejez. Esta transcripción permitirá en un segundo momento, se interprete a la luz de la teoría los pensamientos, sentimientos, valoraciones y significados de las personas mayores, los cuales dependen del contexto y tiempo particular (Flick, 2007; Gordo y Pascal, 2008), lo cual resaltarán la correspondencia entre lo que dice el sujeto y la forma en que el investigador está interpretando esos discursos (validez interpretativa).

A partir de lo anterior es necesario mencionar que se tiene como marco de análisis el construccionismo social, mismo que se pretende ayude al análisis, comprensión e interpretación de las narrativas proporcionadas por los adultos mayores (validez teórica) (Morse, 2002; Winter, 2000). Dicho marco está en concordancia con el enfoque que subyace a este estudio, del cual se desprenden las herramientas de acercamiento a la realidad social –la entrevista profunda y la observación– desde la propia visión de los actores y sus experiencias de vida. Además se pretende contar con variación en los informantes que ayude a contrastar los datos obtenidos (Flick, 2007; Gordo y Pascal, 2008).

### 3.11 Limitaciones del estudio.

La principal limitación que tuvo la investigación fue de orden metodológico, en específico durante la aplicación de la técnica de la entrevista, ya que las entrevistas fueron realizadas por la investigadora, que en el caso de los entrevistados hombres, pudo haber sido un hecho que dificultará la apertura de los varones en temas como los que se abordaron en esta investigación, o bien, repercutiera en que estos tuvieran necesidad de afirmar determinadas posturas. En el mismo sentido, en algunos casos las entrevistas fueron realizadas en restaurantes o cafés, lo cual dificultó la fluidez de la entrevista y la concentración de los sujetos, dado que existieron interrupciones constantes por el personal de dichos establecimientos. Además, de que las grabaciones resultaron ser en algunos momentos inaudibles debido a los ruidos exteriores, lo cual dificultó su transcripción.

Dada la naturaleza del tema, en algunos casos hubo la necesidad de extender el espacio para establecer el *raport* con los entrevistados, de forma que estos sintieran la confianza necesaria para poder expresar sus vivencias y experiencias, lo cual repercutió en el tiempo de duración de cada una de las entrevistas.

Otra de las principales limitaciones del estudio es el corte transversal del mismo, el cual permitió entender el erotismo de las personas mayores, hombres y mujeres, después de los 60 años de edad, la cual fue el criterio cronológico de esta investigación. No obstante esta característica impide visualizar la erótica de las personas mayores en otras etapas de su vida.

Se reconoce que los hallazgos de estas entrevistas no pretenden hacer generalizaciones sobre la vida erótica y sexual de los adultos mayores respecto a tópicos como el coito, la genitalidad, la reproducción, el deseo, el placer, la atracción y la belleza entre otros, puesto que la naturaleza de la investigación cualitativa pretende comprender el fenómeno en un contexto particular y acotado, por lo que, los resultados de este estudio permitieron construir un conocimiento especializado sobre un grupo en concreto, y dado que los sujetos entrevistados presentan características peculiares, no se puede hablar de una replicabilidad ni generalización.

## **CAPÍTULO IV. CONSTRUCCIONES SOCIALES DE LA SEXUALIDAD EN HOMBRES Y MUJERES MAYORES.**

### **4.1 Introducción.**

El erotismo es un proceso subjetivo-dialéctico que hace que el sujeto se posicione en esferas como el deseo y el placer. Conjuntamente, el erotismo se identifica con formas de satisfacción del deseo con carga sexual, es decir, que el erotismo se expresa a través de la sexualidad y los fenómenos que a ella acaecen, la que incluye aspectos como las conductas, las prácticas, los roles, los pensamientos, la masturbación y el autoerotismo, entre otros. Es así que el erotismo abarca un diversificado conjunto de manifestaciones sexuales que como se ha venido señalando a lo largo de este documento presentan mandatos del deber ser tanto para hombres como mujeres, lo cual sin duda repercute en la construcción de modelos, significados, creencias e ideas sobre los imaginarios de la masculinidad y la feminidad.

Dicho lo anterior es pertinente partir de que tales mandatos del deber ser representan múltiples y variadas formas de afrontar la sexualidad en diferentes etapas de su vida. En este caso, en el presente capítulo se recuperan los principales hallazgos de la investigación y la discusión de los resultados a la luz de los enfoques teóricos incorporados en el estudio. Así surgieron las voces de mujeres y hombres mayores en relación su sexualidad, identificándose ambos desde modelos tradicionales hasta modelos que invitan al disfrute en esta etapa de vida, los cuales se consideran una ruptura a los mandatos socialmente impuestos. Cabe señalar que para ambos grupos de estudio, los contrastes están puestos en diversas áreas, las cuales reflejan la interiorización de mandatos sociales de género y la construcción de sus subjetividades eróticas, los cuales se presentan a continuación.

## **4.2 Sexualidad en mujeres mayores.**

Hablar de sexualidad en mujeres mayores es un tema de considerable complejidad, al entremezclarse elementos como los prejuicios, la cultura, la educación y la experiencia subjetiva a lo largo de su vida. Dicho esto, es pertinente partir de la multiplicidad de sexualidades y de los claroscuros de la libido de las mujeres mayores consideradas en este estudio, y dado que hay tantas experiencias y vivencias particulares de las mujeres, lo que importa en esta categoría es iluminar los puntos fuertes de la sexualidad mayor femenina que culturalmente ha permanecido a la sombra. No obstante, cabe decir al respecto que las vivencias de la erótica y la sexualidad de las mujeres no se han regido por un modelo único, sino que entre sus narrativas se encuentran diversas rupturas en cuanto al discurso hegemónico de la sexualidad.

De esta manera no hay una única forma de afrontar la sexualidad y los diversos fenómenos que acaecen a la sexualidad de las mujeres mayores, sino que este afrontamiento se relaciona con los recursos espirituales, económicos, materiales e incluso médicos de los han echado mano las mujeres para explicarse a sí mismas y explicar su sexualidad después de los 60 años.

### **4.2.1 Patrones de sexualidad en mujeres mayores.**

#### **4.2.1.1 Sexualidad patriarcal: “la maternidad como prioridad”.**

El imaginario social históricamente ha establecido que las mujeres deben ser ajenas de todo deseo carnal o erotismo, solo así son consideradas para el matrimonio, de lo contrario, son convertidas en instrumentos para la satisfacción sexual masculina. En este contexto, este modelo de mujer está muy arraigado en el imaginario social de la población, pues a partir de la socialización primaria y secundaria, han sido transmitidos e interiorizados en los sujetos. En este caso, se sitúa el primer modelo de comportamiento de las mujeres en relación a su erotismo, ideal de la mujer recatada, que socialmente vendría a ser el modelo ideal más aceptado es el que tradicionalmente se inculca a los sujetos.

Dentro de las narrativas de las mujeres el modelo de sexualidad tradicional acerca de la erótica tiene que ver con la construcción de la feminidad y del “deber ser” socialmente impuesto, que representa valores, pensamientos y significados que han permeado a lo largo de la vida de las mujeres mayores, y que en la etapa que actualmente viven se muestran como herencia al concebir su modelo de sexualidad desde los referentes socioculturales que asocian “el ser mujer” con diversas dimensiones como la maternidad, la censura del placer y la extinción de las pasiones después de la menopausia. Al respecto, Beauvoir (2005) puntualiza que las mujeres aprenden, por un lado, a exaltar la función maternal y de cuidados, y por el otro, a “descoporalizar” sus necesidades eróticas.

En este sentido se ubican posturas que limitaban a la vejez como espacio sexual, mujeres que se encuentran dentro del “thanatos”, el silencio, la restricción y el olvido. Así, durante el trabajo de campo hablar el tema de la sexualidad de forma abierta fue una de las principales dificultades que mostraron algunas de las entrevistadas, ya que existe una resistencia a traspasar el espacio de lo íntimo al hablar de ‘esas cosas’, es un tema pues que resulta incómodo, dado el peso de los estereotipos y prejuicios que rodean la sexualidad en

la vejez, que en el caso de las mujeres, aparece como algo inapropiado, algo sobre lo que ni siquiera se conversa ni se habla de forma abierta dada la incompatibilidad con el modelo de feminidad socialmente aceptado.

Martha: “Para mí esas son cosas que no tienes que andar ventilando ni con tus mejores amigas, yo esas cosas son mi jardín secreto, nada más yo [...] pero ya cuando eres grande pues a veces ya no se puede” (Martha, 61 años, casada).

Ante las dificultades que tienen las mujeres mayores no sólo para hablar de ‘esas cosas’, al cuestionar a las mujeres mayores sobre su concepto de sexualidad se muestran las dificultades para expresar de forma tácita algún término específico, se habla más bien de características o atributos de la sexualidad en la vejez, vista bajo el espejo de la negación. Tales visiones hacen alusión a la deslegitimación de la sexualidad y el erotismo, y sobre todo al alejamiento progresivo de su ejercicio sexual.

Por otro lado, la sexualidad tradicional está ligada a la capacidad reproductiva de la mujer. De esta forma las mujeres adquieren la categoría de sujeto, pero solo en lo que respecta a la reproducción, como pareja y como madre ideal. Este estatus de sujeto no sexual sino reproductivo, niega la existencia de la libido, del deseo y del erotismo de las mujeres situándolas en el plano del hogar, de la pareja y del cuidado de los hijos. Por tanto, se muestran como pasivas en la búsqueda del placer sexual ya que las relaciones sexuales, y así se perciben más como madre que como sujetos sexuales.

Desde la visión de las entrevistadas el hecho de tener hijos, las obliga a consagrarse al cuidado y la crianza, situación que las excluye de seguir manteniendo contacto sexual. Al respecto de esto, el fragmento de Eva refleja esta postura, pues el hecho de ser “madre” en contextos tradicionales como el mexicano, y aún más el neoleón, les da status y prestigio social, por lo que, el manifestar algún tipo de necesidades sexuales o eróticas es motivo de señalamiento y rechazo social. Aunque la entrevistada señala seguir sintiendo deseo, su prioridad es ser madre y consagrarse al cuidado de sus hijos y nietos, ya que señala dentro de su argumento ser un “caballo cansado”, lo cual implica una connotación simbólica que se relaciona con una vejez pasiva y asexual, y por consecuencia la pérdida de la energía libidinal.

Eva: “Tengo 65 años. Y una vez me dijo un fulano con el que salía ¡Ya estás vieja! ¿Todavía quieres hacerlo después de que lo has hecho tantas veces? y yo me fui para dentro [sorpresa], así que no se si te vaya a servir mi entrevista, pero bueno ahí te va [...] Yo creo que cuando decides ser madre esa debe ser tu prioridad, y en mi caso yo elegí parir tres hijos, así que me olvide de cualquier “pendejo” que viniera a endulzarme el oído, ¿Para qué? ¿Qué necesidad? Si quiero amor y tiempo lo tengo en mis hijos. En mí, en lo personal no, estoy completa [tener matriz], no estoy operada no nada de nada, y yo te lo digo claro que sí me tocan sí [siente deseo] pero como no tengo pareja no [...] una persona de mi edad es un caballo cansado” (Eva, 67 años, divorciada).

El erotismo puede satisfacerse o verse frustrado en su propia dimensión erótica, sin embargo también puede desembocar en otros fenómenos a través de mecanismos como la compensación o sublimación. La compensación actúa a partir de la frustración y consiste en que se compensa la pérdida o la insatisfacción a través de otros objetos o actividades. Los mecanismos de compensación son los que prevalecen en el erotismo femenino. La sublimación consiste en que el impulso erótico moviliza para la realización de actividades diversas, y en ellas encuentra placer: el trabajo, la música, la creación artística, y cualquier otra actividad erotizada (Lagarde, 1997).

El ideal mariano más que como práctica religiosa, es un modelo cultural que marca a las mujeres en cualidades y conductas particulares respecto al deber ser. De esta forma las madres, mujeres y esposas no deben gozar de su cuerpo ni del otro, deben participar en el coito, deben obedecer y cumplir con los mandatos que el matrimonio santifica con la finalidad única de procrear. Algunas mujeres, esta imagen de pureza está presente en sus discursos al rechazar toda posibilidad de erotismo y deseo, identificándose con el ideal de mujer, la madre, lo cual las excluye de ser identificadas como sujetos sexuales.

Las mujeres consideradas en el estudio desdibujaron sus necesidades eróticas y sexuales después en la etapa de la vejez, ya que son los hijos e incluso los nietos los que llenan las necesidades de afecto y vinculación emocional. Este hecho lleva a que aspectos relacionados con la libido, el goce sensual y el placer sean vivenciados como con vergüenza, repulsión y rechazo, Es así que estas dimensiones no entran en su categoría social de adulto mayor, dada la carga simbólica que gira en torno a la mujer, y a la “vieja”. Esto se explica por los diversos discursos, entre ellos los morales, religiosos e incluso genéticos que las mujeres utilizan para negar la sexualidad en esta etapa de vida.

Sofía: “Estoy de acuerdo contigo nada más que yo tengo hijos, amigos y nietos, que voy al café que voy al té que van conmigo a todos lados [...] Incluso me da vergüenza que los hombres me hablen, me da vergüenza ¡Me siento agredida! ¡Deben de tener respeto que no me ven la cabeza! [...] ¡Todo ya te cuelga por todos lados! entonces a esta edad ya no hay necesidad de eso, puedo hacer otro tipo de actividades, estar plena sin estar esperando una persona que me haga cariños o esas cosas que me pueden hacer mis nietos” (Sofía, 65 años, divorciada).

La sexualidad está entendida por las relaciones coito-genitales, ya que las mujeres mayores han sido socializadas bajo las construcciones sociales que identifican el goce erótico de forma coital y unidireccional. En este sentido, a lo largo de la entrevista con María, ésta hacía una vinculación constante de las relaciones sexuales y la penetración, obviando otro tipo de manifestaciones goce, placer o pasión en esta etapa de vida. De este modo, la entrevistada también considera estas relaciones coito-genitales de forma unidireccional, donde el hombre es el único sujeto que se satisface con ellas, de ahí que para ella el hecho de que su esposo pierda capacidad eréctil la liberaría de la obligación marital, hecho que sin duda se relaciona con una vida sexual poco satisfactoria en otras etapas de vida.

María: Pues, yo creo que sí, es otro tipo de manifestación porque los hombres son más físicos, son más sexuales y la mujer es más corazón

¿verdad? pero, pues yo te voy a decir que pues más que necesidad, es un deseo, si tú quieres es un deseo. Yo siento como que en el hombre sí eso lo tienen muy arraigado [...] mi muchacha [empleada doméstica] me decía: “Hay señora, ahí se equivocó Dios, ¿Por qué el hombre sigue queriendo y nosotras ya no?”, o sea, la mujer es feliz si no tiene sexo, pero bueno, es parte de lo que tienes que aprender y luchar [...], yo sería feliz si mi esposo ya no quisiera nada de nada conmigo [...] (María, 64 años, casada).

Es así que se espera que las mujeres sean quienes asuman las tareas no sólo del cuidado y socialización dentro de la familia, sino también se hagan cargo de las funciones dentro del hogar como los quehaceres domésticos, mismos que están circunscritas al ámbito privado, espacio que típicamente se le ha asignado a la mujer dentro del sistema funcional sexo-género. En tal caso, las mujeres se sienten abrumadas por las actividades que socialmente se les confiere, así aspectos como las relaciones emocionales, la vinculación afectiva, el goce, la pasión y el amor pasan a un segundo plano. Dentro de esta situación podemos encontrar a Elena, ama de casa durante toda su vida de casada, quien enfatiza que más allá de las caricias u abrazos, para ella es más importante que su esposo contribuya a las tareas domésticas, siendo esa una actividad que ayudaría a equilibrar la relación de pareja.

Dentro de su discurso se observan varios aspectos que tienen que ver con el “deber ser” de la mujer, y que están entrelazados desde las reglamentaciones sociales y culturales dentro de un espacio patriarcal. Por un lado, el erotismo es coartado por aspectos religiosos que proscriben el ejercicio sexual única y exclusivamente para la procreación. En tal situación, no existiendo la categoría “hijos”, el ejercicio sexual pierde su razón de ser, enviando al erotismo al olvido, como estrategia de afrontamiento a algo que se pierde después de la etapa reproductiva dentro de la familia. Asimismo llama la atención que la mujer mayor enfatiza la felicidad, pero una “felicidad femenina” asociada a la reproductividad biológica.

Elena: “Nos gusta que nos abracen y nos gusta que nos besen pero más nos gusta que nos ayuden a lavar los platos porque muchos llegan del trabajo a sentarse a ver la tele y la mujer viene del trabajo a seguir haciendo sus faenas, bueno una pareja debe de caminar juntos en el mismo sentido [...] ¿A qué venimos al mundo? A ser felices, y si ya eres mujer, pues venimos a ser felices también pero también a procrear, ya lo dice el Señor [Dios] entonces que no se vaya a ir la vida sin ese pensamiento, y pienso que después que tienes tus hijos eso de los abrazos y besos `pus` como que se te va olvidando [risas]” (Elena, 65 años, casada).

Al igual que en otras categorías de análisis aparece el discurso religioso como recurso que las mujeres utilizan para describirse a sí mismas y describir su ejercicio erótico y sexual. Como se ha visto con anterioridad, la educación religiosa ha supuesto una limitación importante para la vivencia de la sexualidad como un espacio propio y legitimado de satisfacción y realización personal, no obstante, en el caso de la siguiente entrevistada considera a la sexualidad como un “regalo divino”, “un premio”, a pesar de que María, fue una de las mujeres entrevistadas que se mostró más abierta al ejercicio y la diversidad de prácticas sexuales, el foco de su disfrute se encuentra externo a ella, bien en un ente

abstracto “Dios”, o bien en el marido, como sujeto que detenta el poder sexual sobre ella: “él sabe”.

María: Pero ‘esas’ cosas, pos [pues] yo no sé si fue mi marido o Dios que me iluminó [para tener relaciones sexuales] porque ni creas que así me educaron, mi mamá era [conservadora] [sonidos con la boca] ¿verdad? o sea, de dónde pude ver pero no me enseñó [...] pos yo digo, sí Dios lo puso como una bendición y eso se lo dije a mis amigas ‘mochas’, le dije “Oye, pues si eres tan ‘mocha’, Dios te lo dio como un premio, como una bendición” entonces, cada vez que lo haces es una bendición [...] (María, 64 años, casada).

La negación de la sexualidad se relaciona con la pérdida de energía que experimentan las mujeres en esta etapa de vida, lo cual se considera un recurso de negación que las mujeres utilizan para explicar su retiro del campo del placer y el erotismo. En este caso, para las mujeres la vejez significa una disminución o transformación de su energía libidinal, evidenciada en la ruptura del ejercicio erótico. Por ejemplo Elisa considera no tener la misma “motivación” para hacer las cosas que hacía durante su juventud, como el sexo. De acuerdo a los discursos de las mujeres, esta pérdida de libido hace que se transforme la relación con su pareja, apareciendo entonces la figura de la “hermandad”, en la que desaparecen las pulsiones corporales.

Rosa: “No, no, no, simplemente que a mí no me gusta, no me gusta, digo, yo tengo la mentalidad de que ubícate en mi edad muchas cosas de la juventud, ya no pueden ser, empezando por ejemplo, con el sexo ¿verdad? Toneses’ [entonces], ¿por qué voy a estar yo así como que a fuerza? Si yo ya no tengo las mismas ...la misma motivación ni la misma... ¿Cómo se dice? la energía, obviamente, entonces, con los años ya no somos iguales, va decayendo todo [...]” (Rosa, 69 años, casada).

A pesar del significado divino que otorga María a su sexualidad, en una posterior entrevista señala el carácter instrumental de la sexualidad para “domar” a su marido, y que cuando otros canales de comunicación fallan, las mujeres han tenido que valerse de este recurso para mover sus ‘hilos’ de poder al interior de la dinámica familiar, y con ello, lograr beneficios para ellas. Así su sexualidad se convierte en un mecanismo de intercambio con la pareja. En tal caso, podríamos hablar de lo que no pocas mujeres hacen uso: “poder oculto”, poder que detenta a través de la seducción y la satisfacción sexual

En nuestra sociedad este tipo del uso del cuerpo de las mujeres se articula con formas de dominio y de su opresión en el ámbito público. Destaca en ese intercambio de las mujeres, el que ocurre en la conyugalidad matrimonial. Las esposas usan con sabiduría el acceso a su cuerpo para obtener beneficios. Y, enfocado desde otro ángulo, son usadas por sus cónyuges en el intercambio desigual, bajo el discurso de que son entes improproductivos mantenidas económicamente por sus proveedores maridos (Lagarde, 1997). Por lo que, las mujeres saben del uso político del erotismo. Es parte fundamental de su sabiduría política y les permite sobrevivir. Ellas mismas aprenden empíricamente, por consejos de otras

mujeres, por su trato con los hombres, como usarlo en el mismo sentido que sus hombres lo hacen desde el placer.

En este caso, el erotismo para las mujeres que solo poseen sus cuerpos, tiene un significado de valor ya que es un espacio de intercambio. En ese espacio, las mujeres dan a cambio un cuerpo erótico, y por su mediación, que para el otro es un fin, se proponen obtener bienes reales o simbólicos. Y, aquello que las mujeres buscan obtener en esta operación, no tiene nada que ver con el placer ni con el goce eróticos.

María: “[...] y además, yo un día me dí cuenta que es la forma de domar a mi marido, yo podía obtener cosas, yo podía suavizarlo, yo podía hacer que se le quitara el enojo, podía así como decía mi padre “Como lobo sobándole el lomo” ¿verdad? entonces yo notaba que tenía una ganancia y dije “Pos yo de aquí me agarro” [risa] ni modo [risa] (María, 64 años, casada).

#### **4.2.1.2 Sexualidad transicional: “feria de muchos cohetes”.**

Contrario a esta figura hogareña y maternal, se encuentran las mujeres que acceden al deseo, al erotismo, al placer y dan rienda suelta a su sexualidad. El reconocimiento de la mujer como sujeto sexual a partir del uso de su cuerpo, coloca a este tipo de mujeres en un grupo específico “pues el erotismo es un espacio vital reservado a un menos grupo de mujeres ubicadas en el lado negativo del cosmos, en el mal y son consideradas por su

Existieron mujeres que propugnaron por resistirse a los mandatos socioculturales y a los discursos de poder, las mujeres del “eros”, abriendo un panorama de posibilidades de gozo y placer (no asociado única y exclusivamente a la maternidad). Este modelo, permite construir nuevas formas de subjetividad, es así como el género no se compone únicamente por una unidad normativa o prescriptiva, sino por el carácter transformativo y reflexivo de los discursos que giran en torno a él. Esta noción de performance nos ayuda a comprender la constitución de otros sujetos diferentes a los ya establecidos, como es el caso de estas mujeres mayores.

Alma: “Es una cosa maravillosa [...] es un alivio para el cuerpo, da salud para el cuerpo, es el sexo, y si uno no tiene sexo entonces no tiene vida” (Alma, 64 años, divorciada).

Ana: “Porque la parte física, la intelectual y la emocional del hombre con los tres de la mujer son seis, tons [entonces] tienen que ser las 3 y las 3, el puro físico no es sexo, tienen que ser las tres partes, tons [entonces] ¿Cómo no va a haber sexualidad en una persona mayor? mientras tenga inteligencia y mientras tenga emoción, puede tener sexualidad” (Ana, 67 años, casada)

Imaginario que quizá podría estar relacionada con la forma de socialización y educación de las mujeres mayores, ya que a través de la educación se les enseñó a expresar su sexualidad desde las emociones, más allá de expresarlo directamente en los genitales y el coito (Guiddens, 1992). Hablando de esto, en las narrativas de advierte un cambio en la calidad de las relaciones, por lo que, se amplía la capacidad del disfrute, por lo tanto, se puede dar paso a una relación menos genital, en la que adquiere mayor protagonismo otro tipo de prácticas sexuales como la proximidad física, las caricias, los besos, los abrazos, el

acompañamiento, no obstante estas mujeres arguyen placer en las relaciones coitales y genitalizadas.

En tal situación encontramos algunas narraciones de mujeres mayores, quienes señalan que la sexualidad se establece a través de la diada sexo-amor, es decir unifica la parte física y la parte emotiva, por lo cual estas mujeres se ubican en un espacio de trasgresión a las normas socialmente impuestas sobre el deber ser femenino, mujer “objeto”, así ellas se encuentran abiertas a la posibilidad de explorar nuevas y variadas formas de placer, no teniendo impedimento la edad para seguir siendo sujeto de deseo y objeto de placer.

El carácter político y disciplinario del erotismo sobre las mujeres queda evidenciada en que es genitalizado y fálico, y en que el coito es el hecho supremo a realizar y lo es también para las mujeres. Estas experiencias eróticas quedan absolutamente subordinadas a éste, y se valoran en una escala decreciente cuya cúspide es el coito, por lo que estas mujeres gustan del ejercicio coital, incurriendo en un espacio típicamente masculino, hecho que refleja una apropiación erótica.

Patricia: “Pues una demostración de amor, para mí el sexo sin amor, no tiene sentido, de perdido un cariñito o algo ¿verdad? para que tenga sentido. Es una demostración de amor, de lo que sientes por otra persona que, que son compatibles ¿verdad? Y termina en una, en una... siempre digo, como en una feria de, con muchos cohetes, con muchas luces y así en una fiesta bruta [risa] a mí me gusta el sexo” (Patricia, 60 años, unida).

La construcción de la sexualidad como ruptura se encontró sobre todo en mujeres con mayores niveles de escolaridad, independencia económica y con una posición media alta, lo cual es de especial interés al considerar que han sido mujeres que a pesar de estar insertas en un contexto mediatizado por valores sociales que proscriben a la vejez como “asexual” no han tomado estos preceptos para sí y han construido su erótica desde su propio entendimiento, ya que sus historias biográficas les han permitido construir su erotismo desde otros referentes, al menos en esta categoría de análisis.

Alma: El placer está en uno y hay muchas formas, con acto sexual o sin acto sexual puedes llegar al placer, pero está en uno, es... el querernos, uno al otro, es querernos agradar, el querer llegar, el cuerpo responde, pero sí es diferente, muy diferente [...] Sexualidad, no son órganos sexuales, entonces para nosotros es tomarnos de la mano, es acariciarnos, el darnos un beso, pues todo eso es sexualidad pero lo hemos traído tergiversado por todo lo que nos han enseñado [...] Sí, la caricia, las miradas, el que quieres la atención, hay muchas formas de placer, pero sobre todo las caricias, las caricias son muy importantes, es querer hacerlo feliz, es querer eh... em... por ejemplo es: no contrariarlo mientras no me despersonifique porque somos comunidad [...] (Alma, 64 años, divorciada).

Dentro de esta visión aparece la sexualidad como un área para repensar la intimidad y el contacto entre la pareja. Dentro de los discursos que ponen de manifiesto dicha necesidad se puede observar la transición con del enfoque clásico de la sexualidad (coital y genital) hacia relatos alternativos que se muestran como rupturas de sentido que dan lugar a nuevos

posicionamientos de los sujetos. Las mujeres que se muestran en esta postura arguyen la posibilidad de reordenar sus cambios sexuales, dando oportunidad para erotizar los cuerpos de forma diferente a lo social y culturalmente establecido: a través del tacto y las emociones.

María: “Es hacerte sentir importante a través de esa ternura que la mujer requiere, pues sí es muy importante y tenemos muchas partes en el cuerpo que son pues, de más placer: el oído, la boca, la cara, este... nuestros, bueno yo como veo el cuerpo humano ¿Verdad? el clítoris, los labios, o sea, partes muy sensibles y toda la piel ¿Verdad? cómo decían, “¿Cuál es el órgano sexual más grande? la piel ¿Verdad? que te la acaricien, que en la espalda te pongan cremita, sí, es bonito. “Es que Jesús lo único dijo es que: “Ámense” cada pareja que establezca sus parámetros ¿verdad? entonces, sí” (María, 64 años, casada).

Para algunas mujeres se da un aumento de su actividad sexual, al menos en el caso de aquellas que legitiman su deseo y lo ponen en práctica, o en el de las que consiguen transformar la relación con su cuerpo y/o pareja, y también, de las que se animan a explorar nuevos caminos en su ejercicio sexual. Visto desde esta postura, algunas mujeres señalaron que el foco de la vida sexual envejeciente está en el grado de madurez con que se afronten los fenómenos fisiológicos del envejecimiento, y la capacidad que tienen los individuos para resolver esos cambios, como una forma de gestión de la sexualidad que acerca a las mujeres al conocimiento y expresión legítima de su deseo sexual.

Algo que llama la atención es que para las mujeres mayores, la sexualidad en la vejez existe una mayor permisividad del acto sexual sin la preocupación del embarazo, hito para el que fueron socializadas durante toda su vida, consecuentemente aparece este ‘quiebre’ al mandato sociocultural de la reproducción y la maternidad, al menos durante su perspectiva de la sexualidad. Tal hecho, podría leerse como la oportunidad que expresan las mujeres mayores de vivir la experiencia sexual más allá de lo socialmente establecido. Vale la pena detenerse en este aspecto, ya que el hecho que exista un divorcio de los términos sexualidad-reproducción, aparece en pocos discursos de las mujeres, especialmente en aquellas con mayor nivel escolar y mayores recursos económicos, recursos que les ha dado la posibilidad de ampliar su margen de referencia en cuanto a temas sexuales, visión con el que se derriba el concepto “mariano” de la sexualidad.

Esther: “Ya no me hubiera levantado con el Jesús en la boca de que hubiera encargado [embarazo]” (Esther, 68 años, casada).

Eva: “Yo pienso que la sexualidad en las personas mayores se disfruta más porque no hay inhibiciones, no hay límites, ya no te tienes que cuidar de un embarazo. Si tienes que tener bien claro la clase de persona con la que estás, porque sí así, personas que tú crees muy rectas en su matrimonio te pueden llegar a contagiar una enfermedad mucho, más alguien ocasional y pues debe de haber más cuidado en ese aspecto [...]” (Eva, 67 años, separada).

Siguiendo a Foucault (1995), los individuos interiorizan cierto grado de autonomía para enfrentar las tecnologías de producción que son las encargadas de la manipulación de las cosas, y las tecnologías del poder que objetivan al sujeto sometiéndolo a ciertos tipos de fines o dominación. De ahí que partir de las tecnologías del yo sé reinterpretan aspectos importantes de la vida y se contrayéndose como sujetos no pertenecientes a dichos modelos normativos, construyéndose el sí mismo, en tal caso las mujeres señaladas en este apartado. Es así que la construcción del sí mismo dependería entonces, de la interacción del sujeto con el mundo y con los demás, obedecería a los procesos de objetivación discursiva y del reconocimiento como sujeto consigo mismo y su interiorización, lo que hace que dicho sujeto se resista a los modelos normativos.

#### **4.2.2 Pensamientos sexuales y fantasías.**

De acuerdo a Iacub (2014) y Coria (2012) el erotismo no sólo se hace visible a través del aspecto genital, sino a través de los juegos, los pensamientos y las fantasías, que implican signos y rituales de intercambio simbólico como el uso de objetos eróticos, los códigos, las palabras y la creación de fantasías a partir de la imaginación y los recuerdos. Específicamente, Garrido y Garrido (2013) señalan que las fantasías sexuales son representaciones mentales imaginarias que estimulan la excitación, el placer y el deseo, y que a su vez permiten la creación del preámbulo amoroso y sexual. No obstante, estos no sólo están mediados por una condición individual, sino que se relacionan de forma directa con la cultura erótica.

Es de esta forma que la mayoría de las participantes señalaron que en esta etapa de vida el pensar en sexo, en erotismo o en contacto íntimo es algo inapropiado para su edad, puesto que la categoría social de “viejas” las excluye de este tipo de pensamientos, considerados típicamente masculinos. Es así que las mujeres se pronuncian en contra de tener pensamientos y fantasías eróticas y sexuales, lo cual es un espacio prohibido dentro del imaginario social para las mujeres.

Isabel: “¿Después de viejo que fantasía va a querer?” (Isabel, 64 años, separada).

Esther: “Ya estas alturas yo estoy bien gracias a Dios, o sea, me siento bien estar así eso me tocó ni modo y si aceptarlo como es [...] y pues así pasa aparte pues el sexo pues no es la comida para que andes piense y piense” (Esther, 68 años, casada).

Ana: “Uno ya no hace nada de ‘eso’ ni piensa, pero muchas no sé si lo sigan haciendo porque hay una edad y yo no sé cuándo llega la edad.

Investigador: ¿A qué edad se refiere?

Entrevistada: Bueno esa edad para ya no tener relaciones, y bueno porque unas más tranquila sino capaz que ahorita anduviera como ‘diablo de pastorela’” (Ana, 67 años, casada).

Contrario a la postura anterior, en el caso de las mujeres mayores con mayor escolaridad y con una mejor posición económica reconocieron la importancia de tener pensamientos y fantasías sexuales en esta etapa de vida, así consideraciones como el ingreso, el nivel cultural y la escolaridad juegan un papel importante en la construcción de su erótica, ya que les permite mayor permisividad y acceso a diversos recursos para satisfacer sus fantasías eróticas.

Eva: “Pueden [tener pensamientos sexuales], los tienen de hecho, todos los tenemos, todos los tenemos, es normal, es normal, yo creo que es ‘anormal’ no tenerlos” (Eva, 67 años, separada).

María: “A veces que salíamos de vacaciones, “Papito, haz de cuenta que vienes con otra mujer” [risa] y notas cómo empieza a tratarte, ¡Ándele!, pues así ¿Qué cuesta? total en realidad es un querer jugar, los juegos son muy importantes” (María, 64 años, casada).

#### 4.2.3 Prácticas sexuales.

Algunos autores sobre el tema señalan que el comportamiento sexual se asocia a un conjunto de actos de tipo sexual, y que están condicionados por factores psicológicos, socioeconómicos, culturales, ideológicos, físicos, éticos y religiosos, los cuales determinan que determinan la manera en que se va a sentir y expresar la sexualidad en el aspecto individual, familiar y de pareja (Arango, 2013; Arnaiz, 2011). En el mismo sentido, de acuerdo a Bellato (2015), las prácticas sexuales se refieren a los comportamientos, prácticas y actividades que realizan las personas con el fin de dar/recibir placer y gozo sexual. De esta forma, las prácticas sexuales pueden incluir aspectos vinculados al ejercicio sexual como los besos, las caricias, contacto físico y abrazos dado el contexto de intimidad de la pareja, y de la tolerancia a determinadas prácticas sexuales como el sexo oral, la penetración de cualquier parte del cuerpo, el coito e incluso el sexo anal.

Coria (2012), reconoce que la generación de mujeres que transitan por los 60 años ha tenido aprendizajes limitados sobre las prácticas sexuales. Así, a pesar de la visión de las conductas y prácticas sexuales presentadas hasta este momento, hubo discursos que se enfocaron a señalar experiencias previas que han influenciado su manera de vivir la sexualidad en esta etapa de desarrollo, las que han consistido en la transmisión de discursos acerca de la sexualidad como la visión de la mujer “objeto”, así como el posible daño físico tras mantener relaciones sexuales durante la vejez.

Raquel: Yo siempre pensé que eso de tener relaciones nomás era que se te subieran y ya [...] (Raquel, 68 años, casada)

Victoria: Siempre lo hicimos de una única forma, ps [pues] no es algo que habláramos, y a mí siempre me dio pena [...] (Victoria, 60 años, unión libre)

Estas vivencias particulares se relacionan con una vida sexual previa poco satisfactoria, y que tiene que ver con ciertos eventos que marcaron la separación íntima de la pareja, repercutiendo en un deseo reprimido, en muchas ocasiones, por historias de incomunicación, abuso, infidelidades, celos, violencia, la monotonía, rutina y aburrimiento.

Incluso, algunas posturas de las mujeres consideraron el desagrado por llevar a cabo ciertas actividades sexuales, o las encuentran poco placenteras, experimentando sentimientos de desgano, rencor, culpa e irritabilidad.

Mónica: Como que se me cierra [la vagina], y no lo disfruto [...] (Mónica, 63 años, casada)

Mónica: Él quiere que le toque su parte [pene] porque me dice: “por qué tu no me tocas yo te tengo que tocar”, son cosas que no me agradan mucho pero en el fondo pa’ [para] hacerlo feliz hay que hacerlo (Mónica, 63 años, casada).

En contraste, sólo las pocas mujeres que han logrado reposicionar su deseo sexual en esta etapa de vida, son las que han diversificado las maneras de vivenciar y expresar su sexualidad, a través de diversas prácticas y actividades que no necesariamente estaban ligadas al coito como tal, sino que abrieron sus márgenes de gozo y placer, bajo tal entendimiento las personas mayores entendieron como conducta sexual:

Patricia: “Bueno para mí una conducta sexual es estar en pareja y hacer lo que todo el mundo hace, acostarse, quererse, hacer el amor,” (Patricia, 60 años, unida).

Las féminas señalaron durante las entrevistas que la sexualidad está estrechamente vinculada a la afectividad, refiriendo que es fundamental la atracción y lo afectos son importantes para los encuentros sexuales, aunque la sexualidad y el afecto son consideradas como dos cosas diferentes, están interrelacionadas y pueden referirse a una misma persona, inclusive que los afectos son una condición para el ejercicio sexual, tal como lo expreso durante una entrevista: “Quiero a una persona por mi cariño y también por mi sexo, o sea que lo quiero pero pues también lo deseo” (Elena, 65 años, casada). Asimismo, la relación sexual para las entrevistadas es también denominada “hacer el amor”, “tener sexo”: “Normalmente le llaman hacer el amor es tener una relación sexual”; “El amor no se hace, se construye, y el sexo es una parte de [...]” (María, 64 años, casada).

Victoria: “De hecho le digo a mi marido “¿Dónde están aquellos besos que me conquistaron?” Entonces ya como que le pone más energía, sí, porque si no, se convierte en algo mecánico, o sea, tienes que ponerle ganas de querer, como cuando vas a hacer un pastel, pues ves cómo le adornas, o vas a poner el pinito [...]eso lo he platicado mucho con mi marido y se lo he hecho ver ¿verdad? porque, por ejemplo, es muy dado a andarme pellizcando la nalga y le digo “No todo es nalga, también me puedes acariciar la cara” y para mí, es igual o más, entonces, ahí lo voy enseñando, que él sepa que me pueda dar el mismo placer el día que me acaricie” (Victoria, 60 años, unión libre).

Por otro lado, las mujeres mayores expresan la importancia de que las conductas sexuales sean consentidas por ambos integrantes de la pareja, y de que exista un momento previo de preparación para enfrentar la relación sexual, de modo que sea más atractiva y placentera para ambos, tal como lo señalaron en el trabajo de campo: “Mi marido me prepara antes para que ambos podamos disfrutar del sexo”; “Se requiere caricias previas para llevar a cabo una buena relación sexual”.

Las mujeres identificaron los juegos sexuales como acciones de connotación sexual que pudieran influir en la excitación de la pareja como estimulación en las zonas erógenas, besos, abrazos y caricias. Para las mujeres entrevistadas los valores que emergieron son diversos, como: respeto, confianza, libertad, empatía, comprensión y consenso, estos implica validar el sentir y opinar del otro respecto a la relación sexual, resguardar el derecho a consentir o no estas prácticas, ponerse en el lugar del otro y tener autocontrol y cuidado frente a la posibilidad de dañar a la pareja y tener la capacidad de dialogar para poder llegar a acuerdos en materia sexual.

Rosa: “Pero es que bueno somos humanos y pensamos diferente y actuamos diferente, pero como dicen ahí en la jugada hay muchas maneras ¿Me entiendes? de satisfacer a una mujer, hay muchas maneras no necesariamente el contacto así [coito] [...] porque pues al final de cuentas pues la mujer, hay muchas maneras, pero fíjate que hay gente que no sabe, porque te enseñan que sólo hay una manera y tú piensas qué es tabú o que está prohibido pero es tu esposo y se vale” (Rosa, 69 años, casada).

Ana: Mientras estés de acuerdo tú y tu pareja, todo se vale, pero que no te quieran hacer algo que tú no quieres, porque entonces eso ya se me hace agresión y a veces ultraje, pero mientras los dos estén de acuerdo, si te gusta que te nalgueen y te pateen, pues bueno, pero los dos de acuerdo (Ana, 67 años, casada).

Estudiosos sobre el tema de vejez y erotismo reconocen que, el disfrute erótico y sexual excede la mera genitalidad y que se nutre de los sentidos (Arango, 2013; Arnaiz, 2011, Freixas, 2013). Así, el erotismo aparece como una “exaltación de los sentidos”, los que son capaces de captar imágenes, olores, sabores, palabras y texturas que llevan al disfrute (Iacub, 2014). Para el caso que nos ocupa, especialmente las mujeres quienes hacen mayores referencias a la necesidad de disfrutar de situaciones previas que tienen mucho que ver con los sentidos, y a las que consideran condiciones necesarias para el despliegue erótico.

María: “Sí, la caricia, las miradas, el, el que quieres la atención, hay muchas formas de placer, pero sobre todo las caricias, las caricias son muy importantes.

Investigadora: ¿Podría hablarme un poco más de eso?

María: Sí, y cuando el sexo disminuye, y aún con sexo, o sea no es lo mismo que te violen a que... ¿verdad? entonces, esa caricia es de hacerte sentir importante a través de esa ternura que la mujer requiere, y tenemos muchas partes en el cuerpo que son pues, de más placer: el oído, la boca, la cara, este... nuestros, bueno yo como veo el cuerpo humano ¿verdad? el clítoris, los labios, o sea, partes muy sensibles y toda la piel ¿verdad? cómo decían, “¿Cuál es el órgano sexual más grande? la piel ¿verdad? que te la acaricien, que en la espalda te pongan cremita, sí, es bonito” (María, 64 años, casada).

Patricia: “Todo se siente: la piel, todas las partes del cuerpo, y esa sensación bonita del rose en el cuerpo, todo el cuerpo no nada más los genitales” (Patricia, 60 años, unida).

Eva: “Fíjate que yo tengo lo contrario como experiencia, casi a todos los hombres les gusta el sexo oral a ellos, esa es mi experiencia y era muy placentero para mí, bueno un poco de todo” (Eva, 67 años, separada).

Una transición en cuanto a los mandatos sociales que pudo apreciarse en las narraciones de las mujeres mayores fue el posicionamiento erótico no sólo a través de los afectos, sino que su deseo lo han corporizado en sus zonas erógenas como el clítoris, trasgresión desde los mandatos sociales que indican en las mujeres una desconexión genital del erotismo y la sexualidad. Muestra de ellos los siguientes fragmentos de entrevistas señalan la importancia de las zonas genitales para su vida íntima, visión que solo se encontró en mujeres con alta escolaridad y nivel cultural.

Sofía: “Las mujeres tenemos el clítoris, que es una parte sensible, se siente rico ahí [estimulación]” (Sofía, 65 años, divorciada).

Eva: “Pos [pues] porque besar es rico, a mí me da mucho placer los besos, despierta la pasión. Y los senos también, yo soy muy sensible de los senos, y bueno, pos los órganos genitales no se digan [...]” (Eva, 67 años, separada).

Las narrativas de las mujeres señaladas anteriormente identifican su cuerpo como materialidad abierta en sus prácticas sexuales. A pesar de la visión de las mujeres mayores al ampliar sus márgenes de satisfacción sexual se encontraron casos de entrevistadas que mostraron animadversión sobre ciertos tipo de contacto como el sexo oral y el sexo anal, por considerar que van en contra de la naturaleza humana, se señaló que los parámetros deben establecerse dentro de cada pareja, siempre y cuando no atenten contra los postulados de la naturaleza (contacto genital).

María: “Pues mira, siempre para la mujer es así como un poquito difícil, pero yo estoy de acuerdo en que, en que tienes que buscar cómo, lo que te agrade y los dos estén de acuerdo y ahora yo incluso he cambiado hasta por mí misma forma religiosa, que digo “es que Jesús lo único dijo es que: “Ámense”” cada pareja que establezca sus parámetros ¿verdad? entonces, sí se vale de todo un poco. Yo por ejemplo ahí, se me dificulta un poco el sexo oral porque como soy odontóloga [risa], entonces le digo “¡Uy! Si supieras cuántos microbios” [risa] pero eso no quita que lo hacemos o las caricias o todo pero, este, pero es por mí, por lo que yo traigo programado ¿verdad? y además Dios ayuda bastante, con tal de agradarnos ¿Verdad? uno al otro” (María, 64 años, casada).

Eva: “Sí porque pos hay muchos fetiches ¿verdad?, hay gente que le gustan cosas raras, pues bueno, si el otro está de acuerdo, pos [pues] ¡Órale!, pero ya que vaya en contra, por ejemplo, el sexo anal, a mí en la vida me llamó la atención y si me lo hubieran hecho, para mí hubiera sido algo horrible, pero

hay muchas mujeres que les gusta. A mí me parece antihigiénico y me parece no muy natural porque como los animales ¿verdad?, pero a mí, yo estoy hablando por mí, si a muchas les gusta, pues ¡Órale!” (Eva, 67 años, separada).

#### **4.2.4 Masturbación y autoerotismo: uso de juguetes sexuales.**

Las conductas y actividades sexuales pueden expresarse en relación a un objeto erótico externo, o bien consigo mismo. No obstante el autoerotismo o la estimulación de las zonas erógenas o masturbación femenina no constituye una práctica suficientemente instalada en la resolución cotidiana del deseo femenino, ya que sobre esta práctica se sitúan los prejuicios religiosos, culturales y morales que han estigmatizado el cuerpo de la mujer y que han producido una desconexión de ésta con sus zonas íntimas (Freixas, 2013). En este caso, para las mujeres el autoconocimiento de su propio cuerpo es motivo de vergüenza, pudor y rechazo hecho que deja de manifiesto una educación sexual restrictiva que ha sido interiorizada.

Martha: Yo ni sueños húmedos, ni placer tenía, nunca ni me tocaba, bañándome no me tocaba, pero así como el hombre que se masturba, no, no. Nunca me he masturbado, me daría mucha pena conmigo misma, ¿no sé si me entiende? (Martha, 61 años, casada).

Es así que, dentro de la educación de la sexualidad, el control del impulso masturbatorio es fundamental, considerando pues que los mandatos acerca de la feminidad establecen un divorcio de las partes íntimas de las mujeres. Masturbarse, supone una entrega al pecado, a la perversión, a la enfermedad, y en particular al hedonismo egoísta, postulado que constituye una trasgresión al modelo de sexualidad femenino, ya que este es vivido como entrega al otro y a su placer (Rojas, 2007).

La excepción a la regla la constituye el caso de Victoria y Eva, mujeres que ven en el autoerotismo una forma de satisfacción de su deseo erótico y sexual. Señalan estas mujeres a la masturbación como un espacio de intimidad personal, como elemento que ayuda a afrontar el estrés, a liberar tensiones, como placer y espacio para la fantasía, y sobre todo, como continuidad de la actividad sexual con o sin disponibilidad de pareja. Tal práctica, según lo expresan las entrevistadas les ha ayudado a mantener una autonomía sexual y a fomentar el autoconocimiento y la libertad. Además de que las mujeres mayores incorporan el autoerotismo, desafiando la idea de que la satisfacción está en un solo “órgano” sino en toda la persona, lo cual amplía los recursos de disfrute.

Victoria: “Yo vivo mi sexualidad plenamente, eso sí sola en mi casa, la sociedad es ignorante no entendería, ni mi esposo lo ve importante porque dice que en los viejitos no es importante, así que yo sola me ‘hago el amor’, llego al orgasmo y soy feliz [...] yo me complazco sola” (Victoria, 60 años).

Eva: “Sí, porque ya lo veo como una, como... una cosa saludable, es mucho más saludable una masturbación que una mala relación con alguien que te puede infectar o que te vaya a herir emocionalmente, entonces tienes tú satisfacción y no te arriesgas para nada, pero que sí se presenta lo otro, que

padre también ¿verdad?, pero yo soy muy cautelosa” (Eva, 67 años, separada).

Eva: Como puedas debes vivir tú sexualidad, ¡Como puedas!, yo tengo mis juguetitos, por ejemplo. Yo pienso que sí tú encuentras una persona que tiene un problema de próstata, pues hay alternativas, de juguetes, y de otras cosas, eso lo dejas a la imaginación, al ingenio de cada pareja. Eso no es problema, para mí, no es un problema.

Investigadora: ¿Y cómo se decidió a comprar juguetes?

Eva: Uuuuh! Desde, desde, desde que tenía 38 años que empecé a comprar mis primeros juguetitos porque estaba sola, y yo pues, por mucho que me guste estar con un hombre no me iba a arriesgar y compre mis ‘juguetitos’, y los uso seguido, muy seguido [...] yo creo que en eso influye mucho las cosas que imaginas, por ejemplo yo me acuerdo de mis experiencias previas” (Eva, 67 años, separada).

### **4.3 Sexualidad en hombres mayores.**

El estudio de la masculinidad es muy reciente, la cual está permitiendo explicarla como categoría simbólica paralela a la feminidad, de ahí que no se pueda entender la construcción social de la masculinidad ni de la feminidad sin referencias mutuas, estudio que comenzó con estudiosos como Conell (1995, 2005) y Bonino (1996). Desde las aportaciones teóricas al respecto se espera que el hombre asuma el rol dominante y activo dentro de las relaciones sexuales y amorosas. El erotismo y la sexualidad se han fincado a través de significados que le confieren mayor estatus a la virilidad, a la potencia sexual y al éxito en el sexo como sinónimo de masculinidad. En consecuencia para los varones la sexualidad implica sólo los genitales sobre otras formas de manifestaciones sexuales, haciendo que estas aparezcan secundarias o ajenas al campo del placer y del gozo. Es por esta razón que se sostiene una sexualidad centrada en el placer masculino, lo cual refleja un orden patriarcal coitocentrista.

Lo que sí es un hecho es que a pesar de la diversidad del fenómeno en los testimonios de hombres mayores aparece de forma velada los significados, la educación, la socialización, las prácticas y las vivencias que han perfilado la masculinidad de hombres, que en momentos parece confrontar, y en otros reforzar su identidad. Dicho esto, es pertinente señalar la multiplicidad interpretativa con que los hombres mayores explican su realidad en los campos de sexualidad, dado que cada una de estas interpretaciones se relaciona con su propia biografía y los eventos significativos que han hecho que el erotismo adquiera una carga particular en este momento de vida.

En base a los datos recabados pueden observarse dos patrones en los que el varón de este contexto construye y reconstruye su identidad sexual. El primer patrón está guiado por el modelo de masculinidad hegemónico, donde el varón ocupa una posición de predominio dentro del sistema sexo-género, el cual siempre está en constante disputa por probar y reforzar su masculinidad. Contrario a lo anterior, el segundo patrón de comportamiento tiene que ver con nuevas actitudes del varón hacia la sexualidad. El pluralismo de significados que emergieron durante los testimonios de los hombres mayores reflejan la multiplicidad de discursos que atraviesan el ejercicio sexual de los sujetos, no sólo en la

etapa de la vejez, sino en otras etapas de vida, puesto esto sobre la mesa cabe resaltar que las percepciones que tuvieron los hombres acerca del ejercicio sexual fueron narrativas diversas, que de forma similar al caso de las mujeres, hay cierta polarización del mismo: desde el macho hegemónico, hasta el macho resignificado.

### **4.3.1 Patrones de erotismo en hombres mayores.**

#### **4.3.1.1 Sexualidad patriarcal: “hasta las escobas agarran”.**

El primer patrón de comportamiento por el que los varones envejecidos reafirman su identidad sexual tiene que ver con comportamientos tradicionales en los que estos son fuertes, agresivos, dominantes, sexualmente activos, con múltiples parejas sexuales y capacitados para ejercer violencia. Este modelo de comportamiento llamado modelo patriarcal de masculinidad, aporta elementos para que a lo largo de la vida el varón construya su identidad masculina, por lo que dicho modelo está intrínsecamente ligado a la representación simbólica de lo que es ser hombre.

Este modelo de masculinidad resultado de las interacciones asimétricas de género está compuesto por tres dimensiones: la primera es la hegemonía, la cual en determinado momento histórico y social, impone un comportamiento socialmente valorado sobre otras; la segunda, la subordinación que es cuando solo la masculinidad heterosexual es la válida, por lo que, oprime y convierte en ilegítimas y repudiadas las masculinidades homosexuales; la tercera, la complicidad, es cuando a partir de no poder cumplir todos los varones con los imperativos del modelo hegemónico, se establecen alianzas entre ellos para sostener la subordinación de la mujer.

Bajo esta lógica, la primer visión acerca de la erótica hace referencia a la vinculación que existe entre erotismo-sexualidad-genitalidad, misma que hemos denominado “sexualidad patriarcal”, la cual se considera un concepto tradicional de sexualidad, al posicionarlo desde un enfoque biologicista que remite al funcionamiento del cuerpo para la relación sexual. En el caso de los hombres, tanto la genitalidad como la virilidad han sido los significados que han permeado su socialización en el plano erótico y sexual. Por lo que, esta visión contiene los discursos de hombres mayores que ensalzan la erotización del cuerpo a través de los órganos fálcos, y es sólo a partir de esa establecen una relación sexual.

En uno de los siguientes testimonios al respecto Carlos hace alusión al instinto masculino, a una idea de un macho siempre dispuesto al encuentro sexual, por lo que, solo la figura simbólica de la muerte lo aparta de su necesidad de tener relaciones sexuales. En el mismo sentido la expresión “hasta las escobas agarran” denota una serie de construcciones sociales que hacen alusión a significados de la masculinidad sobre la búsqueda constante de pareja sexual para saciar su instinto animal, por lo que, surge la idea de un hombre dominado por sus pasiones, aun en la vejez, cuyo instinto permanece perenne. Además llama la atención, el conflicto que genera para los hombres tener dos entes, dos “cabezas”, independientes entre sí, y la constante pugna entre ellas.

Carlos: “Comúnmente siguen teniendo relaciones sexuales hasta que se mueran, como comúnmente se dice “hasta las escobas agarran” ¡Ese es el problema!, pero depende también de la integridad física que tenga la persona, si está sano el hombre, pues también influye mucho el tipo de vida

que lleva, hábitos tranquilos, sanos, pero ya también se administra ¿no? [...] a veces no sabes si pensar con la cabeza de arriba o la cabeza de abajo [risa]” (Carlos, 66 años, casado).

En el mismo orden de idea aparece el caso de César, quien después de enviudar emprendió un camino en la búsqueda de una compañera sexual, encontrándola en una servidora sexual con la que tiene encuentros sexuales cada semana sólo con fines de descarga sexual. De esto llama la atención en su testimonio que tiene necesidad de desahogo, como una urgencia corporal de la que no se puede declinar, apareciendo algunos signos corporales que le recuerdan esa necesidad, como lo son los sueños húmedos.

Claro está en el discurso de este entrevistado el uso libidinal de la mujer, ya que como lo señala al principio y al final de su discurso “quiero tener una mujer para tener relaciones sexuales” “yo no quiero una mujer para llevarla a pasear”, la idea de una mujer-objeto para la satisfacción sexual. Puntualizando sobre este hecho Alberoni (2006), señala que el erotismo masculino es una ansia egoísta de goce. En este caso los hombres buscan la discontinuidad, se esfuerzan por excluir el amor, el compromiso, los deberes e incluso la vida social. Este hallazgo es congruente con lo planteado por López (2002), quien señaló que los hombres es más fácil desligar el amor respecto al sexo como acto placentero, los cuales ocupan un lugar desigual en el imaginario social de los varones.

Cesar: “Si quiero tener una mujer para tener relaciones sexuales y desahogar mi necesidad [sexual], porque realmente está necesidad que yo tenga, es porque, ¿Cómo le diré? [pausa] es algo que mi cuerpo me lo pide, como le digo yo me duermo, y me acuesto muy tranquilo, pero si no he tenido relaciones sexuales en una o dos semanas, mí mismo cuerpo se excita y a veces hasta tengo sueños eróticos, y pues haga de cuenta que yo tengo que este buscar a una mujer para hacerlo pero sin compromisos, o sea, yo no quiero una mujer para llevarla a pasear [...]” (César, 62 años, viudo).

Hubo varones como Armando que ensalzaron que el hombre tiene ciertas facilidades para el ejercicio sexual en comparación con las mujeres. Por ejemplo para él mantener relaciones sexuales es un asunto relativo a la energía libidinal, incluyéndose en el colectivo masculino siempre preparado “siempre estamos dispuestos”. Consecuentemente, el discurso señala el despliegue de las habilidades sexuales de los hombres para despertar el interés de las mujeres. En tal caso, hay referencia al ideal de un hombre que toma la iniciativa de las relaciones sexuales, y que en esa medida, enseña a la mujer las artes amatorias en la intimidad.

Armando: “Sin duda, yo creo por ejemplo que, para mí, o a lo mejor te lo diré en términos generales, para el varón, es como mucho más sencillo, o sea, es un tema eh, no sé si sea correcto lo que digo pero, nosotros, bueno pues, con una cierta periodicidad recuperamos, vamos a llamarle energía, siempre estamos dispuestos, siempre tenemos esa necesidad de andar buscando aquí y buscando acá [risa], y la mujer no, para la mujer esos temas son temas como que están en un segundo nivel, en un tercer nivel [risa], entonces claro, hay que hacer un trabajo, a uno le corresponde hacerlo” (Armando, 68 años, casado).

En el siguiente fragmento se observa la representación de una sexualidad como continuidad del estilo de vida que siempre se ha tenido, un instrumento para abatir el aburrimiento, la monotonía, y el mantenimiento de la salud. Aunque el entrevistado asume una pérdida de la frecuencia, asimila que hay “ciertas partes del cuerpo que necesitan estar activas”, siendo en esta frase donde fragmenta el ejercicio sexual a ciertos órganos. Además que aparece la figura de la castración, miedo que ha rodeado la vida de los hombres durante toda su vida, representación que identifica al hombre con la pérdida del signo de su virilidad y poder. Perturbación del varón que pone en entredicho su identidad masculina.

Raúl: “Claro que si es importante la sexualidad, es una parte de que si no hay eso sería muy aburrido, la monotonía, aunque acepto que si se va perdiendo un poco, aunque si sigue uno en su funcionalidad, si es importante si no pues nos castrabamos [...] hay ciertas partes del cuerpo que necesitan estar activas para que uno no ande enfermizo, aunque a veces no sean fértiles pero como quiera es muy importante que esté activo [...]” (Raúl, 70 años, casado).

Habría que decir que la vinculación de términos se presenta como una restricción para considerar a los adultos mayores sujetos de deseo. Herencia de ello el ejercicio del erotismo se significa a partir de los órganos sexuales durante el coito, limitando la expresión de otras manifestaciones de los placeres. Así, los adultos mayores educados bajo estas premisas socioculturales reproducen e internalizan este mensaje como parte de sus significados individuales.

En otro de los relatos retomados para evidenciar la visión tradicional se puede observar que el cuerpo masculino es utilizado como instrumento para demostrar la masculinidad, y que relaciona con una cultura idealizada del falo, por lo que, el erotismo se relaciona de forma directa con las relaciones íntimas (coitales). No se debe perder la vista de que en esta visión hay un deseo sexual unidireccional en el que el hombre debe tomar el rol activo dentro de la relación sexual, y debe incitar a la mujer a tener orgasmos, que es una de las formas en que el hombre demuestra su hombría como símbolo de masculinidad y de “ser hombre”.

Antonio: “[...] que el hombre sepa manejar la situación para estimular a la mujer sin que el hombre termine más rápido [...] el hombre es más instintivo y la mujer un poquito más de cerebro, ¿no? es más visceral el hombre en el aspecto sexual, para que ella termine [...]” (Antonio, 68 años, casado).

Para Carlos, de igual forma la sexualidad representa una necesidad fisiológica que permite la sobrevivencia del ser humano. No obstante dentro de su discurso se denota la idea de la sexualidad normal, atribuible a la heterosexualidad, y la sexualidad patológica, aquella que va en contra de los mandatos socialmente impuestos, como la homosexualidad y el lesbianismo, y aunque reconoce que es un tema tabú, el entrevistado continúa reproduciendo los discursos que estereotipan el ejercicio sexual. Razonablemente, entonces los hombres en cualquier edad tienen la necesidad de reafirmar su masculinidad, distanciándose de la figura de la homosexualidad o la feminización.

Carlos: Entonces, para mí es una cuestión bonita, es otra necesidad fisiológica finalmente ¿no? que la hemos entablillado en tabús y mil cosas y lo que tú quieras, pues sí, hoy en día ya, ya viendo las desviaciones tan fuertes de la homosexualidad o del lesbianismo, pues yo digo, oye, sí yo sigo siendo normal, pues gracias a Dios ¿no? definitivamente ¿no? digo, la heterosexualidad para mí ha sido lo máximo y como les digo, pos ¡que siga habiendo homosexuales!, mejor pa' [para] nosotros los que, los que, que sí podemos o que queremos...(Carlos, 66 años, casado).

En la construcción social de masculinidad obliga al varón al rechazo a todo comportamiento femenino, como el expresar emociones, sensibilidad, llorar y sentir. Pero no es que los varones no tengan esas necesidades emocionales, sino que simplemente se las reprimen para cumplir con su rol genérico. La represión de toda emoción introduce el conflicto de la oposición de lo masculino y lo femenino, dicha oposición da inicio a la simbolización de la diferencia sexual, por lo que un varón debe comportarse como hombre y renuncia a lo que es femenino.

Los discursos reflejan desde diferentes aristas que los hombres mayores han sido educados para “sobregenitalizar” en una sociedad que da culto a la virilidad (Aldana, 2008), en este caso el espacio neoleones, donde los roles de género están arraigados como una tradición. Para los hombres el erotismo implica sólo los genitales y del deseo sexual sobre otras formas de manifestación del erotismo, haciendo que estas parezcan secundarias o ajenas al resto de la satisfacción erótica. Tal como es expresado por el siguiente entrevistado donde aparece la carga simbólica a la erección y el proceso de duelo ante una erección turgente que se ha perdido, que aunque a forma de mofa evidencia la angustia tras la pérdida del signo de masculinidad:

José: ¡nacimos juntos y ya te moriste! [...], entonces esa es la situación [pausa] (José, 67 años, viudo).

#### **4.3.1.2 La sexualidad transicional: “hacer el amor”.**

El segundo patrón de comportamiento en el que los varones logran reafirmar su identidad sexual masculina, parte de actitudes y comportamientos de resistencia y cuestionamientos al modelo hegemónico; tiene que ver con el rol del varón dentro de su familia, y en general del contexto social y cultural, restando importancia al ámbito erótico y sexual. Cabe señalar que actualmente convergen en el espacio social diversos modelos de masculinidad que reflejan procesos de crisis con los mandatos actuales de género, por lo que se habla de un hombre en crisis. Es que desde la subjetividad de algunos varones, existe un constante cuestionamiento al modelo hegemónico por sentirse prisiones de sus exigencias e imposiciones, por tal, es notable la fisura con el modelo dominante. Este rompimiento con el modelo dominante es el resultado de las condiciones sociales y culturales del contexto en que el varón vive y se desarrolla.

Las visiones de los hombres señalados anteriormente coincidieron en afirmar que la afectividad estaba implícita en las relaciones sexuales, pero un medio para llegar al orgasmo, no como un fin. A pesar de que el discurso de los hombres mayores estuvo centrado en reproducir los mandatos masculinos se presentaron discursos que tienden a

contraponer los significados de los hombres en aspectos como la sexualidad y el erotismo. Se considera que estas contradicciones en las subjetividades representan una realidad en la cual convergen discursos discordantes y opuestos. En tal caso, hubo hombres que asimilaron la sexualidad al ejercicio de las emociones, lo cual representó para ellos entrar en un campo típicamente feminizado. Para ejemplificar esto, Martín hace una diferenciación del sexo como necesidad (instintivo) y “hacer el amor” el cual implica una serie de prácticas con carga simbólica (abrazarse, dormir juntos, besarse) y afectos (cariño, amor)”.

Martín: “Ah, pues el tener sexo es una necesidad, eh física nada más, vas y tienes sexo y ya, y hacer el amor es con la persona que tú quieres, eso es, es, es, totalmente diferente ¿verdad? A mí me gusta hacer el amor, toda mi vida hice el amor, eh, voy a ser franco, yo tengo 47 años, de, 44 años [corrige], de no tener sexo”... [solloza], lo que he tenido es amor, le he hecho el amor a mi esposa, sexo no”, [esposa muerta] es hacer el amor, con cariño, con este, pasión, con él, el,, el final, seguir abrazados, dormirte abrazados, no sé, eso es una relación muy diferente [llanto]” (Martín, 74 años, viudo).

Sanberg (2011), en su estudio sobre la vejez y la sexualidad concluye que esta etapa de vida es una oportunidad para repensar la masculinidad y el cuerpo masculino. Dentro de sus resultados encontró que los hombres mayores de 65 años eran capaces de encontrar nuevas formas de placer y sensualidad utilizando formas alternativas de gozo no asociadas a órganos fálcos. En este sentido, la siguiente visión a explorar un modelo de sexualidad en crisis, la cual se muestra como una ruptura ante los valores sociales y morales que asocian el ejercicio erótico con la genitalidad y el coito. Los hombres que se muestran en esta postura arguyen la posibilidad de reordenar sus cambios sexuales, dando oportunidad para erotizar los cuerpos de forma diferente a lo social y culturalmente establecido: a través del tacto y las emociones.

Se observa que el erotismo aparece como búsqueda de placer y de afecto, lo que recupera un sentido más amplio del erotismo. Así, no se debe perder de vista que la expresión interpersonal prima sobre la expresión sexual, lo cual es contraste tomando en cuenta el contexto social de origen de los sujetos. Marcuse señala que se evidencia una transformación de la libido: de la sexualidad restringida bajo la supremacía genital a la erotización de toda la persona. Es una expansión más que una explosión de la libido (1955, citado en Cucchiari, 1997)

Francisco: “Para mí lo erótico es en cierto aspecto mmm [silencio] bueno se vuelve más importante a esta edad porque tanto tu como tu pareja tienen que estar bien emocionalmente, satisfechos, más que la culminación en sí [orgasmo], el prólogo, la entrada, todo eso es lo erótico, el acercamiento previo con tu pareja ¿Verdad? [...] Entonces pienso que eso de lo erótico es algo íntimo que tienes que vivir con tu pareja, es ese acoplamiento, esa aceptación de uno y otro [...]” (Francisco, 65 años, viudo).

En el siguiente fragmento la sexualidad aparece como la exaltación de los sentidos, ya que el entrevistado hace alusión a que es necesario usar todos los sentidos corporales para poder sentir gozo, en este caso, es imprescindible cambiar de órganos y de significados a esos

órganos para poder acceder a un placer compartido. De esta forma, la sexualidad aparece dentro de una masculinidad en crisis que es capaz de contravenir lo impuesto por los discursos sociales, lo cual pudiera ser reflejo de una cultura en transición que rompe con la tradición asociada al ejercicio erótico y sexual.

José: “A mi forma de ver, es que tanto tu como tu pareja se sientan satisfechos y que te entiendas bien [...] hay muchas maneras de motivar a la mujer no nada más en el acto si no también hablándole bonito, decirle ¡Oye me encantan tus ojos! ¡Déjame besarte tu boca! ¡Me gusta tu nariz! ¡Me gusta tú todo! Y decirle cosas así, luego chocar la nariz y así que también tengas otras cosas para motivar a tu mujer no sólo el acto, yo creo que debes usar todos los sentidos: el olfato, el gusto, el tacto, no nada más decir ¡A ya se la metí y ya!” (José, 67 años, viudo).

La sexualidad aparece mediada por los discursos de poder-verdad creados en la interacción con los otros significativos. En este caso Jesús y su esposa, validan sus significados sobre su ejercicio erótico en relación con las “gentes” y con el discurso médico que parece mediar las concepciones que tienen sobre su sexualidad en esta etapa de vida. Que si bien, aceptan la finitud del ejercicio sexual “hasta donde se pueda”, el cual integra además del coito, también cuestiones del “corazón”.

Mario: “Te digo, yo pienso, pienso y bueno no es que yo lo piense por conclusiones personales, mucho de estos son parte de las conversaciones que tenemos mi mujer y yo o eventualmente con alguna de otras gentes, pero yo creo que desde la perspectiva de salud y hasta la perspectiva médica, probablemente es recomendable mantener actividad sexual hasta donde se pueda, pensando inclusive que la actividad sexual pues no es solamente el coito, actividad sexual son muchas otras cosas ¿no? pues son bienvenidas mientras, mientras trabaje aquí [corazón], pues por qué no intentar que se den en todo sentido” (Mario, 61 años, unido).

Para hombres como Fernando el sexo es un instinto de vida, una pulsión de vida, el cual consta de varios elementos: lo psicológico-individual y lo psicológico-social. Es así que la sexualidad aparece como un acto de voluntad, el cual legitima en las verdades construidas por otros “he leído”, por lo cual los sujetos necesitan referentes que le ayudan a construir sus subjetividades y a conducirse en ese sentido.

Fernando: “Yo creo que la cuestión del sexo para mí va unido al instinto de supervivencia, entonces yo creo, he leído algo que mientras haya sienta de supervivencia vas a tener una chispa sexual, lo que hagas con ella como la canalices ya es cuestión de cada persona, yo lo veo así pero no se queda ahí porque va ha influido por el aspecto psicológico individual y psicológico social” (Fernando, 66 años, unido).

Al respecto de lo señalado durante estos hallazgos Marcuse (citado en Cucchiari, 1997), comenta que la sexualidad debe ser liberada y no represiva, es decir no alineada a cualquiera de las funciones de un órgano, o para fines distintos a su propia satisfacción, como la reproducción. La sexualidad no represiva, por tanto, no es genitalmente dominante,

sino más bien pregenital: difusa, polimorfa y flexible, lo que el autor señala como la “genitofuga”.

#### 4.3.2 Pensamientos sexuales y fantasías.

De forma análoga a como se había comentado con anterioridad, los pensamientos y fantasías eróticas son los recursos que toman para sí los sujetos para despertar su deseo e incitar la imaginación, la creatividad y la construcción de escenas eróticas. De tal forma, que tanto las fantasías como los pensamientos eróticos eluden a un juego mental de representación que alientan la libido. Hay que puntualizar al respecto que pensar en sexo, erotismo y satisfacción sexual ha sido un campo prioritario de los varones, cuya cultura erótica normaliza los pensamientos sexuales en los hombres.

Jerónimo: “Pues eh... en lo particular, yo sí sigo soñando y teniendo fantasías ¿no? o sea es algo normal en los seres humanos, anormal sería no tenerlos” (Jerónimo, 69 años, viudo).

Armando: “Los hombres siempre andan pensando en eso, bueno andamos [risa]” (Armando, 68 años, casado)

César: “Pues sinceramente doctora, yo así los pensamiento erótico, pues yo digo que de diario doctora, porque pues siempre la calle bueno el trabajo que yo tengo es de trabajar con el público, con la gente y hay muchas mujeres y hombres y entonces cuando veo a una mujer bonita o guapa es ahí cuando está el pensamiento ese, y pues haga de cuenta que yo, yo, la veo y lo hecho andar diariamente, pero imagine si yo no tuviera este trabajo si tuviera un trabajo como usted aquí encerrada en donde no ve a nadie” (César, 62 años, viudo).

En contraparte, el objeto de deseo cambia de sentido en el siguiente relato, ya que para tener pensamientos o fantasías sexuales el sujeto recurre a sus propios recursos, producto de su historia y sus vivencias particulares. Así, en tal discurso se observa que el entrevistado hace uso de sus experiencias sexuales como fuente que le permite tener pensamientos sexuales en esta etapa de vida, además de construir su erotismo a través de la observación de mujeres con cualidades físicas y estéticas que desencadenan sus deseos y fantasías.

César: ¡Ah!, pues no así muy seguido como le digo a veces puede ser, cuando uno no pues tiene nada que hacer o cosas así o cuando uno anda trabajando haciendo cosas no le pasa por la mente eso, no crea que todo momento uno anda pensando en eso, si cuando no tengo nada que hacer o ando en la calle si se vienen esas ideas de repente [...]Pues, haga de cuenta, por ejemplo, yo para mi pongo en mi mente cuando me siento así [excitado] las relaciones todas que he tenido, por ejemplo con esta mujer [pareja sexual actual], o quizás con otras [...] (César, 62 años, viudo).

Dicho lo anterior, los hombres entrevistados se mostraron tolerantes a tener pensamientos sexuales como parte del ser varón. Sin embargo un hallazgo que llama la atención es que los varones mayores realizaron la asociación de pensamientos sexuales y pornografía, aunque con diferente significado, los siguientes dos casos hacen esa asociación. Para

Francisco, los pensamientos sexuales se desencadenan al ver algún estímulo visual que le permite la construcción de escenas eróticas para la satisfacción sexual. En el segundo fragmente se observa, que aunque existe esta asociación en referencia a la pornografía, Carlos señala que los pensamientos eróticos están asociados a la ociosidad, con lo cual se evidencia el prejuicio hacia los pensamientos sexuales de los envejecientes.

Francisco: “Este... a la... por ejemplo, a veces estoy viendo alguna película y, ya en la tele, en la tele de repente a ciertas horas, no tan temprano y ves que están, pues una película totalmente, como si fuera película porno, y pues la veo, este y tranquilamente pues sí, o sea, te emocionas, digo yo, ese es el punto” (Francisco, 65 años, viudo).

Carlos: “Pues es que va la porno en medio, ¿Sí? tengo personas, amigos de mi edad que me están mandando whats app, pura pornografía, o sea, pero es que también, yo no sé, es la ociosidad hasta cierto punto, no saben qué hacer ya y empiezan a dedicarse a eso, pero yo creo que es parte también del mismo que somos seres humanos y vamos buscando, fantaseando en la mente cosas que ya no podemos hacer igual” (Carlos, 66 años, casado).

Otro aspecto que destaca en las narraciones de los ancianos mayores es lo relativo a la polarización normal/ anormal en lo que se refiere a los pensamientos sexuales, o incluso poder tener alguna fantasía sexual, en tal situación los ancianos subrayan que si bien si es necesario para el ser humano tener pensamientos sexuales, no es “sano al 100%” andar pensando siempre en ‘eso’, lo cual contribuye con la idea socialmente establecida entre la salud y la perversión.

Jesús: “[silencio] Pues así sano, sano al 100% mmm no es así que sea saludable pues, ideas sexuales y así yo digo que también si andamos por en la calle pensando en eso pues ya no esta tan sano, o sea si ando en la calle y a cualquier mujer que vea, me echa a volar la imaginación ya no es tan sano, entonces yo pienso que si es sano pero en su medida o sea lo que es normal lo, lo que es lógico este, lo que el cuerpo requiere y ya cuando, pienso yo que si yo me excedo nomas viendo en la calle la mujer y echando a volar la imaginación pues ya no es estoy tan sano” (Jesús, 62 años, casado).

### **4.3.3 Prácticas sexuales.**

En cuanto a las percepciones sobre las prácticas y actividades sexuales, los varones señalaron que estaban de acuerdo en diversificar el acto sexual más allá de la penetración, aunque con ciertas limitantes. Es así que José señala que la edad no es un impedimento para buscar aquellas actividades que otorgaron satisfacción sexual en otros momentos de la vida, no obstante también reconoce que con la edad “te vas calmando un poco”, tanto que se considera que no hay la misma energía para realizar todas las actividades placenteras que se realizaban con la pareja en otros momentos. En ese sentido se pronuncia Armando, pues señala que no se pueden hacer las mismas “babosadas” de tiempos pasados, haciendo alusión al sexo pasional e instintivo.

José: Sí, todo, la verdad no te cambia ni el apetito sexual, ni el apetito también, sigues buscando lo que siempre te gustó, a lo mejor no en demasía,

te vas calmando un poco, pero la edad no tiene nada que ver con, con, con que “No, es que ya ahorita es otra edad”, no, sí hay forma... el hombre pierde su apetito 15 días después de muerto [risa], quién sabe por qué, pero el hombre es así, ¿verdad?, que anda, anda buscando por dónde (José, 67 años, viudo).

Armando: Teniendo en consideración nuestras edades, yo diría que sí, ¿qué quiere decir teniendo en consideración nuestras edades? bueno, pues no puedes hacer las mismas babosadas que hacías hace 40 años [risa], pero fuera de eso sí, o sea, de... sí, sí, la verdad es que la relación, en lo particular la nuestra, en ese sentido, pues sí es... eh, es disfrutable, es disfrutable (Armando, 68 años, casado).

A pesar de la visión genital y coitocentrista que manifestaron algunos hombres al cuestionarles acerca de las prácticas eróticas con sus parejas, aparecieron respuestas en las que diversificaron el tipo de estimulación corporal, sin embargo sus visiones no logran separar estos actos de la penetración, lo cual es un reflejo de la socialización de que han sido objetos, identificando la penetración la única fuente de placer.

César: “Es muy importante eso, muy importante porque el estímulo debe ser este, desde del beso que te digo, las caricias, eh, la estimulación a los pezones, se vale chupar los pezones, se vale, se vale darle un beso en el ombligo, etcétera, y más que todo el estímulo que puede ser manual del clítoris y la misma vagina ¿verdad? este, todo ese preámbulo amoroso que te comentaba es válido y sirve para que la vagina se lubrique y así el momento en que hay una penetración sexuales no sea dolorosa para uno [...]” (César, 62 años, viudo).

No obstante, también se encontraron visiones de los hombres que se relacionaban con la impaciencia que muestran durante el acto sexual para estimular a la mujer, que como lo señala Coria (2012), los campos del erotismo requieren tiempo, paciencia y creatividad, recursos que no pocos hombres están dispuestos a gastar, lo cual habla de una satisfacción unidireccional en la intimidad con la pareja

Carlos: “Se tarda un poquito más la mujer entonces hay que darle su preámbulo amoroso, estimularla, aunque hay también mujeres, pues son también muy, vamos a decir frías que aunque las estimules ¡caramba!, te tardas ahí dos horas con ellas y nada [...]” (Carlos, 66 años, casado).

Un hecho que llamo la atención dentro de las narraciones de los entrevistados fue el recurso de la seducción: “el macho sabe cómo tratar a una mujer en la cama”. En este sentido la sociedad enfatiza el poderío masculino, exigiéndole sea capaz de aumentar progresivamente su potencia el cual se refleja en el supuesto de que él es el que sabe y puede por su mayor experiencia en la vida, por lo que, la seducción aumenta el autoestima de los varones y posibilita pueda tener mayor número de conquistas. Bajo este entendido algunos varones señalaron que con la edad se adquiere experiencia en las artes amatorias, posibilitando el disfrute para ambos, no obstante se señala que ese es un “trabajo” que les corresponde hacer a ellos.

Antonio: “Es que según cómo la prepara el hombre, como la va preparando porque es una cosa científica, no es vulgar, “Oye, yo te puedo hacer que, que, que el punto G”, esa es una cosa, sí existe, no digo que no, por eso la India lo llama un proceso de, de, de natural y espiritual, ¿por qué?, porque están en juego dos placeres que, que están, que están, el yin y el yang, el yen...” (Antonio, 68 años, casado).

José: “Entonces claro, hay que hacer tu trabajo... pos tu trabajo, uno tiene que hacer un trabajo, a uno le corresponde hacerlo y yo creo que la mujer tenga o no tenga interés, espera que el otro sea el que toma la iniciativa” (José, 67 años, viudo).

Santiago: “Eh... cambian desde el punto de vista que no lo haces de una manera quizá animal como las hacías en la juventud, me refiero animal a que... este... los animales lo hacen por, por instinto, pero yo creo que con la madurez, aprendes a tratar a una dama en la cama ¿no? finalmente, porque... pos antes, digo, de chavo, en la adolescencia, yo creo que, namás [nada más] la veías desnuda y ya tú, o sea... este... eyaculación precoz o alguna cosa así, etcétera, etcétera” (Santiago, 62 años, separado).

Los entrevistados se señalaron la polarización de las mujeres, entre las novias, esposas y las putas, siendo estas últimas con las que culturalmente se toleran todo tipo de prácticas sexuales y eróticas, no obstante se advierte dentro del discurso una forma de poder negociar en la intimidad prácticas sexuales como el sexo oral. En este sentido, algunos hombres del estudio señalaron les gustaría realizar con mayor frecuencia este acto, no obstante las mujeres no se encontraban de acuerdo con realizar dicha práctica. En este sentido los hombres puntualizaron mostrarse insatisfechos con la monotonía y pasividad de sus esposas o parejas sexuales.

Coria (2012; 2013) señala que los hombres insatisfechos buscan cubrir los déficit hogareños con “las otras” que han sido legitimadas para el sexo. Se instala de esta manera una doble moral sexual que ha funcionado en la cultura patriarcal, en el que se divide a las mujeres en dos categorías: las guardianas del orden familiar, y las otras, las que debían satisfacer las necesidades eróticas del género masculino a fin de satisfacer el hambre sexual de estos.

Fernando: “Y yo creo que todavía sigue hasta cierto punto que te dicen con tu novia y con tu esposa así son las cosas y otras con las prostitutas, ¿y por qué no hacerlo con la misma?, claro con mutuo consentimiento, como por ejemplo el sexo oral e incluso el anal” (Fernando, 66 años, unido).

La poca participación de la mujer durante el acto sexual aparece como la justificación de no pocos hombres para cometer una infidelidad, con la defensa de buscar prácticas placenteras y satisfactorias que no encuentran en con la pareja. Se reconoce un anhelo por que las mujeres se abran a otro tipo de prácticas, en este caso, cuando los canales de comunicación y negociación de la intimidad fallan, pues es probable, según los varones que estos encuentren placer en otros lados.

Fernando: “Claro nada más que yo creo que todo es hablado, porque vamos a suponer que yo le digo a mi pareja y mi pareja me dice a mí: “sabes que yo no quiero sexo oral, fijate a mí me da asquito”, bueno es muy válido, pero si yo quiero eso pues probablemente lo voy a buscar en otro lado y quizá culturalmente a los hombres les favorece más buscar lo que no hay en la casa [...] que bien sería que las mujeres se abrieran para evitar eso [...]” (Fernando, 66 años, unido).

Santiago: “Por ejemplo si tú tienes una pareja y tú tienes ciertas necesidades o deseos de ciertas prácticas sexuales y tu pareja también y no tienen es apertura, pues va a haber un bloqueo de energía vital, que ahí hay un choque, que ahí hay que aprender a manejar: o te sueltas el pelo o si no búscate a alguien más acorde a tus necesidades” (Santiago, 62 años, separado).

Antonio: “[...] pero en el hombre hay más infidelidad en ese sentido porque pues el hombre tiene que andar buscando y siempre hay esa tendencia a buscar más jóvenes ¿de acuerdo? Pues que vaya a buscar otra viejita, pues no creo, creo, lo que pasa es que pues para eso tiene a su esposa que es casi de su edad [...] además ya la esposa pues se va distanciando a veces y el carácter... hay ocasiones en que la esposa pues, 6 meses y no quiere, entonces ¿qué va a hacer el hombre?” (Antonio, 68 años, casado).

El nuevo ideal, es en ese sentido, la mujer multiorgásmica, que además de no necesitar mucho para lograr una sobre excitación: sabe hacer, se deja hacer de todo, y sabe como complacer a su pareja. Es decir, el mito incorpora al uso del cuerpo para el placer del otro, no como una experiencia de la mujer, sino como atributo de la buena amante. El mito de la mujer multiorgásmica expresa, de manera positiva, la experiencia del orgasmo femenino, y afirma al negarla, la anorgasmia generalizada de las mujeres. Sin embargo, a partir de capacidades potenciales de las mujeres como la sucesión de orgasmos, se ha construido para ellas un nuevo deber ser: la mujer erótica superorgásmica. Se trata de una nueva exigencia individual y colectiva que se hace a las mujeres independientemente de sus condiciones vitales. En la cultura de la anulación del goce ahora exige a las mujeres la actuación del superplacer.

En contraste con los anteriores testimonios dentro de las narraciones se encontraron varones que posicionan la práctica erótica desde una visión integral, ya que le considera una “especie de danza”, donde juega un papel importante todos los momentos del acto sexual y erótico, narraciones que nos hablan de un hombre en crisis, el cual no ha tomado para sí todos los constructos sociales acerca del género, así el varón aparece como un sujeto reflexivo de las verdades sociales. De lo que se puede hablar en este estudio es de hombres en transición, cuyas posturas ante el erotismo reflejan las contradicciones del contexto social. Bajo esta misma lógica se encontró el testimonio de Francisco, ya que comentó que el acto sexual va más allá de la penetración o la erección, diversificando el tipo de actividades con los que se puede entablar contacto íntimo.

Francisco: “No desde luego que no todo el preámbulo, los preeliminarios y los post es importante y además la relación entre un hombre y una mujer es

una especie de danza, y bueno hay algunos que tenemos mayor apertura a lo “otro” [erotismo] (Francisco, 65 años, viudo).

José: “Yo pienso que mientras tengas vida que tengas ese impulso, ese instinto de vida que se manifiesta a través del sexo, porque para mí como te dije es igual vida y sexo, y vida y respirar, no puede haber otra manera porque la sexualidad, puede ser una mirada o cualquier otra acercamiento no necesariamente el coito, o sea, hay muchas cosas no necesariamente una erección o una penetración no, es eso nada más claro que eso también es importante pero pues en las circunstancias adecuadas también en fin” (José, 67 años, viudo).

Samuel: “No, no porque... hay muchas formas de hacer las cosas ¿sí?, entons este, igual no tiene que ser con la misma intensidad, con la misma velocidad, con la misma este... energía, pero hay muchas cosas, hay muchas áreas este, que uno puede mo, mover, que puede tocar, que puede, y que hace que la gente disfrute ¿sí?” (Samuel, 62 años, separado).

Se encontraron testimonios que trasgredieron la norma socialmente impuesta del macho dominante y hegemónico, pues como lo muestra Martín, a él le gusta actuar con amor y suavidad, rompiendo el mandato social en la intimidad, tal como lo relata este hombre él encuentra mayor placer en el satisfacer que en el satisfacerse.

Martín: “Porque me gusta, porque me gusta en todos, en, en, en todas las relaciones siempre actuó con mucho tacto, con, con, con amor, con principios, con suavidad, con una serie de cosas, no, no, no soy de los que, que quieren dominar, si no satisfacer, es más el satisfacer, es más importante para mí, siempre fue el más importante el satisfacer que satisfacerme, por, este, reciprocidad” (Martín, 74 años, viudo).

Los hombres señalaron que más allá de posiciones: “Oye, que esta posición, o esa o esa”, no, no, aquí no se trata de posiciones, se trata de entrega, o sea, ¿por qué?, porque eso es lo espiritual, eso es lo natural que ocupa la mujer y el hombre” (Antonio, 68 años, casado), lo que importaba dentro de la intimidad era la entrega, la cual estaba diversificada en caricias, abrazos, besos. En tal caso, la sexualidad se significa aparte del miembro y las zonas genitales en partes del cuerpo como la boca y el pecho.

Fernando: “Hay gente a la que le gusta que la acaricien ¿verdad?, y ciertas caricias le pueden excitar sin necesidad de que haya todavía nada ¿sí?” (Fernando, 66 años, unido)

Francisco: “Pues es que no le entiendo muy bien, pues yo, acaricio mucho a la mujer desde que empezamos, abrazarla sin quitarnos la ropa nomas como una bienvenida, así como “hola: ¿cómo estás?, la abrazo, siento bonito abrazarla y estar así un ratito” (Francisco, 65 años, viudo)

José: “Pues vuelvo también a lo mismo, a las manos, obviamente el miembro y este, el, la boca, como que son las partes más, más importantes

que, que transmiten más sensualidad, que transmiten más este... eh, pos, sensaciones” (José, 67 años, viudo)

Los hombres que han logrado confrontar estas construcciones sociales involucran a la mujer desde una visión activa, no como objetos de placer, sino como sujetos que participan en el arte amatoria. Es así que Fernando señala que las mujeres inteligentes son aquellas que saben manejar no sólo su zona íntima, sino todo su cuerpo, y en concordancia con lo anterior también se muestra abierto a que la mujer sea quien tome la iniciativa de prácticas y actividades que pudieran ser fuente de placer para ambos.

Fernando: “No es fácil mantener viva la llama de la atracción y entre más pasan los años más, ¿por qué? por la rutina, la familiaridad dan contraste con muchas cosas, y yo pienso que las mujeres inteligentes son las que no nada más manejan su vagina o manejan su zona íntima, sino que manejan todo lo demás, y si son buenas también deben tener iniciativa de decir yo quiero sexo oral, de decir lo que quieren y lo que piensan, otras variaciones [...]” (Fernando, 66 años, unido).

#### **4.3.4 La masturbación y el autoerotismo.**

La masturbación es una práctica socialmente difundida entre los hombres en todas las edades, reflejo de ellos no pocos hombres de los considerados en el estudio aceptaron en algún momento de su vida haber recurrido a este recurso íntimo, no obstante en la etapa de la vejez algunos continúan autoerotizándose, una práctica de encuentro consigo mismos sobre todo después de la pérdida de la pareja, como en el caso de Francisco.

Al respecto Rojas (2007), señala que el tema de la masturbación refiere a la excitación manual del sexo, es decir, seducción por la mano. Es así que en esta práctica se prescinde del otro, con sus limitaciones y conflictos, en la cual se busca una satisfacción rápida, inmediata, sin contenido afectivo alguno. De tal forma que, se recurre a contenidos presentes que son visualizados, o pasados, que están archivados en la mente, lo cual constituyen estímulos para activar una sexualidad fantaseada.

Francisco: “Pero, o sea, gracias a Dios tenemos esa ventaja de satisfacerte y ya, que eso te hace también, honestamente, no estar este, necesitando, o loqueando, me pasa lo mismo que con la comida, no necesito alguien que me haga de cocinar. Entonces, ese aspecto de deseo sexual, bueno, pues hay la forma de remediarlo” (Francisco, 66 años, viudo).

Por otro lado, algunos hombres señalaron no hacer uso del autoerotismo en esta etapa de vida, cuyo perspectiva ensalza la idea del ahorro sexual “no andas gastando tu pólvora en diablitos”, haciendo alusión a que la masturbación es una forma de derrochar la energía libidinal, escasa en la etapa de la vejez. Así para el adulto mayor que sigue masturbándose demuestra su escasa fuerza de voluntad y nulo control sobre sus deseos, y las consecuencias pueden ser graves, considerando que la persona se encuentra bajo el dominio de sus pasiones. Lagarde (1997) señala que es común que los hombres se enseñen entre sí en

particular ciertas experiencias eróticas como la masturbación y la eyaculación, que descubiertas individualmente, se convierten en prácticas eróticas en grupo.

Cesar: “Sí es importante pero no es el caso, no, no, no, no este, no andas gastando la pólvora en diablitos [risa], o sea, no, no, no le veo, si me gustaría con alguien que quisiera, con alguien que valga la pena, pero con una cosa de esas no” (César, 62 años, viudo).

De acuerdo con lo señalado en este capítulo se pudo ver que hay diversas posturas frente al erotismo en mujeres y hombres mayores, las cuales mostraron ambigüedades, continuidades, rupturas trasgresiones y permanencias en la manera de vivenciar la sexualidad en esta etapa de vida, las cuales están permeadas por discursos sociales acerca del deber ser. Es así que la naturaleza de los discursos tanto de género como edonistas, brindan a hombres y mujeres mayores referentes de conducta dentro del medio social. No hay que omitir al respecto que hay una serie de contradicciones dentro de los discursos de los sujetos participantes del estudio, mismas que se originan por la socialización que tuvieron estas personas y los discursos que actualmente circulan alentando el erotismo y la sexualidad en edades avanzadas, por lo que, aunque hay cierta pujanza hacia un ejercicio erótico, aún continúan estando presentes significados que lo asocian con la visión hegemónica y socialmente impuesta en contextos conservadores como el regiomontano.

## **CAPÍTULO V. CONSTRUCCIONES SOCIALES DEL DESEO Y EL PLACER EN MUJERES Y HOMBRES MAYORES.**

### **5.1 Introducción.**

Una vez revisado en el capítulo anterior, los modelos significados y los significados que a ellos atribuyen es pertinente explorar las construcciones que subyacen al deseo y el placer. Recordando que el erotismo es un proceso subjetivo-dialéctico que permite que el sujeto se posicione en esferas como el deseo y el placer, los cuales se consideran dos pilares esenciales en el posicionamiento del sujeto erótico. En este sentido, se parte de considerar que el deseo es pretender algo con ímpetu y fogosidad, con enorme interés, lo cual nos lleva a su conocimiento, deleite y pertenencia (Rojas, 2007). Desde la visión de este autor el deseo y el placer forman parte de un edificio en común, exponiendo que el deseo va antes, actuando como estímulo para el placer y el goce sexual y erótico.

De esta forma deseo es anhelo, presión, inmediatez, que en la mayoría de las ocasiones, búsqueda de algo que aspira a su satisfacción, es así, que el placer es la culminación del deseo, la cual desencadena una serie de reacciones agradables, goce, disfrute, gusto por aquello que se ha alcanzado tras el estímulo del deseo. En tal sentido, cabe recordar que el acceso a las diversas formas del disfrute están condicionadas por la biográfica del sujeto, el género sobre el que fue socializado, la edad y la imagen corporal, las cuales se asumen como marcas de identidad en el sujeto. No hay que omitir que la conformación y formación de estructuras subjetivas son procesos cambiantes durante toda la vida, así el erotismo puede tomar formas múltiples, de las que se deriva mayor o menor satisfacción.

Ahora bien es preciso señalar que el deseo y el placer son términos multidimensionales, ya que son a la vez biológicos, psicológicos, culturales y espirituales. De tal forma que el presente capítulo pretende dar cuenta de las construcciones en torno a estos dos ejes del erotismo, las cuales se relacionan con las ideas de erotismo y sexualidad discutidas en el anterior apartado. Entonces el capítulo se encuentra constituido por apartados como el deseo e interés erótico, el orgasmo y las principales limitantes para vivir el deseo y el placer en la tercera edad, es decir los vestíbulos. Cabe puntualizar que los discursos tanto de hombres como de mujeres se caracterizan por la heterogeneidad y diversidad, misma que se presenta en seguida.

## **5.2 Deseo y placer en mujeres mayores.**

### **5.2.1 Deseo e interés erótico.**

El deseo supone un sentimiento que abarca todo el cuerpo y en el que incluyen aspectos físicos y emocionales, aún cuando la evidencia empírica supone que con la edad se dificulta la búsqueda del placer y el goce sexual, existe el prejuicio de que el deseo sexual desaparece con la edad (Coria, 2012; Freixas, 2013). Cabe señalar que en la cultura occidental existe poca aceptación del deseo sexual femenino, lo que ha llevado a estigmatizar y desvalorizar a las mujeres que responden activamente a sus deseos y necesidades sexuales. Afirma Iacub (2014), históricamente se ha ahogado la capacidad de las mujeres de legitimar su deseo como parte de su erótica, orillándolas al alejamiento progresivo de su libido y la renuncia a los placeres eróticos. Este estigma ha acompañado la vida de las mujeres durante toda su vida, y no es propio de la etapa de la vejez.

Envejecer supone para las mujeres la oportunidad de apartarse de un ejercicio sexual y erótico lo que, en esta etapa de vida, el deseo e intereses sexuales desaparecen de la vida de las mujeres. Uno de los motivos se explica a través del caso de Eva, quien comenta que recibió de joven marcó la forma en que en etapas posteriores afrontó su erotismo, en esta situación la educación restrictiva y la moral limitaron de manera importante sus vivencias, de forma que considera que la erotismo en la vejez “ya no va”, construyendo así el olvido del deseo. Cabe señalar que para las mujeres mayores el pensar en sexo o tener intereses sexuales se debe a una falta de actividad u ocupación que le permita “pensar en otras cosas”, como el cuidado de los nietos, jugar a la lotería, tejer, etc. Así, emerge la “la ética de la ocupación” como mecanismo para regular las pulsiones e intereses sexuales: “una mente ocupada no piensa en “eso””, lo prohibido, lo vedado, lo inapropiado.

Eva: "Sí, pero de jovencita yo tuve muchos tabús [tabúes], a mí mi mamá me decía que era pecado y que si le daba un beso a mi novio, era una cualquiera y que nunca nos iba a tomar en serio y, nombre, cuando me casé, me casé virgen de 25 años casi, y, haz de cuenta que fue una agresión para mi horrible, no conocía un pene, y ¡ay! horrible, horrible que fue, pero bueno ya pasó... pero no estaba preparada, y en mi caso que fui educada así ‘como antes’ pues a esas alturas decir que quiero estar con alguien pues como que ‘ya no va’ "(Eva, 67 años, separada).

Mónica: “Pues yo digo que no, yo para mí no, yo ya no quiero saber nada de eso [...] la mujer no nada de ‘eso’ [...] y la mujer lo llena haciendo otras

cosas con sus hijos y el hombre le busca aunque sea una escoba [...] sí pues se respeta pues cada quien según el organismo de que cada quien” (Mónica, 63 años, casada).

Por otro lado, están aquellas mujeres que han dejado ‘dormir’ su deseo, no por voluntad, sino por disposición de una pareja que satisfaga sus necesidades sexuales y eróticas. En ambos casos, es el esposo quien ya no tiene iniciativa para mantener una relación íntima, censurando la iniciativa sexual femenina. Consecuentemente, la resignación y el olvido del deseo aparecen como mandatos impuestos dentro de la dinámica de pareja, limitando la capacidad de desear y ser deseada. Aunque las mujeres se cuestionan la disminución de su apetencia sexual no son capaces de replantearse su ejercicio sexual y erótico, lo cual se relaciona con la idea de la pasividad de la mujer en la sexualidad, visión que adjudica al varón la responsabilidad de la satisfacción e iniciativa sexual.

Raquel: “Yo por eso veo que ya no es tanto el deseo, yo no sé si en las demás parejas pasé, a lo mejor en las demás parejas no porque tengo muchos hermanos hombres qué pues yo los veo igual, que siguen teniendo deseo sexual y pues veo que mi marido ya no me desea, y aunque nos unen otras cosas, la dinámica cambia después de ciertas situaciones [infidelidad del esposo], y en la mujer a veces los cambios en la menopausia [...] Y para un hombre es más difícil aceptar esos cambios porque nosotras hasta cierto punto podemos ‘disimular’, o sea, por cumplir o por lo que usted quiera, pero ellos no porque sí no se puede pues no [...] Para nosotras no, aunque a veces ellos piensan equivocadamente porque uno también siente, o sea, que ellos piensan que uno nada más abre las piernas y ya y eso no es cierto porque uno como mujer también necesita que la exciten” (Raquel, 68 años, casada).

Rosa: “Pues no, porque pues ya lo aceptas, no que yo no tenga ganas de estar con mi marido, si tengo -bueno tenía-, sientes que el cuerpo reacciona cuando ves algo ó oyes algo [...] Es como cuando te cortan por decir un brazo, una pierna. Yo así lo sentí y te resignas, lo asimilas de que entre nosotros ya no se puede, te podría contar cosas íntimas pero no es correcto, y bueno con el simple hecho de que él ya no puede por su problema [problemas de la columna vertebral] Yo tampoco voy a querer que se quede torcido o lastimado con tal de darme un gusto total, uno de mujer es como las guitarras o como las cajas fuertes pues mientras no te tocan la combinación no se abre [...] Te la llevas tranqui, tranqui pues ‘cuantimas’ uno está edad (Rosa, 69 años, casada)”

La separación es la situación de abstinencia conyugal prolongada, en un marco cultural que mira inevitable el erotismo conyugal. Sin embargo, la abstinencia como castigo, como defensa, como agresión, es común en la vida sexual de las mujeres. En ellas se alcanza un dramatismo mayor, debido a su obligada monogamia. Es difícil que puedan evadirse de la abstinencia como imposición ineludible porque no trasgreden la prohibición de la exclusividad erótica con su cónyuge. Ellos, en cambio, pueden vivir largos periodos de

abstinencia con la esposa, pero desarrollar experiencias eróticas con otras mujeres de su grupo de cónyuges-amantes, o con prostitutas (Lagarde, 1997).

Raquel: “Siempre tuve mucho miedo de desear estar con otra persona, porque dije si esta persona, mi esposo, que fue el primero que me enseñó, no me valora, otra persona, otro hombre no me va a valorar, si él no me va a valorar a lo mejor estoy mal [...] yo puedo controlar mi cuerpo, pero hay gente que no lo puede controlar, y es parte del compromiso conmigo mismo y con Dios, porque te digo, a mí me costó muchísimo trabajo para poder estar bien con mi esposo, o sea, entregarme por completo a mi esposo, entonces digo buscar otra persona es difícil, y bueno me trató bien después de mucho tiempo, lo logró porque lo logró, no creo que otra persona tenga ese mismo paciencia [...] Uno se va conformando, resignado, te digo al principio, para que soy honesta fue muy difícil, y lo más triste que él me decía que yo lo iba a engañar, y eso me hacía sentir mal, y yo decía si no lo hice antes pues menos lo voy a hacer ahora” (Raquel, 68 años, casada).

Es significativo que a pesar de ser obligatorio el erotismo en las relaciones conyugales, un gran número de mujeres de diversas edades, confiesas que por diferentes problemas suspendieron las relaciones eróticas con su pareja, lo que debido a la monogamia y a su expresión como fidelidad para toda la vida de las mujeres, significa en realidad la suspensión total de actividades eróticas con otro. Muchas de ellas las cesaron desde la juventud, y nunca las reanudaron, otras lo hicieron a manera de huelga, ya avanzando el matrimonio, a causa del dolor por la infidelidad de sus cónyuges. Algunas cesaron las prácticas eróticas por imposición de sus maridos, sin razón, ni explicación, simplemente porque ellos no volvieron a tocarlas.

Diversas son las circunstancias que orillan a las mujeres mayores a restringir la aparición de su deseo e interés sexual, tal es el caso de vivencias previas asociadas a la maternidad, la reproducción y la menopausia<sup>38</sup>, así como a diversas patologías y tratamientos que hacen sucumbir el deseo de las mujeres mayores, mostrando discursos que suelen justificar y explicar el descenso del deseo sexual con base a referentes biológicos. Es así que algunas de los sujetos participantes señalaron que experiencias como el parto y la maternidad fueron acontecimientos que mermaron su deseo sexual, vivenciadas como experiencias traumáticas.

Flor: “Bueno decirme que eso de los hijos como que me pasmo, porque todos fueron cesárea y pues me generó un trauma. Yo cuando tuve al segundo, al tercero no quería estar embarazada porque cada embarazo era sufrir, y yo sí me traumé con todo eso y todo eso va matando el deseo, y ya no, y aunque él diga que hace falta el sexo, yo ya no definitivamente ya no y aparte ya no puede” (Flor, 65 años, casada)

A través de los espacios socializadores como la familia, la sociedad, los medios de comunicación se educó a la mujer para domesticar su deseo e interés sexual, ésta educación del deseo integra reglamentaciones sociales muy estricta que hacen que el deseo de las

<sup>38</sup> El tema de la menopausia se abordará más adelante.

mujeres mayores sea vivido como externo y ajeno a ellas; las mujeres mayores que reducen su instinto sexual representan las mujeres que vivencian la vejez de manera sensata y equilibrada. Así lo sostiene Rojas (2007), las mujeres aprenden a administrar su deseo, dado que sobre la cultura se finca la renuncia a los instintos femeninos.

Existen mujeres que recibieron una educación del deseo más laxa, lo cual les permite animarse al encuentro íntimo, a mantener relaciones afectivas y sexuales y a experimentar el placer, lo cual se considera un performance, una forma de trasgresión a las normas socialmente impuestas, aparecen estas mujeres lúdicas, activas, sensuales y apropiadas de su cuerpo. Éste deseo e interés sexual aparecen en presencia de "otro" que ayuda a desencadenar el deseo (por medio de palabras, recuerdos, gestos, muestras de afecto y estimulación física), sin ese "otro" el deseo permanece 'dormido', es importante destacar que en culturas patriarcales la mujer suele entregar sus capitales al esposo, incluso capitales que tienen que ver con la seducción y el deseo. Algo que llama la atención de los discursos es que no circunscriban el placer y el goce sexual solamente durante el coito, sino que lo identificaron con diversas prácticas sexuales como el contacto físico.

Bellato (2015), puntualiza que el deseo se relaciona con tres condiciones en la edad mayor: la disponibilidad de la pareja, la búsqueda y la inquietud erótica. En el caso de las mujeres mayores del estudio, se observó que el deseo e interés sexual se transformó con los años, se sensualizó, es decir, de ser un deseo e interés sexual genital se transformó a un deseo e interés sexual erótico, poco a poco se aprendió a disfrutar los abrazos, los besos, el contacto, la proximidad física, además adquirió especial importancia el autoerotismo como forma de descubrimiento del goce sexual y erótico. Esta sensualidad conecta a la pareja más allá del referente genital, permite compartir emociones y sentimientos con la pareja, experimentando una apropiación subjetiva del deseo: "siento el deseo a flor de piel" (Patricia, 60 años, unida).

Alma: Siento el deseo a flor de piel, no es como que después de los 60 años ya no siento nada, claro que siento, me siento libre, siento que puedo disfrutar, no por ser mayor dejas de sentir, de excitarte, de mojarte cuando ves o recuerdas algo. No dejas de soñar cosas que te agradan [...] (Alma, 64 años, divorciada).

María: El placer está en uno y hay muchas formas, con acto sexual o sin acto sexual puedes llegar al placer, pero está en uno, es... el querernos, uno al otro, en querernos agradar, el querer llegar, el cuerpo responde, pero sí es diferente, muy diferente

Investigador: ¿Por qué?

María: Pues porque no tienes la misma vitalidad, este, yo cuando empecé a ver que mi marido ya no tenía la misma calidad de erección, le decía, "Yo a ti como quiera te quiero" y aunque nada más estemos así, es lo que significa para nosotros, entonces, esto no nos va a afectar, ni tú te tienes que ser menos y nos tenemos que aceptar como vamos envejeciendo [...] (María, 64 años, casada).

Esther: No se debe de dormir, no lo debes dejar que se duerma porque también yo pienso que las mujeres somos como las macetas necesitamos que nos va llegando el motivante, de que te hablen, de que te lleven flores, de que te saquen, como dicen que ‘te calienten la oreja’ [...] nada más que el deseo de querer hacerlo a veces ya no lo tengo, pero ya después con la estimulación sí lo tengo, y fíjese le voy a contar algo bien íntimo: cuando yo me casé la primera vez yo nunca sentí lo que siento ahora [...] (Esther, 60 años, casada).

Una constante, existen mujeres recibieron que dentro de las narrativas fue el recurso de la comparación, como mecanismo para explicarse el deseo sexual, así, a lo largo de las entrevistas fue recurrente que las mujeres marcaran una polarización entre ellas y ‘esas’, aquellas que manifiestan abiertamente su deseo sexual y reconocen su cuerpo como fuente de gozo y placer sexual, mujeres públicas, quienes se reconocen como eróticas, y a quienes la edad no es una restricción para el disfrute. Las mujeres con la idea de ‘guardar su honorabilidad’ tratan de alejarse de esa idea de mujer: ‘yo no soy de esas’, lo cual puede explicarse como el miedo fuertemente arraigo hacia las “putas” en contextos conservadores como el regiomontano.

Celia: “Si yo me considero que no soy de ‘esas’, pero conozco muchas que sí, la mujer tiene mucho más tiempo de... [mujeres activas sexualmente] pero yo creo que eso ya viene mucho de genética, de la genética ¿Verdad?, que, que si es de familia siempre fueron sus papás así muy, muy... ¿Qué te diré?, vigorosos en ese aspecto, a lo mejor se hereda” (Celia, 60 años, viuda)

Ana: “Hay algunas que sí, yo creo que el de las mujeres es más fuerte porque los hombres como que ya se les va bajando el ímpetu, o ya no ‘se acuerdan’ pero hay mujeres que están ‘bárbaras’ que aunque ya estén viejas siguen teniendo ganas. Afortunadamente yo estoy ‘tranquila’ en ese aspecto, pero como te digo a mí me daría muchísima pena [...] Te digo hay mujeres que no se fijan en eso, ellas nada más quieren su aventura pero como te digo sería yo una descarada si anduviera ‘en chinga’ consiguiendo otro cuando apenas pasó lo de mi esposo [...] pero no sé si al rato me llegue la punzada de la vejez” (Ana, 67 años, casada)

Es difícil tratar de homologar los discursos de las mujeres y sus vivencias, ya que las formas de explicarse a sí mismas su sexualidad y ejercicio erótico están plagados de discursos dobles, y algunas veces, contradictorios. Por un lado, como se señaló anteriormente, las mujeres han luchado durante toda su vida por no ser de ‘esas’, sin embargo reconocen que deben aprender ciertas artes amatorias para poder satisfacer al esposo, es decir que se necesita algo de “puta” para complacer los requerimientos del marido en la intimidad. Se instala en los discursos, la doble moral sexual que permea la cultura patriarcal, la cual dividió a las mujeres en dos categorías: las guardianas del orden familiar y las “otras”, las que debían saber satisfacer las necesidades eróticas de sexo masculino. Las primeras instaladas en el rol de madres-esposas, cuyo erotismo debía encauzarse hacia el cuidado y la familia; y, las segundas debían desplegar su máximo

erotismo en la satisfacción del hambre sexual de los varones (Coria, 2012), modelo incorporado en la estructura no sólo del varón, sino también en el de las mujeres.

María: “Porque sabes que a uno de mujer, la enseñan, la educan para ser una dama y ustedes en la cama, quieren ser una puta y entonces eso, le corresponde al hombre, hacerme puta en la cama, así es que, a mí me dicen eso y le digo “Pues si te fallé en la cama es porque tu no supiste enseñarme”, porque yo no vine a él, o sea, no lo traes, te enseñan a ser una mamá, una esposa, pero no te [...] ahora, yo creo que ya más abiertos, si yo hubiera tenido una hija, yo sí le hubiera dicho “O sea, tú tienes que ser todo ‘mijita’”, ¿Verdad? Pero para como una fue educada, yo no sabía nada, entonces yo ahora le digo a mi marido “Todo lo que sé, tú me lo has enseñado, me llevaste de la mano al grado de disfrutarlo y gozarlo y todo” o sea, todo ha venido de él, entonces eso también es bonito” (María, 64 años, casada).

### **5.2.2 Placer: orgasmo femenino.**

El orgasmo femenino constituye uno de los temas tabúes más arraigados en la cultura patriarcal, una forma de culminación sexual no legitimado dentro de los discursos sociales, y que mucho ha causado restricciones sobre el cuerpo en todas las etapas de vida de las mujeres, visión androcéntrica que sitúa el disfrute sexual en el varón e invisibiliza el “climax sexual” en ellas, cuyas ideas culturales han sido arraigadas en su subjetividad, de tal forma no existe en ellas una representación explícita del orgasmo (Arango, 2013; Arnaiz, 2011, Freixas, 2013). Particularmente este tema que ha sido abordado desde lo moral y lo médico, estableciendo en las mujeres mayores que la pérdida de la libido o la dificultad para conseguir un orgasmo sería algo inherente a la sexualidad posmenopáusica, incluso se ha llegado a señalar el orgasmo posmenopáusico como poco placentero y doloroso.

Los preceptos anteriores aparecen en los discursos de las mujeres mayores, quienes desconocen el término ‘orgasmo’, a pesar de tener de tener una vida matrimonial de varias décadas, el orgasmo no ha sido una experiencia recurrente en su sexualidad, lo cual evidencia una vida sexual poco satisfactoria y restrictiva disponible al disfrute sexual masculino, invisibilizando el goce femenino. En el primer caso, las entrevistadas de Mónica y Martha, ponen de evidencia el silencio que existe acerca del orgasmo femenino, el cual pudiera estar provocado por el desconocimiento de las fuentes de placer del cuerpo, la calidad de la relación, la falta de estimulación e incluso de la inexperiencia de la pareja como dimensiones individuales, elementos fogueados a la luz de los prejuicios sociales que agudizan la desconexión del cuerpo femenino. Según lo reconocen las mujeres, el llegar al ‘término’ requiere tiempo, paciencia y creatividad, elementos que no todos los hombres están dispuestos a poner en práctica.

Mónica: “Nunca he llegado al orgasmo con mi esposo, yo no sé qué es eso que dicen que se siente. Ellos piensan que uno no siente, que sólo es como una máquina. Yo por ejemplo tengo amigas que dice que ellas si sienten, pero yo no sé qué es eso” (Mónica, 63 años, casada).

Martha: “Y fíjese le voy a contar algo bien íntimo: cuando yo me casé -la primera vez-, yo nunca sentí lo que siento ahora que estoy casada porque estaba ‘jovencilla’ lo que se llama el término de la relación [orgasmo] [...] Nunca lo sentí cuando estuve casada [...] Ahora yo con mi marido [segundas nupcias] sentimos cosas diferentes y él me hizo sentir muy bien y también influye en la forma en la que se hace. Ahora lo disfruto mucho porque mi marido me sabe llevar ‘hasta el cielo’” [risas] (Martha, 68 años, casada).

Martha: “Ya uno de mujer, como que batalla un poquito más para el término de la relación [orgasmo]” (Martha, 61 años, casada).

En la erótica opresiva, ya realizado el coito, para la mujer no hay conclusión posible (real o simbólica), puesto que ya se alcanza el punto máximo y se logra la satisfacción. Se consiguió la prueba final de la virilidad masculina, se logra la eyaculación: síntesis material y simbólica del saber, del placer, del dominio y del poder del macho. De tal forma, que en la erótica patriarcal la mujer es frígida y rígida, “la mujer receptáculo” que no se aventura siquiera a indagar sobre su cuerpo y su placer. Es común entre algunas mujeres cuyo saber lo incluye, que finjan el orgasmo, el cual, por otra parte es un elemento constitutivo de la mujer. El resultado es la carencia, mecanismo que genera en ellas la necesidad de iniciar de nuevo la búsqueda, en la cual repiten el proceso de dadas y de renuncia (Lagarde, 1997).

Las mujeres en cambio, confiesan gustar eróticamente de las miradas significativas, de la palabra, de las caricias, es decir, del contenido erótico y amoroso del diálogo, de los besos, del abrazo, y de todo aquello llamado “juegos”. En general, esto ocupa poco espacio en las relaciones y en cambio se llega demasiado rápido al coito. Para muchas es doloroso, para la mayoría poco excitante y muy pocas llegan al orgasmo por este camino. Con todo, las mujeres han internalizado, al coito como lo máximo, disfruten o no disfruten, gocen o sufren, “hacer el amor”, es llanamente “hacer el coito” (Lagarde, 1997).

En contraparte, se encuentran las mujeres cuyo imaginario de placer sobrepasa lo pactado socialmente. Estas mujeres han logrado identificar sus deseos, como algo personal y único, de forma que no sólo han legitimado su deseo, como condición para poder vivenciarlo. Así, se ha podido constatar que en estas mujeres existe una responsabilidad propia de la satisfacción del deseo. Sin embargo a pesar de la autonomía sexual que manifiestan las mujeres, aparece el “fingimiento” como recurso para autoafirmar el desempeño sexual masculino como satisfactorio. En palabras de Coria (2012), ellas se sienten “obligadas” a fingir un orgasmo que no sienten, porque cualquier otra forma de conseguirlo es considerada marginal, ilegítima y merecedora de censura.

Sofía: “Se siente exactamente lo mismo, no hay diferencia, lo disfrutas igual” (Sofía, 65 años, divorciada).

Patricia: “A veces necesitas ps’ [pues] más cosas, pero de que llegas, llegas [risa]” (Patricia, 60 años).

Ana: ‘El orgasmo es de quien lo trabaja’, y yo siempre he sido muy activa en eso, siempre termino aún a esta edad, aunque claro a veces ps’ [...] uno llega a fingir, ¿Quién sabe si ellos se den cuenta? (Ana, 67 años, casada).

Eva: Y termina en una, en una... siempre digo, como en una feria de, con muchos cohetes, con muchas luces y así en una fiesta bruta [risa] (Eva, 67 años, divorciada).

Eva: Yo llego al orgasmo, sé de poses porque lo he leído y lo he practicado que pose es mejor en el sexo, de hecho yo siempre he sido multiorgásmica, nada más que no tengo pareja sí no, seguiría disfrutándolo como antes (Eva, 67 años, divorciada).

Aunque estas mujeres reconocieron que el orgasmo propio es valioso por el placer que les brinda y para que una relación sexual les parezca satisfactoria. Sin embargo, también se argumentó que se puede disfrutar de la relación sexual aún sin orgasmo, siempre que existan caricias, besos, ternura y sea un ambiente tranquilo, es así que para las mujeres la afectividad juega un papel muy importante. En este sentido para ellas el placer y el orgasmo no son sinónimos, dado que califican su satisfacción sexual independientemente de los orgasmos que han tenido; la cual se compone a la calidad de la relación con el compañero, al amor, al afecto, a la comprensión, etc. No obstante, aunque estas mujeres que han legitimado su deseo sexual y disfrutan su sexualidad, continua apareciendo como constante la posición pasiva en la búsqueda y obtención del orgasmo.

Algunos autores comentan que hay una disciplina impuesta, la del orgasmo, pero no cualquier orgasmo, sino la del orgasmo perfecto, regular, espontáneo, potente y seguro (Arango, 2013; Arnaiz, 2011, Freixas, 2013). La función catártica del sexo ha reemplazado a todos los demás ritos de purificación. Con todo, lo significativo política y culturalmente es que a partir de estos estudios se fundamenta una ruptura con el esquema tradicional: ahora las mujeres protagonizan el orgasmo. De hecho esta aseveración cargada del poder científico liberadora (Lagarde, 1997).

### **5.2.3 Vestíbulos del deseo y el placer.**

La sexualidad en el caso de las mujeres va ligada de forma directa con la afectividad. La sexualidad es parte del amor, y el amor conduce al perfeccionamiento de la persona y a la verdadera felicidad. Entonces el sexo con amor forma parte del camino hacia el desarrollo humano en el ámbito de la pareja, es entonces que el deseo y placer se registran dentro de la afectividad. Así para Rojas (2007), los deseos sexuales se producen en el ámbito de una relación de amor estable, en la que dos personas se complementan y se dan a sí mismas, con todas sus consecuencias.

De esta forma, el amor, concebido como vínculo total, único y excluyente para la mujer, brinda legitimidad al ejercicio de la sexualidad. La búsqueda del goce erótico, pues, estaría mediada por esta asociación. Es así que las mujeres entrevistadas para poder tener algún tipo de contacto íntimo arguyeron la importancia del amor, los sentimientos, las emociones y el romanticismo como antesala para poder experimentar algún tipo de deseo o placer, visiones que se señalan a continuación.

### 5.2.3.1 El amor.

El amor es una forma de interacción y vinculación que comporta la idealización y erotización del otro, y el deseo de intimidad y de durabilidad de la relación (Coria, 2001). Sobre este concepto, estudiosos del tema han puesto énfasis en que la relación de pareja no se vivencia de igual manera para hombres y mujeres, ya que el constructo “amor” tiene diferentes connotaciones según el género, además que la edad juega un elemento central para delimitar la vida amorosa de los sujetos (Freixas, 2013; Meler, 2001; Sternberg, 1995). Específicamente, la socialización amorosa a la que han estado sometidas las personas mayores hace que sus valores, actitudes y posturas respecto al tener una pareja o relación amorosa adquieran diferentes connotaciones y reglamentaciones sociales contradictorias.

Hablando específicamente de las relaciones amorosas, autores como Meler (2001) y Garrido y Garrido (2013), señalan que el constructo “amor” identifica a las mujeres con ideales de cuidado, sacrificio y entrega, elementos desde las que fueron socializadas y que se relacionan con sistema social que sustenta tales valores. En tal entendido, el discurso patriarcal posiciona a las mujeres en el espacio de los afectos, considerando al amor como un vínculo total, único y excluyente para las mujeres.

Celia: “Pues una demostración de amor, para mí el sexo sin amor, no tiene sentido, de perdido un cariñito o algo ¿verdad? para que tenga sentido. Es una demostración de amor, de lo que sientes por otra persona que, que son compatibles ¿verdad?” (Celia, 60 años, viuda).

María: “Porque la parte física, la intelectual y la emocional del hombre con los tres de la mujer son seis, tons tienen que ser las 3 y las 3, el puro físico no es sexo, tienen que ser las tres partes, tons ¿Cómo no va a haber sexualidad en una persona mayor? mientras tenga inteligencia y mientras tenga emoción, puede tener sexualidad...” (María, 64 años, casada).

Eva: “Son estados, es el estado ideal del hombre es como una caricia no verbal, el sentirse protegido y sentirte cubierto, es el tiempo bendito eso es el amor, son emociones [...]” (Eva, 67 años, divorciada).

En otro orden de ideas emerge la narrativa de ver el amor romántico como “amor puro” o “relación pura”, es decir que los afectos y los lazos emocionales tienden a predominar sobre el ardor sexual de un amor apasionado en etapas previas de la vida humana, por lo que, en palabras de las mujeres entrevistadas el amor después de los 60 años es un amor “tranquilo”, “pacífico”, “más maduro”, un amor que se resignifica a través de lo sublime. En la literatura Gidenns (1992) evidencia esta ruptura, ya que para él, el amor romántico rompe con el amor sexual. Este amor se proyecta en dos sentidos: idealiza al otro, y proyecta el curso de procesos futuros.

Celia: “Yo por ejemplo voy viendo que conforme va pasando el tiempo el amor va siendo, no diferente, si no como con distintos matices, pero ahora lo veo como que más unidos porque ya no nos unen otras cosas sólo los une

nuestro amor, nuestro compromiso, porque Dios así lo permite [...]” (Celia, 60 años, viuda).

Socorro: “A estas alturas ya vas viendo lo que es el amor verdadero, ya cuando no hay emociones, cuando no hay tanta sexualidad, incluso, es noble, me cuidó y me cuidaba con cariño, yo le agradezco bastante qué es mi pareja y me cuidó tanto y digo esas son las cosas que valen tanto [...]” (Socorro, 66 años, casada).

El significado que las mujeres mayores atribuyen al amor y al romanticismo constituye una continuidad respecto a sus interpretaciones en etapas anteriores de su vida, y se relaciona íntimamente con las ideas y creencias sobre las que se explican la realidad social, la pareja, los vínculos y los afectos. Así, al tratar de indagar las manifestaciones amorosas de las féminas, las narrativas que se presentan muestran múltiples interpretaciones al amor después de los 60 años.

El amor es una práctica de relación, de vínculo, que produce satisfacción, pero tal como es planteado por el sistema sexo-género, no conduce al autonocimiento ni a la satisfacción de forma igualitaria entre las mujeres y los hombres (Coria, 1996; Coria, 2001). Para la mujer, el amor propuesto por estos discursos sociales estructurados se basa en la idea de la incondicionalidad y la seguridad que brinda una relación con un hombre, el cual tiene las atribuciones sociales de proveedor y protector. Existe pues, dentro del imaginario social una idea del amor romántico, de la familia ideal y la relación de pareja perfecta, mismas que generan expectativas de intimidad, comprensión, satisfacción sexual y apoyo mutuo. Sin embargo, estas mismas expectativas son el origen de muchas desilusiones, resentimientos y rupturas (Freixas, 2014).

En este contexto, las mujeres han sido socializadas bajo ciertas expectativas sociales acerca del amor romántico, ello se evidencia en las narrativas de las entrevistadas, ya que se ensalzan ideas como el complemento o “media naranja” “parte de mi cuerpo”, caracterizando al amor desde los afectos y la necesidad de apoyo y protección durante la vida, si bien es cierto que los afectos, los vínculos y las emociones son partes esenciales dentro del desarrollo de cualquier individuo, también es cierto que la manera en que estructuramos e identificamos los conceptos tienen un trasfondo social y cultural. Durante la realización de la entrevistas se recolectó una variedad de información, entre ella se obtuvo que las mujeres enfatizan aspectos como la comprensión, ternura, acompañamiento, seguridad emocional, comunicación, apoyo, aspectos que contribuyen a la idealización de la pareja y del amor, sin embargo, uno de los grandes problemas radica en la unidireccionalidad de estos afectos.

Ana: Pues yo creo que el amor es un complemento para uno como persona, alguien que te proteja, qué te apoye, obviamente que se van haciendo más como qué como que si fueran parte de, de tu cuerpo [...] (Ana, 67 años, casada).

Patricia: Respeto, fidelidad, confianza, comunicación, apoyo, son muchas elementos que te hacen [enamorarte], o sea, empezando por la admiración que tengas hacia tu pareja verdad, ¿cómo te dijera?, son tantos y tantos

elementos que implican el amar a una persona [...] (Patricia, 60 años, unida).

Martha: El amor en estos momentos [vejez] es como si estuvieras creando una criatura, porque una criatura requiere muchas atenciones de tu parte, que la cambias, que lo bañas, que lo cuidas, que lo besas, que necesita que lo apapachen, eso a nuestra edad para mí es eso, a nuestra edad, somos personas individuales y pensamos diferente es totalmente tanto tú como él como yo como todo mundo pero para mí es eso (Martha, 61 años, casada).

Lagarde (1997), señala que las mujeres en el matrimonio obtienen por la mediación de uso de su cuerpo erótico y procreador, nombre, estatus, rango, adscripción, reconocimiento de los hijos y manutención económica, pero también atención afectiva, los cuales son recursos desde los cuales se permiten vivenciar el placer y el deseo. La institucionalidad se convierte en prostitución el intercambio corporal de las mujeres. En la ideología dominante este uso corporal en el matrimonio es un deber ser, una obligación, y en todo caso, un don positivo de las mujeres. Realizado fuera, se convierte en un hecho malo, pecaminoso y reprobable. La centralidad del erotismo en las relaciones sociales conyugales y en la ideología de la pareja amorosa, lo hace un espacio político por excelencia.

### 5.2.3.2 Romanticismo.

El amor romántico queda evidenciado por una serie de prácticas amorosas desde la que se demuestran los sentimientos dentro de la pareja, es decir, que los modos en que la experiencia romántica queda de manifiesto tiene relación con un conjunto de actividades y demostraciones de afecto con connotación amorosa (Coria, 2012; Esteban, 2011; Freixas, 2013; Illouz, 2012). Así, tanto el romance como el amor han sido una construcción cultural que refleja los modelos románticos a seguir en un momento determinado. Es así que las mujeres necesitan de un ritual amoroso para poder entregar su capital erótico al hombre. En este caso Meller (2007), refiere a cierta necesidad femenina, supuestamente universal, de ser cotejada, a fin de compensar una carencia básica y estructural para las mujeres como objetos dentro de la relación.

Al respecto de lo anterior, los fragmentos de las mujeres entrevistadas señalan diversas prácticas romantizadas como lo expresa Victoria, al puntualizar que el romance es “Eh, por ejemplo, pues en la noche a veces este, pues una copita, oír música... donde vivíamos antes eh... teníamos un jardincito pequeñito, ahorita vivimos en un departamento [...] tons [entonces], un día lo acondicioné, plantas y tanto, entons [entonces] ahí teníamos, pusimos una mesita, en la noche, pues que una carnita, nos encantaba, nos encantaba poner música y bailar ahí, este, o de repente ponía en el piso, este, hacer, desayunar en el piso” (Victoria, 60 años, unión libre).

En el mismo sentido se encuentra el discurso de Raquel, que la expresión de cariño es una demostración del romance: “pues que tengan detalles, que te manden flores, que te hablen bonito, que te digan cosas bonitas. Hay muchos muy románticos que te están nomás diciendo piropos y que ¡ay!, hasta te sientes, hasta te sientes rara ¿verdad? (Raquel, 68 años, casada). Cabe señalar que en este aspecto la posición social fue determinante ha

permitido a las mujeres mayores construir una idea de romance en base al acceso a bienes y servicios para alimentar el espacio simbólico del romanticismo.

Consecuentemente, el romanticismo se expresa mediante la creciente visibilidad de la conducta romántica, como los besos y el contacto sexual sin coito circulando en los espacios públicos y privados, creando imágenes y significados compartidos. Al respecto, la narrativa de Mónica, señala que “a él le compro cosas y lo abrazo, me permito que me abrace y a veces le digo yo: necesitamos abrazarnos todos los días de perdido 10 veces [...] nos abrazamos y nos besamos” (Mónica, 63 años, casada).

Finalmente, se advierte que el romance y la intimidad se han presentado para las mujeres como una expectativa socio-cultural sobre el relacionamiento con la persona amada, y justo es en esa expectativa donde las mujeres entrevistadas han experimentado sentimientos como la tristeza, la envidia y la nostalgia al existir un choque con lo que socialmente es deseable y la realidad experimentada por estas mujeres. Al respecto Celia, señaló durante una entrevista que: “ ¡Ay! envidiaba a las parejas yo, este, que iban agarradas de la mano, que el esposo las acariciaba o este, un piropo,” (Celia, 60 años, viuda). Ahora bien, en los siguientes dos relatos queda claro cómo es que el romanticismo ha significado para las mujeres un punto de conflicto con sus respectivas parejas, argumentando ambas mujeres que sus parejas no aprendieron dentro del seno familiar a expresar emociones y sentimientos.

Patricia: “Hemos tenido muchos choques, él es muy seco, él es muy parco, él es muy frío, poco expresivo, y yo necesito que me apapache, ahí es donde chocamos mucho [...] no es por alardear de esto, pero desde muy jovencita vivía esos detalles de las flores, de la serenata, de los regalitos, de una llamadita son cosas que regresas y dices ¡híjole! ¿Cómo detener el tiempo?” [...] (Patricia, 60 años, unión libre).

María: “Fíjate que no. Cariñoso sí es, pero no es romántico así de esos detalles, sin embargo, cuando llega a darme un detalle de algún regalo, de alguna sorpresa, yo siempre he dicho que para mí son gargantillas de brillantes, porque como sé que le cuesta tanto [...] entons [entonces] no le puedes pedir peras al olmo [...]” (María, 64 años, casada).

### **5.3 Deseo y placer en hombres mayores.**

#### **5.3.1 Deseo e interés sexual.**

Por su parte, Sánchez (1998) señala que la experiencia sensual y sexual se vive a través de las categorías de un discurso del deseo, discurso que es dominante en algunas sociedades, y que se encuentra determinado por dos componentes: uno orgánico o somático, y otro subjetivo, condicionado por la cultura, el medio espacial y temporal donde la persona se ha desarrollado, por lo que, coexisten significados que por un lado legitiman el deseo y goce erótico de los hombres en todas las etapas de su vida, y por el otro, lo estigmatizan y lo desvaloran dada la carga simbólica que se entreteje alrededor de la vejez y la ancianidad, contradicciones que acarrearán al sujeto diversas posturas a la hora de enfrentarse a su deseo, interés y goce sexual en esta etapa de vida.

Lo anterior se refleja en la postura de algunos de los varones, quienes señalan un deseo perpetuo, cuyo paso del tiempo no se presenta como una limitante para continuar teniendo deseo erótico, la cual ensalza la idea del macho siempre dispuesto. Bajo esta consigna social, Coria (2012) sostiene que el sistema patriarcal jerarquiza y discrimina por género el deseo sexual. Esta ordenación contribuye a que la sexualidad sea pensada desde las necesidades sexuales masculinas, instaló un modelo para dar satisfacción continua a sus necesidades de descarga hormonal y anhelos de disfrute erótico, así el deseo sexual es legitimado por el derecho “animal” del hombre.

Autores comentan que la idea del deseo es un recurso que la sociedad patriarcal ha fincado para aumentar la sensación de poderío de los hombres, el cual está ligado a su capacidad de seductores en potencia (Arango, 2013; Arnaiz, 2011, Freixas, 2013). No obstante, la evidencia empírica advierte que uno de los mayores atractivos reside en la vivencia incontenible de potencia sexual infinita, así la exhibición de un deseo perpetuo es testimonio del propio “capital” que le otorga autoestima y autopercepción positiva. De tal forma que hay mayor tolerancia al uso (y si es posible abuso) de la sexualidad como expresión indiscutida de vitalidad.

Carlos: Comúnmente siguen teniendo relaciones sexuales hasta que se mueran, como comúnmente se dice “hasta las escobas agarran” [...] (Carlos, 66 años, casado).

Santiago: [...] con una cierta periodicidad recuperamos, vamos a llamarle energía, siempre estamos dispuestos, siempre tenemos esa necesidad de andar buscando aquí y buscando acá [risa] (Santiago, 62 años, separado).

Los mandatos sociales que giran en torno al deseo sexual educan al varón para demostrar constantemente su hombría, por medio de la descarga constante de su energía libidinal. Por su parte la evidencia empírica en diversos estudios concluye que los hombres “necesitan” ejercer su sexualidad durante toda su vida, como parte de su naturaleza (socialmente aprendida) dada la incorporación de los códigos sociales dentro de su subjetividad. En este entendido, César señala que su deseo se manifiesta como una forma de invasión de sus pensamientos, llega un momento en el que se separa de esa demanda corporal.

César: “Pues así siento el deseo sexual, y las como le digo, los pensamientos que llenan la mente... Sí, el cuerpo lo pide, realmente es algo que uno no puede evitar” (César, 62 años, viudo).

Santiago: “Los hombres siempre tienen, bueno tenemos [...] necesidad de desahogarnos, eso que dicen ps [pues] deseo de estar íntimamente con alguien, aunque de forma diferente, pero siempre es más urgida, bueno vamos a llamarle urgida en el hombre que en la mujer” (Santiago, 62 años, separado).

Armando: “Este, pues bueno, yo pienso que hay que enfrentarlo y hay que saber vivir con ello y disfrutar y, y bueno, en nuestro caso, el caso de mi mujer y el mío, este... [pausa] yo, el te, el tema físico está presente

permanentemente, evidentemente más en mí que en ella, digo eso tampoco debe de [inaudible] de nadie, nosotros somos más... más primitivos, este, pero, pero mantenemos una, una relación física eh..." (Armando, 68 años, casado).

En los siguientes fragmentos de dos entrevistados se advierte la construcción de escenas eróticas que desencadenan el deseo sexual, y que invitan al desahogo de la energía libidinal. En el primer caso César comenta que su interés sexual nace de dos fuentes diferentes que se retroalimentan mutuamente: 1) la construcción mental de otras significativas cuando pone en su mente las relaciones sexuales significativas y placenteras para él y, 2) la creación de una escena erótica en su imaginación al enfrentarse a un modelo erótico, representado en una mujer estética, dadas las cualidades físicas y estéticas. Por ejemplo, César habla de una reacción fisiológica de deseo sexual "empieza a sentir adrenalina".

César: "Pues, haga de cuenta, por ejemplo yo para mi pongo en mi mente cuando me siento así las relaciones todas que he tenido, por ejemplo con esta mujer o quizás con otras o a veces veo en la calle mujeres arregladas guapas con el cuerpo este muy, bien como le llaman, no se este tipo modelo, eso también a uno le hace imaginar la mente y es ahí cuando el mismo cuerpo empieza a sentir la adrenalina, o la sangre, o no sé qué y empieza a excitarse nomas de ver y pensar cuando ¿si me entiende? [...]" (César, 62 años, viudo).

En este caso, el deseo sexual está dado por el acceso visual a detonantes del deseo, las mujeres como objeto de deseo, lo cual está enraizado en modelos sociales de belleza y atractivo sensual, que en tal situación son detonantes para reacciones fisiológicas del entrevistado en los órganos fállicos. Así, para Valdés et al. (2004), en los hombres se manifiesta una "dependencia penil", característica de las culturas androcentristas, en las que el pene simboliza poder y orgullo.

Francisco: "Porque yo si he notado eso, por ejemplo si hoy fui a tener relaciones con mi novia [silencio] haga de cuenta ya como que ando más tranquilo y veo una mujer así o con falditas o la vea sentada y se le vean las piernas bonitas y todo eso, no me excita ni nada porque acabo de tener relaciones sexuales, entonces si veo a las mujeres bonitas y agradables pero no siento nada en mi cuerpo, y sin embargo si tuviera una semana o dos sin hacer nada y veo a esta mujer sentada ahí con sus piernas entonces mi cuerpo luego, luego se enchina y mi pene siente deseos de..." (Francisco, 65 años, viudo).

Llama la atención dentro del discurso de los entrevistados se observa un impulso exterior que los induce al encuentro íntimo y a mantener relaciones sexuales, por lo que, el deseo e interés sexual aparecen en la presencia simbólica de otro que los desencadena, por lo que, para los varones el deseo sexual está localizado en su órgano sexual. Como lo afirma Vidal (2003), los hombres viven su sexualidad de forma focalizada en sus órganos sexuales, en la penetración. Esta característica hace pensar en una "genitalización de la sexualidad masculina", una especie de separación respecto al resto del cuerpo.

En el caso de Fernando, existe un deseo aún en la vejez, no obstante el entrevistado reconoce que hay que seguirlo “cultivando” el deseo a través de las prácticas y los encuentros íntimos que favorezcan que se desencadene el ímpetu sexual y erótico.

Fernando: “Bueno si, el deseo es mental, el deseo está en la mente, mientras tú tengas un soplo de vida eso va a existir, mientras tú lo cultives sigue estando presente, por ejemplo mi esposa y yo mantenemos relaciones frecuente [...] la frecuencia conmigo es relativa [risa] pero mantenemos relaciones frecuentes, este nos la pasamos muy a gusto, muy bien, o sea disfrutamos mucho el momento y todo” (Fernando, 66 años, unido).

El deseo en testimonios de los hombres considerados en el estudio se encuentra determinado por diversas patologías o enfermedades, las cuales marcan limitaciones en la forma en que los varones afrontan el deseo en la etapa de la vejez. Es así que, se afirma una disminución, aunque no así en la intensidad, “pero también si el hombre está sano”, tales como la diabetes, de la misma afirma que la andropausia es un fenómeno fisiológico que merma la disminución del deseo. En el discurso de Carlos se observa la apropiación de un discurso médico, visión que le ayuda a afrontar su realidad erótica.

Carlos: “Pues disminuye en el hombre, ¿no?, no es tan intenso, vamos a decir, y también eso depende de, de la constitución de la persona, hay personas que pues siguen teniendo las relaciones de los 60 hasta los 80, 90 años en el hombre, en igual intensidad, pero también si el hombre está sano ¿verdad? entonces, si hay patologías, por ejemplo como la diabetes, hace que el hombre ya reduzca la frecuencia y reduzca también su, su, sus necesidades de las relaciones sexuales, entonces, la andropausia en el hombre pues es lo que ocasiona que haya disminución de la libido [...]” (Carlos, 66 años, casado).

En el mismo orden de ideas, para el caso de Alfonso, señaló que la disminución del deseo no está dado por condiciones individuales del sujeto, sino por factores externos como el trabajo y la economía, lo cual representa una forma de olvido del deseo, de tal forma diversas actividades del sujeto le ayudan a regular las pulsiones del deseo, que igual que en el caso de las mujeres aparece la ética de la ocupación, posicionamiento moral para no pensar en las pulsiones del cuerpo.

Alfonso: Pues, diríamos muy al principio [del matrimonio] pero por los factores externos que desgraciadamente se llega a olvidar esa necesidad, ¿Cuáles son esos factores externos?, pues eh, familia, trabajo, economía, eh, patrimonio ¿Verdad?, que van haciendo que, que se vaya borrando, que se vaya apagando la necesidad (Alfonso, 75 años, casado).

Por otro lado, están los hombres que argumentaron que hay una disminución del deseo, producto de la corporización de los efectos del envejecimiento, misma que marca un deterioro en el aspecto del deseo e interés sexual. Para el caso del primer testimonio, señala que el deseo es producto de condiciones anteriores al sujeto, tales como estilos de vida que lo pueden llevar a que en la etapa de la vejez haya una considerable disminución de su

libido. En el segundo caso se alude a la representación gráfica del deseo, en el cual la vejez representa una etapa de vida donde el deseo “se cae”.

César: Pues no, yo pienso que no, yo veo muchas personas así [...] también me imagino muchos adultos que no, así como cansados, como que la vida les trato mal y se ven más viejos, pienso que ellos no piensan en sexo o ya no pueden, como yo, que estoy batallando, entonces entre más adulto más batallaré y personas que tienen 80 o van para los 80 no hacen ya nada (César, 62 años, viudo).

José: Igual, también van disminuyendo. Eso es, también hace una curva ¿verdad? al principio pues mucho, mucho, llegamos en la parte alta que viene siendo la etapa de reproducción máxima del hombre y luego bajando como todo, todo en la vida se maneja así. Así es, hasta que se cae (José, 67 años, viudo).

Posteriormente, dentro de la aparición del deseo e interés sexual los hombres culpabilizaron a sus parejas por no desencadenar el impulso erótico en ellos. Para ello los hombres hicieron alusión al apego religioso de ellas. En la narrativa de Antonio comento durante la entrevista que el deseo fue muriendo a causa del cambio de religión de su esposa. El sujeto identifica ese hecho desde algo catastrófico “la fregó”, en ese sentido el justifica la emprendida de búsqueda para la satisfacción sexual.

Antonio: Mire le voy a decir, con mi esposa se fue muriendo eso que dice del deseo, primero ps [pues] ella se metió a eso de la religión, eso la fregó [arruinó] porque desde ahí ella ya no quiso, me le acercaba y ella ya no quería, pero ps [pues] uno tiene que buscar, ¿Verdad? (Antonio, 68 años, casado).

Lagarde (1997) señala que los permanentes pretextos para no tener relaciones eróticas parecen parte de la sabiduría genérica, de una resistencia pasiva ante el uso erótico de sus cuerpos, y de su persona por parte de los hombres. Sin embargo, como las mujeres no pueden afirmarse negándose, esgrimen pretextos que son validos culturalmente, es decir que se considera incompatible el erotismo con un conjunto de hechos:

- a) Las jaquecas y todo tipo de dolencias, el sentirse mal, el cansancio.
- b) Las enfermedades graves menores, pero en particular las llamadas sexuales como la menstruación, la menopausia, los flujos, las infecciones, el peligro de embarazo, etc.
- c) La interposición de otros como impedimento.
- d) La separación del lecho, el abandono de la cama conyugal casi siempre por parte de la mujer, para poder distancia, para quedar fuera del espacio del contacto sexual. El objetivo es doble: transmitir el mensaje de no pertenencia, y en acto, no pertenecer.
- e) En menor grado, pero hay mujeres que esgrimen promesas religiosas o mandas para obtener favores de la divinidad: prometen abstinencia, y la imponen amparadas en el poder divino o sagrado, más poderoso que el marido, al cual no piden enfrentar sin esa protección.

En el caso de Raúl hace responsable de su deseo erótico a su esposa. Él señala que “ya no aprieta”, hecho que impone restricciones para la satisfacción sexual de acuerdo al ideal introyectado en sujeto. De tal forma, que para Raúl el deseo está coitalmente ubicado en una idea de sexo “verdadero”, sólo a través del contacto sexual, lo cual es una limitante para que en esta etapa de vida potencie su capacidad erótica, más allá de los órganos fállicos. Hablando de esto, Coria (2012) señala hacer responsable a la mujer de la falta de disfrute masculino es una agresión instaurada en el imaginario masculino. Ahora bien, las mujeres son las que terminan siendo las responsables de las excitaciones masculinas e incluso de las violencias y aberraciones que suelen atravesar por la mente de los varones.

Raúl: Y luego ps [pues] también mi esposa tuvo cuatro hijos, y pues ya no es la misma satisfacción, ya no siente uno igual [...] ya no aprieta [...] (Raúl, 70 años, casado).

Finalmente, resalta la idea de la vejez infantilizada, una etapa de vida en la cual tener interés erótico parecería anormal a la categoría social con la que se le ha identificado a las personas que transitan en esta etapa de vida, lo cual concuerda con los prejuicios y estereotipos que giran alrededor de la vejez, consecuentemente se considera que hay un retroceso en la evolución de las personas, apareciendo en la vejez signos de infantilización y retracción.

Carlos: Ni le pasa por la mente tener relaciones, ¿Por qué? pues ya es secundario, yo creo que llegamos a la misma etapa en que los niños, no saben ni lo que es tener relaciones, y están ingenuos, y están en esa felicidad de ignorancia de ese aspecto, entonces va pasando lo mismo, gradualmente vamos perdiendo también el deseo, en especial las mujeres, ya ni les interesa, menos van a hombres y viejas encueradas [risa] (Carlos, 66 años, casado).

### **5.3.2 Placer: orgasmo masculino.**

Los hombres dieron gran importancia al orgasmo como referente de placer y satisfacción sexual, según lo señalaron si no lo experimentaran, la relación sexual no sería satisfactoria para ellos, así su sexualidad está localizada en su órgano sexual. Como afirma Vidal (2003), los hombres viven su sexualidad localizada en los órganos sexuales y la penetración. Aunque los hombres coincidieron en que la afectividad está implícita en las relaciones sexuales, pero como un medio para llegar al orgasmo, no como un fin.

Los hombres aceptaron tener orgasmos durante sus relaciones íntimas, coincidiendo en que la cultura favorece a los hombres a alcanzar orgasmos en comparación con las mujeres, con lo que, el hombre es más usual que alcance este tipo de sensaciones placenteras en la mayoría de sus contactos sexuales, lo cual es reflejo de una cultura machista que ensalza el disfrute masculino y la satisfacción libidinal por medio del coito. Es así que los varones cuando se les cuestionó si tuvieron orgasmo en sus relaciones sexuales, afirmaron, sin dudas, que siempre lo han presentado.

Carlos: “Para el hombre es más fácil, bueno tiene mayor ventaja para alcanzar orgasmo, durante las relaciones íntimas pues el hombre siempre

‘termina’, eso es hasta algo fisiológico que te lo explican en la escuela, son esos 3 segundos que recorren tu cuerpo hasta la colita [...]” (Carlos, 66 años, casado).

Los entrevistados comentaron que el orgasmo en esta etapa de vida se vuelve importante sólo si ambos están satisfechos, entonces el orgasmo viene a ser la culminación de una serie de aspectos físicos, emocionales y psicológicos. Aunque se reconoce que aunque el contacto íntimo se prolonga, la culminación es más rápida, por lo cual los varones señalaron una mayor rapidez para alcanzar el orgasmo, lo cual no dificulta el goce en algunos los casos.

José: Para mí es importante que mi pareja este satisfecha y si yo llego al orgasmo antes tengo la obligación de que mi pareja también lo tenga [...] (José, 67 años, viudo).

Francisco: Mmm... En la, en cierto, cierto aspecto sí, porque... mmm... se vuelve más importante que, que, que... que los dos estén satisfechos emocionalmente, que la culminación ¿sí?, o sea, los, eh, los, el prólogo, la entrada, los es, los es... el acercamiento previo ¿verdad? puede ser mucho más largo y más intenso ¿verdad?, y el final es más, es muy rápido [risa] ¿sí?, entons, este, yo creo que sí cambia pero, pero este, tiene su atractivo también definitivamente, muy, muy agradable (Francisco, 65 años, viudo).

En ese sentido, varones como Antonio, puntualizaron que hay una serie de conocimientos “el libro” que enseñan al sujeto a desempeñarse en la intimidad, con la idea de que el hombre se contenga y pueda ahorrar energía para darle satisfacción a la mujer, lo cual contribuye a las creencias a las que el hombre recurre para explicarse su realidad erótica, las que a través de su subjetividad han sido consideradas verdades que le ayudan a moldear su ser sexual.

Antonio: “Sí, sí porque ora [ahora], ora, el libro nos está dando pautas de decir, el tipo de ejercicios de respiración para esto y esto, la idea es de que, que haya orgasmos en la mujer y que no haya eyaculación en el hombre, eso es difícil pero sí se logra [...] Entonces, tienes que enseñarte a que no siempre vas a eyacular, tienes que mandar ese esperma otra vez a la sangre, va a ser un residuo y ese, ese, y vas a, va a hacer que tu no vas a perder la, tu, tu fuerza...” (Antonio, 68 años, casado).

### **5.3.3 Vestíbulos del deseo y el placer.**

#### **5.3.3.1 El amor.**

Dentro de la perspectiva de los varones entrevistados, y en contraste con las visiones que reflejan idealización, surge la idea del amor por conveniencia o amor racional, en el cual los sujetos se despojan de los afectos y los sentimientos, y comienzan un proceso de racionalización acerca de las decisiones que toman acerca de su pareja, sus relaciones y su satisfacción erótica. Los hombres viven el amor como una forma de colonización propia, por ello hay que marcar límites en las formas de afrontamiento del amor en esta etapa de

vida. Por lo tanto, si se quiere establecer nuevos vínculos amorosos implica poner en práctica una serie de estrategias reflexivas y conscientes, no relacionadas directamente con la afectividad.

Santiago: Yo creo que hay que enamorarse con el corazón pero también mucho con la cabeza [...] (Santiago, 62 años).

César: Yo creo que si estoy enamorado, pero pues hay que pensarla muy bien. (César, 62 años, viudo).

José: A esta edad tienes que pensar muy bien eso del amor, ya no es una decisión fácil, nosotros ya estamos más pa' allá que pa' acá [...] (José, 73 años).

Mario: Tienes que enamorarte si con el corazón, pero también con la cartera (Mario, 61 años, unido).

En otro orden de ideas, para los entrevistados son observadas diversas polarizaciones: entre el amor sentimental y el amor físico; y, entre el amor juvenil (pasional) y el amor en la vejez (espiritual) construcciones que llevan a vivir las relaciones amorosas de forma diferente, y por consecuencia a experimentar los afectos y los sentimientos desde diversas formas dependiendo de esta polarización. Giddens (1992) en este rubro señala que los hombres han estado atrapados entre el amor “pasión” y el amor “romántico”, no obstante con el llegada de los años los estudios al respecto concuerdan en señalar que los hombres incursionan en los campos de amor femenino, reposicionando su identidad de varón dominante y masculinizado, reconociendo en este sentido al amor como “algo más maduro” e identificando las diferencias con el amor juvenil (pasional-sexual-caliente).

Armando: Bueno, sí, yo creo que el, el enamorarse puede ser independiente del, del placer ¿sí?, digo, una cosa es enamorarse o estar enamorado y no necesariamente tiene que haber placer [sexual].

Investigadora: ¿Y qué diferencia una cosa de la otra?

Armando: Placer, entiendo yo por el aspecto evidentemente sexual o físico ¿sí?, y enamoramiento, este, estar pasando un buen rato agradable con una persona, poder convivir con ella sin platicar, estar en silencio oyendo música y ahí mismo y estar tomados de la mano ¿verdad?, y sentir la presencia de la persona ahí junto a uno y que aunque no diga nada, hay ese contacto, ese acercamiento que hace el momento agradable ¿sí? [...] ver este, una tarjeta bonita y sin ningún, fecha en especial, comprarla y poner unas palabras y regalársela ¿no?, ese tipo de cosas, eso es, para mí es el enamoramiento (Armando, 68 años, casado).

César: Si yo mañana yo me encuentro una señora de mi edad por ahí, pos [pues], por muchas situaciones que me haga, no va a ser no más que una relación agradable para acompañarnos, para pasarla bien y ya, difícilmente creo yo a estas alturas, se va a desarrollar una, pienso así, se va a desarrollar

un, un amor emocional muy grande, pues sería, me parece iluso [...] (César, 62 años, viudo).

### 5.3.3.2 El romanticismo.

En este apartado se pretende de dar cuenta de cómo los hombres mayores han construido su romanticismo en esta etapa de vida, y que en cierta forma, les han ayudado a moldear su ideal de relación de pareja. Los hombres mayores se han visto expuestos al estilo romántico homogeneizador, y por lo tanto, son más proclives a adoptar elementos de la identidad cultural dominante. Dentro de las argumentaciones de los participantes se encontró que de forma significativa identificaban lo romántico con esquemas ideales dentro del cine, la música, el baile, que los hacían desencadenar relatos vinculantes sobre recuerdos compartidos. Estos participantes dan a entender que el ideal de comunicación reflejado en la cultura de masas resulta apropiado a sus propias necesidades.

Jesús: Ella fue muy detallista y todo, me enseñó a mí a ser más detallista, porque yo era más “viva la virgen”, me enseñó a apreciar ese tipo de cosas ¿verdad?, y a decirlas, me decía “Ahora dime: te quiero mucho, como en las novelas” (Jesús, 62 años, casado).

Jerónimo: Fíjese que sí, sí, y lo seguimos siendo, nos gusta por ejemplo, escuchamos música romántica, música bonita ¿verdad?, este recordamos nuestra época de jóvenes, de novios, de recién casados ¿verdad?, este, eh, ahí por ejemplo vamos en el radio escuchamos una canción ¿verdad?, eh, por decirle Julio Jaramillo o alguna de ellas y le digo “Mira, ahí está una canción de las tuyas” y se pone a tararéalas y todo, no sí, claro, sí, sí lo sentimos (Jerónimo, 69 años, viudo).

En otro orden de ideas, como se observa en las narrativas, el agotamiento físico que tantas veces define las labores de los hombres obstaculiza la intimidad, el diálogo cotidiano, el juego sexual y el romance después del trabajo, así Raúl señala lo siguiente: “Pues quizá por los hijos o por el cansancio que venía de trabajar, que a veces no tenía ganas ni de nada, llegaba y me dormía, porque no nada más de amor vive el hombre” (Raúl, 70 años, casado). Como lo señala Illouz (2011), en general los hombres de la clase trabajadora tienden a ser más controlados y menos emotivos, además de que los roles de género suelen ser más rígidos y tradicionales, y el dominio masculino más pronunciado. Algo que llama la atención de los discursos masculinos es el reposicionamiento de lo romántico, tal como lo señala Antonio: “No con caricias ni con besos ni esas cosas [...] pues con una travesura que le haga, o sea que, por ejemplo yo soy muy bromista y a mí me gusta hacerla enojar y cuando le hago enojar yo estoy contento” (Antonio, 68 años, casado).

Aunque los varones reconocieron que el romanticismo debería ser una parte importante en sus vidas amorosas, el hecho de tener poder adquisitivo marcaba pautas importantes en las formas en que se relacionaban con su ser amado. De esta forma en palabras de Mario, la falta de trabajo y de dinero son determinantes para expresar su afecto a su pareja. Consecuentemente los encuentros románticos resultan menos frecuentes entre los participantes con menor acceso a bienes y servicios romantizados. Esta diferencia responde

a una combinación de varios factores: el carácter limitado de los ingresos disponibles para las actividades recreativas o románticas; el carácter limitado del tiempo libre; el cansancio generado por las labores tradicionales; y, la socialización.

Mario: Bueno sí aceptó que soy un poco más seco, yo atribuyó mucho que la falta de dinero y la falta de trabajo, o sea, yo tengo ya más de un año que he vivido sólo con lo del afore y lo del seguro social [...] yo estoy muy preocupado por mi situación, entonces el que tú mente divague en la situación financiera ¿verdad? parece que no pero merma la situación amorosa, la situación de cariños. No es lo mismo decirle a ella: “yo te amo, vámonos de vacaciones” y bueno lo único que quiero expresar es esto es que si yo no tengo suficiente dinero en mi cartera o no tengo suficiente dinero en el banco yo me siento mal porque no tengo ese dinero para complacerla [...] (Mario, 61 años, unido).

Alfonso: Y pues como mujeres, yo sé que necesitan ese tipo de detalles pero pues yo así fui educado, yo no ví eso [...] (Alfonso, 75 años, casado)

## **CAPÍTULO VI. CONSTRUCCIONES SOCIALES DEL CUERPO EN MUJERES Y HOMBRES MAYORES.**

### **6.1 Introducción.**

Los seres humanos somos fundamentalmente cuerpo, un cuerpo que tiene un significado construido socialmente –más allá del referente biológico-, por lo que, el cuerpo adquiere un significado e importancia cruciales en cualquier etapa de la vida. Algunos autores al respecto señalan que la idea de “cuerpo social”, el cual alude al conjunto de representaciones que se fijan y se transforman en el imaginario social, asentando un cumulo de valores, creencias, sentimientos, percepciones y evaluaciones que se articulan en el colectivo y se fijan en la memoria social (Kogan, 2011; Le Breton, 2002; Martínez, 2004). De tal forma que la imagen corporal representa un orden social que incluye selectivamente y clasifica a los sujetos de acuerdo a los signos corporativizados de una cultura, ya sea de forma explícita o sutil, el cuerpo se transforma en el escenario donde se articulan esos significados tan abstractos que organizan perceptivamente en la imagen.

Consecuentemente, erotismo, estética y deseo son una tríada que incide en el posicionamiento de los sujetos. Para Robinson (2005), los aspectos relacionados a la estética se construyen a partir de un conjunto de significados y sentidos culturales que exaltan lo bello en un tiempo determinado. Así, varios estudiosos concuerdan en señalar que cada época y cada sociedad ha priorizado unos modelos corporales, los cuales han sido utilizados por los individuos para interpretar, apreciar y producir sujetos eróticos y estéticos en una realidad específica (Eiser, 2008; Danto, 2006; Kogan, 2003), y que, durante el proceso de socialización es que se instruye al sujeto ese orden estético, en el cual se interiorizan significados sociales acerca del cuerpo (Bauman, 2005).

Es así que la cultura estética dominante habilita a los sujetos para el deseo, el placer y el goce sexual. En este caso, para el tema que nos ocupa, los signos corporativizados del envejecimiento interfiere la forma en que las personas mayores son consideradas o no sujetos abiertos al erotismo en esta etapa de la vida, que como se verá a lo largo de este apartado representan espacios mutuamente excluyentes para mujeres y hombres mayores. En esta sección, se observa al cuerpo como un espacio que, en el caso de las personas mayores, es observado y modelado con dispositivos específicos de producción de un determinado tipo de sujetos, lo cual repercute en su invisibilización y deserotización. Cuerpo y tiempo se entrecruzan en el devenir del envejecimiento, y de las formas de ese entrecruzamiento nacen múltiples vejezes.

En este sentido, es posible visualizar, a través de lo dicho por los entrevistados, la diversidad en cuanto a las posibilidades de elaboración de esquemas de reconocimiento y autopercepción del cuerpo, los cuales obedecen a discursos de la edad y el género. Así los cambios registrados en el cuerpo envejecido, tanto los de nivel estético (arrugas, canas,), los de nivel funcional (menopausia, histerectomía, dificultad de erección, e impotencia), determinan diversas apreciaciones como sujetos eróticos.

## **6.2 Reconocimiento del cuerpo de mujeres mayores.**

### **6.2.1 Nivel estético.**

En los discursos de las mujeres mayores se han encontrado diversas perspectivas, visiones y valoraciones que han sido usadas para referirse al cuerpo en general y que adquieren un significado particular cuando se ponen en relación con el campo de la vejez. De tal manera que en el discurso de las mujeres aparecen condensadas diversas analogías que reflejan un abanico interpretativo del significado que ellas le dan a su cuerpo en este momento de vida, las que sin duda son producto del edanismo y del sexismo desde los cuales las mujeres han sido socializadas y que reflejan su identidad y sus procesos del reconocimiento del “yo”.

Becerril (2011), Iacub (2007) y Suaya (2015) señalan que se evalúa la apariencia física actual con criterios e imágenes heredados del pasado. Esta autora plantea un trabajo de construcción y reconstrucción permanente de un pasado vivido como necesario para orientarse e investir el presente, lo que Yenes et al. (2015) “poner en historia” y “poner en memoria”. Es en esta reconstrucción la que permite la articulación entre el tiempo que se vive y el pasado vivido, los que representan una pugna entre la permanencia y el cambio, y que, reflejan una resistencia del funcionamiento psíquico y subjetivo. Como sostiene Bordieu (1990), la fronteras entre la juventud y la vejez, en todas las sociedades es objeto de luchas de significados en el que se juega tanto la ampliación o la reducción de oportunidades para las personas mayores, como la generación de imágenes culturales que pueden presentarse en una línea de continuidad o de franca ruptura con las representaciones y estereotipos heredados.

Iacub (2006) considera que algunos viejos parecen quedar suspendidos en una vivencia psíquica asimilada a la juventud en tanto permanencia de una identidad. En cambio el cuerpo se lo separa quedando como una máscara que lo desidentifica del sí mismo al tiempo que le permite mantener una ilusión de un cuerpo joven. Sin embargo esta vivencia se mantiene en un nivel de ilusión funcional, es decir como un anhelo de no incorporación

de una imagen o idea de un cuerpo no esperado. La ilusión juega también en relación a que este deterioro o cambio no llegué, sea modificable o en última instancia no integrable.

En el caso de Esther se observa que para construir la imagen de su cuerpo actual recurre al recurso de la comparación con su “yo” joven, el cual es vivido por medio de sus recuerdos e imágenes que le ayudan a orientar su identidad y autoestima en esta etapa de vida, de esta forma la comparación representa una estrategia de afrontamiento simbólica. En su relato se observan varios elementos que reflejan las construcciones sociales del cuerpo de la mujer. En primer lugar el recurso de la comparación reflejado en “no soy miss universo”, mismo que muestra un estándar de belleza interiorizado y legitimado dentro de su conciencia individual. Posteriormente se alude a “yo estaba bien guapa tenía de acá, de acá, y de acá”, indicando cuales son las partes del cuerpo que reflejan feminidad, permitiéndole cotizarse en el mercado estético, tales como los senos, las piernas y los glúteos.

Consecuentemente la entrevistada señala que su cuerpo no reflejaba la experiencia multiparina “ni parecía que tenía bebés”. Al respecto Mezan (1998), señala que el cuerpo de las mujeres ha sido en tres momentos cruciales: menarquía, maternidad y menopausia, siendo a través de estos tres procesos biológicos que se ha determinado un conjunto de valoraciones y evaluaciones sociales, y que en el caso de la experiencia de la maternidad y la lactancia aminoran la posibilidad de belleza y seducción de las mujeres. Finalmente, Amelia concluye su relato aludiendo su culpabilidad por el choque que le ocasiona su cuerpo actual “me fui para abajo porque ya no me vitaminé”, aludiendo una carga moral frente al no cuidado de su cuerpo.

Esther: “Tengo más de 60, pero me siento de 30 [...] Pues mira yo te puedo decir que yo tengo el autoestima un poquito alta desde joven porque tengo mis fotos y me veo bien, porque así me formó mi papá Dios, yo acepto como me formó mi papá dios [...] y de mi cuerpo todo me gusta, no soy miss universo pero siempre fui así, y yo estaba bien guapa tenía de acá, de acá, y de acá y ni parecía que tenía bebés pero ya nada más llegue a los 60 y me fui para abajo porque ya no me vitaminé [...]” (Esther, 68 años, casada).

Consecuentemente, de nueva cuenta aparece la biologización de la belleza en función de aspectos reproductivos como los embarazados, mismos que descalifican a la mujer como sujeto de deseo. Así, la devaluación cultural de los cuerpos de las mujeres mayores tiene consecuencias éticas y prácticas, que llevan a las mujeres a emitir juicios negativos dada la interiorización de un modelo estético.

Celia: “[...] pues claro, tuve cuatro embarazos ¿verdad?” [...] (Celia, 60 años, viuda).

Expertos en el tema señalan que las personas mayores hacen uso de la apología de la juventud que representa una ruptura con su “yo” actual para reconstruir su narrativa identitaria. De esta forma, en los discursos de las mujeres mayores se observan representaciones y estereotipos heredados acerca de la imagen del cuerpo de la mujer, comparándose con su “yo” historia que les permitía tener éxito social (Bembibre e Higueras, 2010; Nasio, 2008). Para Soler (2004) se encuentra introyectado la idea de un cuerpo delgado, sin flacidez y con resistencia de los tejidos. Estas imágenes les impiden la

elaboración esquemas realistas de sus cuerpos actuales, además de que en sus discursos tienen a reproducir el discurso hegemónico de belleza femenina, reflejando pues la imposibilidad de volver a tener un cuerpo juvenil “aunque ahorita quieras”. En el caso de Ana, se arguye la carga moral de la imagen corporal del cuerpo, “hay que envejecer con dignidad”.

Socorro: “Pues quién sabe, pues me consideré guapa pero ahorita pues ya está uno gorda, ya estás, que ya no están las cosas en su sitio y aunque ahorita quieras, pero ya eso no es lo importante, pasa a segundo término eso del cuerpo, pero sí me consideré guapa porque me decían que era guapa y todos andaban atrás de mí, por eso yo digo que si era guapa” (Socorro, 66 años, casada).

Entrevistada: “Hay personas que son guapas, que son muy bonitas pero bueno yo también le digo a Cristian [esposo] que ya los 60 años ¿Qué persona es guapa o bonita?, todas están gordas, colgadas y me dice “no, pues sí”, y bueno uno de 60, ya no está como cuando tenías 20 o 30, entonces yo por eso le digo, yo pienso que sí son bonitas y todo pero pues uno fue bonita pero de joven [...] Es que el físico cambia pero es que hay veces que es diferente y hay que aceptar con dignidad que el cuerpo cambia” (Ana, 67 años, casada).

La percepción de este cuerpo “exige” al envejeciente hacerle frente a la “conciencia de finitud”. De esta manera, además de la comparación que hicieron las mujeres con ellas mismas en otras etapas de vida, las féminas contrastan su cuerpo con el de las “otras” considerando un estándar de belleza que las posiciona por encima de ellas, por lo que, el reconocimiento de su propio cuerpo está en función de la comparación con el otro estigmatizado y/o marginado. Dentro de este entendimiento, las mujeres consideradas en el estudio señalan que “hay otras que están peor”, reproduciendo los discursos acerca de los estándares socialmente impuestos de lo que consideran un cuerpo bello.

La experiencia del ocultamiento del cuerpo que relatan las mujeres ante la presencia de un hombre influye en sentimientos como la vergüenza, la pena y repudio frente a los otros significativos (la pareja, el médico, la sociedad, etc.), quienes detentan el poder de observación/evaluación externa del cuerpo, así en términos simbólicos, la mujer se ve desprovista de su único bien: su cuerpo. En este caso, para Martínez (2004), el consumo ha impuesto referentes en la corporeidad que entiende que una apariencia física “estéticamente bella” forma parte de los estímulos no verbales, mismos que influyen en las respuestas interpersonales en el contacto con los “otros”. Finalmente la impresión de asco y rechazo relativa a la imagen estética que rodea al viejo de su descripción se concatena con el gesto de rechazo ante el ser tocada por un hombre “pues te da vergüenza que te vean”.

Aparece la exigencia de la belleza como elemento básico de la definición femenina. Ello supone que para las mujeres envejecer estrecha sus posibilidades de considerarse atractivas y sexualmente elegibles. Así, los parámetros de la belleza y la eterna juventud resultan inconvenientes especialmente para las mujeres mayores, pues se destacan atributos únicos: cuerpo delgado, piel lisa, ausencia de arrugas, rasgos delicados y ausencia de canas como

símbolos de lo femenino, dificultando con este tipo de creencias que las mujeres mayores acepten las transformaciones de su cuerpo y los signos de la vejez (Vázquez, 2006).

Celia: “Pues no quién va a estar a gusto, pues claro, tuve cuatro embarazos ¿verdad?, tengo lonjita y digo si hay otras que están peor que yo, y hay algunas, como mis primas, que están bien gordas y digo cómo se atreven a tener otras parejas llenas de estrías que te vean no, no, no, ¡líbrame Dios!, a lo mejor también eso es lo que me detiene porque a mí me daría mucha vergüenza, yo siempre he sido muy penosa” (Celia, 60 años, viuda).

Rosa: “[...] porque pues uno ya está grande, ya está flácido y pues obvio cuando va a uno un examen médico y te ven como mujer, más si te toca un hombre, pues te da vergüenza que te vean, ahorita ya estoy derramada toda, estaba bien proporcionada de cuerpo pero ya está uno grande” (Rosa, 69 años, casada).

No es de extrañar que dentro de las narrativas de las mujeres emergiera la idea de un cuerpo evaluado y resignificado a través de la mirada de los “otros”. En este caso los hombres. Hablando de esto, Casio (2008) plantea que la relación del cuerpo tiene que ver con la propia historia y con el intercambio del otro, lo cual supone vínculos afectivos, lingüísticos y emocionales que moldean y dan forma a la imagen inconsciente del cuerpo, que en el caso de las mujeres juegan un aspecto esencial en la formación de su subjetividad corporal. De igual manera, la mirada de los otros supone un elemento que, al devolver una nueva representación corporal, promueve a la elaboración de un trabajo de duelo, transformando la representación del cuerpo joven y resignificando el cuerpo envejecido, que orillan al sujeto a mecanismos tanto de aceptación, negociación, rechazo e inseguridad.

El deterioro estético no solo se presenta sobre el propio sujeto sino en la mirada crítica sobre la belleza de un viejo/a en función de “partenaire” o de referencia de un sujeto. Las calificaciones son aún más duras y exigentes, y alternan entre la descripción negativa, el rechazo físico y los gestos que aluden al asco o a la impresión negativa del cuerpo de los viejos (Casio, 2008). La imagen fuertemente descalificada del cuerpo de los viejos implica un rechazo ante cualquier tipo de cercanía física, carente de representaciones claras acerca de lo que siente, y tal como lo expresa Socorro en el siguiente fragmento: en primer lugar se excluye de las otras “nosotros somos de la vieja guardia” aludiendo a aspectos morales de respetabilidad que la separan de las mujeres lúdicas que ven en su cuerpo una fuente de deseo y placer, por lo que esta mujer no encuentra necesidad de abrir su cuerpo al erotismo.

Socorro: “Estar con una persona que no conoces, qué te vea físicamente, ¿dime qué necesidad? Nosotros somos de la vieja guardia, como se dice ¿me entiendes?, bueno a mí me daría mucha vergüenza a estas alturas mostrar mi cuerpo [...]” (Socorro, 66 años, casada).

Retomando las premisas de Foucault (2008), este estudioso afirma que los dispositivos de poder moldean los cuerpos de las mujeres mayores a través de imágenes que presentan la vejez como algo sin atractivo y que se introyectan en su subjetividad, haciéndolas creer que su valor esta en relación a los hombres. La vejez es un espacio inexorable que las devalúa, ya que las cuotas de belleza son mandatos imposibles de alcanzar. De nueva cuenta en las

narraciones de Eva se muestran elementos que se habían señalado en relación al atractivo, el cual está condicionado al desnudo. No obstante, más adelante se señala el miedo que este desnudo podría tener efectos colaterales en su vida, como la burla del compañero, la ridiculización y la exposición pública de su cuerpo.

Eva: “Muchas mujeres no se consideran atractivas pero pues si se van a encruerar, yo por eso decidí nunca más mostrar mi cuerpo, ¿para qué? ¿Para que un cabrón se burle de ti y luego lo ande ventilando?” (Eva, 67 años, separada).

Las causas que motivan la división señalada, y que resultan particularmente útiles en este estudio, están referidas al cuerpo experimentado como “otro”. De esta manera el “yo” sé rescataría en la fantasía, ubicando al cuerpo como un elemento más de la realidad que se teme o no se afronta. Algunas puntualizaciones de algunos autores señalan a este fenómeno como “el cuerpo disociado”, conceptualizándolo como la pérdida de la capacidad de crear imágenes y de poder resolver un nuevo conflicto de identidad que se promueve en la vejez. Consecuentemente se afronta la “desinvestidura libidinal”, es decir la negación del placer, el gozo, la pasión y el amor por esta división corporal.

Para Ariel y Yuni (2011), un cuerpo envejecido es un cuerpo al que se le ha atribuido una categoría temporal, que no sólo remite a un tiempo cronológico, sino que también es observado por una mirada simbólica que registra e inscribe la presencia de este cuerpo en su apariencia física. Desde este entendimiento los relatos de las mujeres apuntaron al reconocimiento de su cuerpo desde una serie de patologías que las desdibuja del modelo ideal de belleza, ya que como lo señala Sonia, experiencias como el dolor, la pérdida de fuerza, el desgaste y la medicalización son asuntos “ya de viejos”, incluso llegando a pensar que el tiempo vivido es un “plus” de vida representado en “horas extras” que excluye a las mujeres de tener una apreciación positiva de su imagen corporal, y que en el caso de Flor, reposiciona sobre la mesa la preocupaciones sobre su cuerpo, antes era la delgadez o la belleza, ahora es la salud como necesidad predominante.

Raquel: “Ahí te va: soy hipertensa y tengo problemas en las cervicales, tengo desgastes y me da un dolor muy fuerte que se me quita la fuerza en los brazos, y aunque tomo medicamentos, bueno ya de viejos todo te empieza a doler [...] y ahorita te das cuenta que el cuerpo se tiene que desgastar, como quien dice estás viviendo horas extras y reconoces que el cuerpo así es y es un ciclo que se tiene que cumplir [...] yo creo que eso de si eres guapa, o no o si eres atractiva, como que pasa a segundo término [...]” (Rosa, 69 años, casada).

Flor: “Nada más con que no tengas una enfermedad pesada y te puedas mover lo demás es lo de menos, lo del cuerpo pues ya no es tan importante [...]” (Flor, 65 años, casada).

En el mismo sentido, dentro de la vejez además de experimentarse el cuerpo signo de enfermedades, también emergió la imagen de muerte, significado que aparta a las mujeres del mercado amoroso. Al respecto Kogan (2011), señala que durante la juventud, la propia

muerte es una representación abstracta que no guarda relación ni incide en la cotidianeidad del vivir. En cambio, en el envejeciente, a partir de la percepción y del encuentro con su imagen del “yo”, la representación de la muerte en el adulto mayor deja de ser abstracta y pasa a ocupar un lugar central que concierne a todas las actividades cotidianas. Esto último, se relaciona con la idea que se tenía acerca del cuerpo de los viejos como cadáver (muerto en vida), el cual generaba rechazo social por no estar dentro los parámetros estéticos individuales que formaban parte de la imagen socialmente aceptada sobre hombres y mujeres (Martínez, 2004).

Ana: “Obviamente la belleza se va acabando, las arrugas, las canas y, y pos ya, todo. Dice mi hermana “la tierra llama a todos”, se te empieza a colgar todo y todo va pa’ bajo, pa’ bajo, pa’ bajo [...] A las mujeres nos afecta más, a los hombres no tanto... porque uno siempre de joven te arreglabas y te sacabas más partido ¿verdad?, ahora pues ya solo esperamos la tierra [muerte][risa]” (Ana, 67 años, casada).

### 6.2.1.1 El descontento con el cuerpo.

Históricamente, el valor social de la mujer ha estado ligado a la apariencia física, por lo que, la imagen ha sido una fuente de identidad y reconocimiento de las mujeres. Es así que la cultura ha agudizado la inconformidad que tienen las mujeres con su cuerpo, dados los mandatos estéticos que circulan en el espacio social. Para Iacub (2007), existe un proceso de disociación de las partes del cuerpo que resultan displacenteras, lo cual se traduce en el rechazo hacia estas partes del cuerpo poco valoradas estéticamente. Se percibe entonces un cuerpo que se vivencia como ajeno o extraño.

Este estudio encontró que en los relatos de las mujeres envejecidas se manifiestan desvalorizaciones y rechazos hacia ciertos aspectos de su cuerpo, partes que, por un lado, aluden a las representaciones negativas del envejecimiento, y por el otro, apuntan a los mandatos estéticos del contexto. Retomando a Iacub (2007), este proceso lleva a producir una fragmentación a través de la cual “aquellas partes viejas” resultan inasimilables a la idea del sí mismo. Un caso significativo lo encontramos en Celia, quien señaló durante la entrevista el descontento con el cuerpo, no sólo en la etapa de la vejez, sino durante toda su vida, su idea normativa que tiene de la belleza le resulta inalcanzable: “nunca me he sentido muy acá”, además se observa depresión en su discurso como una de las afectaciones emocionales que tiene el hecho de confrontar su imagen frente al espejo.

Celia: “Nunca me he sentido bonita, [con] ninguna parte de mi cuerpo me sentido gusto, nunca me he sentido muy acá, ¡no!, cuando me veo al espejo a veces digo ¡ahh no estoy tan mal! pero no me siento a gusto con mi cuerpo, ‘nomas’ me deprimó [risa]” (Celia, 60 años, viuda).

De acuerdo a la idea socialmente impuesta de feminidad algunas partes del cuerpo son las que reflejan la idea de mujer estéticamente elegible. Esta fragmentación del cuerpo es vivida por las mujeres como condicionamientos sociales y morales que las hacen tener una preocupación excesiva por cuidar su atractivo físico. Es así, que las mujeres desde diferentes frentes señalaron no estar conformes con sus cuerpos, partes que de acuerdo al

colectivo social son signos de sensualidad, erotismo y atractivo físico, tales como las “chichis”, las “pompas”, los “bustos”, las “caderas”, la “panza”, percepciones que evidencian un trabajo de elaboración subjetivo en concordancia con las valoraciones sociales estéticas, por lo que, la aparición de signos corporativizados de la vejez las aleja de la expectativa social y las confronta con su identidad de género.

Al respecto autores sobre el tema concuerdan en señalar que las elaboraciones sociales actúan sobre las mujeres para impedirles estén conformes con su cuerpo (Ariel y Yuni, 2011; Becerril, 2011; Mezan, 1998). Al respecto Bourdieu (1998), sostiene que los cuerpos reflejan el orden de las cosas. Es así, que el orden social actúa como una maquinaria simbólica para ensalzar las partes sexuadas del cuerpo, incluso llegando a hipersensualizar e hipersexualizar los cuerpos de las mujeres. Entonces el “ser mujer” está identificado con las grandes proporciones del cuerpo para poder considerarse seductoras, sensuales y socialmente elegibles ante los ojos de los varones. Coria (2007) señala que el culto a las dimensiones es un juego del sistema patriarcal para mantener un ideal omnipotente, que favorece las idealizaciones y focaliza la búsqueda del disfrute en una mecánica basada en los tamaños.

Rosa: “Cambiaría mi panza y mis ‘chichis’, aunque no tengo estrías pero pues estoy ‘lonjuda’, y ya no está uno de 40 ni de 50, ya los años pesan en el cuerpo [...] a veces me veo en el espejo y siento que ni soy yo [risa]” (Rosa, 69 años, casada).

Raquel: “Hace muchos años este estábamos platicando una amiga y yo de los cuerpos de nosotras, y yo le dije a ella: “ay mira pero Dios te hizo bien, porque tienes busto, tienes caderas, pompas, y mírame a mí, yo estoy más plana que una libreta [...]” (Raquel, 68 años, casada).

Sofía: “Bueno, pues claro que quisiera no tener los brazos cortos o tener más ‘pompis’ pero bueno yo pienso que debo de estar a gusto porque no soy una belleza, pero tampoco siento que me he dejado, así de que hay me vale he procurado no subir de peso, trataba de nadar...” (Sofía, 65 años, divorciada).

Estela: “Me hubiera gustado tener más piernas, más busto, mucha pompi, pero pues no, mi cabello, mi cabello es chino y se me esponja, casi siempre lo traigo recogido [...]” (Estela, 64 años, separada).

Al mismo tiempo que los testimonios de las mujeres muestran desvaloración frente a su cuerpo envejecido, se encuentran testimonios de mujeres que han vivenciado situaciones que han marcado su cuerpo y lo han transformado, tal es el caso de Elena, quien enfrentó el cáncer y posteriormente procesos invasivos como la mastectomía, fueron hechos que le orillaron a desestructurar su imagen corporal relativo al trinomio pecho-mujer-belleza. En su proceso de autoreconocimiento presenta un quiebre que le genera sentimientos de frustración, miedo, ocultamiento, debido que la mastectomía le ha despojado de una parte fundamental de su cuerpo aprendida como icono del “ser mujer” y símbolo de feminidad. Al respecto estudios hechos sobre el cuerpo en mujeres con este tipo de padecimientos concluyen que las mujeres ya no se sienten merecedoras de experimentar placer, de

provocar deseo del otro, por lo que, su cuerpo se significa a través de dos pérdidas sucesivas: la pérdida del pecho y la pérdida de la seducción (Bembibre e Higuera, 2010; Coria, 2012; Freixas, 2013).

Elena: “Uno no se mira tanto al espejo como antes [...] es tan importante tener los senos más grandes, para poder atraer a los hombres [...] yo hoy día no tengo esa posibilidad de llegar a sentirme bonita, aunque me cuido y todo pero ya nada vuelve a ser lo mismo [...] ahora me pongo ‘truquitos’ para que no se note” (Elena, 65 años, casada).

### 6.2.2 Nivel funcional.

La negación de la sexualidad se asocia a diversas pérdidas experimentadas por las mujeres mayores a nivel funcional. La primera pérdida es la de la menstruación, lo cual restringe la sensualidad, la atracción y el placer en mujeres mayores. Entonces, existen dos tipos de mujeres: aquellas a las que si les “baja”, por lo tanto pueden acceder a la satisfacción de necesidades eróticas y a despertar el deseo del otro, y aquellas que no les “baja”, para quienes esta permisividad se obvia. Visto desde esta perspectiva, el deseo, el erotismo y la seducción pasan por un filtro biológico que aleja a las mujeres mayores de todo pensamiento carnal, ésta carga simbólica que las mujeres han asociado a la menstruación, les ha permitido delinarse como sujetos sexuales en otros momentos de su vida, pero en la vejez las aleja de su erotismo, producto de los imaginarios socialmente introyectados.

Sofía: “¡Estás vieja! [...] las mujeres no olemos a lo mismo que las mujeres jóvenes que todavía les baja, porque he leído que olemos agua estancada, arroyo estancado, y a los hombres no se les despierta el libido con ese aroma. Entonces si alguien me dijo una vez que nos íbamos a ir a un viaje y que se quería quedar conmigo y yo ¡Sí, sí, sí! pero luego me quedé pensando y dije él se quiere quedar conmigo y dije ¡No él está pensando otra cosa! y yo estoy en otra cosa entonces le tuve que aclarar que para nosotros ya no hay tiempo de esas “pendejadas” [erotismo]” (Sofía, 65 años, divorciada)

Lagarde (1997) señala que el cuerpo menstruante anuncia al cuerpo gestante, el cual se define en torno a la sexualidad maternal, a la procreación, a la salud y al dolor. Entonces la menstruación es un simbolismo de la procreación, por lo tanto, al no existir esa señal la prohibición erótica en lugar del placer.

Flor: “Pues te diré que ahorita ya no es importante [...] No fijese que ya uno también ya más grande, ya sabe la menopausia y pues esas cosas ya van para bajo [libido], bueno aunque a mí nunca me pasó nada de la menopausia [problemas de salud asociados a ella], ya después pues me empezó a gustar la costura, la lectura, en fin tengo muchas cosas que hacer para no pensar en eso [erotismo] pero sí es bonito, a parte hay muchas cosas durante la vida que van matando esa pasión [risas] tanto tiempo de convivir con un hombre” (Flor, 65 años, casada).

La sexualidad y el erotismo postreproductivo debería ser la oportunidad de las mujeres mayores de vivir experiencias subjetivas acerca del placer y el deseo sexual, evidenciándose en las caricias, las fantasías, los juegos, la expresión afectiva y una mayor apertura hacia la comunicación sexual consigo misma y con su pareja. No obstante, el contexto social, cultural y emocional en el que han vivido estas mujeres las ha condicionado a vivir su sexualidad desde diversos mandatos sociales que han interferido de manera clara en la vivencia de la erótica de muchas generaciones. Ideas relativas a la pasividad femenina (‘mujer objeto’) han sido uno de los principales aspectos que han condicionado a estas mujeres a lo largo de su historia biográfica, recurso que les ha permitido construirse a sí mismas como mujeres y construir una identidad femenina.

La menopausia<sup>39</sup> es un evento importante para la vida de las mujeres, evento que se ha colocado socialmente como condicionante del deseo sexual, e incluso puede ser un parteaguas en esta etapa de sus vidas. Alrededor de este evento biológico se han gestado un conjunto de construcciones sociales que determinan que a partir de la menopausia todo placer y deseo desaparece o está prohibido, lo cual sugiere la sublimación de las necesidades sexuales y afectivas (Freixas, 2013). Visto desde el erotismo, la menopausia puede vivenciarse desde dos referentes: para algunas mujeres significa un cierre, el término del ejercicio de su expresión erótica y del disfrute del placer sexual; en cambio, para otras representa una etapa de mayor libertad y posibilidad de disfrute erótico, que depende de los recursos como la escolaridad, las redes sociales que establecen o mantienen, la calidad de las relaciones afectivas que establecen y de los ecos del discurso biomédico en sus vidas.

De esta manera la sexualidad posmenopáusica no es uniforme. De acuerdo a Coria (2012), para algunas mujeres es un continuum y se mantiene después de ella, con los cambios evidentes que responden a la experiencia y al cuerpo mayor, mientras que otras aprovechan este momento para replantearse la relación e incluso para finalizar no sólo su vida reproductiva, sino también sexual, claro está que esta decisión tiene que ver con la situación personal, emocional, coyuntural y física. Incluso, para algunos autores ésta es otra etapa más del ciclo vital, no obstante la forma de vivir y de transitar por ella es eminentemente social, es decir, depende de las construcciones realizadas en el contexto histórico-sociocultural y de la internalización de un modelo único de sexualidad basada en la reproducción (Ariel y Yuni, 2011).

Las construcciones antes señaladas se basan en los discursos de poder que homogeneizan la experiencia de la menopausia, discursos que se establecen entre los géneros, en el poder que ejerce el discurso biomédico, en las concepciones sobre la sexualidad y el erotismo y en la fertilidad y la vejez. En este evento se depositan creencias, mitos y valores que reflejan la imagen social de ser mujer, no obstante, existen intereses creados que provienen de posiciones culturales, como las que asocian la sexualidad femenina con la reproducción y, por lo que, el fin de la etapa de reproducción, supone el fin de la sexualidad y el deseo, una infantilización de la mujer.

Sofía: “Decía mi madre que cuando te dejaba de bajar te volvías niña y me dejé de bajar exactamente a los 50 años, a los 50 años no me bajo y traía el

---

<sup>39</sup> Biológicamente, en las mujeres llega un tiempo de cese definitivo de la actividad hormonal ovárica, y por tanto, el fin de la menstruación y de su capacidad reproductiva, fenómeno que se le denomina menopausia.

DIU, y fui con el doctor y me dio medicamento y no me bajo, y a los 6 meses me bajó y luego a los 6 meses, al año, y pasaron 6 meses, y de repente me empezó a doler los pechos, y me bajo como sí nunca me hubiera dejado de bajar, y yo dije entonces ya me regularicé, y fue tan normal aquello, y a los 6 meses otra vez y el año otra vez, hasta que me dejo de bajar” (Sofía, 65 años, divorciada).

Cuando termina la menstruación, algunas mujeres sienten haber perdido una parte de sí mismas, de lo que las define e identifica en su carácter de reproductoras y, por tanto, se presenta también el temor, a lo que algunos autores han denominado la “menopausia fría” (Arnaiz, 2011). Referido a esto las mujeres manifiestan como el deseo sexual ha desaparecido en ellas, al adjudicar este hecho a la edad. Este tipo de afirmaciones habla de una representación particular del ser mujer y su expresión erótica. Ello sugiere una naturalización de la diada edad-libido, en donde sexualidad y edad mantienen una relación inversamente proporcional una vez alcanzada la expresión máxima de aquella (Coria, 2012). Además, en el caso de aquellas mujeres que experimentaban la sexualidad reproductiva como una carga, la pérdida de esta capacidad se convierte en una liberación de la imposición de concebir.

En el mismo sentido, las narrativas de las mujeres aparece el discurso médico atravesado que exagera los peligros que pueden acarrear los cambios hormonales, en tales casos las mujeres mayores han tenido que recurrir a los discursos de la ciencia sexual para explicarse los cambios acaecidos en la etapa menopáusica, así los discursos médicos aparecen como verdad-poder que ayuda a las mujeres a moldear sus conductas y comportamientos sexuales. Al respecto, Foucault (2008), señala que la medicalización supone un control social e ideológico sobre la población a través de la estigmatización y regulación de ciertos comportamientos sobre la sexualidad y la reproducción.

Raquel: “Mira a mí me quitaron la matriz y los ovarios a los 46 años, yo le agarré mucho coraje a él porque el doctor me dijo que había sido por eso, porque yo no tenía relaciones desde joven, y en una ocasión también cuando fui al doctor una doctora me dijo que a ella no le interesaba con quien tuviera relaciones pero que debería tenerlas, y ya después vi que sí tenían razón pero no es fácil para mí, o sea, mi mentalidad es otra porque yo cuando me casé con mi esposo dije es un compromiso con una persona y es un compromiso ante Dios y con Dios no se juega, entonces yo no podría de verdad no podría, aparte pues cuando eres joven encuentras pero ahorita ya no, pero no pensé que tuviera consecuencias y sí, sí las tuvo [...] para mí fue muy difícil yo le agarré mucho coraje pero como le digo yo soy una persona que gracias a Dios conozco un poquito del señor y eso me ayudado mucho [...] y ya me ‘apacigüe’ yo solita” (Raquel, 68 años, casada).

Lagarde (1997), comenta que la separación es la situación de abstinencia conyugal prolongada, en un marco cultural que mira inevitable el erotismo conyugal. Sin embargo, la abstinencia como castigo, como defensa, como agresión, es común en la vida sexual de las mujeres. En ellas se alcanza un dramatismo mayor, debido a su obligada monogamia. Es difícil que puedan evadirse de la abstinencia como imposición ineludible porque no trasgreden la prohibición de la exclusividad erótica con su cónyuge. Ellos, en cambio,

pueden vivir largos periodos de abstinencia con la esposa, pero desarrollar experiencias eróticas con otras mujeres de su grupo de cónyuges-amantes, o con prostitutas.

Martha: “Tengo varios años de operada de la matriz y mi marido no me toca [...] Y yo necesito cumplirle a mi marido como mujer [...] le expliqué a mi marido que una cosa es la matriz y otra por donde tenemos relaciones, y que la operación se hace en la matriz que no es que uno se quede hueca pero esa es una idea de los hombres” (Martha, 61 años, casada).

Algunos autores (Arango, 2013; Arnaiz, 2011, Freixas, 2013) comentan que durante el ejercicio erótico aparecen diversos problemas o dificultades sexuales que se refieren al malestar o a la insatisfacción que se experimenta en cualquier aspecto de la vida sexual, ya sea emocional, físico o relacional. Así, cuando se tocó este tema durante el trabajo de campo con mujeres salieron a la luz asuntos, referentes a la disminución del deseo, la dificultad para el disfrute sexual, la sequedad vaginal, la dificultad para lograr el orgasmo, la dificultad de lograr y mantener una erección por parte de la pareja, mostrando la persistencia de una mirada coital, clínica y biologicista sobre la sexualidad que llevó a estas mujeres, de forma inmediata, a la restricción de sus ejercicios eróticos.

María: “Pues mira, yo como mujer veo que obviamente la vagina de uno es más seca, que gracias a que este doctor me ofreció esto [medicamento], porque ya [eran] un poquito dolorosas, ya no era con mucho gusto que lo hicieras, o sea, más bien por darle gusto, tons [entonces] si tiene sus desventajas pero pos hay que saber cómo tratarlas, así como él su erección, pues uno también la lubricación” (María, 64 años, casada).

Según las entrevistadas, la frecuencia de estas relaciones sexuales disminuye en la adultez mayor, así para las entrevistadas existen algunos cambios fisiológicos que provocan diferencias en la manera de vivir la relación sexual, cambios tales como problemas de lubricación y envejecimiento de los órganos sexuales. En último fragmento se advierte, que aunque Socorro le comenta a su esposo sobre su cambio en la lubricación, este se muestra indiferente al respecto.

Socorro: “Nosotros dejamos también de tener relaciones en el 2010, 2011 después de que se casó mi hija. Él no tiene ningún problema su problema está en la mente, yo no puedo decir nada porque se retira [...] porque ya ahora uno empieza con el cambio de la lubricación, así sin lubricar no porque te duele. Entonces yo le digo “espérame déjame lubricarme” [...] Entonces aunque digas una sola vez algo él se hace a un lado, aunque lo apapache, él no olvida es rencoroso” (Socorro, 66 años, casada).

Martha: “A veces sinceramente no tengo ganas, pero no lo siento como forzado ni nada, pero yo digo pues él es mi marido [...] ya después la doctora me dice que hay unos como geles o algo así que ayudan a que no sea doloroso, y ahorita pues bueno no me ha tocado porque todavía no los he usado, pero he notado que ya es diferente para mí, por mi edad aparte como que no era mucho así ‘caliente’ [...]” (Martha, 61 años, casada).

### 6.2.3 Habilitación del cuerpo a nivel estético y funcional.

Dado que el cuerpo de las mujeres experimenta una serie de pérdidas a nivel funcional y estético, es preciso que se sometan a determinados tratamientos para habilitar su cuerpo para el placer y el goce sexual. En este sentido, es importante que la colonización sobre el cuerpo permita negar el aspecto humano y finito del cuerpo, ya que lo que se pretende es que los cuerpos permanezcan siempre bellos y en condiciones óptimas para ser cotizados en el mercado amoroso (Arnaíz, 2011; Martínez, 2004; Robinson, 2005). Particularmente se ensalza la cuestión ética encaminada al control y cuidado del cuerpo, misma que ha derivado una serie de técnicas de mantenimiento del cuerpo como opciones de elección individual (Danto, 2006).

Acorde a esto, en nuestras sociedades, el embellecimiento sirve como dispositivo que homologa e incluye a los sujetos, otorgándole estatus y sentido de pertenencia a un colectivo social (Bauman, 2002). Esta vivencia se vincula a sensaciones y emociones subjetivas que la pertenencia suscita, así los modelos atractivos engendran deseos que incitan a los individuos a imitarlos, haciendo que los sujetos se apropien de las normas socioculturales ajenas y externas, adoptándolas en sus referentes individuales (Illouz, 2007).

Por su parte para Foucault (2007), estas condicionantes modernas constituyen “una política del cuerpo” en la cual es la cultura quien moldea los determinantes de inclusión y exclusión de los sujetos. Desde la visión del autor, el control no es una imposición externa al individuo -ya que no se expresa como una forma de control -represión-, sino que, aparentemente, es el individuo mismo quien toma la decisión de autodisciplinarse. De esta manera, el poder se presenta de forma sutil y consensuada para incorporar los elementos socioculturales en el cuerpo y aproximarse a los ideales impuestos. Así, los cuerpos biológicos se “fetichan” en lo social, es decir se tornan como objetos de presentación de acuerdo a ciertos valores transaccionales de intercambio, los cuales se polarizan entre la belleza y la fealdad (ocasionando en el último caso sentimientos de vergüenza y culpabilidad por la no adscripción a los modelos ideales) (Iacub, 2007).

A pesar de las políticas estéticas difundidas en el contexto actual, se puede evidenciar en los testimonios de las mujeres que la mayoría ha optado por un modelo de belleza basado en el ascetismo, la naturalidad, la sobriedad y la discreción, puesto que en los discursos se observa una serie de resistencias a la estética actual. Aunque señalaron el descontento con ciertas partes de su cuerpo consideradas, las mujeres muestran reticencia al ideal de mercantilizar y tecnologizar su cuerpo<sup>40</sup>, es decir de utilizar los beneficios de la ciencia y la tecnología destinadas a “evitar” el envejecimiento biológico del cuerpo, y con ello, señalan Ariel y Yuni, 2011 “desmaterializar las marcas que la erosión del tiempo han producido sobre la subjetividad” (2011: 41)

---

<sup>40</sup> Modo de afrontamiento activo sustentado en la intervención racional que se orienta a la incorporación de productos científicos-tecnológicos que permiten “moldear” el cuerpo y su imagen por médicos y recursos médicos, estéticos, cosméticos y de alimentos, tales como implantes, colágeno, ácido hialurónico, cirugías. Este afrontamiento activo por parte del sujeto se sintetiza en el concepto de calidad de vida

Este hecho habla de una generación de mujeres que a pesar de estar insertas en un contexto que sobrevalora el cuerpo femenino, éstas muestran selectividad de los discursos que circula en el espacio social. En este entendido, para las mujeres ha tenido más peso el estereotipo de la vejez virtuosa explicada desde diferentes frentes. En primer lugar para Sofía, señala la idea moral de “envejecer con dignidad”, ya que ella considera que eso atenta contra el orden biológico del ser humano, que en este caso incompatibiliza el uso de tecnologías de belleza, hecho que se relaciona con lo que menciona Kogan (2011), quien nos dice que en el mundo social coexisten discursos en la que se condena a quien se califica de viejo, pero también existen discursos de rechazo hacia los viejos “trans-etarios”<sup>41</sup>. En el mismo sentido el fragmento de emerge la idea de la moralidad y la espiritualidad, recurso recurrente que les permite a las mujeres interpretar su realidad. Posteriormente Ariel y Yuni (2011) y Ventura (2000), puntualiza que el conocimiento de un ser superior, espiritual le permite sobrellevar los cambios acaecidos en su cuerpo.

Del mismo modo, aparece una estructuración discursiva que constituye dos campos bien diferenciados del envejecimiento: el proceso natural del envejecimiento relacionado con arrugas, manchas y deterioro biológico, y el proceso de tecnologización del cuerpo envejecido, definido por los avances de la ciencia y la tecnología, discurso que reveló connotaciones negativas para las entrevistadas.

Sofía: “[...] hay que saber envejecer con dignidad, por ejemplo eso de las cirugías plásticas, no puedes ir en contra de la edad, no puedes ir en contra de la naturaleza, vamos a vivir el tiempo que nos toca disfrutar [...]” (Sofía, 65 años, divorciada).

Mónica: “Si no me sintiera a gusto yo, esté, hubiera hecho gimnasia, ejercicio o me hubiera operado, pero Dios me dio todo, con los ojos que yo tenía no necesitaba más [...] yo estoy plena ¡Bendito sea Dios! que no tuve que mover ningún recurso para una operación, ponerme senos [...]” (Mónica, 63 años, casada).

Esther: “A mí no me preocupa mis canas, como que la lleva una tranquila conociendo a Dios, porque cuando no conoces a Dios dices “esta arruga no la quiero”, por qué bueno hay personas también [que] con cualquier cosita se quieren hacer cirugías o dietas o cosas así pero bueno yo sé que tengo que cuidarme sólo lo que es normal [...] yo creo que si hay mujeres que no están tan colgadas y que se operan pues está bien, y bueno también depende de cuánto dinero traigan [risa] aunque bueno también están las ridículos que se arreglan de más [...]” (Esther, 68 años, casada).

Particularmente en este punto de la entrevista las mujeres evidenciaron que la habilitación de sus cuerpos responde a una decisión personal sobre su apariencia física, por lo que, las decisiones sobre su imagen corporal están enraizadas en función de los otros que son

---

<sup>41</sup> Personas mayores que hacen uso de la ciencia (medicina, química, farmacología y estética) para restituir al cuerpo envejecido la aparente energía vital que se ha perdido con los años. Aparece así, expresiones como tratamientos hormonales, terapias de reemplazo, terapia celular, como alternativas para evitar la aparición de la vejez. alternativas terapéuticas dirigidas a especialmente a una población femenina.

significativos, en este caso su círculo social próximo. En este caso, la entrevistada alude al disgusto y molestia cuando se le cuestiona por su cabello, siguiendo su relato llama la atención es el uso de diversas metáforas para interpretar los cambios en su cabello: “trozos de plata” “hilos transparentes”. Consecuentemente se observa la pugna que existe entre el modelo de belleza exteriorizado “cuando me dicen: píntatelos, te ves dejada, te ves fea”, y su subjetividad estética proveniente de su yo interiorizado que le ayuda a configurar su identidad de persona mayor.

Sofía: “Me molesta cuando me dicen de mis cabellos, y yo disfruto mis cabellos, cuando me dicen: “píntatelos, te ves dejada, te ves fea”, cuando yo ya sé que mis cabellos son como trozos de plata, y que tengo ganas de que brillen como seda, como hilos transparentes, y brillan, y es natural porque no me pongo nada. Luego viene una ‘estúpida’ que trae el pelo todo quemado, todo parado y me dice: “mira cómo andas descuidada”, y pienso “arréglate tú ‘wey’”, aunque no lo digo porque soy muy respetuosa [...]” (Sofía, 65 años, divorciada).

Al respecto, Freixas (2013) señala que el color de pelo es una señal de identidad y también un indicador de posición social. Es así que con la aparición de canas las mujeres predominantemente se alejan del modelo de seducción heterosexual. Las canas gozan pues de mala fama en nuestra cultura, son vistas como elemento de tristeza, envejecimiento precoz y decrepitud. Se les identifica como señal de fealdad y dejadez, que para el caso comentado con anterioridad la entrevistada vive una contradicción interna, identificando dentro de sí la contradicción social y el peso del imaginario de la eterna juventud. Es así que la mujer mayor destaca la belleza y la elegancia que presta su cabeza, percibiéndola como elemento seductor, hecho que se considera una trasgresión, una forma de deconstrucción crítica de la idealización de la belleza socialmente impuesta

Para la entrevistada Alma, existe una lucha entre los mandatos de belleza socialmente difundidos entre sus círculos cercanos, no obstante Sofía no muestra interés ni preocupación por someterse a tratamientos quirúrgicos para acondicionar su cuerpo al modelo estético. Empero reconoce que el anterior esposo tenía interés en que ella se operara los senos, lo cual muestra que el cuerpo de las mujeres es sometido a la evaluación por parte de los varones, quienes como parte del colectivo social, imponen formas de modelación del cuerpo femenino, valiéndose de la cirugía estética. Posteriormente la entrevistada reconoció que nunca se sometió a este procedimiento, ya que consultó a su ginecólogo (discurso de poder legítimo para ella) quien le señaló los inconvenientes de realizar dicha intervención.

Alma: “Pues yo me aceptó, porque luego me decían: “¿por qué no te operas la nariz?”, pues a mí no me preocupa, yo me aceptó tal y como soy, porque muchas de mis amigas se hicieron la operación de la nariz, de la barbilla, de los ojos, y a mí no eso a mí no me interesa ni los senos ni nada. Mi esposo el primero quería que me operara los senos porque bueno a él le gustaban las mujeres así voluptuosas [...]” (Alma, 64 años, divorciada).

Lo anterior refleja que la mujer es confinada a ser un cuerpo objetivo, un cuerpo que se circunscribe a su propia representación y en el que los otros encuentran placer. No importa su experiencia de la corporalidad, ni tampoco es ella quien resulta sujeto de deseo. Son los otros y fundamentalmente los hombres quienes hacen del género femenino un objeto de contemplación y deleite, o llegado el caso, un signo de su posición social. Siguiendo a Bembibre e Higuera (2010), señalan que las mujeres, en la sociedad contemporánea, aparecen como propiedad del hombre, y sus cuerpos operan como signos del estatus social masculino, por lo que, resulta conveniente para ellos moldear el cuerpo de las mujeres.

Eva, señala que la habilitación de su cuerpo y su imagen pierden sentido cuando no tiene pareja “que me presione”, reconociendo en esta expresión que existe una exigencia masculina para adaptarse a la estética culturalmente difundida en el contexto, de tal manera que no teniendo la figura simbólica de otro que exige el modelamiento del cuerpo cambia de referentes, que igual como lo comentaron otras entrevistadas ya no es la belleza, la atracción física, la sensualidad, sino la salud, dimensión en la que ahora se centran las decisiones sobre el cuerpo, en especial la dieta, el ejercicio, cambios en la alimentación, por mencionar algunos.

Eva: “Pues sí, tomando en cuenta mi edad y eso, sí, podría estar mejor, pero a veces digo “Ay, que flojera, meterte a una dietota”, pero no, ahorita estoy haciendo consciencia de que ya no es por el cuerpo, es por necesidad de la salud, voy a bajar de peso. Pero no me preocupa, sobre todo cuando no tengo ninguna persona que me presione, una pareja, hay muchos señores que te presionan de que quieren que estés muy guapa, muy esbelta y todo, entonces no tengo eso y si lo tuviera, pues no sería mi pareja, porque, pos sí, tiene que aceptarte, digo ellos también están igual o peor de colgados [risa]” (Eva, 67 años, separada).

La percepción subjetiva de envejecer y la percepción del propio cuerpo envejecido son relativizadas en función del mandato social de mantener un buen cuerpo: joven, bello y sano, teniendo esta última dimensión un aspecto esencial en la vida de las mujeres mayores. Por lo que, la estructura corporal es sometida a una cuestión moral de autocuidado y habilitación de la apariencia para poder pertenecer al ideal de envejecimiento activo. Para tal fin, en menor medida las mujeres mayores aceptaron utilizar métodos para controlar su peso, diversas prácticas del cuidado de la alimentación, y rutinas de ejercicio.

Victoria: “Lo cuidamos... eh, de alimentación, del deporte, eh... en el sexo porque también es una forma de cuidarte [...] también usamos el gimnasio para quemar calorías, lo que sí que tratamos mucho de cuidarnos en el comer, cuidar el peso, comer poca carne, este, quisimos hacernos vegetarianos pero ¡no! [risa], sí comemos carne pero no mucha” (Victoria, 60 años, unida).

Siguiendo las aportaciones de Le Breton (2002), los sujetos tienen la necesidad de convertir su cuerpo en un proyecto personal para adaptarse a la estética dominante, así que apoyándose en diversas técnicas para disimular las huellas de la edad como la moda, estilos de vida, cosméticos, ayudan a los individuos a habilitar su cuerpo

para la presentación de éste ante el espacio social. No obstante una gran mayoría de las participantes en el estudio señalaron no hacer uso de cosméticos, pinturas, cremas u otras formas de proyecto corporal para disimular el paso del tiempo.

Esther: “Pues físicamente yo creo que sí, es curioso las personas mayores ya cierta edad te das cuenta que te empiezas a arreglar un poquito más, yo nunca he sido de mucha pintura, ni de joven nada más tu baño, tus aretes, pero hay gente que sí, hay gente con sombra aunque sea con todas las arruguitas, con los tacones, andan con todo [...]” (Esther, 68 años, casada).

Para las mujeres, la vestimenta juega un papel importante en su identidad de personas mayores, concretamente existe una lucha interna entre las mujeres por “vestirse de acuerdo a su edad”, práctica cargada de simbología y que denota el estereotipo de una vejez recatada. De tal forma que la manera de vestir supone un espacio de presentación externa, influye en la imagen corporal, es una manera de mostrar identidad a los demás y de forjar relaciones en el mundo social, por lo que, las decisiones en torno a la vestimenta son también prácticas de belleza y una forma del manejo del cuerpo de acuerdo a una categoría social.

Socorro: “Y bueno yo si no traigo todo combinado desde la ropa interior, el ‘chonino’, no me siento a gusto, no puedo andar, yo siento mucho la apariencia, no te digo, no me siento yo hermosa [...] me arreglo para mi autoestima, yo el día que no tengo ganas ni de peinarme ando mal [...] me gusta echarle el IVA el agregado” (Socorro, 66 años, casada).

Sofía: “Tienes que vestirte de acuerdo a tu edad, si tienes 60 años vístete a esa edad no te vistas como si tuvieras 20 o 40 porque ahí sí, y ya lo dijo Carolina Herrera: “no hay envejecimiento peor que el que te quieras vestir como una jovencita cuando tiene 60 años” [...] he tratado de cuidar también mi vestido, vestirme de acuerdo a la edad que tengo y no andar buscando otras cosas [...]” (Sofía, 65 años, divorciada).

Ana: “Pues sí me gusta todo lo único que no me gusta es la panza [risa] me voy a poner a dieta como mi nuera y comer puras lechugas [...] ahora lo inconforme de mi es que tengo feas piernas, entonces como en el negocio hay hombres pues empecé a usar pantalones, pero digo ya no estoy en edad de usar pantalones y me pongo vestido pero tampoco me gusta [...]” (Ana, 67 años, casada).

Finalmente los testimonios de las entrevistadas mostraron reticencia al uso de medicamentos u hormonas para habilitar su cuerpo, dadas las pérdidas a nivel funcional. En el caso de Sofía da una justificación que vincula la menstruación con el deseo, por lo tanto, en la vejez al no existir este acontecimiento orgánico de forma inherente tampoco existe el deseo (Freixas, 2013). Además se observa su resistencia a la medicalización en esta etapa de vida, para ella el hacerlo sería como mantener de forma artificial un deseo, que por naturaleza, debe extinguirse. A partir de este argumento, la medicalización es una forma de agresión contra su cuerpo.

Sofía: “No creo que haya, ahorita que yo ya estoy de ‘este lado’, le digo a las mujeres jóvenes: “cuando te baja tienes dos tiempos en los que se te mueve la matriz como un órgano ‘autónomo’, uno es cuando te va a bajar y el otro cuando estas ovulando, qué tienes contracciones, entonces, ahí es donde se despierta el libido porque sientes y te mojas. En el caso de las mujeres mayores que toman estrógenos si tienen problemas, porque el estrógeno te está manejando las hormonas y el medicamento te obliga a tener deseo [...] Yo pienso que todo está en la mente más que en el medicamento ¡Yo me respeto wey!” (Sofía, 65 años, divorciada).

### **6.3 El reconocimiento del propio cuerpo de hombres mayores.**

#### **6.3.1 A nivel estético.**

El reconocimiento del cuerpo en varones mayores se relaciona de forma directa con los imaginarios sociales de masculinidad, es decir con las premisas impuestas socialmente del “ser hombre”, las que son interiorizadas por los sujetos mayores y que permiten a los hombres mirar la vejez despreocupadamente porque esta experiencia está determinada por su trayectoria vital y sus estatus, no por su biología. En ese sentido, los estudios señalan que el hombre mayor aparece como símbolo de atractivo, en quien los signos de envejecimiento pueden aumentar su cotización. Es así que el diseño patriarcal incluye un mayor margen de tolerancia en cuanto a la edad, la belleza y la posibilidad de encontrar una pareja afectiva y sexual (en donde cuyos signos de envejecimiento incluso pueden aumentar su atractivo) (Arango de Montis, 2008; Arnaíz, 2011; Coria, 2006).

En tal entendido, algunos testimonios de los hombres mayores se identifican desde la metáfora de un cuerpo narcisista, acorde con el sistema patriarcal que lo soporta. Ariel y Yuni (2000), comentan que el imaginario colectivo erige un ideal de un hombre encarnado en su cuerpo donde impera la novedad, el hedonismo, la exaltación del cuerpo, donde no sólo se trata de ser sino tan sólo de parecer, de seducir, de impresionar, una matriz de *poiesis*, es decir, una forma de ser y estar en el mundo. Es así que para los hombres mayores considerados en el estudio asumen su cuerpo como principio de identidad, una extensión de los aparatos de poder de las instituciones del patriarcado, por lo que la construcción de su personalidad hace apología de poder de seducción y atracción al sexo femenino.

En el caso del testimonio de Santiago presenta su cuerpo como un espacio simbólico de atracción. Se observa durante su relato que su identidad de “galanazo” está construida mediante la interacción que tiene con los otros, el reconocimiento de su cuerpo esta mediado por las figuras estéticas de los otros significativos y los espacios que se relacionan con las comunidades interpretativas de la belleza. Aunque el entrevistado hace alusión a otras épocas de desarrollo de su vida no arguye una descalificación o desvaloración, al utilizar el recurso de la memoria y la comparación. Esto significa, pues, la centralidad del cuerpo en la experiencia cotidiana y la importancia que esta reviste para la construcción de su identidad de hombre.

Santiago: “Yo era, por ejemplo, en mi adolescencia, yo era de los que llegábamos a una disco o alguna fiesta y mientras mis amigos y yo éramos algunos, algunos galanzones, yo me confiaba de ahí [...] Entonces... hoy en día sigo siendo muy parecido en ese sentido... entonces... este... ¿qué te puedo decir? Pues, me siento bien, que pueden tener gusto por mí, así como yo lo tengo por, por, por las mujeres ¿no? ese es el punto” (Santiago, 62 años, divorciado).

En el mismo orden de ideas, Antonio al llegar a este punto de la conversación hizo alusión a dos figuras colectivas para comparar su representación corporal, que en este caso señaló a “Rambo” y “Adonis”, símbolos en los que se refleja la idea corporal del hombre: fuerte, musculoso, valiente. No obstante, en el fragmento del entrevistado se observa un juego de inclusión y exclusión en los mandatos sociales de masculinidad. Por un lado, se excluye de las figuras simbólicas a las que recurre para comparar su cuerpo, pero por el otro, reafirma su capacidad de seducción al hacer empleo de estrategias de afrontamiento como el cuidado del cuerpo y el ejercicio. Juego que también se hace presente en el testimonio de Mario, que señala no ser atractivo, pero reconoce que tiene su “pegue”.

Antonio: “Sé que tampoco soy un Adonis [risa] ni soy Rambo, entonces pos... este, yo también... pero considero que me cuido mucho, que, que este... que soy activo y aunque, y aunque ande algo de kilos pasados, pero ahí estoy manteniéndome porque hago mucho ejercicio ¿no? tenses [entonces], definitivo soy alguien que llama la atención y eso lo traigo desde que soy soltero” (Antonio, 68 años, casado).

Mario: “Pues no, o sea, creo que soy un hombre que, que tengo lo mío, o sea, no soy atractivo pero tengo mi pegue [...] yo quisiera tener unos 6 o 7 kilos menos de panza, pero fuera de eso, sí, si siento que aún robo miradas” (Mario, 61 años, unido).

Para los hombres la aparición de determinados signos de envejecimiento periféricos como las canas, las arrugas, son un símbolo de atracción y seducción dentro del sistema patriarcal, mientras que para las mujeres el envejecimiento representa la pérdida de su único bien: el cuerpo, para los hombres ese bien adquiere una significación distinta, pero no una ruptura. Así, lo señaló Armando durante la entrevista, el cual identifica que su indumentaria (estatura, complexión, porte) le representan una forma de situarse en el contexto actual, marcando incluso maneras de relacionamiento con los demás sujetos.

Armando: “Probablemente, probablemente genere algún grado de interés en la gente que me ve, pero por la barba, por lo alto, por las generalidades de mi cuerpo, entonces como que mí... indumentaria, es ésta, el traer la barba, y puede ser que llame la atención por eso [...]” (Armando, 68 años, casado).

Los modelos estéticos para los varones muestran una mayor tolerancia a los signos del envejecimiento, aunque los entrevistados señalaron que el cuerpo era el espacio donde se reflejaba el paso del tiempo, esto no los alejaba del todo de mostrarse como objeto de deseo para las damas, tal como lo señala José el hecho de enviudar lo reposicionó en el mercado amoroso.

José: “Yo creo que sí, a las de mi edad, pos yo creo que sí, porque este, más o menos al parejo, me siento bien con mi cuerpo, incluso me ha pasado que cuando recién enviude pues las del edificio se me lanzaban [...]” (José, 73 años, viudo).

Existen múltiples interpretaciones con la que los adultos mayores reconocen su cuerpo que se muestran como continuidades y rupturas tanto con el discurso patriarcal como con el discurso edanista. Es así que, la experiencia que cada varón tiene con su cuerpo depende de su historia individual y de la forma en que el contexto y la cultura son internalizados por el sujeto, según edifican su subjetividad estética. De tal forma que para adultos mayores, el cuerpo se construye en la relación que el sujeto tiene con su realidad, al decir de la manera en que el sujeto oye, deforma o permanece sordo al discurso del conjunto. Es decir, como el sujeto incorpora y, al mismo tiempo, contribuye a la producción del imaginario social de su propio cuerpo.

La importancia del reconocimiento del cuerpo subyace en la posibilidad de construcción de la memoria que se produce en el ámbito íntimo del sujeto, recurso que le ayuda a la persona mayor a forjar su identidad a lo largo del tiempo, de tal manera que para los varones involucra un proceso de reconstrucción de la memoria. Tal como lo señalaron las mujeres mayores la elaboración de una imagen corporal implica un trabajo de construcción y reconstrucción permanente del pasado el cual es necesario para la elaboración de una identidad actual.

Los segmentos presentados a continuación muestran las contradicciones que utilizan los hombres mayores para explicarse su imagen corporal, para ello hacen uso de la comparación con ellos mismos, con los otros significativos y con el otro estigmatizado. Así, la experiencia corporal es vivida como una contradictoria relación entre el sentido subjetivo y un proceso externo de envejecimiento biológico, en tanto que los sujetos se identifican con una imagen corporal del pasado, creando conflicto con su cuerpo actual.

Jesús: “El hombre con su pancita y con arrugas, y con cosas que también pos ya no luce tan atractivo, entons [entonces] este, igual el mismo pecho del hombre caído ¿verdad?, en fin, y cosas que antes no tenías, yo por ejemplo me acuerdo que antes no tenía esta panza, y ahora no me la puedo quitar de encima [risa]” (Jesús, 62 años, casado)

Raúl: “Pos no tengo facciones finas, no tengo una [inaudible], un pelo bonito, no tengo ojos bonitos, tengo unos ojos muy chiquititos, entonces no, no, guapo no, me considero del montón” (Raúl, 70 años, casado).

Alfonso: “Sí, porque como le digo, he visto hombres y mujeres de más 60 años, de mi edad y pos se ven bien, pero hay de todo, tan los que se pasaron mal toda la vida, también he visto hombres muy acabados, me dicen su edad y yo soy más viejo que ellos” (Alfonso, 75 años, casado).

Por otro lado, y de acuerdo a la literatura revisada emergió la idea del cuerpo como cárcel, acorde con la idea masculina de funcionalidad y movimiento. En tal entendido para Iacob (2007), en la cultura actual el cuerpo es el espacio donde la temporalidad y lo efímero del ser humano se hacen presentes. Desde este argumento, con la aparición de arrugas, canas, pérdida de piezas dentales y determinadas enfermedades propias de la tercera edad causan que el cuerpo de los viejos sea visto como prisión, cárcel e incluso tumba. Siguiendo a Rusell (1997, citado en Ariel y Yuni, 2011), el cuerpo prisión es una herramienta mediadora entre la psiquis y el mundo, a través de la cual el sujeto es reconocido y con el cual se identifica, no obstante, las personas mayores pueden llegar a sentir su cuerpo como extraño, al separar al sujeto o aprisionarlo por no acompañar sus deseos.

En los siguientes dos fragmentos se observa la importancia que reviste para los varones el que su cuerpo no se corresponda con sus necesidades, apareciendo la idea de la dependencia “que tienen que hacer todo por tí”. Es así que aspectos de la funcionalidad, tales como moverse, caminar, alimentarse y realizar actividades de la vida cotidiana son fundamentales en la percepción que construyen hombres mayores como un “cuerpo cárcel”, en constante vigilancia, control, sometimiento. En tal entendido, la evidencia empírica señala que los hombres mayores viven una especie de duelo (narcisista) por la disminución de las funciones corporales, así como por el menoscabo y la pérdida de la imagen de cuerpo de la juventud.

Aunque culturalmente el cuerpo del varón se encuentra asociado a la potencia física, la cual lo inviste de mayor poder, en los segmentos aportados de los varones se encuentra la visibilización de lo que los debilita, expresando de esta forma el malestar o la disconformidad con el ideal del varón, razonablemente el cuerpo es el espacio donde se refleja el paso de los años, significados que sin duda repercuten en el posicionamiento de sujetos eróticos y sexuales.

Alfonso: “Pues que se vean más arrugaditos, menos arrugaditos, más chaparritos o más encorvados, y pues eso dificulta que te puedas mover [...] como una cárcel que no te deja hacer nada y que tienen que hacer todo por tí” (Alfonso, 75 años, unido).

Raúl: “Pues ¿qué le diré? pues debo de estar a gusto porque no podemos cambiar el cuerpo, el cuerpo humano no está como para cambiarlo, aunque hay algunas cosas que ya no puedes hacer, tu jalas pa´un lado y tu cuerpo pal´otro [risa]” (Raúl, 70 años, casado).

Jesús: “No puedo hacer ninguna actividad, como correr, no puedo agitarme ahorita, por decir te voy a comentar con esto de las piernas de la insuficiencia venosa pues definitivamente si afecta tú día a día [...] a veces me siento un inútil” (Jesús, 62 años, casado).

Los discursos reflejan la imagen de un cuerpo producto de las decisiones individuales de los sujetos, y en cierta medida producida por el exceso de vicios, basados en el no cuidado, autoabastecimiento y la autodisciplina, elementos básicos que de acuerdo a algunos estudiosos son relevantes para aspirar a una buena (bella vejez) (Foucault, 2008; Le Breton, 2002; Martínez, 2004). En tal situación Fernando señala que existe una responsabilidad

individual del sujeto en los modos de envejecer, ante la nula cultura que ayude a las personas a afrontar el envejecimiento.

Fernando: “Generalmente no tenemos la actitud ni culturalmente de mantener nuestro cuerpo ya sea viejo pero en forma entonces pues nos descuidamos, y al final ya no funciona como debería” (Fernando, 66 años, unido).

Antonio hace énfasis en que no gobernó sus apetitos durante la juventud, producto de eso “me veo acabado”, de esta forma durante su juventud y adultez tuvo adicción al alcohol y al tabaco. No obstante, dentro de su relato se presenta como contradiscurso la parte del cuidado moral fundamentado en la religión, la que le otorga sentido al cuidado del cuerpo en esta etapa de vida.

Antonio: “Mire le voy a decir la verdad, yo tomé mucho tiempo [alcohol] y yo creo que por eso me veo acabado [...] antes no lo cuidaba [...] Entonces, aquí dice [señala la biblia], el templo sagrado, el cuerpo de él, el tuyo, el mío, es sagrado, pero está en uno “¿Sabes qué? voy a cuidarlo”, “¿Por qué te cuidas, tú ya estas viejo” sí, estoy viejo pero todavía puedo darle una lucidez a mi cuerpo a que sirva de ejemplo de que hay una señal de que todavía hay muchas cosas por hacer ¿cuáles?, no sabemos, no sabemos, pero estar preparado” (Antonio, 68 años, casado).

### 6.3.1.1 El descontento con el cuerpo.

Hasta el momento se ha observado un cuerpo mayor cargado de significados sociales que identifican al varón con su identidad masculina, los que no en pocos casos lo llevan a una confrontación con su yo interior, dada la nueva realidad que experimentan con un cuerpo envejecido que no corresponde con los ideales de fuerza y lozanía con los que fueron socializados. Sin embargo, dentro de los testimonios de los hombres aparece como característica de desvalorización la “panza”, mostrando en gran medida inconformidad con esa parte de su cuerpo. Kogan (2011) señalan que las características físicas más desvalorizadas por los hombres son la gordura, los rollos y lo amorfo, para lo cual recurren a ciertas prácticas para combatir estas características como el deporte, puesto que los varones no hacen dieta, ya que representa un recurso típicamente femenino.

Llama la atención de los segmentos de los entrevistados, que en este apartado acerca del descontento con el cuerpo, estas no aparecen ligadas a sentimientos de vergüenza, repudio, o culpa, pero si de una especie de caricaturización para mostrar esta debilidad corporal. Además que para discernir este descontento no hacen alusión aparente a mandatos estéticos masculinos, sino que la hacen en relación con su yo joven, haciendo énfasis en partes del cuerpo hipersexualizadas dentro del imaginario colectivo.

Armando: “[silencio] te digo, no sé, al menos no, no me he puesto a pensar en eso... yo creo que la panza es mí... mí talón de Aquiles [risa]” (Armando, 68 años, casado).

Carlos: “¡Ah!, ¡ahorita, mi panza! O sea, digo, no la tengo muy grande pero este... pero sí quiero bajarla ¿no? o sea... y este... haz de cuenta que yo había bajado como [risa] mi peso siempre fue de 79, 80 kilos, me casé con ese peso ¿sí? pero el matrimonio me hizo, que las tortillitas de harina, las carnes asadas” (Carlos, 66 años, casado).

Mario: “Sí, me siento a gusto... me sentiría más a gusto si adelgazara de la panza y tanto, pero te llevaría a dieta de ciertas cosas que dices, yo prefiero estar feliz y comer lo que me gusta de momento” (Mario, 61 años, unido).

En menor medida los hombres hacen referencia a signos corporalizados del envejecimiento como lo es las arrugas, las canas, la pérdida de dientes y cabello, evidenciando que el cuerpo no es experimentado como problemático. Es así, que los hombres consideran a sus cuerpos como organismos con materialidad, lo que les permite la experimentación de la sensorialidad, la sexualidad y el acceso al goce en mayor medida. Pese a este mandato social, los hombres experimentaron disgusto con las partes del cuerpo que les impiden mostrar agilidad, energía y vitalidad como las piernas, estas características se consideran eminentemente varoniles, hecho que se relaciona con las ideas de masculinidad interiorizadas en los sujetos. La aparición de ciertos recordadores corporales como la pérdida de esbeltez o la aparición de enfermedades antes inexistentes en el individuo hacen que el cuerpo se vaya “empobreciendo”.

Alfonso: “Bueno, quisiera tener menos arrugas ¿verdad?, pero pues, ya, ya, ya, ya eso es, es normal, eh... eh, me... ya he perdido dientes ¿verdad? y así, en lo que se refiere a partes del cuerpo se van empobreciendo, se van empobreciendo, lo que sí, lo que sí, quisiera yo seguir fortaleciendo son mis piernas que han sido, han sido la base de, de la mejor época de mi vida [...]” (Alfonso, 75 años, casado).

Mario: “No porque estoy calvo, me faltan dientes, porque usó lentes...pues de mi cuerpo sólo me gustan mis manos no sé, porque mis piernas porque me mantienen caminando y me mantienen bailando pero que yo me considero una persona atractiva pues no [...]” (Mario, 61 años, unido).

Francisco: “Pues en realidad ninguna estoy gordito y trompudo porque bueno de chicos y fui delgado, en mi trabajo era de mucha fuerza, de mucho movimiento, ¡córrele para acá! ¡córrele para allá! y bueno era una actividad física de todos los días por eso traigo el desgaste en los discos [...]” (Francisco, 65 años, viudo).

### **6.3.2 Nivel funcional.**

A nivel funcional se puede hablar de una aparente desconexión con el cuerpo, la cual esta mediada por el desgaste físico y la energía sexual, por lo que, cuando el hombre es joven “tiene toda su virilidad”, referida a la potencia sexual y la capacidad de penetración, pero conforme el envejecimiento se corporaliza la aparente separación de cuerpo y la libido, llevándolos a una confrontación consigo mismos y con su identidad masculina.

César: “Pues no, yo pienso que no, yo veo muchas personas así, que, este, pienso que muchos sí y mucho no, pero nomas me imagino no les pregunto ni nada, también me imagino muchos adultos que no, así como cansados como que las vida les trato mal y se ven más viejos, pienso que ellos no piensan en sexo o ya no pueden, como yo, que estoy batallando entonces entre más adulto más batallare y personas que tienen 70 o van para los 70 no hacen nada [...]Por eso es por lo que me siento mal, tu sabes con los años uno ps ya no responde igual [dificultades de erección], y a veces digo no pues entonces ya no sirvo, pero mientras se pueda voy a seguirlo intentando” (César, 62 años, viudo).

Alfonso: “Eso [erotismo] como lo quieras llamar se va perdiéndose definitivamente, o sea, no es tan importante ya, tiene su valor desde luego, pero puedes pasar en un segundo plano porque todas las demás cosas lo llenan [Otras actividades sociales]” (Alfonso, 75 años, casado).

En ese entendido, los hombres comentaron que la sexualidad esta mediada por una representación gráfica, en donde el punto máximo de ejercicio sexual se corresponde con la etapa de la juventud, esta imagen se asocia a la virilidad máxima en el hombre, no obstante con el transcurrir del tiempo la energía e intensidad van descendiendo, hasta llegar el momento en que se separa el cuerpo y la sexualidad.

Fernando: “Hay un proceso de desintegración física entonces el alma o la energía vital barra para un lado y el físico agarrar para otro [...]” (Fernando, 66 años, unido)

Alfonso: “Yo, yo considero... que sea, que sea... que sea, que sean... este, necesario... más bien, sí lo considero necesario pero no indispensable, no, no urgente, no, no vital, no condición necesaria, no ¿verdad? [...]” (Alfonso, 75 años, casado)

La dimensión del miembro suele ser utilizada por la sociedad patriarcal para mantener un ideal omnipotente, que favorece las idealizaciones y focaliza la búsqueda del disfrute en una mecaniza basada en la dimensión. De esta forma los sujetos, tanto hombres como mujeres quedan reducidos a la zona genital como la única y legítima zona apropiada para el disfrute. Una de las consecuencias inevitables es valorar la dimensión, una tendencia voyeurista que ensalzan la ostentación del “buen bulto”, que en entre otras causa la obsesión de ellos por “cumplir con la función”, como prueba de potencia viril.

Fernando: “Y bueno también creo que los hombres a esta edad, y a todas las edades, siguen teniendo una fijación con el tamaño porque desde niños te dicen que quien la tenga más grande y es el más ‘chingón’, y aunque el tamaño sí importa en cierta medida, pero no es el factor único también tiene mucho que ver la cuestión psicológica y la cuestión del erotismo” (Fernando, 66 años, unido).

La cultura patriarcal exalta la erección como una máxima expresión de virilidad, entonces para los varones la erección es una prueba indiscutida de masculinidad, en cada encuentro

sexual ponen a prueba su identidad masculina. De esta forma tanto la erección como la penetración se convierten en demostraciones permanentes de fuerza y vitalidad. De esto surge que cualquier obstáculo que impida estas demostraciones sean consideradas como rasgos de impotencia con serias repercusiones en la identidad de género de los varones. Es tanta la responsabilidad que recae sobre el pene que algunos hombres ha llegado a considerarlo como un “ente” independiente de la propia persona.

Carlos: “Pues es lo que dicen: ‘nacimos juntos y ya te moriste’” [risa]  
(Carlos, 66 años, casado).

En el siguiente testimonio se enmascara con tinte humorístico las profundas angustias por las que pasan las personas mayores al dejar uso de los órganos considerados sexuales, en este caso el pene, a través de la socialización ha enseñado a los hombres que la relación coital es el sexo verdadero, al carecer de este recurso de seducción su posición de hombres se ve seriamente afectada. Así enmascarado este fenómeno con la mofa y la caricaturización esconde los miedos, prejuicios y estereotipos de los hombres como recurso para afrontar su pérdida de turgencia en la vejez.

Santiago: “Para mí sí [risa], este, para mí sí, definitivamente, no sé para otros. Yo considero que los impedimentos de salud, físicos o alguna otra cosa, solamente o, como yo le digo, la sinusitis ¿verdad? digo, “Es qué tú traes sinusitis” [...] Sin uso, ‘sin-usitis’, digo, pues tienes sinusitis, no usas aquello para, para lo que es ¿no?” (Santiago, 62 años, separado).

En este caso, el paso de los años son vivenciados como una pérdida que se expresa de forma directa con el miembro viril, ya que como lo señala Martín, depende de la carga simbólica que le otorgue el varón, y en esa medida será la sensación de pérdida, de ahí la importancia de buscar relaciones con mujeres más jóvenes que ellos.

Martín: “[...] me lo ha empezado explicar son gente que se está agarrando a los últimos alimentos vitales, por eso es frecuente encontrarte personas mayores hombres y mujeres con los jóvenes y que buscan ¿nada más que la erección que esté más firme o que dure más tiempo? yo pienso que no que hay otra connotación tal vez psicológica y cultural y es un aferrarte a la vida y si para la gente es muy importante es una pérdida muy grande [...]” (Martín, 74 años, viudo).

De esta forma la erección y la penetración se convierte en la demostración permanente poder, premisa bajo la que fueron socializados los hombres mayores. De esto surge que cualquier obstáculo que impida esas demostraciones de fuerza y penetración serán considerados como rasgos de impotencia y como serias alteraciones a la identidad de género. De esta forma se advierte en los testimonios de los entrevistados una pérdida paulatina de poder del único recurso de erótico, al respecto segmentos como los que se señalan a continuación evidencian que hay un proceso energético que impide a los varones tener relaciones satisfactorias. Particularmente en el caso de Alfonso se señala que la erección es un proceso agotando para el hombre, y en este desgaste energético el hombre va sucumbiendo en los caminos de la asexualidad.

Alfonso: “Pues... yo creo que lo gozas más porque es menos ¿no? [risa] o sea, a lo que me refiero es que, es que no lo haces con la continuidad y con las, este... del... vamos energía” (Alfonso, 75 años, casado).

Alfonso: “Pues ya no, ya no es la misma respuesta maestra, indudablemente, hay agotamiento tanto en el hombre como en la mujer, eh, un acto sexual por ejemplo después de los 65 años, es más agotante para el hombre que para la mujer, agotante en el sentido de que, eh, la... el, la inversión de energías ¿verdad?, en el, en el varón, pues eh, es más eh, más eh... más eh, más explosiva que en la mujer ¿verdad?, tenses, por decirle, el varón de 65 años mayor, pues eh... conforme más trabajo le cuesta complacerse sexualmente, eh, va apeteciendo menos precisamente el, el, la necesidad eh, sexual ¿verdad?, se va, se va haciendo menos ¿qué le diré?, menos explo... menos... eh... disponible para estimularse eróticamente ¿verdad?, pero es una opinión maestra, ¿verdad?” (Alfonso, 75 años, casado).

Se advierte en los testimonios aportados por los varones una pérdida de la frecuencia de sus encuentros sexuales, lo cual coincide con los hallazgos de la literatura. Consecuentemente hay una desconexión paulatina de las relaciones íntimas con la pareja. De esta manera se señala que no es algo negociado al interior de la pareja, sino que es un proceso implícito, del que no se habla, pero que si tiene profundas connotaciones sociales, la invisibilidad y el olvido de los reclamos sexuales y eróticos en los envejecientes.

Francisco: “[risa] pues últimamente no, pero cuando éramos jóvenes sí, todos los días, como le digo, madrugadas y todas esas y ya estos últimos años que estuvimos aquí pues ya no era todos los días pero sí le aseguro que una vez por semana sí o a veces hasta dos [...]” (Francisco, 65 años, viudo).

Alfonso: “Pues negociado, negociado por consecuencia, negociado no en el momento en que, digamos, no hubo un momento en que estemos sentados la pareja y decir “Oye de aquí en adelante nada más vamos a tener relación sexual cada 5 meses, dos veces al año, etcétera y de ahí va a ir muriendo” no, no, no, no, fue como le digo, acuerdo mutuo pero, pero, pero consciente, consiente, consiente, consiente, consentido, consensuado más bien, consensuado, pero no, no que, que llegara a una formalidad de, de negociarlo vamos a llamarlo” (Alfonso, 75 años, casado).

De esta forma el modelo patriarcal ha instalado en el miembro masculino la máxima expresión de potencia viril, y es así como no pocos hombres se ven en la necesidad de estar poniendo a prueba su capacidad de lo que creen su potencia, consecuentemente hay una competencia social para ser aceptados y reconocidos dentro del género masculino. Es así que se finca una colonización de su subjetividad, para otorgar mayor valorización a los fenómenos que acaecen a la erección y la penetración. De esta manera, para Antonio, el pene es el único responsable del orgasmo y el disfrute sexual, idea que se relaciona con un modelo sexual limitado y frustrante para los varones.

Antonio: Claro, ya no sirvo ¡vámonos!, ya se acabó (Antonio, 68 años, casado).

La misma cultura patriarcal otorgó a la erección masculina como el símbolo máximo de virilidad, maginando al mismo tiempo, las prácticas del erotismo, este es uno de los motivos por los cuales los varones quedan desesperadamente pendientes de sus posibilidades de erección, y a consecuencia, aterrados por si ello llegara a no producirse, en consecuencia el pene ocupa un rol decisivo de hombres en contextos culturales tradicionales. Desde esta visión, para Jerónimo habla del temor de los hombres a no cumplir con el papel esperado en la intimidad, a consecuencia llevan a reprimir sus deseos e intereses sexuales.

Jerónimo: “Digo, no sé, cada caso sería particular, pero, pero a lo mejor hay cierta, temor de... si hay un estereotipo de cómo debe ser una relación, este, eh, sexual ¿verdad? y uno no cumple con ese estereotipo, a lo mejor hay cierto temorcito, entonces mejor no se anima, o se reprime, este, cuesta trabajo el acercamiento, no sé, yo creo que ahorita hay mucho de eso ¿no?” (Jerónimo, 69 años, viudo).

Ellos se sienten obligados a tener la turgencia necesaria para llevar a cabo exitosamente lo que suele ser visto como una tarea que acumula puntos en el autoestima masculina. En esto se finca el mito de la “erección perpetua”, la cual condena a los varones a estar en un eterno campo de batalla interior en defensa de su identidad masculina. Sin embargo, como lo señala Carlos, hay una inversión de papeles cuando se llega a la vejez, mostrando una cierta feminización de los hombres, al ser estos quienes ya no se encuentran dispuestos al contacto sexual por miedo a no “cumplir” la función para la cual socialmente fueron educados.

Carlos: “La mujer, a veces pues, aunque esté joven, pone excusas cuando no tiene ganas y le duele la cabeza [bromea] ¿de acuerdo? entonces, hay situaciones en que dicen: bueno, a la mujer ahora le vamos a dar hormonas y el hombre va a ser el que diga que le duele la cabeza, arriba de los 60” (Carlos, 66 años, casado).

Los hombres experimentan una considerable vulnerabilidad que impone el paso del tiempo al reducir o poner en tela de juicio dada la carga simbólica que los varones le otorgan a su virilidad. En esta medida, los testimonios aportaron afectaciones emocionales y psicológicas al experimentar fallas en el funcionamiento de su miembro viril. En el segundo testimonio se advierte un “shock”, una forma de confrontación consigo mismo, dada la proximidad de la disminución y paulatina pérdida de la libido y la erección.

Fernando: “Sí, por decir, ciertas alteraciones en el hombre ¿verdad? ya sea depresión, dependiendo como lo considere, pero si él está consciente de que eso es fisiológico, no tiene por qué afectarte pero si te llega [...]” (Fernando, 66 años, unido).

César: “Mire, hay personas, por los comentarios, hay personas este, yo no sé, yo he escuchado que dicen mis compañeros, tienen 57, 58 años de

edad... este, “Yo, yo ya no tengo erecciones”, pues tú como persona entras en shock porque sabes que tarde o temprano te puede, te va a pasar a ti [...]” (César, 62 años, viudo).

Cuando los hombres comienzan a tener problemas de erección, se despliegan una serie de estrategias de afrontamiento como la resignación. La narrativa de César evidencia que cuando ya no tenga la fuerza de urgencia se va a tener que “conformar” con caricias, besos y otro tipo de prácticas sexuales, llama la atención de su testimonio que la carga simbólica es la erección invisibilizando la diversificación erótica. En consecuencia, el adulto mayor experimenta sentimientos como la tristeza y la resignación.

César: “[silencio] Pues fíjese que ahora que estuve así de malo, pues si me satisfacía todo lo que hacíamos, acariciarla, besarla y cómo, si me excitaba pero no podía terminar, entonces yo digo que cuando ya esté más grande va a ser algo parecido a eso, o sea si mi mente o mi cuerpo me pide eso, me voy a conformar con eso de acariciarla, besarla y sexo oral, y cómo voy a batallar para terminar o voy a batallar para que se me levante, pues entonces me voy a tener que conformar con caricias y ya, quizá me satisfaga y me tranquilice un tiempo, porque si y yo sé bien que ya no se puede para que le pedimos más” (César, 62 años, viudo).

César: “Pues mal, triste, pues si mal, yo pensé que ya así iba a ser el resto de mi vida, y a la vez me, me resignaba, pues si ya así tienen que ser las cosas pues ni modo, pero si se siente uno mal, como le digo todavía por mente pasan las ideas de tener una mujer acariciarla y tener relaciones y ya no poder tener la erección pues se siente uno mal [...]” (César, 62 años, viudo).

Además aparece entre los hombres el miedo a la ridiculización por no cumplir con la función masculina de mayor predominancia dentro del género masculino, el cual es uno de los mecanismos sociales que estigmatizan a los varones que no “cumplen” con su deber en el acto sexual, imposición para la cual el sujeto fue socializado durante toda su vida, y al no cumplir con este mandato, lo cual significaría la exposición pública del fallo de ser hombre.

Carlos: “El hombre pues va tener el deseo de relaciones, por ejemplo, con muchachas jóvenes eso que dicen que [susurrando] quedaste mal ¿verdad?, la otra vez, es lo que les refería un doctor, me acaban de platicar pero, se llevó a una buena muchacha de archivo y al día siguiente le hicieron la publicidad, le hizo la publicidad [corrige] de que no pudo [...] Ella no era muy joven, tenía unos 30 años, pero como quiera lo puso en ridículo ¿verdad, el pecado no está en hacerlo, sino hacerse ver entonces, ya otro detalle [...]” (Carlos, 66 años, casado).

El fantasma de la impotencia ronda a la población masculina, promoviendo angustia, que con frecuencia termina reproduciendo lo que quieren evitar. Desde la literatura se señala que el miedo a la impotencia es una idea que ronda la cabeza de los hombres a cualquier edad, no obstante se agudiza con el paso de los años. En tal sentido, dentro de los testimonios se señala que hay un progresivo proceso de separación de las relaciones íntimas

y eróticas, ya que primero aparece la figura de la eyaculación precoz, y posteriormente viene la falta de erección, procesos irreversibles e inevitables según lo expresa Martín.

Martín: “Es común, en el hombre es común porque empieza así como eyaculación precoz y después ya viene la falta de erección. Aunque tú quieras pues, no puedes, entonces ¿Cómo le haces? ¿De acuerdo?” (Martín, 74 años, viudo).

Las explicaciones que los hombres dieron para entender el paso del tiempo sobre temas de erección y penetración fueron diversas, las cuales fluctuaron discursos mágicos, médicos y morales. Hablando específicamente de los discursos mágicos César comentó durante la fase de la negociación de la entrevista, comentando que comenzó a tener dificultades de erección, experimento sensaciones como la angustia y frustración. Esta situación lo llevó a consultar con un “curandero” el que le comentó que tenía que ver con envidias, malas vibras, según lo expresó César, el “curandero” le dijo que estaba hechizado. Para esto le dio una serie de pócimas y hierbas para afrontar su dificultad de erección.

Por otro lado, los discursos médicos, ante determinadas patologías como el cáncer o la diabetes, e incluso la medicalización de algunas enfermedades tienen diversas afectaciones en la vida sexual de los sujetos. En este caso, Fernando habló acerca de los estragos que causó esta enfermedad en su funcionamiento y en su libido, vivencia que lo llevó a replantearse su idea de “macho”, señalando además diversas estrategias de afrontamiento para su “realidad física”, entre ellas la compensación mental.

Fernando: “En mi caso sí pero también porque yo estoy condicionado físicamente por mi problema y me cuesta mucho platicártelo porque ahí va a mi concepto de masculinidad, mi concepto de macho, y de alguna manera tengo algo de macho, y en donde la identidad individual está muy asociada al sexo por eso [...] y yo tengo que aceptar mi realidad física, si siento que me he desconectado del impulso sexual entonces procuro compensarlo con lo mental” (Fernando, 66 años, unido).

Fernando: “Desde luego afectó mucho me libido y me funcionalidad yo antes era muy apasionado y una muy activo y ahora bastante, bastante menos pero psicológicamente no pero para mí también, fíjate que a pesar de que no bajo mi deseo sexual, bajo mi funcionalidad me entiendes ya no tengo las mismas erecciones que antes pero si mi deseo, y eso me ha llevado a confrontarme conmigo mismo [...]” (Fernando, 66 años, unido).

### **6.3.3 Habilitación del cuerpo a nivel estético y funcional.**

La estética y el cuerpo en la vejez estructuran un discurso especializado marcado por la tecnologización del cuerpo (Le Breton, 2002). Tecnologización ligada al mantenimiento de la imagen externa, cuya promesa es la restauración de las huellas de paso del tiempo y de la conservación del cuerpo del envejeciente para que esas huellas no aparezcan en su proceso natural (Mezan, 1998; Nasio, 2008). De esta forma el cuerpo envejecido tiene que ser ocultado, disimulado y mostrado con una apariencia juvenil como condición para poder ser

valorado socialmente. Entonces se promueve operar sobre el envase corporal desde afuera, borrando toda huella que delate el paso de los años, y con ello se desmaterializa las marcas que la erosión del tiempo han producido sobre la subjetividad.

En este sentido, el proyecto del cuerpo se vuelve una imposición social, una necesidad de pertenencia y homologación asociadas al ideal de juventud, una especie de colonización sobre aspecto finito del cuerpo (Iacub, 2006). Es así que los discursos mediáticos sobre la estética, la salud y el cuerpo en la vejez estructuran un discurso especializado marcado por la tecnologización del cuerpo, de este modo los medios de comunicación imponen la necesidad de incorporar diferentes tecnologías biomédicas para un envejecimiento exitoso, tecnologización ligada al mantenimiento de la imagen externa, cuya promesa es la conservación del cuerpo juvenil para, en cierta medida, negar la historicidad del sujeto (Iacub, 2007).

La tecnologización del cuerpo envejecido se presenta como una condición para que éste pueda ser restituido en sus atributos juveniles como esbeltez, lozanía, frescura, flexibilidad, la tersura, la musculatura y el dinamismo, entre otros (Bauman, 2005). De esa manera, el cuerpo envejecido tiene que ser ocultado, disimulado y mostrado con una apariencia juvenil, como condición para ser valorado socialmente (Vázquez, 2006). En el caso de los entrevistados, la mayoría de ellos optaron por métodos de habilitamiento basados en el rutinas de ejercicio, deportes, actividad física diversas como el baile, que en el caso de estas últimas permiten al sujeto la creación de un espacio erótico, en palabras de Santiago comenta “el baile me ha dado una posición ante las damas”, una especie de pasaporte para las relaciones sociales en el ámbito afectivo.

Armando: “En realidad yo empecé a cuidarme, a cuidarme un poco a raíz de los cincuenta y tanto... antes de eso, dejaba que mi cuerpo agarrara la forma que quisiera [risa], tomar y comer y... ejercicio no hacía nada hasta los 50 años empecé a, a hacer un poco de ejercicio y ahora hago mucho más que antes pero claro, el metabolismo es mucho más lento y las fuerzas del cuerpo también, pero me ha ayudado a verme mejor” (Armando, 68 años, casado).

Santiago: “Sí, sí, sí, toda la vida he bailado ¿no? pero, vamos, clases nunca había tomado, las estoy tomando hasta ahora ¿no? pero más por precisamente aprender nuevas cosas y por convivir con, con, con amigos, amigas ¿verdad? y gente que, curiosamente me ha dado el baile una posición ante las damas, privilegiado ¿no? además de que me ejercito” (Santiago, 62 años, separado).

De la misma forma que la actividad física permite a los hombres posicionarse en el mercado amoroso, también lo es la investidura corporal. Así, en el siguiente fragmento se observa que los hombres mayores, a diferencia de las mujeres, desdeñan el adorno corporal por considerarlo feminizador, bajo este entendido sólo se preocupan por ciertas dimensiones de su arreglo personal como la forma de vestir y la higiene “bien rasurados” y “el pelo más o menos recordado”.

Alfonso: “Pues hay unos que sí son bien presentados y también influye mucho su manera de vestir en su manera de, de que anden bien arreglados, bien rasurados, el pelo más o menos recortado entonces pues hay de todo” (Alfonso, 75 años, casado).

Como ya se ha mencionado el cuerpo se ha convertido en un proyecto en sí mismo, en el que el cuerpo biológico ha dejado de ser un escenario inamovible para convertirse en un espacio sujeto a cambios individuales. Bajo esta visión de “ayuda”, Armando señala que el uso de este recurso de tecnologización del cuerpo está sujeto a varios factores: tener capacidad adquisitiva “tener dinero”; que sea un procedimiento continuo en el tiempo “mediano y largo plazo”; y, que sea un proceso que los haga lucir bien. No obstante, a pesar de estos condicionamientos Armando no descarta la posibilidad de someterse a alguna de estas formas de habilitamiento del cuerpo como ponerse o pintarse el cabello.

Armando: “Yo estoy de acuerdo, si tienen el dinero y que se vayan a ayudar pues está bien, pero que se ayuden no nada más en el plazo inmediato sino mediano y largo plazo, porque luego se ven muy bien con la restirada pero a los 5 años 10 años ya traen el ombligo acá [hizo señas], y pues tampoco, hombres y mujeres, porque creo que hombres también hay muchos que se ponen cosas, por ejemplo yo no me veo a mí: que si estoy pelón me voy a poner pelo, no me veo a mí pintándome el pelo, pero nunca hay que decir de esta agua no beberé, no lo sé [...] cirugía” (Armando, 68 años, casado).

A consecuencia del tema que se está tratando dentro de las narrativas de los hombres salió a colación el uso del “viagra”, como forma de habilitación del cuerpo sobre el recurso que ellos consideran vital en las relaciones íntimas, sin embargo hasta el momento de la entrevista ninguno de los varones aceptó abiertamente el uso de este medicamento para conseguir turgencia en sus contactos íntimos, lo cual podría ser una resistencia para aceptar la impotencia e incluso los varones se mostraron titubeantes al cuestionarles si en algún momento la usarían.

Santiago: Nunca he usado un condón, ni tampoco he necesitado ninguna pastilla ni nada, nunca lo necesité; ahora si llegara un momento dado de que por algún motivo pudiera, este, tener la oportunidad o algo de, de una erección, digo, de una relación, no sabría, es algo que, que, que tengo en la mente [...] Tonces [entonces], no sé si precautoriamente tomar alguna pastilla, nunca le he tomado, ni sé que es eso (Santiago, 62 años, separado).

El uso del viagra sólo apareció justificado desde el discurso médico, como es el caso de Carlos dada su formación profesional. Es así que dentro de sus discursos se advirtió la justificación del uso de este medicamento en personas con algún tipo de patología como la diabetes, llama la atención que tomar este medicamento tendría la justificación de “agarrar una aventura”. Por otro lado, se indicó que sus discursos están mediados por los discursos de poder desde la medicina hegemónica, donde el profesional es el que determina el uso del viagra. Incluso en un tercer momento se señala que la ingeniería genética y la nanotecnología podrán hacer posible el mito de la “erección perpetua”.

Carlos: “Sí, sí se puede tratar, ahorita ya sabes que hay la píldora azul y con eso se maneja, este, pero claro tiene sus contra implicaciones cardiopatas, pero pues es la forma en la que el hombre busca satisfacerse, más que todo los diabéticos ¿sí? se les da la tabletita y, este, eso les ayuda ¿y por qué? porque hay que satisfacer a la pareja, ¿de acuerdo? uno agarra una aventura y dice “pues bueno, una pildorita azul y vamos a ver qué sucede”, pero pues ya hay formas de manejar ya eso ¿de acuerdo?” (Carlos, 66 años, casado).

Carlos: “Sí, sí, pero bueno, hoy en día lo más fácil es ir con un cardiólogo y decirle “oye, ¿Qué puedo hacer y que no puedo hacer sobre eso?” ¿no?, pero bueno, hoy en día, ante la paridad de todos esos elementos, el viagra y compañía y todos esos, pues tienes como recurso muy a la mano, pues una consulta, que te diga “tu condición permite” o “no permite eso” y si no... en fin” (Carlos, 66 años, casado).

Carlos: “La ingeniería genética, va a empezar a seleccionar las patologías de acuerdo a la genética y los tratamientos van a ser igual, pues ahí está la nanotecnología que son situaciones de medicamentos ya que van a específicamente a la patología que tenga genéticamente el paciente; igual también nos van a ir estimulando genéticamente para que sigamos teniendo erecciones hasta los 150 años, quién sabe” (Carlos, 66 años, casado).

## CONCLUSIONES.

Explorar en esta investigación las construcciones sociales que subyacen al erotismo de mujeres y hombres mayores permitió visibilizar la múltiple influencia de discursos sociales que actúan de forma iterativa para delimitar una cultura erótica, y desde los cuales permiten a los adultos mayores conducirse en temas como los abordados en este estudio. Se trata de una investigación pertinente y novedosa ya que hasta el momento no existen estudios que aborden el erotismo en personas mayores desde un enfoque cualitativo, puesto que los antecedentes de este tema se remontan a ejercicios desde una visión cuantitativa y que tienden a cosificar la conducta de los envejecientes, es así que los resultados de este estudio presentan una contribución al campo de las ciencias sociales, la gerontología y el Trabajo Social.

El soporte teórico del construccionismo social permitió la comprensión de los testimonios aportados en cada una de las entrevistas, permitiendo extraer las explicaciones morales, éticas, médicas, religiosas y genéricas por medio de las cuales los participantes interpretan su vida erótica. En relación a esto, la lente de género presente en los discursos de hombres y mujeres mayores permitió abordar las continuidades, rupturas, contradicciones y trasgresiones desde el discurso social impuesto a los sujetos en el contexto de estudio, el cual les permite construir significados, valoraciones, pensamientos, silencios, represiones, culpas y ambigüedades.

Cabe señalar que de acuerdo al soporte construccionista los discursos sociales (objetivos) son incorporados en el *self* del individuo (subjetividad), constituyendo verdades que el individuo incorpora en su identidad. De tal manera que comprender los discursos que los participantes utilizan para relatar su erotismo es un reflejo de la cultura que habilita y posiciona a los sujetos eróticos, y que reprime la experiencia erótica. Hay que señalar que durante la exposición de los hallazgos se observa reiteradamente que los participantes se adhieren a la categoría social de la vejez para explicarse a sí mismos y explicar la conducta de los otros en tópicos como los que se indagó.

La convergencia de los soportes teóricos de los modelos teóricos nutrieron el análisis de las construcciones sociales que subyacen al ejercicio erótico de los participantes, así como comprender como dichas construcciones se nutren de discursos elaborados en el ámbito social y cultural, y que son legitimados por la familia, los medios de comunicación, las instituciones, los profesionales y los círculos sociales donde se desenvuelven los sujetos, los cuales originan un disímil posicionamiento frente a su cuerpo y su erotismo. Cabe resaltar que los sujetos no sólo interiorizan los discursos sociales, sino que a su vez los discursos reflejan un trabajo de reflexión y elaboración subjetiva de las verdades que circulan en el mundo social.

Se decidió realizar un estudio de tipo cualitativo debido a que éste daba la posibilidad de comprender a mayor profundidad las construcciones sociales que permeaban al ejercicio erótico de los envejecientes. La técnica de la entrevista permitió explorar diversos aspectos de interés para el estudio, donde la disposición tanto de hombres como mujeres fue notable, contrario a lo que se pensaba en un inicio del trabajo de campo. Durante la fase de negociación de las entrevistas se pudo constatar que este tipo de temas son de interés para las personas mayores, puesto que como es un tema del que no se habla con la pareja ni con

la familia ni con los profesionales, dadas los discursos estigmatizantes que permean sobre la vejez y la sexualidad. De tal forma se descubrió que las personas mayores tienen necesidad de hablar sobre temas que les causan preocupación, frustración, miedos y restricciones, con lo que varios de los entrevistados señalaron la necesidad de que se visibilice este tipo de temas para que les permita afrontar los cambios de la vejez con un mayor conocimiento sobre su cuerpo y sus capacidades sexuales.

Francisco: “Prefiero hablarlo contigo que con mis hijas” (Francisco, 65 años, viudo).

Victoria: “Qué bueno que hables de estos temas, te felicito, alguien tiene que preocuparse por nosotros los viejos” (Victoria, 60 años, unida).

Este estudio detectó que tanto hombres como mujeres tienen conciencia de los discursos que estigmatizan y enjuician el erotismo y la sexualidad en personas mayores. Este sentido de conciencia tiene por consecuencia que se sientan rebasados por las exigencias que demanda un modelo único de erotismo, el cual los excluye de ser sujetos de deseo en potencia. Cabe señalar que los sujetos se encuentran en un juego dialéctico entre los juicios emitidos por el contexto social, por sus pares, por sus parejas y las evaluaciones que ellos mismos hacen de su cuerpo y de su ejercicio sexual.

No hay que omitir que en un primer acercamiento al análisis de estas narraciones se observaba un diferente posicionamiento frente al erotismo, el cual variaba dependiendo de la edad, el nivel socioeconómico, la edad, la ocupación, la escolaridad y el poder adquisitivo que tenían las personas. No obstante, conforme fue avanzando en el ejercicio de reflexión de los discursos se demostró, que si bien, existen algunos puntos de ruptura con adultos mayores más escolarizados, permean aún en estos discursos del *deber ser*, tanto en hombres como mujeres, hecho con el que se puede decir que estas personas, dado su nivel cultural tienen mayores recursos lingüísticos para definir los fenómenos, lo cual no los excluye de la apropiación de roles, expectativas, actitudes y valoraciones acerca de la feminidad y la masculinidad.

Hay que señalar que dentro de las entrevistas emergieron discursos que marcaron diferentes direcciones para analizar su erotismo y su deseo, por lo que no se puede hablar de un patrón unidireccional para entender la vida erótica de los participantes en el estudio. Continuamente había contradicciones para explicarse a sí mismos y explicar el erotismo en esta etapa de vida, lo cual es un reflejo de los discursos que circulan en el espacio social, los que son movibles, contrapuestos, e inacabados, por lo que, se puede hablar de una subjetividad en crisis, ya que para los adultos mayores representa un conflicto interiorizar los discursos modernos de exaltación de la sexualidad cuando ellos han sido producto de una educación represiva y poco tolerante. Esto se muestra en las diversas narrativas en las que tanto hombres como mujeres muestran apertura en ciertos aspectos del fenómeno, pero muestran una visión más arraigada a lo tradicional en otras dimensiones.

La interrogante central de este estudio se cuestionaba sobre cuáles eran las construcciones sociales que subyacían al erotismo en personas, hombres y mujeres mayores. Para responder esta pregunta fue necesario construir grandes temas de análisis entre los que se incluyó la sexualidad, el deseo, el placer y el cuerpo como vehículo de ese deseo. En este

punto hay que señalar que los temas tratados en este documento cuentan con múltiples dimensiones de análisis, los cuales excederían los alcances de este estudio, por lo que, se decidió integrar estas categorías dada la importancia que reviste para entender el erotismo.

La primer pregunta de investigación planteada en este documento fue sobre las construcciones que subyacen a la sexualidad, entendida esta como las experiencias asociadas a la genitalidad, el coito, las prácticas, las actividades sexuales y la masturbación. Dentro de esta categoría de análisis se pudo constatar que las construcciones sociales de feminidad ocupan un lugar preponderante en la vida de las mujeres mayores, lo que se nombro “sexualidad patriarcal”, estas construcciones que les permiten actuar como matrices de sentido respecto a sí mismas, hacia otras mujeres y hacia los “otros” varones. De tal forma que en los discursos se evidencia un apego a las construcciones sociales de feminidad, maternidad y las emociones, donde la reproducción juega un papel importante en el cese de la vida erótica de estas mujeres. Es así que la categoría social de madre es percibida como elemento determinante en la vida de las mujeres, con lo que podemos destacar que la maternidad es una construcción social sobrecargada de significados. De esta forma se confirma lo señalado por Lagarde (1997), en el sentido de que es más fuerte el vínculo feminidad-maternidad que incluso se considera el centro de la identidad de género.

Es así que dentro de las construcciones sociales presente en los discursos se enfatiza el deber ser tradicional de la mujer de casa, la madre, la abnegación, el servicio a los demás, la pasividad, la dependencia sexual, lo cual se concuerda con los valores sociales y culturales con los que estas mujeres fueron socializadas. Estos discursos muestran la autocensura de las mujeres para tener un ejercicio sexual y erótico que exceda los parámetros establecidos socialmente, premisa que ha sido ampliamente discutida en la literatura (Butler, 1997; Cuchiari; Lamas, 1996; Lagarde, 1996; Scott, 1997).

En el caso de los hombres, de igual forma se observa una interiorización de discursos hegemónicos acerca de la masculinidad, construyendo una identidad sexual en base una representación de lo que es *ser hombre* en una cultura patriarcal. De tal forma que aspectos como la genitalidad, las múltiples parejas, apropiación del cuerpo para la satisfacción sexual, el papel activo dentro de las relaciones coitales, y la seducción como constante, aspectos que tienen vital importancia para construirse a sí mismos como sujetos sexuales y siempre dispuestos al encuentro sexual al menos en el discurso desde los que ellos interpretan su realidad. Es así que estos varones ensalzan tanto la genitalidad como la virilidad, producto de los significados que giran en torno a estos dos grandes “entes” de lo que es ser hombre. Por lo que, esta visión contiene los discursos de hombres mayores que ensalzan la erotización del cuerpo a través de los órganos fállicos, y es sólo a partir de esa establecen una relación sexual.

Desde la postura de la literatura se señala que el modelo de masculinidad hegemónica establece que son ajenos a la vinculación emocional y/o afectiva para poder la realización de alguna práctica sexual (Amuchástegui y Rivas, 2008; Bonino, 2000; Connell, 1995, 2005; Cuchiari; Lamas, 1996; Lagarde, 1996). Lo cual fue evidenciado dentro de los discursos de la mayoría de los varones que participaron en este estudio, ya que para ellos no es importante establecer algún tipo de relación afectiva, puesto que señalan que el ejercicio sexual es una especie de desahogo sexual unidireccional, para lo que no es necesario el

despliegue del amor, visión que se contrapone a los significados que otorgan las mujeres al amor, al romanticismo y a los “juegos” eróticos.

Un hallazgo de esta investigación lo constituyen las subcategorías de “sexualidad en transición”, tanto para hombres como para mujeres, puesto que dentro de sus discursos se descubrió los significados que otorgan a la sexualidad se traslapan a espacio típicamente del otro sexo, por lo que las barreras entre el deber ser masculino y femenino se muestran flexibles y en construcción. Las mujeres consideradas en este apartado mostraron una subjetividad abierta al goce y al placer, que si bien comentaron la importancia de los afectos, también puntualizaron el disfrute del coito, lo cual se considera una incursión a un espacio típicamente masculinizado, el del disfrute del falo. En el mismo sentido, hubo algunos varones para los cuales si fue importante el amor, la pareja, siendo capaces de encontrar nuevas formas de placer y sensualidad utilizando formas alternativas de gozo no asociadas a órganos fálicos, lo cual se considera un área típicamente femenina dentro de la lógica patriarcal.

Otra de las preguntas de investigación que dieron origen a este estudio fue la referida al posicionamiento de sujetos de deseo de hombres y mujeres mayores en la cual se observa un del *deber ser* de acuerdo a la categoría de vejez. Para las mujeres el deseo y el placer fueron campos olvidados y resignados, puesto que se señaló un deseo que decrece conforme se va avanzando en las etapas de la vida, en tanto que el deseo en la vejez es un aspecto no presente de la categoría de la vejez, construcción que concuerda con lo señalado por diversos estudios, en los que queda constancia de que la cultura tiene reprime y desvaloriza el deseo sexual femenino (Coria, 2012; Freixas, 2013). Queda evidencia en este estudio que para las mujeres no hay legitimación de su deseo, puesto que para ellas es el “otro” quien debe desencadenarlo, hecho que las aleja progresivamente de su libido y la renuncia a los placeres eróticos.

La mayoría de las participantes señalan no saber que es el “término de la relación”, es decir el orgasmo, puesto que constituye uno de los temas dentro de la lógica patriarcal que más restricciones ha causado en la vida de las mujeres participantes, las que señalan disfrutar de las caricias, de los besos, de los abrazos, la proximidad de la pareja, empero no explicitan el placer a través del orgasmo. Muchas de estas mujeres presentaron reservas a la hora de conocer las sensaciones placenteras de su cuerpo, y no pocas de ellas señalaron no tocar sus órganos sexuales, situación que agudiza la representación de “mujer-objeto”, y una nula apropiación sexual. Cabe señalar las mujeres solo se permiten experimentar placer cuando hay cierta institucionalización del vínculo, esto es a través del amor y el romanticismo.

El disfrute sexual ha sido un área típicamente masculina en una cultura patriarcal que ensalza el placer masculino (Connell, 1995, 2005). Esto se reflejó en la postura de los varones, quienes en su mayoría presentaron ideas sobre un deseo masculinizado perpetuo, idea que agudiza la idea del macho siempre dispuesto. De tal forma que el sistema patriarcal valoriza el deseo sexual masculino, instalando un modelo para dar satisfacción a sus necesidades de descarga hormonal, por lo que, la satisfacción por medio del orgasmo es una experiencia recurrente dentro de los discursos de los entrevistados. No obstante también se señalaron posturas que evidenciaron un progresivo alejamiento del deseo, lo cual representó para estos hombres una confrontación con la idea de sí mismos y con su subjetividad masculinizada.

La tercer interrogante sobre la que versó este estudio fue acerca de las construcciones sociales del cuerpo, puesto que este es el espacio donde se materializa el erotismo, la sexualidad, el contacto íntimo, el deseo y el placer, y cuyos significados ayudan a las personas mayores a posicionarse en el mercado erótico. Como hallazgo se puede señalar que los signos de envejecimiento interfieren en la manera en que las personas mayores sean consideradas o no como sujetos abiertos al goce, no obstante existió una dicotomía muy marcada para mujeres y para hombres mayores. Así, los cambios registrados en el cuerpo, tanto a nivel estético (construcciones sobre modelos estéticos), como funcional (construcciones sobre la menopausia, la dificultad de erección, impotencia, etc.) determinan diversas valoraciones para los participantes en el estudio.

El cuerpo de las mujeres ha sido valorado desde tres episodios importantes, los embarazos, la menstruación y la menopausia, los que ha determinado un conjunto de valoraciones y evaluaciones no sólo por parte de las mismas mujeres, sino también de la forma en que éstas evalúan el cuerpo de las otras mujeres, con lo que se puede decir que han interiorizado un modelo de belleza socialmente aceptable, el cual las descalifica del mercado erótico, puesto que la aparición de senos caídos, falta de firmeza de los tejidos, la “pancita”, las estrías y demás signos del paso del tiempo, son vivenciados por las mujeres como símbolos de vergüenza y culpa, llegando incluso a ocultar su cuerpo para no ser objeto de evaluación estética por sus compañeros sexuales o parejas.

La pérdida del erotismo se asocia a varias pérdidas a nivel funcional. En el caso de las participantes la pérdida de la capacidad reproductiva marca un hiato para la sensualidad, la atracción y la entrega al otro. De tal forma que la menopausia está cargada de simbolismos y significados que las mujeres han subjetivado, y puesto que el modelo de erotismo señala un ejercicio íntimo en favor de la reproducción, al no existir este fundamento, las mujeres paulatinamente se van alejando de este espacio, más aun aquellas que no tuvieron un ejercicio satisfactorio en otras etapas de su vida.

Por otro lado, el reconocimiento del cuerpo de los varones se relaciona con las construcciones de masculinidad. En ese sentido, los estudios señalan que el hombre mayor aparece como símbolo de atractivo, en quien los signos de envejecimiento pueden aumentar su cotización. Para los hombres la aparición de determinados signos de envejecimiento periféricos como las canas, las arrugas, son un símbolo de atracción y seducción dentro del sistema patriarcal, mientras que para las mujeres el envejecimiento representa la pérdida de su único bien: el cuerpo, para los hombres ese bien adquiere una significación distinta, pero no una ruptura. Sin embargo, en cuanto a la pérdida de la potencia sexual, los hombres muestran de forma velada estrés, conflicto y confrontación con su yo dada la carga de sentido que rodea a la erección y la virilidad en contextos patriarcales como el del estudio.

Finalmente concluimos que si bien se está consolidando el campo de estudios sobre el género y la gerontología gracias a la realización de investigaciones que abordan diversos problemas sociales que acaecen al envejecimiento y la vejez, es necesario que se consolide el campo de estudio desde temas que son considerados tabúes dentro del imaginario social. Es así que se considera que todavía hay mucho que decir sobre este grupo de población sobre tópicos como el erotismo y la sexualidad, por lo que, queda un camino que recorrer abriendo la posibilidad de continuar explorando y profundizando en próximos trabajos académicos con otros marcos epistemológicos y metodológicos.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Acuña Delgado (2001). *El Cuerpo en la interpretación de las culturas*. Boletín Antropológico 1 (51). Enero-abril. Universidad de los Andes: Mérida. Pp. 31-52 [En línea] [http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/18408/3/angel\\_acuna.pdf](http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/18408/3/angel_acuna.pdf)
- Aldana García A. (2008). Psicología y sociología del erotismo. En: I. Arango de Montis (comp.). *Sexualidad Humana* México: Editorial el Manual Moderno S.A. de C.V.
- Aldana González G., Fonseca Hernández C. y L. García Gómez. (2013). *El significado de la vejez y su relación con la salud en ancianos integrados a un programa de envejecimiento activo*. Revista Digital Universitaria. México: UNAM. 14 (4). [En línea] <http://www.revista.unam.mx/vol.14/num4/index.html#up>
- Aldana, A. (2008) "Psicología y sociología del erotismo" en: Arango de Montis, I. (comp.) *Sexualidad Humana*. México: El Manual Moderno S.A. de C.V. Pp. 48-65.
- Amuchástegui A. y M. Rivas. (2008). Construcción subjetiva de ciudadanía sexual en México: género, heteronormatividad y ética. En: I. Szasz y G. Salas (coord.). *Sexualidad, derechos humanos y ciudadanía. Diálogos sobre un proyecto en construcción*. México: El Colegio de México. Pp. 57-132.
- Andrade, L. (2002). *Construcción social e individual de los significados: aportes para su comprensión*. El Colegio de México. Estudios Sociológicos. Vol. XX. Núm. 1, enero—abril. Pp. 199-230. [En línea] <http://www.redalyc.org/pdf/598/59805808.pdf> (Recuperado el 15 de septiembre de 2014).
- Arango de Montis, I. (2008a). Historia breve de la sexología clínica en occidente. En: Arango de Montis I. (comp.). *Sexualidad Humana* México: Editorial el Manual Moderno S.A. de C.V.
- Arango de Montis (2008b). Sexo saludable. En: I. Arango de Montis (comp.). *Sexualidad Humana* México: Editorial el Manual Moderno S.A. de C.V.
- Aranibar P. (2001). *Acercamiento conceptual a la situación del adulto mayor. En serie Población y Desarrollo*. Santiago de Chile: ONU.
- Arnaiz, A. (2011). *El ser humano sexual. El sujeto existente en relación con los otros*. Madrid: Biblioteca Nueva, S. L.
- Arroyo Rueda, M. (2009). *Dependencia y cuidados en la vejez avanzada en hombres y mujeres en la ciudad de Durango. Un análisis de la subjetividad y la formación de identidades*. Tesis para obtener el grado de doctor. México: Universidad Autónoma de Nuevo León. Tesis para optar el grado de doctor. [En línea]

- Bataille, G. (2008) *El erotismo*. México: Tosquets Editores.
- Bauman, Z. (2003). Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. México: FCE.
- Becerril R. Cuerpo, cultura y envejecimiento. Análisis de la imagen corporal. *Ágora para la Ef y el deporte*, 13(2), pp. 139-164.
- Bellato Gil, L. (2015). *Espacio, corporalidad y experiencia erótica en un grupo de personas mayores de sectores medios en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas*. México: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Tesis para optar el grado de doctor. [En línea]
- Bembibre Serrano J. y L. Higuera Cortés. (2015). El cuerpo del fetiche. *Revista de humanidades y ciencias sociales*, 7 (1), pp. 57-66.
- Berger P. y T. Luckmann. (2008). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bonino, L. (2000). Varones, género y salud mental: deconstruyendo la “normalidad” En: M. Segarray y A. Carabi (eds.). *Nuevas Masculinidades*. Barcelona: Icaria.
- Buckner, I. (2008). Aportes para el desarrollo conceptual de los derechos humanos en el ámbito de las sexualidades. En: I. Szasz y G. (coord.). *Sexualidad, derechos humanos y ciudadanía. Diálogos sobre un proyecto en construcción*. México: El Colegio de México. Pp. 9-25.
- Bustos Romero, O. (2008). La formación del género: impacto de la socialización a través de la educación. México: CONAPO y FNUP. Tomo II. pp. 267-298.
- Butler J. (2013). Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Witting y Foucault. En M. Lamas (comp.). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual (4ª edición)*. México: UNAM.
- Carmona Valdés S. (2007). *Interacción social asociada al bienestar personal de las personas adultas mayores en la Ciudad de Monterrey, Nuevo León*. Tesis publicada para obtener grado de Doctor. México: UANL.
- Cayo Ríos G., Flores T. E., Perea X., Pizarro M. y A. Aracena. (2003). *La sexualidad en la tercera edad y su relación con el bienestar subjetivo*. Ponencia presentada en el Simposio de Participación, Ciudadanía e Inclusión Social. Santiago de Chile. [En línea]  
[http://www.redadultosmayores.com.ar/buscador/files/DEMOG020\\_CayoRios.pdf](http://www.redadultosmayores.com.ar/buscador/files/DEMOG020_CayoRios.pdf)  
 (Recuperado el 10 de febrero de 2014).
- Cedeño T., Cortés P. y A. Vergara. (2006). *Sexualidad y afectividad en el adulto mayor. Programa de Diplomado en Salud Pública y Salud Familiar*. [En línea]  
<http://medicina.uach.cl/saludpublica/diplomado/contenido/trabajos/1/La%20Serena>

%202006/Sexualidad\_y\_afectividad\_en\_el\_adulto\_mayor.pdf (Recuperado el 3 de febrero de 2013).

Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE). (2008). Tendencias demográficas y protección social en América Latina y el Caribe. Santiago de Chile: CELADE.

Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE). (2008). Tendencias demográficas y protección social en América Latina y el Caribe.

Ceviño Carson, A. y T. Citeroni. Los derechos sexuales y la desarticulación del heterosexismo: tolerancia, reconocimiento y liberación. En: I. Szasz y G. Salas (coord.). Sexualidad, derechos humanos y ciudadanía. Diálogos sobre un proyecto en construcción. México: El Colegio de México. Pp. 303-346.

Conway J, Bourque S. y J. Sccot. (1996). El concepto de género. En: M. Lamas (comp.). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM.

Coria, C. (1996). *Las negociaciones nuestras de cada día*. Buenos Aires: Paidós.

Connell, R. (1995). La organización social de la masculinidad. En: Valdés, Teresa; Olavarría, José (Ed.). *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago de Chile: Ediciones de las Mujeres, 1995. p. 31-48.

Connell, R. (2005). Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept. *Gender y Society*, 19, (6), p. 829-859.

Coria, C. (2001). *El amor no es como nos contaron...ni como lo inventamos*. Buenos Aires: Paidós.

Coria, C. (2012). *Erotismo, mujeres y sexualidad. Después de los sesenta*. Barcelona: Androgínias.

Corona Vargas, E. (2008). Identidades de género y sexualidad. México: CONAPO y FNUP. Tomo II. pp. 259-338.

Cucchiari, S. (2013.) La revolución de género y la transición de la horda bisexual a la banda patrilocall En M. Lamas (comp.). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual (4ª edición)*. México: UNAM.

Dávalos López, E. (2008). La sexualidad en la historia. México: CONAPO y FNUP. Tomo III. pp. 125-152.

De Beauvoir, S. (1980) *La vejez*. Buenos Aires: Sudamericana.

De Luna, A. (2008). La expresión pública del erotismo. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp. 699- 728.

- De Miguel Negredo, A. (s/f). *Adaptación positiva en el proceso de envejecimiento*. México: Universidad de la Laguna.
- Delfín Lara, F. (2008). Variantes de las prácticas eróticas. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp. 673- 698.
- Deslauries J., P. (1991). *Recherche qualitative*. Montreal: McGraw-Hill.
- Dolto, F. (2001). Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino. Barcelona: Paidós.
- Döring M. (2001). El asesinato del deseo. Sexualidad y cultura. México: Distribuciones Fontamara, S.A.
- Esteban, M. (2011). *Crítica del pensamiento amoroso*. Barcelona: Bellaterra.
- Fernández-Guasti A. y Gabriela Rodríguez-Manzo. (2008). Bases biológicas de la conducta sexual. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp. 455-476.
- Flick. U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa*. España: Ediciones Morata y Fundación PAIDEIA GALIZA.
- Flores Palacios F. y L. Parada Amputia. (2008). Las sexualidades y las ideologías. México: CONAPO y FNUP. Tomo II. pp. 219-245.
- Flyvbjerg, B. (2004). *Cinco malentendidos acerca de la investigación mediante los estudios de caso*. En: Revista Española de Investigación en Ciencias Sociológicas, núm. 106, pp. 33-62. [En Línea] Recuperado en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?!Cve=9971667002>
- Foucault M. (1995). *Historia de la Sexualidad*. Argentina: Siglo XXI.
- Fouilloux Morales C. (2008). Salud y enfermedad sexual geriátricas. En: I. Arango de Montis. (comp.). *Sexualidad Humana*. México: Editorial el Manual Moderno S.A. de C.V.
- Freixas Farré, A. (2013). *Tan frescas. Las nuevas mujeres mayores del siglo XXI* (3ª edición). España: Espasa libros.
- Galeana P. y A. Pérez Duarte. La institucionalización del género y marcos institucionales y legales. México: CONAPO y FNUP. Tomo II. pp. 427- 456.
- García, B. y O. De Oliveira. (2005). División del trabajo y formas de convivencia familiar. En: B. García y O. De Oliveira (comps.). *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*. México: El Colegio de México.
- Garita, G. (2004). *Envejecimiento y sexualidad. Alrededor de la historicidad de su vivencia y sus determinaciones psicosocioculturales*. Revista de Ciencias Sociales N°105, p.59-79. Recuperado de <http://www.vinv.ucr.ac.cr/latindex/rcs003/04-garita.pdf>

- Garrido Monsalve, M. y F. Garrido Yáñez. (2013). *Vivencias de la sexualidad de personas adultas mayores*. Chile: Universidad de Bio Bio. Tesis para optar por el grado de licenciado [En línea]
- Gergen, K. (1996) *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Paidós, Barcelona.
- Gergen, K. (2006) *EL yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.
- Giddens, A. (1992). *La transformación de la intimidad. Salud, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ediciones Cátedra, S.A.
- González Domínguez R., Núñez Rodríguez L., Hernández Pupo O. y M. Betancourt Navarro. (2005). *Sexualidad en el adulto mayor. Mitos y realidades*. 9 (4). [En línea] <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=211117887007> (Recuperado el 8 de febrero de 2014).
- González Serratos, S. (2008). *La expresión autoerótica*. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp. 540-572.
- González, R., Núñez, L., Hernández, O. y Betancourt, M. (2005) *Sexualidad en el adulto mayor. Mitos y realidades*. *Archivo Médico de Camagüey* N°9, Vol. 4, p. 1-10. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=>
- Goode, William J. (1991). *Métodos de investigación social*. México: Trillas.
- Gordo López A. y A. Serrano Pascal. (2008). *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. (2008). España: Pearson Educación.
- HelpAge International. (2002). *Estado Mundial de las personas mayores 2002*. El envejecimiento Global, Londres, Inglaterra. [En línea] [www.helpage.org/download/4c463dd7c240d](http://www.helpage.org/download/4c463dd7c240d) (Recuperado el 22 de noviembre de 2013).
- Hernández Meijueiro, J. (2008). *La regulación social del erotismo*. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp. 795-828.
- Hernández Zamora, Z. (2008). *Algunos aspectos a considerar sobre la sexualidad del adulto mayor*. [En línea] [http://web.usbmed.edu.co/usbmed/elagora/htm/v8nro2/documentospdf/catedra\\_abierta/aspectos\\_a\\_considerar\\_sobre\\_la\\_sexualidad\\_del\\_adulto\\_mayor.pdf](http://web.usbmed.edu.co/usbmed/elagora/htm/v8nro2/documentospdf/catedra_abierta/aspectos_a_considerar_sobre_la_sexualidad_del_adulto_mayor.pdf) (Recuperado el 8 de febrero de 2014).
- Hierro, G. (2008). *Ética y sexualidad*. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp.219-236.

- Huenchuan S., y L. Rodríguez Piñero. (2010). *Envejecimiento y derechos humanos: situación y perspectivas de protección*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Huenchuan S., y Rodríguez, L. (2010). *Envejecimiento y derechos humanos: situación y perspectivas de protección*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Recuperado de [http://inmayores.mides.gub.uy/innovaportal/file/11872/1/envejecimiento\\_y\\_derechos\\_humanos.pdf](http://inmayores.mides.gub.uy/innovaportal/file/11872/1/envejecimiento_y_derechos_humanos.pdf)
- Huenchuan, S. (s/f). *Políticas sobre vejez en América Latina: Elementos para su análisis y tendencias generales*. Santiago de Chile: Ed. CEPAL, UNFPA, ONU, Cooperazione Italiana.
- Iacub (2007). *El cuerpo externalizado o la violencia hacia la vejez*. En Revista Kairos. Sao Paulo. Junio: 10 (1). Pp. 97-108.
- Iacub R. (2006). *Erótica y vejez: perspectivas de occidente*. Buenos Aires: Paidós.
- Iacub, R. (2008). *Sobre la construcción de juicios en la erótica de la vejez*. Revista Argentina de Sociología N°6, Vol.10, p. 170-183. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26961012>
- Iacub, R. (2014). *Identidad y envejecimiento*. Argentina: Paidós.
- Ibáñez, T. (2001) *Municiones para disidentes. (Realidad – Verdad - Política)*. Barcelona: Gedisa.
- Illouz, Eva (2007). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Editorial Katz.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2010). *Censo de Población y Vivienda*. [En línea] <http://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/habitantes.aspx?tema=P> (Recuperado el 20 de noviembre de 2013).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2015). *Conteo de Población y Vivienda*. [En línea] <http://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/habitantes.aspx?tema=P> (Recuperado el 20 de noviembre de 2017).
- Izasola Licea, J. (2008). *La sexualidad del adulto*. México: CONAPO y FNUP. Tomo II. pp. 345-398.
- Jubés E., Laso E. y A. Ponce. (2012). *Construccionismo y constructivismo: dos extremos de la cuerda floja*. [En línea] <http://www.psicologiaenpositivo.com/pdfs/constructivismo-construccionismo.pdf> (Recuperado el 13 de septiembre de 2014).

- Kisnerman, N. (1998). *Pensar el Trabajo Social*. Una introducción desde el construccionismo. Buenos Aires: Lumen-Humanitas. (2ª edición).
- Kogan L. (2003). La construcción social de los cuerpos o los cuerpos del capitalismo tardío. Perú: REDALYC. 1 (6). Pp. 11-21. [En línea] <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=147118110001> (Recuperado el 12 de septiembre de 2014).
- Kogan, L. (2011). Jóvenes y viejos: ¿el cuerpo como locus de identidad? Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad, 5 (3), abril-julio, pp. 15-24.
- Lagarde, M. (1997) *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.
- Lagarde, M. (1997). *Claves feministas para el poderío y la autoafirmación de las mujeres*. Managua: Puntos de Encuentro
- Lamas, M. (1996). La antropología feminista y la categoría género. En: Lamas M. (comp.) *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM.
- Lamas, M. (2006). *Feminismo: Transmisiones y Retransmisiones*. México, Editorial Taurus
- Le Bretón, D. (2002). *La Sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- López Gómez A, Amorín L., Carril E. y V. Ramos. (2006). Adolescentes y sexualidad. Significados, discursos y acciones en Uruguay (1995 - 2004). En: 2do. *Encuentro Universitario: salud, género, derechos sexuales y derechos reproductivos. Avances en investigación nacional*. Uruguay: Universidad de la Republica. Pp. 55 -79.
- López Gómez A, Amorín L., Carril E. y V. Ramos. (2006). Adolescentes y sexualidad. Significados, discursos y acciones en Uruguay (1995 - 2004). En: 2do. *Encuentro Universitario: salud, género, derechos sexuales y derechos reproductivos. Avances en investigación nacional*. Uruguay: Universidad de la Republica. Pp. 55 -79.
- López Sánchez F y J. Olazabal U. (2005). *La sexualidad en la vejez*. México: Psicología Pirámide.
- López Silva, M. (2013). Realidades, construcciones y dilemas. Una revisión filosófica al construccionismo social. España: Universidad de A. Coruña.
- López, A., Amorín L., Carril E. y Ramos, V. (2006). *Adolescentes y sexualidad. Significados, discursos y acciones en Uruguay (1995 - 2004)*. en: 2do. *Encuentro Universitario: salud, género, derechos sexuales y derechos reproductivos. Avances en investigación nacional*. Uruguay: Universidad de la Republica.
- Martínez Barreiro. (2004). La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas. España: Universidad de A. Coruña. Pp. 127-152. [En línea]

- <http://ddd.uab.cat/pub/papers/02102862n73/02102862n73p127.pdf> (Recuperado el 12 de septiembre de 2014).
- Mead, M. (1973). *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*. Barcelona: Laia
- Meler, I. (2001). Amor y convivencia entre los géneros a fines del siglo XX. En: Mabel Burin e Irene Meler. *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós. Pp. 129-162.
- Mezan, R. (1998). *Cuerpo, tiempo y envejecimiento*. Brasil: Casa do Psicólogo.
- Miranda Arce, R. (2008). *La identidad erótica: dimensiones personales*. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp. 507-540.
- Morse, J., Barrett, M., Mayan, M., Olson K., y Spiers J. (2002). *Verification strategies for establishing reliability and validity in qualitative research*. International Journal of Qualitative Methods. [En Línea] Del sitio web <http://www.ualberta.ca>
- Nasio, J. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Paidós.
- Neimeyer, R. (1999). *Narrative disruptions in the construction*.
- OMS y OPS. (2000) *Promoción de la Salud Sexual. Recomendaciones para la acción*. Antigua: Organización Mundial de la Salud - Organización Panamericana de la Salud. Recuperado de <http://www.letraese.org.mx/sxsaludsexualops.pdf>
- Organización de las Naciones Unidas. (2002). *Segunda Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento*. ONU. [En línea] <http://www.un.org/spanish/envejecimiento/principios.htm> (Recuperado el 20 de noviembre de 2013).
- Organización de las Naciones Unidas. (2002). *Segunda Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento*. ONU. [En línea] <http://www.un.org/spanish/envejecimiento/principios.htm> (Recuperado el 20 de noviembre de 2013).
- Organización Mundial de la Salud - Organización Panamericana de la Salud. (2000). *Promoción de la Salud Sexual. Recomendaciones para la acción*.
- Organización Mundial de la Salud - Organización Panamericana de la Salud. (2000). *Promoción de la Salud Sexual. Recomendaciones para la acción*.
- Organización Mundial de la Salud. (2002). *Envejecimiento activo: un marco político*. ONU-OMS. *Revista Española de Geriátría y Gerontología*. 37(S2). [En línea] <http://envejecimiento.csic.es/documentos/documentos/oms-envejecimiento-01.pdf> (Recuperado el 20 de noviembre de 2013)
- Organización Mundial de la Salud. (2002). *Envejecimiento activo: un marco político*. ONU-OMS. *Revista Española de Geriátría y Gerontología*. 37(S2). [En línea]

<http://envejecimiento.csic.es/documentos/documentos/oms-envejecimiento-01.pdf>  
(Recuperado el 20 de noviembre de 2013)

- Parada, A. (2011). *El ser humano sexual*. Madrid: Biblioteca Nueva, S.L.
- Pick S., Givaudan M. y R. Díaz Loving. (2008). Panorámica de la investigación psicosocial en sexualidad en México. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp. 97-124.
- Reiss, I. (2008). La filosofía de la ciencia aplicada al estudio de la sexualidad humana. México: CONAPO y FNUP. Tomo II. pp. 47-72.
- Rivera Colón, R. y Z. Santiago Centeno. (2016). Sexualidad y disfunción sexual en hombres mayores de 60 años de edad: un estudio cualitativo. *Revista Puertorriqueña de Psicología*, 27 (1), enero-junio, pp. 116-132.
- Rojas, E. (2007). *Los lenguajes del deseo: claves para orientarse en el laberinto de las pasiones*. Buenos Aires: Booket.
- Rubio Auriol E. y A. Aldana. La expresión homosexual del erotismo. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp. 595-632.
- Rubio Auriol E. y S. Revuelta Zúñiga. (2008). Fisiología del erotismo humano. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp. 475-520.
- Rubio Auriol E. (2008). Introducción al estudio de la sexualidad humana. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp. 17-46.
- Sanberg, L. *Getting intimate. A feminist analysis of old age, masculinity and sexuality*. Suecia: Linkoping Studies in Arts and Science.
- Scott, J. (2013). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (comp.). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual (4ª edición)*. México: UNAM.
- Sherry B. y W. Harriet. (1996). Indagaciones acerca de los significados sexuales. En M. Lamas (comp.). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM.
- Sherry B. y W. Harriet. (1996). Indagaciones acerca de los significados sexuales. En M. Lamas (comp.). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM.
- Soler V. (2004). Cuerpo dinamismo y vejez. *Colecciones salud*, 1 (3), pp. 9-10.
- Sternberg, R. (1995). *El triangulo del amor. Intimidad, pasión y compromiso*. Barcelona: Paidós.
- Suaya, D. (2015). El cuerpo de la vejez desde una perspectiva de género. Aproximaciones desde la vejez de Simone de Beauvoir. *Cedes, Campinas*, 35 (97), pp. 617-627.

- Taylor, S. J. y R. Bogdan. (1996). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Uribe Zúñiga, P. (2008). La comercialización del erotismo, México: CONAPO y FNUP. Tomo II. pp. 234-289.
- Vázquez-Bronfman A. (2006). *Amor y sexualidad en las personas mayores. Transgresiones y secretos*. Barcelona: Gedisa
- Vela Fortino, P., (2001). Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa. En Tarrés, María Luisa (coord.). *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. México: Porrúa.
- Velasco Téllez, A. (2008). La expresión heterosexual del erotismo. México: CONAPO y FNUP. Tomo I. pp. 573- 594.
- Ventura, L. (2000). La tiranía de la belleza. Las mujeres ante los modelos estéticos. Barcelona: Plaza y Janes.
- Weeks J. (1998) *Sexualidad*. México: Paidós.
- Winter, G. (2000). *A comparative discussion of the notion de validity in qualitative and qualitative research*. Del sitio web <http://www.nova.edu/ssss/QR/QR4-3/winter.html> (Recuperado el 12 de junio de 2016)
- Yenes Vega, A., Domínguez Ramos L., Martínez Barrios, M. y M. Quintero. (2015). Imagen del cuerpo en adultos mayores. *Revista Salud y movimiento*, 7 (1), pp. 4-10.
- Zamora, J. (2008). La sexualidad e historia: reconsideración. México: CONAPO y FNUP. Tomo II. pp. 179-202.

**ANEXO 1.**  
**MUJERES PARTICIPANTES EN EL ESTUDIO.**

<b>Sujeto</b>	<b>Edad</b>	<b>Estado civil</b>	<b>No. de nupcias</b>	<b>Religión</b>	<b>Escolaridad</b>	<b>Ocupación</b>	<b>Lugar de residencia</b>	<b>Con quien vive</b>	<b>Tipo de familia</b>	<b>Hijos</b>	<b>Condiciones de salud</b>
Eva <sup>42</sup>	67	Divorciada	1	Católica	Maestría	Pensionada	San Pedro	Vive con hijos	Monoparental	2	Hipertiroidismo Hipotensión arterial
Alma	64	Unión libre	2	Católica	Licenciatura	Asesor de bienes raíces	Monterrey	Vive con hijos	Monoparental	3	Ninguna
María	64	Casada	1	Católica	Odontopediatra	Trabajador por cuenta propia	San Pedro	Con su esposo	Nuclear	2	Fibromialgia
Victoria	60	Unión libre	2	Católica		Ama de casa	Monterrey	Con su esposo	Nuclear	2	Ninguna
Rosa	69	Casada	1	Católica	Carrera técnica	Ama de casa	Guadalupe	Con su esposo	Nuclear	4	Hipertensión Problemas en las cervicales
Celia	60	Viuda	1	Católica	Secundaria	Ama de casa	Guadalupe	Con sus hijos y otros familiares	Extendida	2	Hipertensión
Mónica	63	Casada	1	Católica	Secundaria	Ama de casa	Guadalupe	Con su esposo	Nuclear	4	Diabetes Hipertensión Artritis Tiroides Triglicéridos
Ana	67	Casada	1	Católica	Carrera técnica	Ama de casa	Guadalupe	Con su esposo y otros familiares	Extendida	1	Hipertensión
Flor	65	Casada	1	Católica	Secundaria completa	Empleada de limpieza	Escobedo	Con sus hijos y otros familiares	Extendida	3	Hernia
Esther	68	Casada	1	Católica	Secundaria incompleta	Ama de casa	San Nicolás	Con su esposo y otros familiares	Extendida	8	Problemas de circulación sanguínea
Martha	61	Casada	2	Católica	Preparatoria	Ama de casa	San Nicolás	Con su esposo y otros familiares	Extendida	3	Depresión
Estela	64	Viuda	1	Católica	Carreta técnica trunca	Jubilada	Escobedo	Con un hijo y su esposa	Extendida	3	Túnel del carpo Osteoartritis Amnesia temporal Problemas de memoria
Isabel	64	Separada	1	Católica	Primaria	Ama de casa	Santa	Con su hija	Monoparental	2	Colesterol

<sup>42</sup> Los nombres de los participantes fueron cambiados por uno ficticio a fin de cuidar la identidad de hombres y mujeres mayores.

											Catarina	Triglicéridos
Sofía	65	Divorciada	1	Ninguna	Licenciatura	Jubilada	Monterrey	Con un hijo	Extendida	3	Ninguna	
Raquel	68	Casada	1	Católica	Secundaria	Ama de casa	San Nicolás	Con su esposo y otros familiares	Extendida	2	Colesterol Triglicéridos	
Patricia	60	Unión libre	2	Católica	Preparatoria	Dama de compañía	Monterrey	Con su esposo	Nuclear	4	Ninguna	
Socorro	66	Casada	1	Católica	Carrera técnica	Ama de casa	San Nicolás	Con su esposo	Nuclear	1	Colesterol	
Elena	65	Casada	1	Católica	Carrera técnica	Ama de casa	San Nicolás	Con su esposo	Nuclear	3	Tuvo cáncer de mama	

**ANEXO 2.**  
**HOMBRES PARTICIPANTES EN EL ESTUDIO.**

<b>Sujeto</b>	<b>Edad</b>	<b>Estado civil</b>	<b>No. de nupcias</b>	<b>Religión</b>	<b>Escolaridad</b>	<b>Ocupación</b>	<b>Lugar de residencia</b>	<b>Con quien vive</b>	<b>Tipo de familia</b>	<b>Hijos</b>	<b>Condiciones de salud</b>
Cesar	62	Viudo	1	Católica	Secundaria	Empleado	Monterrey	Vive con hijos	Monoparental	2	Problemas gastrointestinales
Jaime	73	Viudo	1	Católica	Licenciatura		San Pedro	Vive con un nieto	Extendida	4	
Ángel	68	Casado	1	Católico	Maestría	Jubilado	San Pedro	Con su esposa	Nuclear	2	Soplo en el corazón
Samuel	62	Separado	1	Católica	Licenciatura	Asesor financiero	San Pedro	Vive sólo	Unipersonal	3	Ninguna
Juan	69	Unión libre	2	Católica		Trabajador por cuenta propia	Monterrey	Con su esposa	Nuclear		Ninguna
Manuel	74	Viudo	1	Católica	Contador Público	Pensionado	San Pedro	Sólo	Unipersonal	2	Ninguna
Alfonso	75	Casado	1	Testigo de Jehová	Maestría	Jubilado	Apodaca	Vive con esposa	Nuclear	2	Problemas de la columna vertebral Problemas de la próstata
Fernando	66	Unión libre	4	Católica	Maestría en Administración		San Pedro	Vive con esposa	Nuclear	2	Cáncer de próstata Problemas gastrointestinales
Antonio	68	Casado	1	Testigo de Jehová	Preparatoria	Pensionado	San Nicolás	Con su esposa y familiares	Extendida		Problemas hepáticos
Raúl	70	Casado	1	Católica	Secundaria incompleta	Trabajador por cuenta propia	Escobedo	Con sus hijos y otros familiares	Extendida	3	No sabe
Francisco	65	Viudo	1	Católica	Preparatoria	Jubilado	Apodaca	Sólo	Unipersonal	4	Diabetes Problemas de la columna
Jesús	62	Casado	1	Católica	Carrera técnica	Empleado	San Nicolás	Con su esposa	Nuclear	3	3 infartos Insuficiencia venosa
Mario	61	Unión libre	3	Católica	Licenciatura	Pensionada	Monterrey	Con su esposa	Nuclear	3	Osteoporosis

### ANEXO 3. GUÍA DE ENTREVISTA

Clave de identificación \_\_\_\_\_  
 Hora de inicio \_\_\_\_\_  
 Hora de término \_\_\_\_\_  
 Fecha \_\_\_\_\_

El presente instrumento tiene como finalidad recabar información necesaria para cumplir el objetivo del estudio “*Construcción Social del Erotismo. Un Estudio Cualitativo en Adultos Mayores*”, por lo cual se establecieron un conjunto de preguntas con la intención de que sean guía en la conversación guiada por el entrevistador. Cabe señalar que los datos obtenidos serán utilizados sólo para fines de la investigación, con estricto apego a los principios de confidencialidad, privacidad y consentimiento. Asimismo, el orden de las preguntas planteadas no será rígido. Finalmente, se podrán integrar nuevas interrogantes dependiendo de cada caso.

#### Ejes temáticos y dimensiones de la entrevista.

Ejes temáticos	Dimensiones a abordar
Perfil sociodemográfico	Indagar sobre características generales como edad, estado civil, escolaridad, religión, servicio médico, ocupación, pensión/jubilación, lugar de nacimiento, tipo de familia, condiciones de salud, hijos, diversión, etc.
Sentido y significado de envejecer	Significados de envejecer, percepción de ser viejo, cambios en las relaciones, idea de sí mismo, forma de sentirse hombre/mujer
Pareja y relaciones	Significados y significados de tener pareja, “amigos con derecho”, relaciones, vivir en pareja, espacios de encuentro y esparcimiento
Enamoramiento y amor	Significados del amor, características del amor después de los 60 años
Romanticismo	Significado de ser romántico después de los 60 años
Afectos, vinculación y expresión emocional	Compañía, confianza, comunicación, acompañamiento, cariño, contacto, intimidad, ternura, caricias, besos, abrazos, etc. Sentimientos y emociones
Belleza	Idea de belleza y estética, atracción, seducción, sensualidad, apariencia física de las personas mayores
Cuerpo	Significados del cuerpo y estética, valoración del cuerpo, ventajas/limitaciones para ser erótico, atracción física como sujeto y como objeto
Deseo y placer sexual	Significados de sentir deseo y placer después de los 60 años como sujeto y objeto, gozo sexual, pasión, interés sexual etc.
Pensamientos acerca de la sexualidad	Significados de tener fantasías o pensamientos sexuales después de los 60 años.
Sexualidad	Significados de la sexualidad y sexo después de los 60 años, actividades sexuales y prácticas, limitaciones/ventajas, cambios del desempeño sexual.

**ANEXO 4.**  
**CARTA DE CONSENTIMIENTO INFORMADO Y VOLUNTARIO.**

Monterrey, N.L. a \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_.  
Registro \_\_\_\_\_.

Pongo de manifiesto que como adulto mayor he sido informado detalladamente acerca de la investigación titulada: “Construcción social del erotismo en la vejez: un estudio cualitativo en el Área Metropolitana de Monterrey”, estando de acuerdo con los lineamientos para la realización de una serie de entrevistas que tengan como finalidad conocer la experiencia en temas de erotismo como parte del desarrollo del proceso de investigación.

Cabe señalar que el objetivo de las entrevistas es obtener información amplia acerca de las vivencias y significados en materia de erotismo en los adultos mayores, por lo que, estoy de acuerdo con que la información que proporcionaré se trate con absoluta confidencialidad y con estricto apego a los principios de privacidad, responsabilidad y discreción, en este caso, el tratamiento de los datos obtenidos serán utilizados única y exclusivamente con fines académicos para la realización de la mencionada investigación. De la misma forma, externo que mi participación en el estudio es voluntaria sin que existiera coacción de por medio.

Asimismo, he sido informado que tanto la Universidad Autónoma de Nuevo León como la Subdirección de Estudios de Posgrado de la Facultad de Trabajo Social y el entrevistador tienen el compromiso de manejar la información que se recopile con profesionalismo y garantizando mi anonimato. Además, podré externar de forma libre mis dudas e inconformidades en el caso que fuese necesario antes durante y después de la realización de las entrevistas. Finalmente, doy mi consentimiento para que la información proporcionada sea grabada o registrada por medio de notas escritas u otros medios de almacenamiento de información.

\_\_\_\_\_  
M.T.S. Perla V. de los Santos Amaya  
Responsable de la investigación

Acepto participar

Sí \_\_\_\_\_ No \_\_\_\_\_

Subdirección de estudios de Posgrado de la  
Facultad de Trabajo Social y Desarrollo  
Humano

Tel. 81050786

[Perla\\_dls@hotmail.com](mailto:Perla_dls@hotmail.com)

\_\_\_\_\_  
Firma de consentimiento

# ÚNETE!

¿Te gustaría colaborar en una investigación acerca de la vejez?

**¡ÉSTA ES TU OPORTUNIDAD!**

**NOS INTERESA CONOCER TU VOZ EN TEMAS COMO LOS AFECTOS, LA COMPAÑÍA Y EL AMOR**

### **Requisitos para participar:**

- Tener disposición de tiempo
- Ser mayor de 60 años
- Sexo indistinto
- Con o sin escolaridad



**“UN ESTUDIO HECHO POR ADULTOS MAYORES PARA ADULTOS MAYORES”**

\*Esta es una investigación con fines académicos  
Respetamos el anonimato y la confidencialidad de los participantes

### **MAYORES INFORMES**

M.T.S. Perla Vanessa de los Santos  
perla\_dls@hotmail.com  
Tel. 811 2-39-39-73

Dra. Sandra E. Carmona Valdés  
carmona.uanl@gmail.com  
Tel. (81) 83521309, 83769177

